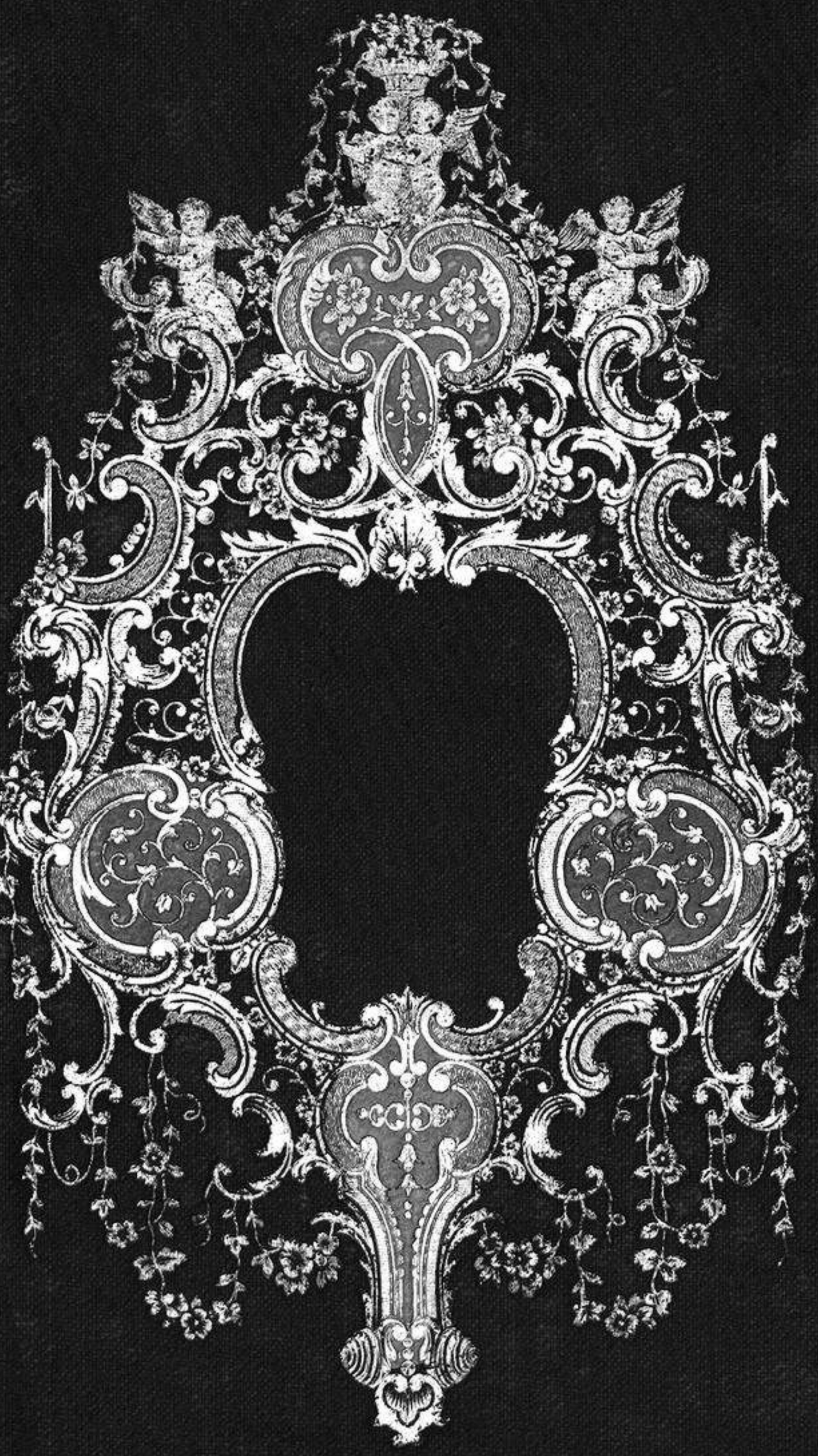


(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA HARAVILLA

DE D. SERAFIN DE FRIAS

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

64-2EL
Bel
PS
11bis
1
R.-10.716

LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosáicos de oro y brillantes colores.

Bajo la direccion

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion recreativa.

	Tomos.
La *Geografía Universal*, por Malte-Brun, Balbi y otros.	2
Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por J. A. Fleury. . . .	3
Atlas Geográfico Universal, compuesto de 18 magnificos mapas iluminados.	1

Seccion instructiva.

	Tomos.
Historia de Gil Blas de Santillana, por Mr. Le Sage.	2
El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
Ivanhoe, por Sir Walter Scott. . .	1
Quintin Durward, por Sir Walter Scott.	1
Los Tres Mosqueteros, por Alejandro Dumas.	2

EN PRENSA.

	Tomos.
Historia de Italia, por Julio Zeller. .	2
Moral Social, por Adolfo Garmierd.	1
Compendio de la historia Sagrada, por el P. Scio de San Miguel. .	1
Historia Antigua, por J. J Guillemin.	2
Historia Romana, por V. Duruy. .	2
Historia Griega, por Duruy. . . .	2

	Tomos.
Rob Roy, por Sir Walter Scott. . .	1
Guy Mannering y el Oficial Aventurero, por Sir Walter scott. . .	2

La sociedad cuenta con un gran número de producciones nuevamente traducidas prontas para ser censuradas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA MARAVILLA.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

F. A. 132

INSTITUTO DE BACHILLERATO - "CERVANTES" - BIBLIOTECA
R-10716

HISTORIA

DE ITALIA.

DESDE LA INVASION DE LOS BARBAROS HASTA NUESTROS DIAS.

POR

JULIO ZELLER.

Traducida

Por D. Juan Belza.

TOMO I.

MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle Relatores.

BARCELONA.

PLUS ULTRA,
Rambla del Centro.

1858.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Esta obra es propiedad de los Editores y se perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers, 40, piso 1.º—1858.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INSTITUTO DE BACHILLERATO
BIBLIOTECA
ENSEÑANZA REAL

Prólogo.

Si hubiéramos de creer á un célebre hombre de Estado, austríaco, es cierto, pero no por eso menos enaltecido, «La Italia no es mas que una espresion geográfica», y en su consecuencia el bellísimo pais por el que Berchet dijo

che Appenin parte
é circonda la mare é l'Alpe

no ha vuelto á encerrar en sus límites, lo que se llama una Nacion.

Si la presente historia puede en su espíritu y letra prestar alguna enseñanza, será sin duda, y á pesar del espectáculo tristísimo que aun hoy dia ofrece aquella península, la refutacion del dicho, mas diplomático que verdadero, de Mr. de Metternich.

¿Quien podrá negarlo? Desde la caida del Imperio Romano se ha desarrollado al otro lado de los Alpes una familia especial, con su carácter propio y su originalidad, que en medio de la gran movilidad de los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

acontecimientos que se han sucedido y la mas estraña y maravillosa variedad de formas, ha tenido una fisonomia propia y esclusiva.

Esta familia, ha conservado sin alteracion y cultivado la fe que recibió como depósito precioso; ha hablado siempre la misma lengua, ha creado una literatura, un arte y ha procurado sin descanso conservar todo aquello que podia constituir principalmente sus mismos elementos de nacionalidad; es decir, la union y la independencia.

Preciso es reconocerlo; la península se ha encontrado en las situaciones mas difíciles y delicadas, tanto interior como esteriormente, para adquirir y conservar no lo que constituye la nacionalidad de un pais, sino lo que es el indispensable cimiento de toda constitucion política.

Desde luego, la invasion bárbara, bajo la cual sucumbió el Imperio Romano, concluyó mas ó menos tarde en otros paises como Francia, Inglaterra y España, pero en la península dura todavia. Conoceis un pais donde el fragante limonero esparce su esencia perfumada, donde la dorada naranja brilla bajo la túpida sombra de sus árboles? Esa es la Italia

Kennst du das Land wo die citronen blüun
Im dunkeln laub die goldorangen glüun...
Dahin, dahin!

He aquí los armoniosos versos que las naciones trasalpinas repiten hace mas de catorce siglos; y no sin razon tanto poeta italiano ha llorado esta lamentable belleza de su pais, que le hizo tan codiciado de todos.

Renovada su poblacion casi de siglo en siglo, la invasion sin embargo no ha sido jamás completa ni ha llegado á consolidarse nunca.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Por otra parte, sobre las ruinas del Imperio Romano y pagano, se alzaron fuertes creaciones políticas, nacidas de la estrecha union de la barbarie conquistadora y la Iglesia civilizadora; entre otras, la del reino eclesiástico de los Francos y el Santo-Imperio germano. El estado y la Iglesia pudieron no estar acordes alguna vez, pero en el fondo permanecieron siempre unidos, y esta union ha sido causa de la grandeza de aquellos estados en diferentes épocas.

En Italia, la Roma Cristiana, ha sucedido sin interrupcion á la Roma pagana y el sucesor de San Pedro escogió esta ciudad como el centro de una nueva dominacion espiritual. Como, pues, la señora y madre *(domina et mater)* de todas las Iglesias, se unirá á una conquista bárbara fundada en un reino peninsular?

La santa silla no permitió jamás que una invasion general se estendiese por toda la península; opuso siempre una invasion á una invasion, un reino á otro reino, prenda á la vez para la Italia de grandeza moral y debilidad política, garantia constante de independencia y peligro de esclavitud.

Leon I detuvo en su carrera y en el siglo quinto á los *Hunnos* idólatras y Leon IV en el siglo IX á los sectarios de *Mahoma*. El Papa no permitió que la profana planta de aquellos pisase el sagrado suelo de la Italia.

Teodorico, uno de los mas dignos entre los conquistadores, con la nacion á medio civilizar de los Ostrogodos, está próximo á fundar sobre cimientos mas sólidos el reino italiano, pero es Arriano y esta circunstancia acrece los inconvenientes.

La santa silla y la antigua poblacion maquinan su pérdida y tanto la una como la otra prefieren que la Italia vuelva á ser una diócesis del Imperio de Oriente.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La feroz poblacion de los Lombardos invade y se estiende desde los Alpes hasta el golfo de Tarento *realizando á su paso el fin del mundo*, en el espíritu de la palabra, y mas tarde se humilla bajo la mano de una muger, convirtiéndose por la política de uno de sus reyes.

Los tres grandes Papas de este tiempo, llamados Gregorios, resistieron aun tiempo á la barbarie y á la civilizacion, al arrianismo y á la *ortodoxia* lombarda.

El peligro llegó á ser inminente: la santa silla condena á muerte á los lombardos, entregando su reino á los Francos. Al Imperio griego que no supo protegerle y que vacila en su fe, lo sustituye con el imperio latino y ortodoxo de occidente. Si es preciso obedecer, lo hará únicamente á Carlo-magno reconocido como gefe cristiano del mundo.

Pero no obedecerá. Leon III constituyó la sociedad cristiana bajo la doble intervencion del poder espiritual y del poder temporal, del Papa y del emperador; pero no es para tomar el segundo lugar en la distribucion de los poderes. A los bárbaros del norte la fuerza material, á los hombres del medio dia la fuerza moral; el emperador viene á Italia á recibir de manos del Papa, el símbolo de su poder; él no representa mas que el brazo de la Iglesia. Los sucesores de Leon III intentan imponer esta participacion á los descendientes degenerados de Carlo-magno. La Italia imperial y pontifical está aun envanecida de su parte de gloria y de dominacion.

El imperio Franco cae y de los restos de esta brillante cuanto efímera creacion, aparece detrás de los Alpes, un reino, una nacion, como ha acontecido mas allá de los montes. ¿Qué capital se levantará al lado de Roma? Pavia, Friuli, ó Spoleto? Qué príncipe feudal ceñirá la corona, que no tenga que igualarse,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ó temporalizarse, al mismo san Pedro, á quien la generosidad del emperador Franco ha dotado con el cetro de la península? Berenguer, Guido ó Adalberto? Quien coronará al dichoso heredero de Carlosvinto? El Papa no consiente en dar mas que una corona de emperador. El arzobispo de Milan? Pero se pondria en ostensible rivalidad con el Papa. Jamás se efectuará la union de la Iglesia Romana y el Estado Italiano. El reino de Italia es imposible; la península se desmoraliza al intentarlo. La santa silla acepta el envilecimiento antes que subyugar; prefiere el oprobio á la servidumbre; y llega á ser el feudo de Maroci y no el de Berenguer.

Para volverse á levantar en fin con la Italia, Juan XII provoca desde la cima de los Alpes la invasion alemana; Gregorio V y Silvestre XI reconstituyen en favor de Othons el santo imperio germánico. La autoridad espiritual de Roma, la existencia de la península, se valoran á este precio. La Italia saluda aun con alegria á su nuevo Cesar y la santa silla le canoniza. Bajo el reinado de Enrique II llamado el Santo, Pedro Lombard, Anselmo, Laufranc, restablecen la pureza de la fé desde el fondo de sus conventos. Un clero mas moral, investido de privilegios, escepciones, y hasta de cierto poder, llega á ser el señor político al mismo tiempo que el maestro de la península. La Italia amenazada poco antes de muerte, se despierta; la santa silla, regenerada tambien, preside á esta gran reforma bajo la proteccion del emperador y rey de Italia, Enrique III.

Pero la virtud no es digna de la libertad? La fé y la moralidad reunidas sobre la silla de san Pedro y en la persona del monje Hildebrando, vuelven á pedir al emperador Franco, ó al libertino Enrique IV, la independencia que perdieron los predecesores de este gran Papa. Es la libertad ó franquicia de la santa silla

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y la de la Italia entera la que Gregorio VII solicita á un mismo tiempo. Despues de la eleccion de los Papas, arranca al imperio la investidura de los obispos, señores feudales de la península y el soberano pontífice y el patriota italiano se prestan desde aquel momento su mútuo apoyo. Pero el esceso de la ambicion acompaña tambien al esceso de la virtud. A él solo se debe que el gran Papa reclamase la investidura arrebatada al emperador, y de este modo llegase á ser el señor político no solo de la Italia, sino de la Europa: reune en fin los dos poderes en su persona, el divino, y el humano, como Jesu-Cristo las dos naturalezas, y llega á ser el gefe de una teocracia feudal que abraza la cristiandad entera.

Sublime autopia! pero irrealizable. Es imposible que la cristiandad reconozca su gefe espiritual, en el señor temporal de la Italia, cuanto menos en el de la Europa! Si el sucesor de San Pedro hubiera reusado, acabaria como los Khalifas, sucesores de Mahoma. De aqui proviene la gran lucha. La Italia se ha dividido por sí misma. Entre los dos señores que se disputan su dominacion, trabaja por si sola; la monarquía normanda del mediodia y las repúblicas del norte se grangean concesiones y favores del sacerdocio y del imperio, engrandeciéndose por sus contínuos combates. Los primeros sucesores de Gregorio VII se satisfacen con el concordato de independencia de Worms y renuncian á la dominacion. A falta de la santa silla, la libertad republicana cederá á la Italia la unidad? ¿sacudirá el yugo de la dominacion alemana? Nuevo error. Arnando de Brescia ataca los dos poderes y se coligan contra él Ariano IV y Federico I Barbarroja. El emperador proclama los derechos cesáreos para el dominio de la península Roncaglia, y los confirma por la ruina de Milan. La península no gozará de otra unidad que la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la servidumbre. Heridos por esta gran desgracia, los italianos entreven el verdadero medio de salud, la confederacion de los Estados particulares, bajo la proteccion de la santa silla; pero solamente lo vislumbran. Alejandro III no ataca sino su propia independencia; la liga lombarda es incompleta, y la victoria de Legnano es dudosa. La paz de Constancia estipula la libertad particular de las ciudades y confirma la esclavitud general de la Italia.El Cesar aleman aparece como el verdadero y legítimo soberano de la península.

La santa silla y las repúblicas italianas lo conocen desde luego. Federico II reune la corona de Sicilia á la del imperio. La Italia es tomada como por asalto y la lucha empieza nuevamente, pero cometiéndose en ella nuevas faltas. A Alejandro III le faltó valor; Inocencio III é Inocencio IV fueron demasiado lejos.

El primero no concede la independencia por entero, al paso que los dos últimos desean la dominacion. Inocencio IV no se satisface con haber salvado valerosamente la santa silla y la Iglesia en el concilio de Lion. Es el reino de Sicilia lo que apetece, es la ruina de la gran familia de los Hohenstanfen, de esa raza de víboras, es la dominacion de la Italia; y Urbano IV para conseguir este objeto, no teme llamar un nuevo estrangero y entregar el mediodia de la península á los franceses angevinos.

Lo que mas asombra, es que la Italia aun se halle dividida, en medio de tan terribles combates. Ya no existen italianos, no hay mas que gibelinos y güelfos; el rey francés de Nápoles se apodera inmediatamente de la posicion política del Papa y abandona en seguida los dos partidos opuestos. Los gibelinos constituyen el partido aleman, los güelfos el francés: y Dante para escapar de este bochorno, se hace *blanco*,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y cree constituir un partido por sí solo, mientras que solo es una fraccion gibelina.

En vano el imperio desaparece en el gran interregno, y el papado en la cautividad de Babilonia; la discordia permanece, como el hierro en la llaga, y la Italia durante dos siglos es independiente de hecho, pero no de derecho. Se la concedió, con profusion, todo lo que constituye su nacionalidad: la ciencia theológica y jurídica, santo Tomás y Accurse, la riqueza comercial é industrial, Venecia y Florencia, una lengua, una epopeya, un arte, y todo original. Solamente se la rehusa lo que garantiza aquella nacionalidad, una constitucion política y esclusiva.

Esto no quiere decir que no ensayasen algunas: ninguna correspondió á las verdaderas necesidades del pais. Despues continuaron los ensayos de una monarquía imperial ó sacerdotal que traspasando los límites de la península, unos quieren encerrarla en el movedizo reino de Nápoles, otros en la tiranía aventurera del milanés, otros en fin en los estrechos muros de una ciudad republicana.

Reinos, tiranías, repúblicas, como podrán dar á la península el órden y unidad de que carece? La mar traerá ó llevará á una señal dada por una reina impúdica, al frente del Vesubio á los angevinos, á los aragoneses, y hasta á los mismos húngaros. La tiranía, trabaja sin descanso para mantenerse en el suelo heróico de la Lombardía; no se trasmite, pasa violentamente de los Torrianis á los Viscontis, de estos á los Sforza. Las repúblicas corren todas las vicisitudes de una libertad mal constituida; pasa la iniciativa del cardador de lana Miguel Lando, al carretero Cauthier de Brienne, es decir, de la anarquía, á la usurpacion. La aristocrática Venecia permanece mas tranquila; pero su constitucion y su política oriental,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la separan aun mas del resto de la Italia que sus lagunas. De donde llegará la unidad?

Sin embargo, es el mismo pueblo, porque encontrareis en él la misma fé, el mismo pensamiento, el mismo objeto. Ningun suceso ha acontecido en cualquier punto de la península, que haya sido indiferente al resto de ella. El bárbaro que aparece sobre los Alpes hace temblar al pescador del golfo de Tarento; la palabra que sale del Vaticano ó del Capitolio estremece á toda la Italia y desde el mas grande Estado al mas pequeño, desde el reino de Nápoles á la república de Saint-Marin, todos comprenden que la Italia se resiente y sufren lo que ella ha sufrido. A despecho de la division de Estados, hay una historia italiana, y no es otra que ese flujo y reflujo de revoluciones que se propagan de norte á sud, y de sud á norte, por la estension de los Apeninos; como esos fuegos que, en ciertas épocas, se encienden sucesivamente en cada uno de los eslabones de la gran cadena.

En efecto, el objeto es el mismo, pero los medios son diversos; el fondo es constante, pero la forma movible. Aunque, el individuo sea poderoso, la muchedumbre es débil; aunque cada cosa, tomada en particular, sea grande en su esencia la reunion es pequeña. Nada se generaliza, nada se funda; la movilidad y la discordia solo son duraderas, es decir, los dos mas encarnizados enemigos de toda nacionalidad.

Este es el daño que esperimentan y temen todos los poetas nacionales de Italia; esta es la causa por la que hacen dolorosos esfuerzos para asegurarse de un principio de unidad, que es menester suplicar mas alla de los montes ó implorar del mismo cielo. Petrarca es la mas fiel imágen de esta dolorosa enfermedad. Saluda en Rienzi, y con alguna esperanza, la libertad que reune bajo la misma bandera toda la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

familia italiana; Cárlos IV se le aparece como el solo caballero nacido para subyugar la fogosa Italia; y reconoce en fin en Urbano IV la intervencion del mismo Cristo. Pero el emperador no quiere que se tiranize á la Italia; el Papa no reclama sino el dominio de San Pedro, la libertad republicana no es mas que la opresion ó proscripcion de un partido. Esto es, un privilegio y no un derecho, una conquista egoista y no un bien comun. La fé cristiana, feudal, y republicana se estingue, por que ninguna ha podido dar el órden apetecido, y Petrarca, desengañado, del todo, concluye por estudiar á Homero, bajo la proteccion de un Visconti.

La tiranía y el renacimiento, hé aquí donde vino á parar la Italia en la edad media, entre las manos de un afortunado carretero y un banquero liberal! Ya no existe ni partido pontifical, ni partido imperial; la península se constituye en reducidos Estados independientes bajo el poder de uno solo; la Italia es un principado. Su política está ya reducida al interés y egoismo personal ó local; el mejor éxito es el objeto de cada uno, el equilibrio de las fuerzas, el de todos. Para llegar hasta aquí todos los medios son buenos, hasta la traicion y el asesinato. La obra de Maquiavelo es la verdadera teoría política del principado de Italia. La inspiracion en las letras no es ni cristiana ni nacional. La fé abandona su puesto á la erudicion; el genio italiano se doblega á la imitacion pagana. El arte es el todo en la forma; la belleza física es su ideal, si se esceptúa la repulsa que dos grandes artistas dan á su siglo, porque se encuentran á mayor altura y adelanto.

Es muy hermoso este descubrimiento de la antigüedad y una grande y provechosa enseñanza para éstudio de los grandes hombres de la razon y del arte del paganismo. Pero la Italia fascinada, de todo se ol-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vida y la admiracion mata frecuentemente la originalidad; ignorando si es fuerte como la Francia que solo ha encontrado espléndidos obsequios en su desarrollo político.

La santa silla es restaurada, pero no así el gran papado de la edad media, que es lo que reclama el espíritu del siglo; solo puede esceptuarse la muerte de Pio II. Gregorio VII é Inocencio III, comprendieron al mundo en sus designios; los Papas de este tiempo no comprendieron la Italia; solo vieron desde lejos los Estados de la Iglesia. Las dos tentativas de confederacion de 1454 y 1484, en las que Cuicciardini movió tanto ruido, no fueron mas que imperfectos bosquejos. Nicolás V, Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, príncipes italianos, con el mismo título que los Sforza ó los Médicis, tan pronto fueron paganos como Lorenzo el Magnífico, como tiranos á imitacion de Ludovico el Moro, no elevándose moralmente, en su consecuencia, mas alto del nivel de su época.

El siglo XV y el XVI fué próspero y brillante, pero sin embargo, muy inferior al XIII. Su mas sublime obra política está basada en la burla del mundo creyente y heróico que se estinguió en aquella época: el arte que ocupó siempre el primer rango, es decir, la pintura, llega á ser la mas abandonada de todas las artes. Su brillantez está en la forma, pero falta el fondo, la libertad y la virtud. Toda esta brillantez mirada esteriormente se asemeja á los sepulcros blanqueados; y en una de esas fiestas teatrales, tan pronto risueñas como lúgubres, que ofrece de vez en cuando la negligente y descuidada Florencia, un artista disfrazado esclama: «*Hemos muerto, como veis, muertos os veremos tambien algun dia; mientras tanto hemos sido lo que vosotros sois hoy: bien pronto sereis lo que nosotros somos.*»

Llegado este caso, la Italia conservará lo que le

(c) Instituto Cervantes de Madrid

resta aun, la independencia? Hay! quién aprecia la libertad comun en la ruina de las libertades particulares? sin la virtud, dónde está la fuerza moral? Si aun hay valor en Italia, es un valor venal; el carretero Alviano se vende á Venecia, como Trivulzio se vende á la Francia. Savonarolo es impotente para proscribir el paganismo y destruir la tiranía, é incapaz además de reanimar la fé estinguida y la libertad muerta. Los bárbaros pueden venir: el traidor Ludovico el Moro los llama como un instrumento de usurpacion, y procura el dominio reformador como un instrumento de penitencia.

Llegan en efecto, de todos los puntos del horizonte, franceses, alemanes, españoles, hasta los mismos judíos y eligen la península por campo de batalla en el siglo XVI. Quién será el señor y dueño del hermoso jardin de las Hesperides? El peligro es muy grande, los elementos de resistencia muy pequeños, para que la santa silla pueda salvar á la Italia; su política, al menos, decidirá cual será, entre los rivales, el señor á quien ha de darse la preferencia. El gran Julio II ansía esta ventaja y maquina una guerra de independencia. Arroja al aleman Maximiliano entre Luis XII y Fernando el Católico, porque prefiere ver á la Italia constituida en imperio mejor que á la Francia ó á la España dominadoras y porque el imperio, bajo Maximiliano, no es mas que un fantasma. Pero Julio II empieza por atacar un poder italiano, y Leon X une bien pronto sus faltas á las suyas.

El rey de España llega á ser emperador y Cárlos V reune la Sicilia á la Alemania, como los emperadores del siglo XIII. Este era el tiempo mas á propósito para comenzar la lucha; Leon X firma el pacto de alianza y el temor de perder la Alemania que separa de él, á la voz de Luthero, entrega la Italia á la casa de Austria. Los italianos creen ver la barbarie entronizada en el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

santuario con Adriano VII (el bárbaro pontífice). Un Papa italiano, otro Médicis, Clemente VII quiere conjurar el peligro pero es demasiado tarde. Las tropas del Borbon toman á Roma por asalto y todo concluyó; la Italia está condenada por mas de dos siglos á sufrir la dominacion austro-española.

Los mismos italianos han merecido esta servidumbre política y moral; el siglo XVII, el *Seicento*, es para ellos el de la vergüenza y la ignominia. La península se resigna á su desgracia. Los príncipes que viven únicamente por la permision de Viena ó de Madrid, se disputan el primer rango en la esclavitud. Los pueblos quedan sumidos en un profundo letargo. La Francia se engrandece sin que se aprovechen de sus promesas. Nadie se mueve, á no ser un duque de Saboya al pié de los Alpes, y un pescador al pié del Vesubio. Si hay aun algun valor italiano, se muestra solo exteriormente en Filiberto-Emmanuel, Alejandro, Farnesio y Montecculli. En el interior, el antiguo carretero se hace *bravo*, y sus soldados son los famosos bandidos de los Apeninos. La existencia misma parece indiferente á la suerte de la Italia. Los trabajos hidráulicos se abandonan en la Lombardía; los alrededores de Roma, Marenna y Calabria se asemejan á un desierto. Cómo y de qué modo los italianos volverán por su gloria? Ellos la reaniman dedicándose á las letras y á las artes al soplo del renacimiento, cuyo relámpago no ha hecho mas que iluminar su caida. La Santa silla es el primer instrumento de esta reaccion.

Pablo III, Pio V, llenos de virtud y de rigidez, ven en el paganismo del siglo XVI la causa de los peligros de la Iglesia y la servidumbre de la Italia; para regenerarla, imponen un largo ayuno y una ruda penitencia. Fúndase la órden de los Jesuitas; la Inquisicion centralizada, vigila la conducta política y priva-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

da y hasta el mismo pensamiento. Los antiguos escritos son prohibidos; el libre exámen se proscribe, el índice, comienza á marcar la voluminosa lista de las obras condenadas. La esclavitud de las conciencias, escede á la de las almas. Bajo este rudo régimen político y moral, el mismo carácter nacional se altera, la fé llega á ser supersticiosa, la pasion no desaparece, se borra y se estingue en la personalidad del chichisveo. En las letras y en las artes hay sin embargo, mas independencia, mas inspiracion, mas originalidad. Los historiadores se venden, la poesía llega á ser tributaria de la música; la misma forma declina; los patueses reclaman sus derechos sobre la lengua nacional y la pintura se encierra en los secretos de la paleta, como la escultura en la destreza del cincel. Que podria hacer despues de todo, la Italia, bajo la dominacion de la moribunda España? Esto es, un cadáver ahogado por otro cadáver!

Sin embargo, que no se olvide que si por el pronto la península no lo ha perdido todo, independencia, nacionalidad, ciencias, artes; si no ha sido borrada del número de las naciones, es á la santa silla, á ella sola, á quien lo debe. La casa de Austria no se detuvo sino delante de Roma, la decadencia no ha respetado mas que el Vaticano. La santa silla ha sido el último estado güelfo; Pablo IV resiste todavía cuando todo está ya sometido: Pablo III, Pio IV, Pio V, quebrantan la fé por una reforma interior de la Iglesia, y aseguran la santa silla en el concilio de Trento. Sixto V dá en la administracion de los Estados de la Iglesia, un ejemplo, raramente seguido ni imitado. De todos los príncipes italianos, solo Clemente VIII hace frente á Felipe II, Alejandro VII á Luis XIV. Si la reaccion católica de este tiempo inquieta á Galileo, ella escita y protege en cambio al sábio Baronio, al autor de Jerusalen libertada, y da impulso á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

otras maravillas portentosas, aun despues de las de Migel Angel, Rafael, Carrache, Dominiquin y Guido. Sin embargo, la península no se levantará por sí sola en el siglo XVIII. Es todavía el estrangero quien ha de ayudarla, pero esta vez debe bendecirle, pues viene á sacar á la Italia de la tumba, y á decirla, por la voz de los príncipes de la casa de Borbon y de Haugsbourgo, herederos de la corona de España: levántate y marcha. El reino de Nápoles y el ducado de Parma vuelven á ser independientes bajo dos Borbones, y la Toscana pasa á un Haugsbourgo. Pero estos príncipes se hacen inmediatamente italianos, y el Milanesado es la única propiedad que le queda al Austria. En fin, un príncipe italiano, el último de la familia, pero á cuya casa están reservados tal vez los mas gloriosos destinos, reclama con energía y habilidad su parte de herencia, y sus esfuerzos son recompensados. Victor Amadeo I reune la Saboya, el Piamonte, la Cerdeña, y funda un reino enteramente italiano; un ejército aguerrido, un pueblo positivo y práctico se forma á la falda de los Alpes.

Los nuevos soberanos, interesados en la prosperidad de sus estados, ¿pueden acaso abandonar la península al estado en que la han recibido de las manos agonizantes de la España? Cárlos de Nápoles y su ministro Tanucci, Leopoldo I de Toscana, Cárlos-Emmanuel II de Cerdaña, Benito IV y Pio VI, el mismo ministro del Austria, Firmian, en el Milanesado, trabajan activamente en su regeneracion moral y material. La reforma es llevada hasta á las antiguas instituciones, y los viejos abusos de la edad media; el letargo italiano desaparece, y la Península figura honrosamente entre las demás naciones con Galvani y Volta, con Beccaria y Filangieri nacidas en este siglo de las ciencias naturales y sociales. La tragedia y la sátira hacen tambien escuchar su acento por boca de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Alfieri y de Porini. La brusca irrupcion del jansenismo y de la filosofía francesa, adoptadas por los mismos soberanos, mezclan, es cierto, en estas reformas alguna intemperancia y algunos errores; tanto, que Pio VI se vió obligado á chocar abiertamente con José II y Leopoldo I, pero sin embargo, la obra saludable de regeneracion comienza á estenderse en toda la Italia, cuando de repente la sorprende la revolucion de 1789. Era esta una conmocion demasiado violenta para una nacionalidad convaleciente, restablecida apenas de su larga postracion. Algunos soberanos empiezan en esta ocasion á operar reformas, tal vez, con mas buena fé que prudencia y tino, y hé aquí que la misma revolucion tienta con sus halagos á la península. El carácter, el espíritu público, naciente apenas, no está en el caso de que se le pidan ya heróicas virtudes; la península no goza aun la libertad natural, y se la enseña la independencia ecxagerada.

Así, esperando un tiempo oportuno, la península se divide. Los soberanos, la antigua nobleza y en muchos puntos las masas ignorantes, declarándose contra la revolucion y contra la Francia, llaman una parte de la nobleza y del pueblo. La Italia no se pertenece á sí misma; se acoge bajo la bandera de la coalicion de poderosos absolutistas, donde brillan los tres colores, y Napoleon Bonaparte, con uno de sus hijos, se encarga de sus destinos durante veinte años. Instrumento del directorio, la cubre de repúblicas, entre las que figuran la liguriana, cisalpina, romana, parthenopea y toscana; efímeras formas derribadas por un soplo del principio absoluto, cuando los batallones franceses se retiran. Instrumento de su propio genio, cónsul y emperador, la cubre de reinos y de reyes plebeyos, pero de orígen francés, tales como Eugenio Beauharnais y Joaquin Murat. Aun mas; despues de haberla librado de la sombra

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del santo imperio germánico, la convierte en seguida en un nuevo imperio francés, al cual no faltará el rey de Roma de la edad media.

Esta iniciacion á la libertad, á la lucha, á la gloria y bajo la bandera francesa, escitada por un grande hombre, tiene sus ventajas para la península. La idea de un reino italiano del norte, que sirva de baluarte á la independencia comun, llega á ser familiar á todos los individuos. Los principios de libertad y de igualdad civil, verdaderas y legítimas conquistas de la revolucion, se plantean en el terreno mismo que antes ocupaba la rutina eclesiástica y feudal. Todos los contratos italianos pesan bajo el yugo de una misma ley, todos los pueblos se acogen bajo la misma disciplina; los piamonteses y los romagnolos, sobre todo, muestran que saben, al lado de los franceses, morir por una idea. El pensamiento «*de regenerar la gran patria italiana*» es evidentemente uno de los sueños de Napoleon.

Pero los servicicios de un estrangero no son jamás gratuitos, y el despotismo desvirtua sus mismos beneficios. La reunion de una parte de Italia á la Francia es decretada, y sus propios soberanos no son mas que los instrumentos de un señor principal. La revolucion ha prometido á la Italia la independencia y la libertad, y Napoleon la desmiembra y la domina aun. Un solo soberano resiste á aquel que domina á todos, y la última protesta de Italia emana de Pio VII. Arrastrado por la grandeza de sus designios, Napoleon no respeta á aquél, delante del cual los bárbaros y el Austria se detuvieron en otro tiempo. La Italia es la humilde satélite de la Francia y sus soberanos vasallos del emperador, su territorio, el patrimonio de la familia del vencedor. Se olvidan los beneficios, para no ver mas que la servidumbre y los *carbonarios* se unen á los *sanfedistas*, como los liberales á los re-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

trógrados, para arrojar á los soberanos y á los soldados franceses, cuando la hora de la caida de Napoleon haya sonado!

¡Desgraciada alianza y victoria mas triste aun! La Italia no ayuda á la caida de la dominacion francesa, por desgracia suya, sino para caer bajo la del Austria, aun mas pesada, y suspiró bien pronto por un despotismo político que aseguraba la libertad y la igualdad civil, despues de haberlo cambiado por otro que violaba la una y la otra. No son solamente á los antiguos soberanos á quienes los italianos engañados, batidos, ó cómplices han llamado; es al antiguo régimen entero. Ya no existe una constitucion libre, como la que disfrutaron bajo el imperio de la Francia, y los antiguos abusos vuelven á renacer. El poder temporal y el poder espiritual están de acuerdo; el papado que ha resistido á Napoleon no sabe ni proteger á la Italia contra el Austria, ni consolar á la desgraciada península en tan duro trance. Es entre todas las épocas la mas triste. En el siglo XVII, la Italia no conocia su desgracia; pero en el siglo XIX, la siente; ¡dolor punzante, pero que fortifica! La literatura llega á ser, por boca de Manzoni y de Silvio Pellico, el espíritu escrito y elocuente del horror á la servidumbre; las desgraciadas tentativas constitucionales de 1821 en Nápoles y Turin, salen de las sociedades secretas del carbonarismo.

La revolucion de 1830 irrita las llagas y hace mas pesadas las cadenas de la Italia, pero no sin provecho. La revolucion, aunque en sentido moderado, de Bolonia en 1831, arranca á las potencias el *memorandum* liberal dirigido á la santa silla. Gregorio XVI y Fernando II cierran sus oidos á los consejos de la prudencia, y su corazon á la mansedumbre; la jóven Italia, con Mazzini, esa escuela radical y ardiente de revolucionarios, germina y se engrandece á la sombra

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del liberalismo. Los constitucionales no obtienen nada y los republicanos lo piden todo; los soberanos rehusan á sus súbditos las reformas del gobierno parlamentario, y Mazzini sueña con una Italia democrática y unitaria, sin soberano y sin Papa. Pero los soberanos del Piamonte y Toscana, y el emperador austriaco, mejor inspirados, entran en la via de las reformas administrativas y materiales. Algunas personas tan generosas como sábias en el Piamonte, y la Toscana, MM. Azeglio Balbo, Montanelli, etc., vuelven á tener confianza. Aceptan y aplauden sus reformas, y esperan instituciones mas liberales de su buena voluntad; la península está de acuerdo con los príncipes y aguarda el dia de una independencia tan deseada. El abate Gioberti cree que el divorcio no es definitivo entre la santa silla y la independencia italiana; procura arrancar al Papa á sus funestos consejeros, que le precipitan, y hacerle que se constituya como en las épocas gloriosas, defensor y protector de la Italia. Este fue el momento en que se elevó al trono pontificio Pio IX.

Hermoso momento para la Italia, y para la Europa misma; Martin Ferretti llega de repente á realizar el pensamiento de Gioberti; su mano se abre llena de perdones por lo pasado y de promesas para lo venidero, y las generaciones italianas se levantan llenas de gratitud y de esperanza. La falanje constitucional en masa se coloca detrás del santo padre para apoyarlo; los radicales callan por respeto y por atencion; ¡Valor, santo padre! tal es el grito no solamente de Roma, sino de toda la Europa civilizada. El rey de Cerdeña, el duque de Toscana, ceden de buen grado á este movimiento reformador: conceden instituciones liberales y preparan una alianza con el Papa. La opinion pública condena al Austria, que estiende la mano no sobre Ferrara, sino sobre la persona sagrada del Pon-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tífice. No tiene mas que indulgencia por los movimientos insurreccionales, que arrancan á Nápoles una constitucion por una resistencia dudosa y escesivamente rigurosa. A la sombra del Vaticano, la Italia renace al soplo vivificador de libertad, y puede esperar un dia la union y la independencia general. Ha visto por la primera vez el espectáculo de una revolucion pacífica, fecunda y enviada por el cielo. ¿Cómo ha sido todo, súbitamente comprometido? ¿Cómo se ha cambiado en plomo vil el oro puro?

Por la segunda vez en sesenta años, la Francia revolucionaria compromete por el doble golpe de sus convulsiones interiores, la manifestacion original y regular de los negocios italianos. En 1848 cae de repente sobre Italia como en 1789, y exige de ella mucho mas de lo que le puede dar.

Sin embargo, cuando todo está desquiciado en Europa, todo le parece fácil á la península. Milan y Venecia en pocos dias se desembarazan de los austriacos; Carlos-Alberto, la espada de Italia, llega sobre el Minzio. Se trata de la independencia: un reino italiano próximo á los Alpes, y ocupando toda la rivera del Pó será la garantía. Pero la santa silla retrocede. El Papa Pio IX no puede ser el cómplice de una revolucion europea; soberano de los Estados de la Iglesia, no permitirá sino la formacion de un gran reino italiano al norte. Fernando II, mas resuelto, ataca á la revolucion victoriosa en Nápoles; y Radetzki, largo tiempo reducido á la inaccion, pero siempre formidable, entre el Minzio y el Abden, derriba al futuro rey italiano en Custozza, toma á Milan y lo arroja mas allá del Tesino.

El reinado constitucional se ha escapado despues del papado en esta obra nacional. Cuando todos están desesperados, la democracia intenta ponerse en línea, y acaba por comprometerlo todo. Despues de la Roma

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pontifical, la Roma democrática, despues de Pio IX, Mazzini; despues de la guerra real, la guerra popular; despues de Carlos Alberto, Garibaldi. La república es proclamada en Roma, Venecia y Milan; amenaza é impele el reino de Nápoles y Turin, el Papado y el Vaticano. Pio IX no habia hecho hasta entónces mas que retroceder, dudaba en dar la independencia peninsular al reino del norte, por rechazarla abiertamente la democracia, y llama en su ayuda los ejércitos estrangeros y católicos. La Italia sucumbe, pero el Vaticano se salva. Cárlos-Alberto, con la muerte en el alma, aparece aun en Novara, no para vencer sino para sucumbir dignamente con la infeliz Italia; y el ejército frances, bajo el mando de Luis Napoleon Bonaparte, presidente de la república, acaba la revolucion italiana en Roma, y devuelve su puesto al pontífice soberano.

Ultimo episodio de la vida italiana, revolucion contemporánea que ha presentado en pequeño toda su historia, y por ella se debe comprender que encierra una gran enseñanza. Papado, reino y pueblo, no han podido nada, aisladamente, en el siglo XIX, como no lo pudo en la edad media; el porvenir de la Italia está en su íntima union. La religion, el poder, la libertad, no pueden pasarse el uno sin el otro para constituirla en nacion y darla la independencia que tan merecida tiene. Es preciso que sus tres príncipes se concilien, haciendo concesiones, en la constitucion interior de cada uno de sus Estados y en sus mútuos poderes, como el Piamonte empieza á dar el ejemplo. La leccion de los tres últimos años confirma la de los quince siglos anteriores. Acuerdo y equilibrio de los príncipes, confederacion de los Estados, este es el problema.

Añadimos aun:

La Francia no solamente ha turbado y conmovido

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la Italia en el espacio de sesenta años, sino que cada vez que ha aparecido en la península, ha dejado alguna cosa detrás de sí. Despues de Napoleon, leyes civiles y un código; despues del gobierno de julio, un tribunal sábio al pié de los Alpes; despues de la revolucion contemporánea el ejército francés. Este, es cierto que al presente ha salvado á Roma del Austria, pero se puede esperar del que lo envió, que limitará sus servicios? El órden establecido en Italia no puede ser aquel de que habla el poeta:

Questa morte
D'ogni idea sublime che ordin si chiama.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

HISTORIA DE ITALIA.

PRIMER PERÍODO.

DECADENCIA Y CAIDA DE LA ITALIA ROMANA (395-476).

CAPITULO I.

ESTADO DE LA ITALIA A FINES DEL CUARTO SIGLO DE NUESTRA ERA (395) (1).

Decadencia política de Itatia, del Senado y de Roma.— Organizacion política.—Impotencia de la administracion; ruina de la agricultura; miseria de la península; decadencia del sentimiento religioso, de la literatura y de las artes.— El ejército y la Iglesia únicas instituciones que se mantienen vivas pero poco á propósito para salvar la Italia.

Decadencia política de Italia, del senado y de Roma.

A la conclusion del siglo IV de nuestra era, en esta época de crisis en que la antigüedad acaba donde el mundo moderno empieza, los vicios que minaban el Imperio Romano hacia tiempo, los peligros que le rodeaban, aparecian con un carácter mas amenazador en Roma y en la Italia que en las de-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

más provincias. Ese pueblo Romano que por la energía de su valor y su espíritu de disciplina habia bajo la república domado y gobernado tantas naciones, cayó á la muerte del gran *Theodosio* en la degradacion mas completa : y la Italia, despues de haber derramado su robusta poblacion por todos los desfiladeros de sus montañas y las orillas de sus mares, desde el Atlas al Rhin y al Danubio, del Tigris y el Eufrates al Occéano Atlantico, débil y casi despoblada, espera llena de terror la invasion de los bárbaros que no pudo someter.

De mucho tiempo atras todo anunciaba esta decadencia. La península habia perdido sin duda el privilegio de producir y nombrar sus emperadores. La España con Trajano y Adriano, la Gaula con Antonino, el Africa con Severo, la Siria con Caracalla, la Pannonia con Decio y Aureliano, la Arabia con Felipe, la Dalmacia, en fin, con Diocleciano, habian conquistado sucesivamente el honor de dar señores á la Italia y al mundo entero. Despues de Antonino, únicamente dos italianos habian conseguido formar parte de la estensa lista de los emperadores que se habian sucedido.

Estos señores estrangeros, no aprovecharon como debian el antiguo orgullo romano. Bajo la república, el goce de los derechos de la ciudad madre, de la ciudad conquistadora no habia traspasado los limites de la península. Bajo el Imperio Claudio, uno de los primeros césares, admitia á la Gaula entera á la participacion ; el Sirio Caracalla, de un rasgo de pluma concedió á todos los súbditos iguales derechos de ciudadanía é hizo descender á la Italia al nivel de las provincias que ella habia conquistado anteriormente, sin haberse cuidado de elevar primero á aquellas al rango del pais dominador. La importancia y poder del senado romano, de ese cuerpo célebre cuya perseverancia politica habia contribuido tanto como las legiones con sus armas al engrandecimiento de la república, fué desconocido y despreciado. Augusto li-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mitó sus derechos; Adriano le arrebató los restos de su autoridad legislativa; Galiano negó á sus miembros el honor de mandar los ejércitos; Constantino, en fin, en su nueva organizacion monárquica le relevó de toda influeneia en la administracion general del imperio y le redujo á la condicion limitada de un cuerpo municipal.

Sin embargo, hasta Diocleciano y Constantino, Roma y la Italia habian continuado siendo si no la cabeza, al menos el corazon del imperio; pero el primero con el establecimiento desu tetrarquia relajó todos los vínculos que unian á las provincias con la Italia y suscitó una rivalidad perjudicial en el seno mismo de la península entre Roma y Milan, residencia del augusto de occidente: el segundo, fundando Constantinopla por dar un baluarte á la Grecia y al Asia, elevó una segunda Roma y acabó de romper todas las relaciones de la Italia con el Oriente. La escicion del pueblo Romano, preparado de esta manera, llegó á consumarse definitivamente por la particion del imperio, despues de Teodosio, entre sus dos hijos Arcadio y Honorio. La Italia no fué desde entónces mas que el centro administrativo de las provincias del Occidente, principalmente desde el momento en que fueron todas ellas amenazadas por la invasion.

Perdida su primera línea de defensa, los germanos que habian atravesado el Danubio, avanzaban por las pendientes septentrionales de los Alpes como para ir á contemplar de antemano los fertiles y hermosos campos y las ricas ciudades que debian ser su presa mas adelante.

En tiempo de Honorio, las provincias al norte y al oeste de los Alpes van á dejar de pertenecer á la Italia, sea por el esfuerzo de los bárbaros que franquearán las fronteras, sea porque desplegarán los usurpadores un sistema de opresion tal, que será imposible contrarrestar. En este caso, la península reducida á sí misma, será al menos bastante fuerte para

(c) Instituto Cervantes de Madrid

salvar, en la disolucion general del imperio, su independencia y su nacionalidad?

Organizacion política de Italia.

La Italia parecia, haber recibido una organizacion hecha para asegurar la prosperidad de una region tan felizmente dotada por la naturaleza. En la division administrativa del imperio de occidente, la Italia se hallaba á la cabeza de la primera prefectura, que comprendia tres diócesis: La Italia propiamente dicha con la Sicilia, la Cerdeña y la Corcega; la Illiria con sus robustas y montañosas poblaciones de Dalmacia, de Noriega y de Pannonia, de donde han salido tan valientes emperadores y tan numerosos soldados; en fin, la de Africa con sus tierras fertiles del territorio cartaginés, la Byzacena y la Numidia. El Africa y la Illiria, unidas administrativamente á la Italia, bajo la autoridad superior de un prefecto residente en Milan, sirve á la península de granero y de baluarte con asegurarla su aprovisionamiento y su defensa.

Puesta como diócesis bajo la autoridad de un vicario dependiente del prefecto de Milan, encierra diez y siete provincias, teniendo cada una un carácter particular. En el norte los dos Rheties deben, con sus numerosas legiones, defender la frontera en lo elevado del Danubio; al oeste los Alpes guardan el desfiladero de Suze, y en el Mediterraneo, la Sicilia, la Corcega, y la Cerdeña forman puestos avanzados, y una segunda línea fortificada y provista de depósitos de hombres y de víveres. En el estenso canal del Pó, Venecia é Istria ocupan entre los Alpes julianos, Adige y el mar, el terreno montañoso, cortado por los torrentes de la Brenta y del Tagliamento los cuales descienden al fondo del Adriatico, y concentran en activa ciudad de Aquiles todo el comercio del norte con oriente; la gran provincia de Liguria que conduce de Adige á Gé-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nova atravesada por el Oglio, y el Tessino, bañada además por los lagos de Garda, Come y Mayor, se estiende sobre las dos riberas del Pó, y se eleva en ese *paraiso Italiano*, que aun conserva alguna fecundidad en medio de la pobreza general: allí está Milan, la nueva rival de Roma. En fin, de la otra parte del Pó hasta las primeras crestas de los apeninos, la Emilia, menos rica y menos vasta, encierra en su seno las ciudades de Plasencia y de Parma, encargadas de defender la entrada de la península por los desfiladeros de los montes y el curso del Rubicon, arroyo en otro tiempo sagrado.

En el centro la cadena desnuda y salvage de los Apeninos, separa la Flaminia, vuelve hácia el Adriático donde se baña Ravena, último asilo de los emperadores de la Etruria, mas adelante, la cual comunica por el Aro con el Mediterráneo occidental. Roma, que tenia un prefecto particular, estaba como flanqueada por tres antiguas y robustas provincias designadas alguna vez bajo el nombre de *Suburbicaire*, particularmente unidas á Roma de la que formaban la diócesis. Su antigüedad las habia ligado á Roma como una corona de sus primeras conquistas que fueron el orígen de su prodigiosa fortuna. En el medio dia, la *Compañia*, con sus antiguos límites, vió crecer y embellecerse á Nápoles, que parecia dominar ya á la Sicilia; feliz si no hubiera debilitado esta ventaja para sus habitantes, uniendo á las delicias de su clima todas las delicadezas de la civilizacion. En la estremidad de la península aparece el *Brutium*, unido á la Lucania con *Cosenza*, por capital; al oeste del golfo de Tarento y de la Calabria reunidas la Apulia con *Luceria* por capital; y finalmente en el oriente se descubre el Africa de donde tiene casi el mismo clima y de otro lado la Grecia con la cual mantiene comunicaciones bastante activas.

Cada una de estas provincias está gobernada por un presidente ó consular que depende del prefecto de la Italia. En todas

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las ciudades de importancia reside un conde encargado de representar el poder central. Estos agentes que provienen todos del consejo del emperador, compuesto de siete ministros, el gran chambelan, el señor de los oficios, el questor, el conde de las liberalidades conde del tesoro privado y los dos gefes de la guardia palatina (*condes domésticos*), trasmiten y hacen ejecutar su voluntad en todas las partes de la península, juzgando y asegurando el cobro de los impuestos, sin desterrar de la Italia sin embargo toda especie de libertad.

En el seno de las provincias, las ciudades han conservado en efecto su constitucion municipal. La órden de curiales compuesta de los mas ricos (*ordo decurionum*,) forman en cada ciudad una curia ó senado encargado del cuidado de los intereses locales y de escoger los *duumviros ó guatuorviros*, que administran la justicia en primera instancia, y del *curator ó censor* que administra los bienes y rentas de la ciudad. Para la proteccion especial de los intereses del pueblo, para el que no habia entrada en la *curia*, un *defensor* fué elegido por la masa de ciudadanos agrupados segun costumbre en diferentes corporaciones y era sumamente deplorable que la codicia imperial, convirtiese este último resto de libertad en un instrumento de tirania haciendo á los curiales responsables de los impuestos, y autorizando para hacer caer sobre los pobres, las vejaciones que esperimentaron de parte de los agentes del fisco.[1]

Impotencia de la administracion, ruina de la agricultura; miseria de la peninsula.

Esta organizacion no conjuraba las miserias que el despotismo imperial habia multiplicado en Italia mas aun que en el resto del imperio. La agricultura, primera condicion de la fuerza y de la importancia de un pueblo, pereció completamen-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

te en uno de los paises mas fértiles de Europa. Ya, en la época de la república, los grandes propietarios, viendo en sus esclavos malos cultivadores, y encontrando demasiado costoso el trabajo de hombres libres, habian convertido sus tierras laborables en vastas praderas (2). Vespasiano y Tito, quitando á la colonia, pueblos y villas, los pastos y bosques comunes (3), consumaron en un momento la ruina de todos los pobres propietarios que á falta de este recurso cesaron de continuar el cultivo y vendieron sus tierras haciéndose colonos de los mas ricos. Añádase á esto, la carestia de brazos y por consiguiente la carestia de los productos de la tierra, y se comprenderá como esas inmensas propiedades (*la difundía*), no llegaron á ser mas que jardines de lujo al rededor de las ciudades y vastas praderas que cubrieron la peninsula; y de aquí el que la Italia llegase á ser tributaria, para su subsistencia, de paises menos favorecidos por la naturaleza pero mejor cultivados.

En tanto que la Italia goza del privilegio de exencion del impuesto, que los emperadores imponen á otras provincias; una prosperidad ficticia oculta las causas de su ruina. Pero luego que la *capitacion*, la *indiccion* el *oro lustral* y *coronario* pesa igualmente sobre la Italia decaida y que las provincias se disputan los esclavos cogidos á los bárbaros, la miseria, la despoblacion acrece de un modo espantoso. Los grandes propietarios, á su vez los senadores sobre todo, que no podian tener bienes inmuebles mas que en Italia, se consternaron, y la pequeña propiedad arruinada, acabó de desaparecer por completo. En las ciudades el cuerpo de los curiales, impelido por la responsabilidad de los impuestos que pesaban sobre él, no solamente no pudo mantener la obra de los monumentos, de las murallas y los acueductos de las ciudades, sino que cayó bajo el peso de las cargas que se aumentaban todos los dias, y bien pronto sus miembros abandonaron la curia para refugiarse al menos entre la clase de los colonos. En los campos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se veia operar un movimiento contrario; los pequeños poseedores arruinados se refugiaban en las ciudades humillándose hasta participar de las distribuciones cada vez mas raras de pan y de aceite. En vano la ley quiso retener al curial en la ciudad, al colono en su campo, al obrero en su oficio encadenando al propietario á la curia, al agricultor á su campo, al trabajador á la corporacion; las ciudades se vieron abandonadas y próximas á la ruina, llenas de mendigos ambrientos y ávidos de los espectáculos del circo; viéronse los campos invadidos por todas partes de ladrones que se reunian en cuadrillas para saquear las ciudades ó los arrabales refugiándose despues en las gargantas de los Apenninos cerca de los pastores, cómplices y guardadores de sus robos; se vió en fin que el físco no podia influir mas en sus agentes responsables, y los propietarios eran abandonados por sus esclavos para ir á aumentar el número de los salteadores.

En el siglo III ya el mal habia tomado tales proporciones, que muchos emperadores comprendieron la necesidad de remediarlo. Aureliano intentó volver á poblar la Toscana y la Liguria; Valentiniano, en 370, estableció á los bárbaros á las orillas del Pó para que las cultivasen. Frigeriedo general de Graliano, transportó un poco mas tarde á los *Godos*, *Taifales*, y á los Hunos, entre Parma, Módena y Reggio que segun san Ambrosio no eran mas que ruinas y cadáveres de ciudades; (*tot semirufa urbium cadavera*). Honorio se vió muy pronto precisado á esceptuar del impuesto cinco mil cien jornales de tierra que se habian vuelto estériles en la fertil Campania. El fisco retrocedió delante de tantas ruinas como habia causado.»

El comercio no podia llenar el vacío que una agricultura desfallecida dejaba en los aprovisionamientos. Los habitantes de la península, á ejemplo de los antiguos Romanos, habian obstinadamente mirado con el menosprecio de sus antecesores el trabajo de los braceros, y la Italia recibia de fuera,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

no solamente los artículos, de primera necesidad sino los de lujo, los paños, las sedas, sin producir nada y sin exportar nada por su parte.

Postracion de los caractéres, decadencia del sentimiento religioso, de la literatura y de las artes.

La postracion de los caractéres, la desmoralizacion, habian seguido naturalmente á la decadencia política y á la miseria general; los soldados, los defensores de la Italia, degenerados, como los mismos emperadores y como el producto de la importacion estrangera. La Italia no produjo entónces ni generales, ni legionarios. Los senadores, los *clarísimos*, los *perfectìsimos* despues de haber sido relevados del mando militar en las provincias, habian acabado por tener á mucho honor la ecsencion que les dispensaba del valor. Avidos de los cargos civiles, tan lucrativos siempre, creian deshonrarse aceptando un puesto en los ejércitos. En el transcurso de dos siglos la Italia no habia producido un solo oficial notable. Los emperadores, despues de haber elegido los generales en las provincias, los escogieron mas adelante entre los bárbaros. Teodosio confió el mando general de las tropas del occidente á *Stilicon*, vándalo de orígen. Tales generales, tales ejércitos; las legiones se compusieron en su mayor parte de estrangeros, de bárbaros, á falta de peninsulares! El pueblo de las grandes ciudades de Italia huia del servicio militar que fue mirado en otro tiempo como el privilegio de los propietarios. Los descendientes de los romanos se cortaban los dedos para escapar á este servicio.

Los senadores ofrecen oro al emperador para que no aliste á sus esclavos y colonos y en su consecuencia se completa la desercion de los campos. La defensa del sagrado suelo es entregada por precision á los bárbaros.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Además, si los italianos no ansiaban combatir era porque ya no tenian, por decirlo así, ni patria ni religion. La Italia habia dejado de ser la tierra fértil que un dia alimientó tan grandes generaciones.

La religion, aquella á la que estaban acostumbrados á mirar como única y que les recordaba un pasado glorioso, desaparece para hacer lugar á una nueva fé, á una nueva creencia importada del oriente: esta religion se impone desde luego pero sin borrar un resto de simpatía y de cariño por sus antiguas y queridas creencias.

El senado romano acababa de enviar cuatro embajadas á Theodosio para obtener la restauracion del altar y de la estatua de la Victoria en el templo donde estaba; y fué preciso todo e celo ardiente y la perseverancia del arzobispo de Milan, Ambrosio, para vencer en el ánimo del emperador la elocuencia enteramente pagana del senador *Symmaque*. Algun tiempo despues, cuando Theodosio poderoso ya obtuvo de la mayoría del senado, despues de una discusion solemne, la condenacion de Jupiter y la exaltacion del Cristo, una minoría bastante fuerte protestó. Theodosio, armado de la espada de la ley proscribió los sacrificios, cerró los templos, disolvió los colegios de sacerdotes paganos; y los mas celosos, transcurridos algunos meses, se precipitaron á los templos para destruirlos, sin respetar al arte en aquellos santuarios de las antiguas supersticiones. Los italianos no defendieron ni sus antiguas sacerdotes, ni sus ídolos; algunos miembros del antiguo colegio de los pontífices abandonaron sus ropas paganas para revestirse los ornamentos blancos de los neofitos, y el pueblo ocupó algunos de estos templos, convertidos en iglesias cristianas como el Panteon en Roma. Sin embargo, en el corazon de muchos, la fortuna de la Italia aparecia condenada con sus antiguos dioses; y cuando una nueva desdicha aparecia, la juzgaban obra del abandono de la antigua religion asi como la causa del

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mal; estos eran mas numerosos que aquellos que, participando de la fé de San Agustin miraban la invasion de los bárbaros y la caida del imperio, como un castigo providencial de los crímenes gentílicos.

Las letras y las artes cayeron con la libertad, del mismo modo que la grandeza y la religion de la antigua Italia; la península era tributaria de las tierras vecinas, tanto por los dones del alma como por las necesidades del cuerpo y las perniciosas virtudes del corazon. *Agustin* habia llegado de Africa con el objeto de enseñar la retórica en la patria de *Ciceron*, de *Plinio* y de *Tácito*. *Pacato* habia sido llamado de la *Gaula* para hacer el panegírico de Theodosio. Un griego, el famoso Claudio, volvió á resucitar el arte de Virgilio y de Lucano para cantar las últimas victorias de Roma sobre los bárbaros; era preciso un egipcio, un Macerobe, para recoger con piadoso respeto, los secretos del hogar romano y del culto estinguido de los dioses penates. *Ambrosio*, arzobispo de Milan, y *Paulino* de *Nole*, jóvenes aun, se establecieron en Italia, aunque habian nacido en la Gaula. Un soldado natural de Antioquia, Ammiano Marcelino, fué el único que se sirvió de la lengua de *Tito Livio* para contar algunas veces con indignacion y dolor las miserias del imperio. Los mas opulentos ciudadanos, ataviados con los nombres de Raburrus y Tarrasius con el objeto de imponer al vulgo, lucen magnificas y flotantes ropas de seda de púrpura y de oro: únicamente se ocupan en practicar la usura ó en dar espléndidos festines en sus casas de campo de *Puteoli* y de *Gaota*: no penetran ya en sus estudios y bibliotecas y estas permanecen cerradas como las tumbas en que la luz del dia no penetra nunca. ¿Y el pueblo entretanto cómo aprovecha el dia? Desde muy temprano por la mañana se dirige á solazarse en los deliciosos baños del *Thermis*, poco despues se apresura á recibir su parte de tocino y de pan que gratuitamente se le distribuye, y olvidado enteramente del trabajo, se dirige mas tarde á tc-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mar asientoen en las gradas del circo, donde pasa dos horas disputando sobre la mayor ó menor ligereza de un carro ó de un color preferido, ó sobre el valor de los gladiadores.

La noche la emplea tambien dignamente, baste decir que es el momento reservado á los placeres de la taberna.

Del arte no es necesario hablar. Los romanos destruyen los antiguos monumentos de su gloria para que les sirvan de materiales en la construccion de sus moradas sibaríticas. Los senadores hacen fundir sus estátuas en oro ó bronce para eternizar su nulidad; pero cuando se trata de levantar un arco triunfal á un emperador victorioso, la falta de artistas hace que se despoje al arco de Trajano de sus magníficos bajos-relieves y de sus columnas. El mismo cristianismo en fin, que no ha tenido bastante poder para animar las piedras, arrebata las veinte y cuatro columnas de mármol violado del muelle de Adriano, para adornar con ellas la basílica de san Pablo.

Dos instituciones existian aun, que tenian alguna vida propia que eran el ejército y la Iglesia, pero no bastante fuertes para sostener por sí solas el antiguo órden de cosas, encontrándose en primer lugar oscurecidas y hasta cierto punto envueltas en la decadencia universal.

Un general superior, un gefe de caballeria, otro de infantería, dos duques y condes encargados de la vigilancia de las fronteras y de la proteccion de las provincias, era todo lo que constituia las dignidades del ejército, pero los cuadros de este se hallaban formados en su mayor parte de bárbaros al servicio del imperio, asi que, no era el antiguo espíritu romano el que animaba á las legiones en aqulla ocasion. Las diversas razas, costumbres y caracteres de todos los pueblos representadas en los ejércitos romanos, trajo en pos de sí y como era consiguiente, la indisciplina que cundió bien pronto en todo el ejército. Acostumbrados á obedecer al gefe que les prometia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mejor parte de botin, los mercenarios eran menos adictos al emperador, símbolo de la unidad del imperio, que al general ó gefe que los mandaba. Eran valientes, y por consecuencia amantes de la guerra, pero mas aun de los goces que les proporcionaba la corrupcion de las provincias romanas, y no teniendo de romanos mas que el nombre, estaban siempre dispuestos y prontos lo mismo á defender la Italia contra nuevos invasores, como á unirse á ellos si en el cambio aseguraban una crecida parte de provecho.

La Iglesia no tenia un presente mucho mas lisonjero.

No se observa en la península el entusiasmo del Africa y de la Gaula en la persecucion de la heregía. Frente á frente de san Ambrosio, único que dignamente sostiene su puesto, el arrianismo que combate la divinidad de Jesucristo levanta audazmente la cabeza contra la ortodoxia; la silla de Roma por su importancia y sus riquezas, escita en 366 la rivalidad ambiciosa de Ursino y de Damaso; sin embargo, la tradicion de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo, y la dignidad del patriarcado en occidente la dan una especie de supremacia sobre las otras iglesias, sus titulares ilustres.

Los obispos de Hipona, Belen y de Milan juegan en esta ocasion un papel muy importante. En vano Gracian, por una ley de 381, acuerda al Papa el poder de decidir las dificultades que puedan ocurrir entre los obispos, y en el mismo año el concilio de Constantinopla dando el primer rango á la silla de esta capital del oriente, reconoce implícitamente la supremacia romana. Los obispos de Roma no se atreven aun á obrar con entera libertad ni autoridad.

En cuatrocientos cuatro, por ejemplo, cuando la Iglesia entera sufrió un nuevo trastorno por la revelacion de Crisóstomo en Constantinopla, el Papa Inocencio dudó largo tiempo antes de pronunciarse abiertamente, supeditado, segun confesion que hizo en una de sus cartas, por varios personajes poderosos,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

no atreviéndose por esta razon á imitar al valeroso obispo de Bizancio que murió en el destierro.

La ambicion legítima de la Santa silla se mostrará bien pronto, conquistándose un lugar mas digno y mas importante en la península, pero al presente parece aletargada y participa del abatimiento general que hiere á todas las instituciones de la Italia.

CAPITULO II.

DISOLUCION Y CAIDA DEL IMPERIO DE ORIENTE (395-476) (4).

El emperador Honorio y el bárbaro Stilicon (395-398).

Despues de la muerte de Theodosio, primer personaje del imperio romano, se dividió este entre dos niños, el oriente destruido á Arcadio y el occidente á Honorio. El vándalo Stilicon, revestido del título de generalísimo de una milicia que contaba en su seno mas estrangeros que nacionales; esposo de la nieta del mismo Theodosio, de la bella y discreta Serena, Stilicon fué el encargado de la tutela de Honorio en la menor edad y de la regencia del occidente, ó lo que es lo mismo, del cuidado de ambos emperadores y de los dos imperios. Se aseguró desde luego como hombre precavido, en el poder militar, mientras que Serena en Milan se apoderaba del corazon del jóven Honorio al cual prometió su hija única y le dominó por largo tiempo. Stilicon se reunió al ejército que se hallaba en la alta Italia despues de la guerra contra Arbogasto y cuando se trató de las particiones entre los dos emperadores, tuvo un especial cuidado en conservar para Honorio, es decir, para sí

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mismo, las tropas mas valientes y mejor disciplinadas. Habil, ambicioso, lleno de energía y de astucia, receloso y vengativo, tenia muchas cualidades y defectos que unidos á una gran fortuna y en medio de un mundo corrompido, debian elevarlo á mayor consideracion.

La suerte de la Italia y del imperio se hallaba, por consecuencia, unida á la de su interés personal, y era tanto mas fácil, cuanto que el jóven Honorio, débil de cuerpo y escaso de talento, no se ocupaba de otra cosa que en criar pollos, cuya diversion constituia su mayor placer.

El deseo de gobernar y mas aun, el de castigar á Rufino ministro de Arcadio, rival que le habia querido perder y á quien odiaba, impulsaba á Stilicon á desear ejercer en todo el imperio el poder supremo que Theodosio le habia confiado; juzgaba que la unidad en el mando era una condicion precisa para la salvacion del pueblo romano, del mismo modo que conra la salvacion del pueblo romano, del mismo modo que consideraba á Arcadio y á su ministro incapaces de resistir á la nacion visogoda que habia atravesado ya el Danubio.

Bajo el pretesto de conducir por sí mismo las tropas de Arcadio á su destino de oriente, tropas que como ya hemos dicho eran las mas débiles y mas turbulentas, se dirigió sobre Constantinopla con el objeto de hacerse dueño del poder en el oriente á nombre de Arcadio. Detenido por una órden que Rufino dictó á su pupilo, tuvo que entregar el mando de las tropas al godo Gainas, sin renunciar por eso á sus proyectos. Al año siguiente, (396) aprovechando la invasion de los godos en el Atico y el Peloponesado, trató de adquirir nuevos derechos al favor de Arcadio, defendiendo su territorio. Desembarcó cerca de las ruinas de Corinto, con la intencion de cortar la retirada al gefe de los godos que venia de apoderarse de Argos y de Sparta, le cercaria en los montes Pholoe en las fronteras del Elide, obligándole al poco tiempo á rendirse por hambre; pero Alarico, aprovechándose de la negligencia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de los soldados romanos, atravesó de pronto las trincheras del enemigo y ganó á marchas forzadas el norte de la Grecia.

Habiendo esperimentado un desastre en vez de una victoria el ministro del oriente fué mal recompensado; el Eunuco Eutropo, nuevo ministro de Arcadio declaró á Stilicon enemigo público por haber entrado en armas en el imperio de oriente, y otorgó á Alarico el gobierno de la provincia de la Ilieria oriental, con el título de gefe supremo de la milicia. Los godos fueron colocados por este suceso entre Stilicon y la córte de Arcadio, el peligro que amenazaba incesantemente á la Grecia se volvió contra la Italia de la que Alarico habia llegado á ser su mas temible vecino.

Stilicon se dedicó desde entónces á gobernar y defender con mas cuidado el imperio de occidente. El ataque y el revés sufrido habia sido demasiado rudo. El mauro Gildon, conde militar de Africa, dueño por espacio de mucho tiempo de la hacienda y de la administracion civil, esplotadas en su provecho, continuaba asegurando á la Italia el envio de granos que nunca llegaban. Hasta entonces no habia sido sorprendido en la usurpacion que durante muchos años habia ejercido con entera independencia. Deseó hacerla mas por completa y reconoció desde luego por único señor al emperador de oriente que mas débil y mas lejano no seria tan importuno.

Stilicon hizo comprar trigo en la Gaula por conducto del prefecto de Roma, Symmao, para aprovisionar la ciudad durante la guerra, y esplotando el ódio africano mandó al Africa y á la cabeza de cinco legiones de veteranos á Maszascel; hermano del propio rebelde, que aceptó esta mision fratricida por vengarse de su hermano.

Devuelta de su comision, llegó á Milan vencedor, pero su audacia y su valor escitaron las sospechas y los celos de Stilicon y un dia que lo acompañaba, lo hizo precipitar de un puente al rio, donde se ahogó á la presencia misma de Stilicon

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en cuyos labios pudo sorprender la víctima en su agonía una sonrisa de secreta satisfaccion (398).

La Italia salvada de Alarico y de Radagaise. El imperio perdido (403-406).

Todas las fronteras, el Rhin y el Danubio aun se ven amenazadas: pero para la Italia, el enemigo mas próximo y el mas formidable se encuentra en los Alpes orientales; Alarico, gefe de un valiente pueblo anda largo tiempo errante por el imperio, impelido por la ambicion y el deseo de la venganza. No habia aceptado á Illyria, pais montañoso y frecuentemente talado y saqueado, sino con el objeto de prepararse á cambiarlo con una conquista mas espléndida. Estableció magníficos talleres donde se fabricaban toda clase de armas necesarias á los soldados; particularmente á las ciudades de Margus, de Ratiaria, de Nuisos y de Thesalónica, les encargó una cantidad considerable de lanzas, espadas, cascos y escudos, y recorrió las orillas del Danubio para reunir los restos esparcidos de este pueblo visigodo que huyendo delante de los hunos, habia pedido veinte años antes asilo en el imperio al emperador Valens. Stilicon no perdia de vista estos movimientos ni aquellos preparativos, y estaba muy gozoso de haber comprendido su amenazadora intencion.

Sin embargo, no se encontrabaa un preparado cuando en el año 403, Alarico se presentó en los Alpes julianos. La frontera se hallaba desguarnecida por el envio que fué preciso hacer de muchas legiones á la Rhetia sublevada; la actividad de Stilicon lo reparó todo, obtuvo del emperador Honorio, quien no habia disfrutado hasta entónces sino el gobierno de la baja córte, la promesa de sostenerse y defender á Milan hasta su vuelta; envió la órden á las tropas que guardaban el Rhin y á las de la Gran Bretaña para dirigirse á Italia, y atravesó él mis-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mo los Alpes cubiertos de nieve con el objeto de reunir mas número de ausiliares alemanes en medio de las tribus que acababan de sublevarse. Honorio no cumplió su promesa; cuando el enemigo pasó por el Mincio, Oglio y Adda, huyó de Milan y le fué forzoso detenerse en Asti, que los godos habian sitiado ya.

Ya era tiempo que el vándalo acudiese á la defensa del emperador. Stilicon cae de repente de los Alpes, atraviesa el Adda, cruza el campo enemigo para encerrarse en Asti, concentra sus tropas que llegan de todas partes, arroja á los godos mas allá del Pó, los estrecha en un campo cerca de Pollencia y el dia de la Pascua, en el momento en que sin inquietud y confiados en la solemnidad, celebraban el oficio divino, les hace atacar de improviso por un gefe pagano llamado Saul; empeñado el combate, acudió con sus tropas de refresco, se hace dueño del campo y se apodera de la misma esposa de Alarico en medio del botin. El gefe de los godos intenta inútilmente reparar su desgracia arrojándose al través de los Apeninos, para dirigirse sobre Roma por la Toscana, pero encontró siempre delante de sí á su victorioso enemigo, y en su retirada recibió todavía una ruda leccion cerca de Verona, con la toma de la cual habia querido asegurar su vuelta y su venganza.

Honorio se dirigió á Roma á celebrar un magnífico triunfo en honor de las victorias ganadas por Stilicon. Tres años despues, en 406, empezó la gran invasion del imperio por todos los hunos de las fronteras. Los vándalos, los suevos, alanos y burgondos pasaron al Rhin, límite de la Gaula, y una gran columna de bárbaros de todas las naciones, bajo el mando de un gefe llamado Redagaise, atraviesa el Danubio y aparece sobre los Alpes. Stilicon se prepara entónces á abandonar la Gaula. Ordena rápidamente un ejército numeroso compuesto de alanos que le eran adictos, de esclavos á quien les prometió la libertad y dos piezas de oro en recompensa, de godos y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de hunos que militaban bajo el mando de Huldino y de Sarus, gefes de bandas mercenarias que vagaban por las fronteras. El torrente invasor descendia desde luego de los Alpes véticos, pasó el Pó, y atravesó los Apeninos sin resistencia. En Toscana Stilicon con una habilidad y una perseverancia que nos recuerda la táctica de César, encierra á los bárbaros entre fuertes muros de circunvalacion que hace construir sobre los montes Foesules, los destruye en poco tiempo por el hierro y por el hambre. Radagaise obligado á rendirse, es decapitado y el resto de sus tropas vendidas á vil precio como esclavos.

La península se habia salvado por segunda vez, pero el imperio estaba perdido. La Gran Bretaña, despues de la partida de las legiones, recobró su independencia que tan mal sabia defender. La Gaula y la España abandonadas, pobladas de bárbaros, se arrojan en los brazos del usurpador Constantino, para tener un gefe contra el estrangero, y la Italia segun la espresion de Montesquieu llegó á ser únicamente una frontera.

Asesinato de Stilicon por Honorio (409); toma de Roma por Alarico (410); muerte del rey Visigodo (411).

El mismo emperador entregó lo que un bárbaro habia tan bien defendido. Stilicon, sin duda con el objeto de tomar sus precauciones, entró en negociaciones con Alarico y con gran descontento de las legiones romanas se le vió favorecer á los ausiliares que le habian prestado sus servicios y aun podian prestárselos nuevamente. Honorio cansado de la tutela del gefe del ejército y de Serena que le habia hecho casar con su segunda hija, despues de muerta la primera, se propuso tomar una determinacion. Uno de los favoritos llamado Olimpia, aumentó sus temores diciendo que Stilicon tenia el proyecto de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

coronar á su hijo Euchaire y de entregar la Italia á los estrangeros. No fué necesario nada mas para que Honorio resolviese el deshacerse de su ministro, acusado de conspirador. Todos los oficiales del ejército partidarios de Stilicon fueron muertos atrozmente. El héroe bárbaro, justamente celebrado por el poeta Claudio, fué sorprendido traidoramente por el godo Sarus, y se refugió en Ravena, donde recibió la muerte por mano de un oficial de palacio; en fin por un esceso de atrocidad cobarde é inaudita que nada puede justificar, Honorio firmó una órden y entregó á la carniceria y al pillage de sus legiones á las muegres los niños y los bienes que los mercenarios habian depositado en garantía de su lealtad en todas las ciudades de Italia.

Esta conducta precipitó aquello mismo que Honorio se proponia evitar. Mas de treinta mil mercenarios sedientos de venganza llamaron á Alarico, que no esperaba sino una ocasion. El rey de los Godos atravesó esta vez sin dificultad alguna el Adige y el Pó en medio de la desorganizacion completa del ejército romano; reunió á todos aquellos ausiliares furiosos y ofendidos, dejó á un lado al emperador, que temblando se refugia en Ravena, y como impulsado por una fuerza irresistible, llega por la via Flaminiana bajo los muros de la ciudad eterna (410).

Roma, aunque abatida ya y comenzando á ver arruinados varios de sus mejores monumentos, era aun la reina de las ciudades. Contaba mas de ciento diez y siete palacios resplandecientes de lujo, de los cuales, segun la espresion del poeta, no eran, otra cosa sino ciudades pequeñas en el seno de la gran ciudad, además una poblacion de ciento doce mil almas se encerraba en su recinto. Alarico rodeó de puestos numerosos los muros de la ciudad, interceptó las doce puertas principales y la navegacion del Tiber. Los romanos, en lugar de defenderse, pidieron furiosos la muerte de Serena, nieta

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del gran Theodosio, viuda de Stilicon, la cual les fué cobardemente entregada por el senado; despues se reunieron á algunos mágicos toscanos que con el permiso del prefecto Pompeianos, pretendian por sortilegios atraer el rayo contra los bárbaros sitiadores. En fin, el hambre y la peste empezó á diezmar la poblacion y los senadores abandonados por Honorio, enviaron una embajada á los bárbaros. Alarico exigió desde luego todo el oro y plata de los romanos con el objeto de reducirlos á la mas completa desesperacion; porque segun el mismo decia *cuanto mas la yerba se corta mas siega la hoz.* Sin embargo, su principal deseo era el de imitar á Stilicon, creando un nuevo emperador y haciéndose proclamar señor de la milicia, ya que Honorio le negó obstinadamente este título.

Este era el sueño de todos los bárbaros: colocarse á la cabeza de las fuerzas para dominar el imperio. Alarico hizo que el senado revistiese con la púrpura á un hombre llamado Attale, importándole poco aparecer el segundo en la distribucion de dignidades si realmente él era el primero en el poder. El pueblo Romano, el de Milan y una parte de Italia, reconocieron al nuevo emperador y al nuevo gefe de la milicia.

Pero una disension religiosa rompió bien pronto este acuerdo. Alarico y sus visigodos eran arrianos y los romanos encontraron digno de censura el que Alarico, distribuyendo sus favores, no tuviese en cuenta las esclusiones establecidas por Honorio contra los paganos y los heréticos. Algunas legiones romanas acantonadas en varias ciudades, en Boloña, por ejemplo, permanecieron fieles al emperador de Ravena. Una partida de mercenarios al mando de Sarus enemigo particular de Alarico rehusa reconocer como dueño al oscuro senador sobre cuyas espaldas habian arrojado un pedazo de púrpura imperial, y en su consecuencia las hostilidades con los visigodos nuevamente empezaron. En fin, de resultas de una es-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pedicion mal dirigida contra el Africa por Attale, en la que tal vez habia una parte de traicion contra el gefe de la milicia, el nuevo emperador y Alarico se desunieron, y el pueblo romano cansado de su señor que no sabia asegurarle su subsistencia, ni su gloria, volvió á proclamar á Honorio, y negó la entrada en Roma al rey visigodo.

Alarico exasperado por todas estas contrariedades, no dió oidos mas que á su cólera, hizo degradar á Attale, y volvió sobre Roma resuelto á acabar de una vez, pero de una manera terrible: Un gran número de esclavos se refugiaron en su campo. Los que permanecieron en la ciudad le abrieron sus puertas en la noche del 24 de agosto, y los bárbaros se precipitaron por ellas ávidos de sangre y de botin, siguiendo las huellas de los esclavos desencadenados que dieron el ejemplo del saqueo y de la venganza mas espantosa. En medio de esta dolorosa catástrofe, el fuego consumió muchos monumentos públicos y particulares, entre otros el palacio de Salustio. Todos los que se resistieron fueron despedezados sin piedad; gran número de mugeres de las que estaban consagradas á la Iglesia fueron ultrajadas en el templo, los palacios saqueados; las estatuas de los antiguos dioses ó de los emperadores fundidas ó hechas pedazos; el oro, la plata, la seda la púrpura, sirvió para adornar los carros triunfantes de los godos; los cautivos, torturados, vĕndidos ó guardados como esclavos. Los godos segun la órden de Alarico, no se detuvieron mas que delante de las iglesias de San Pedro y de San Pablo, donde se refugiaron algunos centenares de fugitivos como en un inviolable asilo. Así pues, el año mil ciento sesenta y cuatro de la fundacion, *cayó Moab*, segun la espresion de San Gerónimo; Roma, que no era otra cosa segun él mismo decia que el centro del antiguo mundo pagano. *¡Al fin fué tomada!* esclamó desde el fondo de su retiro de *Bethelem*; *¡ella, la que dominó un dia á todo el universo!*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Al cabo de seis dias, Alarico arrancó á sus godos al hambre que los amenazaba en Roma saqueada y los condujo con sus despojos hácia el medio dia de la Italia. Su proyecto era el de ir á colocar sus riquezas en seguridad en la Sicilia y establecerse con los suyos en este terreno fértil; pero al llegar á la Calabria cayó enfermo y lo condujeron á la pequeña ciudad de Corenza, pero las aguas del Busantin, saliéndose de cauce arrebataron el cuerpo de Alarico volviendo luego á su curso natural, robando de este modo á la posteridad la tumba de bárbaro.

El ministro Constancio y la princesa Placidia (411-423).

Ataulfo, cuñado de Alarico, que habia reunido su cuerpo de ejército godo algun tiempo antes de la toma de Roma, fué proclamado gefe ó rey de la nacion, que continuaba siendo la señora de la Italia. Con menos audacia, tenia sin embargo una gran inteligencia política y conocimiento exacto del estado del imperio, así que, despues de la desgraciada tentativa hecha por su predecesor, llegó á persuadirse que la turbulencia y la naturaleza caprichosa de los bárbaros no era la mas á propósito para el progreso de su obra. Renunció á las ilusiones que tenia hácia el mando romano, y no se dedicól desde entónces á otra cosa que á obtener para él y su ejército un establecimiento sólido en una provincia cualquiera del imperio.

Por otra parte el nuevo ministro de Honorio, Constantino, hombre de valor y prudencia, comprendiendo la imposibilidad de arrojar de la península definitivamente á los bárbaros, procuró ardientemente hacerlos pasar de las estremidades al centro, y de establecerlos en los llanos, para quedar de este modo dueño absoluto de las montañas y poder vigilarlos desde allí.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Placidia, hermana de Honorio, muger bella y ambiciosa, que habia sido prisionera de Alarico en el saqueo de Roma, y de la cual se habia enamorado Ataulfo, facilitó la negociacion entre la córte imperial y los godos. Admitida la proposicion de Constantino, Ataulfo evacuó la península, en 412, casó con Placidia en Marsella, desembarazó á la Gaula de los usurpadores que querian contrarestar la autoridad romana, y persiguió hasta mas allá de los Pirineos, á los vándalos, alanos y suevos. El recto cálculo de un romano y el amor de un bárbaro salvaron otra vez á la península.

Este suceso volvió naturalmente á Constantino todo el prestigio de que gozaba en la córte. Despues de la muerte de Ataulfo, obtuvo la mano de Placidia, que en un principio resistió las órdenes del emperador, negándose á descender desde un rey á un ministro, pero se resignó al fin.

El ministro hizo de su autoridad un hábil uso. En Italia disminuyó durante cinco años el tributo de las provincias de Campania, de Toscana, de Samnium, de Apulia y de Calabria, precisamente cuando mayor era la escasez numeraria. Volvió á poblar á Roma, asegurando por distribuciones gratuitas la subsistencia de la poblacion hambrienta de los alrededores. En las provincias, castigó la sedicion del conde de Africa Heraclio, que habia audazmente desembarcado en la ribera del Lacio, pero confirmó despues el nombramiento de Wallia, gefe de los godos en la Aquitania, el de los Burgondos en la *Sequanaise*, entre el Saona y el Jura, admitió el de los francos en el pais de Tongres y dejó á las poblaciones armoricanas que proclamasen su independencia; toda su ambicion, puesto que era preciso renunciar á la dominacion del occidente, consistia en conservar la Italia intacta y poderosa, preparando insensiblemente y con órden el desmembramiento del imperio. Mereció y obtuvo despues del nacimiento de Valentiniano, su hijo, que Honorio, que no tenia heredero, le

(c) Instituto Cervantes de Madrid

asociase al imperio, con el título de Augusto para él y el de Augusta para su muger Placidia. La Italia seria completamente dichosa si hubiese encontrado siempre un emperador que sacrificase en provecho de la misma todas sus ambiciones, toda su inteligencia.

El emperador Valentiniano III y el bárbaro Aetius (425-455).

La muerte de Constantino, en 421, sumergió á la Italia en nuevos desórdenes. Honorio y Placidia trocaron la buena amistad que se profesaban por un ódio terrible hasta el estremo de que esta se vió precisada á huir de Ravena con su hijo Valentiniano y refugiarse en Constantinopla cerca del emperador Teodorico I. Quedó solo, Honorio dando pábulo por su debilidad á que se despertasen todas las ambiciones. A su muerte, 423, fué el heredero designado, Valentiniano III, pero estaba ausente, y Juan, primer secretario ó limosnero del emperador, intentó revestirse la púrpura imperial, apoyándose en los mercenarios y en el gefe de la milicia, Castino, que le era adicto. El emperador de oriente Theodosio confió un ejército á Ardibarius y á Aspas sus generales para que inmediatamente fuesen á restablecer en el trono al jóven Valentiniano III. Juan suplicó en tal situacion á Aetius, oficial romano y de orígen bárbaro, viniese á levantar un ejército á sus espensas en Germania, pero la celeridad de Ardabarius trastornó todos sus planes. Aguiles fué sorprendida atravesando el Pó, los pantanos de Ravena franqueados y el usurpador hecho prisionero en su capital, entregado á la irrision del pueblo y decapitado en seguida. Aetius, que llegó despues de este hecho á la cabeza de sesenta mil hunos no tuvo otro remedio que tranquilamente firmar la paz con Placidia contentándose con el título de conde. Valentiniano fué reconocido emperador bajo la tute-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la de su madre y esta cedió á Theodosio en recompensa de sus servicios, la Ilyria occidental, que se hallaba en el mas completo abandono á pesar de ser una de las fronteras de la Italia.

El trono de occidente volvió á ser ocupado por la sangre de Theodosio y la dignidad romana apareció como salvada; pero bajo el gobierno de una muger y de un niño, los gefes militares y los mercenarios fueron mas díscolos y mas audaces que bajo el mando de Honorio. Aetius que se mantenia en tan buena inteligencia con los bárbaros mas allá del Danubio y conservaba gran autoridad en la córte imperial, podia prestar grandes servicios á la Italia y al imperio. Su conducta mostró que no todos sabian imitar la de Stilicon. Celoso del favor de que gozaba el conde de Africa, Bonifacio, consiguió poner en mal á su soberana con un servidor fiel que para vengarse introdujo en Africa á los vándalos, ya señores de una parte de la España. En vano Bonifacio, que reconoció demasiado tarde su error, intentó rechazar los bárbaros y defendió con encarnizamiento la ciudad de Hippone en cuyo sitio murió el obispo San Agustin. Cuando volvió á anunciar á Roma y á Italia que habian perdido su provincia nutritiva (431) encontró siempre á su implacable enemigo.

Contra la opinion de Aetius, Placidia mas acostumbrada en domar á los bárbaros que á obedecerlos, recibió sin embargo á su rival con muestras de favor y le dió el mando general de las tropas de occidente. Aetius atacó á aquel con sus fieles hunos, le presentó la batalla y le hirió mortalmente. Declarado Aetius enemigo público por Placidia, se retiró con los suyos á Pannonia bajo la proteccion del rey de los hunos Rugila, y volvió bien pronto con un ejercito mas numeroso á imponer sus servicios á la emperatriz.

Nombrado señor general de la milicia, adornado por algunos escritores de su tiempo con el título de *duque y general de los*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

romanos de occidente, poderoso en fin en la córte de Ravena, procuró defender el imperio y lo hizo con valor y habilidad, pero como de costumbre no mirando mas que á su interés particular. Genserico, dueño de Cartago, inquietaba demasiado con sus buques la Sicilia y las costas de la Italia y fué preciso cederle el Africa como á un antiguo aliado á pesar de las quejas de Roma. En Italia reforzó las guarniciones para tener mas número de mercenarios bajo sus órdenes. En Gaula ocupó el paso del Rhone y del Loire; contuvo en los límites que les habian sido marcados á los visigodos y á los burgondos y rechazó á los francos mas alla de la *Somme*, menos con el objeto de hacer respetar el imperio que con el de defender su propia situacion. La invasion de Attila en la Gaula, en 451 hizo vacilar su fortuna al mismo tiempo que la suerte del Estado. En esta ocasion sin embargo fué cuando se mostró verdaderamente valeroso y grande.

El feroz rey de los hunos, despues de haber largo tiempo tenido á Constantinopla intimidada, reclamó de Valentiniano la mano de Honoria su hermana, y como dote la mitad del imperio. Al saber Aetius que las hordas de los hunos y sus aliados habian atravesado el Rhin, reune todos los bárbaros establecidos en la Gaula, los burgondos, los visigodos y los francos; marcha á su cabeza al encuentro de Attila que le esperaba en los llanos de la Champagne, le presenta la batalla y gana sobre aquel la célebre victoria de los campos Catalannicos.

El Papa San Leon y los bárbaros, Attila y Genserico segunda toma de Roma (452-455.)

Cuando al año siguiente Attila sediento de venganza pasó el Danubio y los Alpes y se arrojó de nuevo sobre la Italia, Aetius no fué tan dichoso; le habian abandonado los bárbaros de la Gaula que no defendian mas que sus posesiones, no pudo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

obtener nada de los italianos incapaces para la campaña y el número de sus fieles mercenarios habia disminuido mucho. Aquiles, largo tiempo defendida con heróico valor por los godos ausiliares, cayó la primera en poder de Attila y fué saqueada y arrasada. Los habitantes de la Venecia, consternados, se refugiaron con lo que pudieron llevarse en las riberas del Adriático en medio de esas lagunas en donde nació mas tarde Venecia, la bella imágen de la nueva Italia, que no debia erigirse sino sobre las ruinas de la antigua. Solo anunciaba á Roma una suerte terrible. Valentiniano no se creia muy seguro en Rávena; en Roma el senado y el pueblo sorprendidos del abandono de Aetius temblaban á su vez. Fueron salvados sin embargo por una intervencion enteramente nueva é inesperada.

Los primeros personages del senado y el obispo de Roma, Leon, fueron los encargados de apaciguar el bárbaro. Leon por sus cualidades personales y por la elevada dignidad de su cargo, gozaba de un gran crédito en occidente; ya como archidiacono de la iglesia romana habia sido encargado en otra ocasion por el emperador de terminar una querella suscitada en Gaula entre el patricio Aetius y el prefecto del pretorio Albinus. En aquellos momentos en que la autoridad política del imperio se iba disminuyendo notablemente, él habia sostenido dignamente en muchas ocasiones, la autoridad espiritual de la silla de Roma. En Gaula volvió á su puesto á Celidonius, arrojado de él violentamente por Hilario; cambió de Arles á Viena la dignidad metropolitana y obtuvo para este objeto una órden del emperador Valentiniano que encargaba á la iglesia por el interes de la paz reconocerle como su gefe universal. *Tunc enim demum Eclesiarum pax utique servabitur. si rectorem sumu agnoscat universitas.* En oriente el famoso asunto de Eutyches condenó al concilio *Epfeso* á favor del de Constantinopla (450); y al año siguiente (451) el de Chalcedonia reconoció implícitamen-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

te la supremacia del obispo de Roma sobre la de todas las iglesias.

El momento era favorable para obrar en el ánimo del bárbaro; el clima mortífero de la Italia comenzaba á diezmar á los hunos: Aetius se aproximaba á la cabeza de un gran refuerzo enviado por el emperador de oriente, Marciano.

Por el aspecto venerable y por las severas palabras del soberano pontífice de los cristianos, aterrado por el recuerdo de Alarico, que no sobrevivió mucho tiempo al saqueo de la ciudad eterna, Attila se dejó desarmar dándose por satisfecho con la promesa de un tributo, y se retiró mas allá del Danubio donde pereció al poco tiempo. La Italia sin embargo de la postracion del imperio, fué por la primera vez deudora de su salvacion al Papado (452).

Roma salvada, Valentiniano III comprendió que sus gefes en la milicia y los bárbaros que les servian de ausiliares no combatian sino por interes propio; sus mercenarios adictos y sus relaciones con los bárbaros, era lo que mas daba en que pensar á Valentiniano del mismo modo que en otra época Stilicon habia dominado á Honorio. Cansado ya de las continuas exigencias y peticiones del salvador de la Gaula, que al presente demandára para su hijo Gaudentius, la mano de la hija del emperador Eudoxio, Valentiniano aquel niño imberbe (*semi vir amens*) mató á Aetius con su propia mano y precipitó las últimas convulsiones del imperio.

El peligro no habia desaparecido del todo con la retirada de Attila. El vándalo Genserico lanza sus piratas sobre las costas de Sicilia y despues de la caida de los hunos, la nacion de los ostrogodos pasa el Danubio y se establece en Pannonia próxima á los Alpes orientales. Valentiniano, entregado enteramente á sus criminales placeres, armó un cobarde lazo á la esposa de Maximo el mas ilustre de los senadores con el objeto de deshonrarlo, y este olvidando la salud de la patria por vengar á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su esposa que murió de vergüenza, asesinó al emperador, se posesionó violentamente su trono y se hizo su muger á la viuda Eudoxia, lo cual puso colmo á este tejido de crímenes y de venganzas, llamando contra su nuevo esposo á el bárbaro Genserico, y entregándole la ciudad de Roma (455.)

En presencia del vándalo que desembarcó en Ostia, el pueblo romano sublevado no tiene otro valor que el de matar á Máximo, su nuevo emperador. San Leon no pudo detener al arriano Genserico tan fácilmente como al rey de los hunos; solo concedieron á los habitantes la vida, y Roma fué otra vez (455) entregada al saqueo y al pillaje, durante catorce dias y catorce noches. Las iglesias no obtuvieron mas respeto y consideracion que los templos paganos. La bóveda de bronce dorado del capitolio fué robada, las riquezas de Jerusalen traidas á Roma por Tito, se trasladaron á Cartago, y la emperatriz, sus hijos y un gran número de nobles familias siguieron á los vencedores al Africa.

El suevo Ricimero, los emperadores Avitus, Majoriano, Severo Anthemius y Olybrio (455-472.)

Despues de esta segunda humillacion, Roma y la Italia, lejos de conservar la energía y el imperio sobre los bárbaros acampados en las provincias, fueron, por el contrario, su juguete por largo tiempo. El rey de los visigodos, establecido en el mediodía de la Gaula, Theodorico II, hizo elegir y coronar por emperador, por una asamblea de diputados de la provincia de Arlés á Avitus, gefe de la milicia en Gaula, pero de escaso talento para el papel que se le imponia. Los romanos, descontentos de tener por emperador á un franco, impuesto por un estrangero, no se atrevieron, sin embargo, á deshacerse de él.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El gefe de las tropas mercenarias en Italia, el suevo Ricimero, descendiente por parte de madre del rey visigodo Wallia, se encargó de sacarlos del apuro. Hombre de guerra, enérgico y valiente, si no tenia la audacia ó la habilidad para erigirse señor, queria al menos disponer del imperio, como Aetius en otro tiempo. Echó de Roma á Avitus, que no habia tenido sino el tiempo necesario de hacer pronunciar su panegírico por Sidoine Apollinaira, y despues de diez meses que estuvo vacante el imperio, hizo que el senado y el pueblo eligiesen á Majoriano, oficial romano bastante distinguido, y en el cual esperaba encontrar una persona dócil.

La buena cualidad de que se hallaba adornado, hicieron esperar una nueva aurora de felicidad para el imperio, pero inútilmente procuró evitar la caida. No teniendo casi mas que defender la Italia, lo hizo con vigor. Libró á la Campania de las escursiones de Genserico, desafió y batió á los alemanes en los Alpes, y detuvo á los burgondos y los visigodos en su carrera, fijándoles el Rhone por límite en la Gaula.

La rebaja de todas las rentas que cobraba el fisco, aliviaron en gran manera á las provincias de Italia. El restablecimiento del cargo de defensor y algunos beneficios otorgados á la triste condicion de los curiales, devolvieron á la ciudad algun tanto de vida municipal; la prohibicion absoluta de atentar con mano profana á los antiguos monumentos, que los romanos modernos degradan para utilizar los materiales en la construccion de sus modernos palacios, detuvo instantáneamente la ruina de todas las grandes obras artísticas que fueron la admiracion del mundo. Sábias leyes intentaron moralizar las costumbres. General hábil antes que todo, Majoriano, se aprestaba al mismo tiempo á conducir una espedicion á Africa, para trasportar á Italia el trigo de aquel fértil terreno. A la cabeza de gran cuerpo de bárbaros mercenarios de Italia y un número crecido de reclutas de gepidos y os-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

trogodos, se dirigió á la ciudad de Cartagena en España, donde habia concentrado una flota considerable. En el momento en que iba á partir, los barcos fueron sorprendidos por Genserico, incendiados y echados á pique en el puerto mismo.

Este acontecimiento lo perdió á él y al imperio á un tiempo. Ricimero, que observaba con envidia la gloria y los progresos del emperador que él mismo habia elevado, se aprovechó (461) de su desgracia, y haciendo sublevar las tropas contra el emperador, lo hizo matar, colocando la púrpura sobre los hombros de un hombre oscuro é incapaz, llamado Libio Severo, todo con el objeto de quedar como absoluto dueño y soberano á la sombra de un imbécil. El bárbaro llega, en efecto, á ser el señor, pero solamente en Italia, porque Egidio, gefe de la milicia en Gaula, y Marcelino en Dalmacia, acabaron de desmembrar el imperio, declarándose independientes. Ricimero debia al menos dedicarse á la defensa de *el reino de la Italia*, como ya se empezaba á lla mar el centro de imperio abatido, pero no fué así. Los vándalos continuaron saqueando las costas de la península, atacaron la Sicilia y se apoderaron de la Cerdeña, en tanto que la tiranía del cobarde asesino de Majoriano no hallaba un correctivo. De Stilicon á Aetius, de Aetius á Ricimero, se mide exact amente la decadencia del imperio.

Para obtener socorros del emperador de Oriente (Leon el Tracio), contra los vándalos, Ricimero hizo matar á Livio Severo (468), y recibió de la mano de Leon, como emperador, al noble senador Authemio, esposo de la hija menor de Marcio, de la que *Sidoine Apollinario*, el panegirista, hizo el elogio, mejor dicho, la oracion fúnebre.

Habiendo rechazado Genserico el ejército y la flota enviadas contra él, Ricimero, aunque casado con la hija de Anthemius, abandonó é hizo traicion á su suegro por reconocer un yerno de Valentiniano, llamado *Olibrius*, impuesto por Gen-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

serico. Anthemius, que no quiso ceder el puesto al recien venido, fué sitiado en Roma. La toma de la ciudad no fué funesta únicamente para Anthemius, condenado á muerte por su yerno, sino tambien para todos los habitantes que fueron víctimas de un nuevo pillaje, tanto mas terrible, cuanto que los esclavos y el populacho desencadenado, mezcló sus venganzas y su codicia á la de los soldados vencedores.

Los últimos emperadores; los bárbaros Oreste y Odoacre; abdicacion del Senado Romano (472—476).

A la muerte de Ricimero y de Olybrius, acaecida algunos meses despues de esta catástrofe, no se trataba mas que de saber qué emperador ó qué gefe iba á ser elegido. Un individuo llamado Gondebaud, de la familia de los reyes burgondos, establecido en una parte de la Gaula, que habia recibido de Olybrius el título de patricio con el mando de los mercenarios, revistió por su propia autoridad de la púrpura á un oscuro oficial de su ejército, llamado Gliccrius. Nombrado rey de los burgondos poco tiempo despues, el bárbaro no defendió la obra. El emperador de oriente, Leon, envió, como nuevo señor de la Italia, á Julio Nepos, que envió á Glicerius, con el título de obispo, á la ciudad de Salona, y no tuvo mas tiempo que el de ceder cobardemente la Auvernia á los godos por la intervencion de Epifanio, obispo de Paria, que parecia dedicado únicamente en preparar al imperio la mas dulce muerte. Escogió para gefe de la milicia á Oreste, antiguo secretario de Attila, que llegó á colocarse despues á la cabeza de los ejércitos del imperio. Oreste, no participando de los escrúpulos que habian detenido á sus predecesores, marchó á la cabeza de sus mercenarios, contra Ravena, obligó á su dueño á huir y refugiarse en Dalmacia, é hizo proclamar emperador á su propio hijo, Rómulo Augustulo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pero el bárbaro no comprendió toda la fuerza y la gravedad de la revolucion que habia encendido. Los cuerpos mercenarios compuestos de *rugos*, *turcilingos* y *herulos*, que militaban bajo sus órdenes, cansados de ser únicamente defensores asalariados de la Italia, quisieron á su vez y á ejemplo de su gefe, llegar á ser los verdaderos poseedores. Como los visigodos y los burgondos, que se habian establecido antes en la Gaula, pidieron la tercera parte de las tierras de la península; Oreste se negó á esta exigencia, y ellos encontraron instantáneamente otro gefe mas lógico y mas atrevido.

Era este un rugiano nombrado Odoacro alistado en la milicia y que mandando un cuerpo de herulos prometió á los descontentos satisfacer sus deseos si querian seguirle. Puesto á la cabeza de las legiones, sitió á Oreste en la villa de Pavía, la cual fué entregada al pillage, lo hizo prisionero y lo mató, desterrando á una casa de campo á *Lucullanum* y á *Romulo Augustulo*, á este último Cesar, que por una especie de irrision ó de casualidad reunia los nombres del fundador de Roma y del fundador del imperio. En Roma el mismo senado, cumpliendo las órdenes del audaz bárbaro, proclamó por fin el antiguo órden de cosas y en una carta dirigida al emperador de oriente declaró que un solo soberano era suficiente para llenar los deberes de la majestad en occidente y en oriente; por lo cual era inútil el prolongar por mas tiempo la sucesion imperial en Italia, suplicando á Zenon en el nombre de *la república* acordase á Odoacre el título de patricio y el gobierno del *diocesado* de Italia.

No faltaba á la debilidad del senado mas que sepultar por si mismo la antigua gloria de Roma y redactar la abdicacion de la Italia haciéndola descender del rango de Señora del mundo al de una simple diócesis, proclamar en fin un hecho pronosticado hacia tiempo. La supresion del nombre de imperio de occidente no fué sino una consecuencia precisa de los desa-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciertos anteriores y no ha quedado mas que un recuerdo vago pero glorioso, en el corazon de los italianos y de todos los pueblos nacidos de sus veneradas ruinas.

Este recuerdo, sin embargo, no dejará de tener su importancia. Los pueblos de Occidente, largo tiempo acostumbrados á recibir con temor y respeto lo que llega de Roma, están dispuestos desde luego á la obediencia espiritual que el obispo de aquella ciudad exigirá de ellos. Roma pagana dejará la herencia de su supremacia á la Roma cristiana. Por otro lado los italianos en su miseria invocarán mas de una vez como una proteccion y una esperanza ese nombre de Cesar, sinónimo de su prosperidad y de su grandeza. A despecho de la abdicacion del senado, aun hay un gran vacío que llenar en el occidente.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

SEGUNDO PERÍODO.

LAS INVASIONES Y LOS REINOS BARBAROS (476-888).

CAPITULO III.

LOS OSTROGODOS EN ITALIA (476-568) (5).

Reinado de Odoacre. — (476-489) *Invasion de los ostrogodos, su gefe Teodorico; muerte de Odoacre.*—(490).—*Establecimiento y organizacion de los ostrogodos en Italia.—Poder de Teodorico y prosperidad de la Italia; visita á Roma* (500).—*Guerra en la Gaula* (508).—*Dietrico vau Bern.—Querella religiosa; Boecio y Simmaco; muerte de Teodorico* (526).—*Amalasuntha y Theodato* (526-536).—*Vitigio y Belisario; Toma de Roma y de Ravena por los ostrogodos* (536-540).—*Tobila engrandece la fortuna de los ostrogodos* (541-552).—*El eunuco Narses; últimos reyes godos; Invasion alemana* (552-554),— *Gobierno y desgracia de Narses* (554-558.)

Reinado de Odoacre (476—489.)

La revolucion que puso fin al imperio de occidente en 476 y sometió la Italia al bárbaro Odoacre y á sus mercenarios, no era mas que el establecimiento definitivo de estrangeros que aunque defendieran hacia tiempo la península, exigian por sus servicios lo qué fué solo concedido á los ejércitos anteriores que formaron sus lejiones en Gaula y en España. De sus resultas todo lazo fué roto entre la Italia y el resto de occidente, entre el pasado y el presente; la península empezó una vida nueva.

Odoacre no parecia desprovisto del talento necesario para hacer de las ruinas de un imperio, un reino poderoso y libre. Envió al emperador Zenon las insignias imperiales, satisfecho de conservar para sí la realidad del poder bajo el título modesto de patricio. Segun la promesa hecha á los bárbaros,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la tercera parte de las tierras y de las casas de los esclavos, les fué repartida; grandes masas de mercenarios llegaban para tomar su parte en los despojos. Odoacre se esforzó porque se llevase á cabo con mejor órden posible este acto de despojo de los antiguos poseedores. Conservó la administracion civil, que continuó ejercitándola bajo sus órdenes un prefecto del pretorio; las leyes del imperio fueron respetadas; el senado y el consulado que habian sido abolidos, se restablecieron al cabo de siete años. Los soldados y los compañeros de Odoacre formaron en Italia una especie de guarnicion militar cuyo sueldo habia sido pagado de una vez con la larga cesion de tierras y de bienes.

El bárbaro mostró en todos sus actos la misma firmeza. Despues de un motin, al que habia dado lugar la eleccion del Papa en Roma, defendia su derecho ante una eleccion hecha sin su consentimiento; en las fronteras castigó á los asesinos de Julius Nepos en Dalmacia y batió á los rugienos que atacaban la Noriga. Bastante fuerte para dominar sus deseos, cedió la Provenza á los godos establecidos en la Gaula; recobró de Genserico el antiguo granero de Roma, la Sicilia, pero con la condicion de pagarle un tributo. No acertó sin embargo en su proyecto de fundar una dominacion poderosa y durable en Italia, como los visigodos en España. Sus mercenarios reclutados en todas las naciones, eran poco numerosos y formaban un cuerpo demasiado heterogéneo. Los italianos que veian en ellos unos bandidos y en su gefe un arriano y un herege, estaban dispuestos mas bien á traicionarle en ocasion oportuna que á hacer causa comun con él. En fin, Odoacre, que conocia los beneficios del despotismo imperial, habia continuado esplotando en provecho propio todas las exigencias del fisco; así que la poblacion de Italia disminuyó notablemente despues que la península se halló privada del trigo de Africa. El Papa Gelaso hace trasportar á Italia los productos de las tier-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ras que poseia en la Emilia y la Toscana, en donde apenas se encontraba un hombre para el trabajo.

Invasion de los ostrogodos; su gefe Theodorico; muerte de Odoacre (490).

Odoacre no pudo defender su conquista, cuando una nueva nacion se presentó sobre la frontera de los Alpes. Este era el segundo bando de la valiente y vagabunda nacion de los godos, que aparecia mas bien para atravesar como un torrente, como lo habian hecho los visigodos que para establecerse como imperio sólido y duradero. Sometidos algun tiempo por Attila, los ostrogodos despues de la muerte de este habian fijado sus reales en la Pannonia con el consentimiento del emperador de oriente, obligándose á vigilar y defender las provincias. Despues de haber obedecido á sus tres gefes Walamira, Widemiro y Theodomiro, se habian reunido al fin bajo la bandera de uno solo, del jóven y valiente Theodorico, originario de la raza de los amalos, y que habia estado mucho tiempo prisionero y en rehenes en la córte de oriente. Adoptado como hijo de armas por el emperador, Leon I el Traceo, defendió á su pesar á Zenon contra el usurpador Basilicus; pero se cansó al fin de las intrigas de los griegos y obtuvo de aquel la autorizacion de procurar los medios de hacer entrar á la Italia bajo sus leyes y dominacion, estableciéndose en su pueblo. Se puso á la cabeza de dos cientos mil bárbaros, llevando carros, mugeres y niños y riquezas, es decir todo un pueblo, un nuevo mundo, (*migrante in Italiam mundo*).

Odoacre colocó á su paso en los Alpes para recibirlo al rey de los gepides, Ardarico y algunos sarmutas, pero esta avanzada fué batida, y el mismo Odoacre, no pudiéndose mantener sobre el Isonzo se retiró á Adige cerca de Verona, donde presentó y perdió una batalla decisiva, se sometió

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á Laurentio y Epifanio, obispo de Milán y de Pavia, tan luego como la defeccion de varios gefes y la de Tufa, uno de los mas valientes, le convencieron de la pérdida de toda la Liguria.

Odoacre aprovechándose bien pronto de una nueva traicion de Tufa, recobró á Milan, y el obispo Laurentio y los habitantes fueron castigados severamente, é hizo retroceder sobre Pavia al rey Teodorico, cuyo ejército, durante un invierno riguroso, fué mantenido por los cuidados y desprendimiento de Epifanio. Pero en la primavera, con nuevos socorros enviados de la Gaula por su aliado el rey de los visigodos, Theodorico dió á su adversario una gran batalla en el Adda. Fué sin embargo rechazado hasta las trincheras de su campo, pero los enérgicos consejos de su valerosa madre le hicieron volver con encarnizamiento al combate. Animó á los suyos, les dió ejemplo con prodigios de audacia y de valor y acuchilló sin piedad á su enemigo en derrota hasta las puertas de Ravena.

La dominacion de la Italia dependia de la posesion de esta ciudad defendida por los dos pequeños rios el Ronco y el Montone por un lago bastante considerable y un estenso bosque de pinos. Durante el sitio que duró largo tiempo, Theodorico sometió á Rimini, Parma, Plesance, Mantua, Cremona, para dejar Rávena aislada enteramente. El obispo de la ciudad, Juan, previendo en fin una catástrofe, medió para que se llevara á cabo una conciliacion como correspondia á su carácter eclesiástico y llegó á conseguir la estipulacion de un tratado por el cual Odoacre y Theodorico deberian conservar cada uno el título de rey, y sus soldados godos y herulos distribuirse la posesion de las tierras y bienes, pero al cabo de poco tiempo la imposibilidad en la realizacion de semejante arreglo hizo nacer querellas incesantes entre aquellos que conservaban el orgullo de la victoria y que no podian olvidar la vergüenza de la derrota. Tal vez Odoacre no juzgaba su anterior desgracia irreparable.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Theodorico resolvió violentamente y por un crímen, esta falsa posicion. Invitó á Odoacre á un banquete y en él le dió de puñaladas, mientras que por su órden los principales gefes enemigos eran sorprendidos y muertos á traicion en el resto de la Italia. La península pasó así de los herulos mercenarios á los ostrogodos, y de Odoacre, á Theodorico.

Establecimiento y organizacion de los ostrogodos en Italia.

Los ostrogodos componian un pueblo enteramente bárbaro, en el cual el cristianismo llevado en medio de ellos por misioneros arrianos no habia podido dulcificar su carácter; desconocian la agricultura y últimamente habian arruinado la Thracea cortando el brazo derecho á todos los habitantes de esta provincia que se hallaban en el estado de manejar el arado. En cambio su rey Theodorico gozaba de la robusta constitucion de su raza, debida á los ejercicios de una guerrera juventud; una educacion mas esmerada le hacia familiar con las costumbres y las leyes del mundo romano aunque no estuviese del todo perfeccionada y participase de la brutalidad de su época. Ennodia su panegirista, alaba la movible espresion de su rostro, lo retrata hermoso en la alegria, terrible en la cólera y dispuesto siempre para la guerra como para la paz. Parecia el mas á propósito para presidir á la creacion de una nueva nacion poderosa por la mezcla de ostrogodos é italianos, verificada bajo su dominacion, como la que tuvo lugar en otro tiempo entre los galos, romanos y los francos, bajo el reinado de Clovis.

Asi lo intentó y considerándose como heredero y conservador de las instituciones imperiales en Italia, no permitió que se cambiase nada. Tomó solamente para él la autoridad suprema y cedió á sus compañeros las tierras como retribucion

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ó sueldo de sus servicios del mismo modo que Odoacre lo habia ejecutado. Era lo menos que se podia pedir de los conquistadores, gobernar y partir el pais que se encargaban de defender. Una recompensa proporcionada al nacimiento, un rango en el ejército, un número de esclavos y de cabezas de ganado, fué asignado á cada individuo sobre las propiedades, y de este modo los hizo á todos ciudadanos é interesados en la prosperidad y conservacion de la Italia. El gefe de los ostrogodos encargando á algunos romanos entre ellos á Liberius, de la distribucion y particion de estos dominios, trató de dulcificar cuanto fué posible esta usurpacion de posesiones, que no se llevó á cabo como es natural sin algun desórden. En los primeros momentos pensó no hacer estensivos los repartos á los soldados que habian servido en el ejército de Odoacre; pero la intercesion de Epifanio le hizo cambiar de idea; y los antiguos mercenarios participaron igualmente del despojo y de la ocupacion.

Hecho esto, el rey Theodorico se esforzó en restaurar el antiguo edificio político y civil del imperio. Restableció todas las antiguas dignidades y las confió á los romanos, nombró prefecto del pretorio á Siberius que habia defendido á Cesener contra Theodorico hasta que supo la muerte de Odoacre; confió la questura á *Eugenio*, el gobierno del mediodia de Italia al magistrado *Casiodoro* y elijió para su secretario al hijo de aquel que redactaba en estilo pomposo las misivas y las órdenes del bárbaro. Los cargos de *Patricio*, *Vicario*, *Questor*, gefe de los oficios, del tesoro público y privado, todos los cargos de la administracion romana y la mayor parte de los impuestos fueron mantenidos en su integridad. En Roma el consulado y el senado fueron restablecidos, aunque se mantuvieron en la misma nulidad política que antes. La organizacion municipal fué conservada igualmente.

Arriano Theodorico, respetó sin embargo el culto de los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

italianos, admitió en su amistad y sus favores á Epífano de Pavia, á Laurentio de Milan, y envió una vez al primero una suma de plata considerable para el rescate de los cautivos que hicieron los burgondos en la diócesis. Mientras duró su reinado, el obispo de Roma vió aumentado y enaltecido su poder y su importancia, tanto que llegó á ser despues de el rey el intermediario del clericato católico, no solamente de la Italia, sino de otros paises donde Theodorico estendió bien pronto su influencia y dominacion y obtuvo del mismo la nulidad de la interdicion pronunciada por Odoacre contra la eleccion del Papa sin el permiso del soberano temporal. Gracias á este buen acuerdo, las inmunidades de la Iglesia se conservaron; pero los clérigos quedaron sometidos en general á la jurisdiccion secular y los judíos protegidos tambien, pudieron reparar sus sinagogas. Las leyes severas contra paganos y los mágicos fueron estrictamente mantenidas.

Deseoso de trasmitir su obra á la posteridad, Theodorico pidió y obtuvo de Anastasio la devolucion de las insignias imperiales desdeñosamente enviadas á Constantinopla por Odoacre. Vistió la púrpura, la túnica romana, la clauside y el coturno de color, é hizo adoptar las costumbres romanas á sus principales oficiales, para obligar al resto de la nacion á que imitase su ejemplo. A fin de que no pareciese que deseaba entablar rivalidad con el imperio de oriente, se contentó con el título de rey y consintió en someter cada año á la confirmacion de la córte de Constantinopla, la eleccion del cónsul de Roma; pero tuvo buen cuidado de concentrar entre sus manos y en las de su nacion, toda la autoridad política y la fuerza militar. Era el primer magistrado de Roma como el primer gefe del ejército. Confirmó en las ciudades la eleccion de sus curadores y defensores; nombró en las provincias y en las ciudades condes godos y algunas veces romanos, que gozaban un verdadero poder civil dependiente de su mando mi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

litar; en fin, distribuyó en las diferentes guarniciones de la Italia y los puestos de las fronteras, el valiente ejército enorgullecido con tan famosa conquista.

Durante su reinado, la Italia pareció dividida en dos pueblos; el uno de los godos dedicados al manejo de las armas, el otro de los romanos dedicándose á los ejercicios de las magistraturas civiles ó demas pacíficas ocupaciones. Los gefes militares acantonados en sus respectivas demarcaciones se entretenian en el ejercicio de las armas, á imitacion de la escuela militar de Ravena. Los antiguos habitantes por el contrario, alejados por tanto tiempo de la vida militar, continuaron frecuentando sus escuelas no ocupándose mas que de llenar las funciones administrativas y civiles. Esta separacion sin embargo no fué efecto de la voluntad de Theodorico, que hubiera asignado á cada una de las dos naciones su parte en la vida pública; en prueba de ello admitió con gusto en su ejército á algunos condes romanos, como á Servatus, Cipriano, Assios y Juliano; en contraposicion hizo dar una educacion enteramente romana á su hija Amalasumta y á su sobrino Theodato é hizo que algunos de sus bárbaros tomasen parte en el senado y aun les dió cargos civiles en la administracion.

Era necesario á dos pueblos tan distintos tribunales y jueces diferentes. Los romanos conservaron sus antiguas formas judiciales, los godos fueron juzgados por un conde godo, únicamente en las causas entre romanos y godos, el conde bárbaro se asociaba á un magistrado italiano para juzgar el asunto; precaucion que no impedia que los intereses de los romanos fuesen frecuentemente sacrificados á los de sus amos. Theodorico hizo todos los esfuerzos que pudo para borrar estas distinciones; publicó un edicto que debia servir de régimen á los godos y á los romanos y por el cual se procuraba la fusion de las costumbres y la amalgama de las leyes; abolió la costumbre bárbara de los duelos judiciarios, de la compo-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sicion, y de las pruebas sujetando á los godos á las formas establecidas por el código Teodosino. Theodorico hizo mas; sirviéndose de la elegante pluma de su secretario, invitó á la union y concordia á godos y romanos. «Hos hallais repartidos y vivís bajo un mismo imperio, les dijo, que los corazones se unan, los godos deben amar á los romanos, á título de vecinos y de hermanos, y los romanos deben apreciar á los godos como á sus naturales defensores.»

Poderío de Theoderico; prosperidad de la Italia; visita á Roma [500]; guerra en Gaula [508], Dietric.

Durante toda la vida de Theodorico, dedicó todos los esfuerzos de su prudencia y de su firmeza á corregir los defectos y conducir el imperio á un estado de prosperidad desconocida. Se hizo á sí mismo esta ilusion hasta el punto de decir: «El romano imita al godo, el godo sigue al romano.» Fuerte en medio de esta conflagracion general ocupó un honroso y respetable puesto entre los reyes bárbaros que se habian distribuido las provincias del desmembrado imperio de occidente. Ejerció ígualmente sobre ellos por sus alianzas y por la fuerza de sus armas una especie de dominacion de arbitraje. Obtuvo en un casamiento la mano de Audefleda, hermana de Clovis, poderoso rey de los francos; dió igualmente su hermana Amalafreda al rey de los vándalos Trasamunda, su sobrina, Amalberga al rey de los turingienos; Hermanfroya; su hija Tendigota, al rey de los visogodos Alarico II y Ostrogoda su otra hija á Segismundo hijo de Gundebando rey de los burgondos. Las provincias de Dorica, de Dalmacia y de Pannonia que servian de frontera á la Italia, estaban casi siempre en revolucion desde que habian sido ocupadas por los bárbaros destruyendo hasta los menores vestigios de la dominacion roma

(c) Instituto Cervantes de Madrid

na. Theodorico castigó á estas poblaciones turbulentas; batió y mató en la Dorica al rey de los rugos que anteriormente habia sido su aliado. Quitó la Pannonia á Gepido Trasarico que apoyaba indirectamente á Anastasio, y por sus victorias aseguró á la Italia la posesion y defensa de los Alpes y del Danubio; desde estos puntos protegió á los alemanes contra los francos, y al otro lado de los Alpes se aprovechó de las disensiones de los burgondos y de sus guerras con Clovis para apoderarse del paso de los Alpes griegos.

Asi, respetado ó temido de todos sus vecinos, fué como vigiló y protegió á Verona su ciudad predilecta; Theodorico aseguró á la Italia una tranquilidad de que no habia disfrutado hacia largo tiempo y de la que se aprovechó la misma para volverse á elevar de sus ruinas. El desagüe de las lagunas Pontinas y de Espoleto se verificó bajo la proteccion del rey. Las costas del Adriático desde la Istria hasta Ravena, la trasformaron en una nueva Campania, las ordenanzas de Theodorico sobre la agricultura y la esportacion aseguraron la subsistencia de Italia. El *Cursus* ó sea correo público establecido tambien por él, reavivó las relaciones al mismo tiempo que aseguró la pronta ejecucion de las órdenes reales trasmitidas por mensageros que llevaban el nombre de *sassones*. La afluencia á la feria anual del Leucothoe ó de san Cipriano en Lucania demostró la nueva prosperidad de esta provincia que poco tiempo antes no era mas que un desierto. La esplotacion de las minas de hierro de la Dalmacia y una mina de oro en el pais de los brutienos añadió una nueva actividad.

La visita que Thedorico hizo á Roma en el año 500 es la imágen fiel de toda su conducta. Hizo su entrada seguido de los personages mas ilustres de las dos naciones gótica y romana y fué recibido por el sábio Boecio prefecto de Roma á la cabeza del senado y por el Papa á la cabeza del clero. En el capitolio mostró la mas grande deferencia hácia los senadores que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

espontáneamente votaron para elevarle una estátua de oro. Trató al pueblo con la deferencia y cariño á que no estaba acostumbrado, hizo distribuir doscientas mil medidas de harina y constituyó un fondo crecidísimo para asegurarle distribuciones ó limosnas anuales. La poblacion romana creyó haber encontrado á su emperador, cuando Theodorico presidia la lucha de las fieras en el coliseo. La conducta del rey respecto al clero fué todavia mas hábil. Sin embargo de su condicion de arriano, depositó sobre la tumba de san Pedro una ofrenda considerable. Un cisma estaba próximo á estallar en Roma de resultas de *henotica* de Zenon; los dos partidos habian estado muchas veces hasta el punto de llegar á las manos; Theodorico con gran talento impuso la tranquilidad en la ciudad, remitiendo la decision de la querella á la iglesia, y ordenando la reunion de un sínodo de obispos que relevó á Simmaco de las acusaciones lanzadas contra él, proclamándole el único Papa legítimo. Apreciador de los monumentos artísticos que encerraba la ciudad de Roma, no cesaba de admirar los teatros de Pompeyo y de Marcelo en sus templos y en sus palacios, los colocó bajo la salvaguardia de un arquitecto particular prohibiendo á los ciudadanos degradar ninguna obra artística, costeando á sus espensas la reparacion de los que se hallaban en mal estado y decretando un impuesto sobre las aduanas del puerto de Lucrin para la conservacion de los mismos; añadiendo para el mismo objeto y de su bolsillo particular, doscientas libras de oro cada año y veinte y cinco mil ladrillos. Estos deseos reparadores no fueron esclusivamente dedicados al recinto de Roma; en Ravena, Pavia, Espoleto, Nápoles y en algunas otras ciudades fueron restauradas ó construidas nuevamente iglesias, acueductos, baños, pórticos, y en Verona principalmente, se elevó un palacio, monumento el mas antiguo y mas auténtico de la arquitectura goda.

Una ocasion se ofreció bien pronto á Theodorico de probar

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hasta donde rayaba su influencia y su poder. Despues de haber tratado de evitar la guerra en el esterior entre los francos y los visigodos, se vió obligado á tomar bajo su proteccion á toda una nacion de hermanos, cuando Alarico II fué muerto en la batalla de Poitiers. Su general Ibbas batió al nieto de Clovis cerca de Arlés, tomó á Narbona y Carcasona, y atravesó los Pirineos, para arrojar lejos del pais á un usurpador que se habia educado á espensas del jóven Amalarico. En vano el emperador Anastasio, aliado de Clovis, procuró distraerlo enviando un ejército á Italia; mil pequeñas embarcaciones ligeras equipadas á tiempo por los desvelos del prefecto del pretorio *Abundantius*, garantizaron las costas de la península. Theodorico conservó la Septimania á los visigodos, tomó para sí la provincia de Arlés, donde estableció al prefecto Biberio y estendió su autoridad sobre los dos brazos reunidos de la nacion gótica desde el Danubio al estrecho de Gibraltar. Segun *Dietrich von Bern* del poeta aleman, conocedor á fondo de la historia de Theodorico, este combatió valientemente, aumentó la importancia del tesoro, unió la moderacion á la fuerza, fué un guerrero pacificador, y dominó igualmente como Etzel, por su talento y juicio como por su espada, á todos los reyes bárbaros.

Querella religiosa; Boecio y Símmaco; muerte de Theodorico (526).

La Italia unida bajo la dominacion de una nacion poderosa y de un hombre de genio, recobró con su prosperidad el primer puesto en occidente; obra brillante, pero que, minada de vicios en la primera ocasion, dieron lugar á las mas tristes consecuencias. Los doscientos mil bárbaros, señores de la Italia y orgullosos de su fuerza, soportaban dificilmente la imposicion del respeto que les estaba ordenado para con los vencidos, y el pago de los impuestos que debian satisfacer

(c) Instituto Cervantes de Madrid

igualmente que aquellos á su gefe comun. Sin embargo, de las numerosas leyes publicadas contra los godos que violaban las propiedades de los romanos, este crímen se renovaba con demasiada frecuencia. Por su parte los romanos no olvidaban tampoco, á pesar de todas las consideraciones de que eran objeto, que un bárbaro, un arriano los habia conquistado y los tenia bajo el yugo de una especie de aristocracia militar ; así que , procuraban recobrar por la astucia lo que les habia sido arrebatado por la violencia. Theodorico además , conservando intacta toda la administracion política y civil de los romanos, no habia hecho otra cosa sino continuar las tradiciones del despotismo imperial , tanto mas odioso á los antiguos habitantes , cuanto que era ejercido por un estrangero.

La religion fué la primera piedra de choque donde vino á estrellarse la fortuna de los godos y el nuevo reino de Italia. Theodorico habia profesado, por boca de Casiodoro , y emitido la idea de que el soberano no ejercia imperio alguno sobre la religion , porque no podia obligar ni forzar la creencia individual , así que , habia hecho respetar escrupulosamente la libertad de cada uno ; pero el castigo inferido en la persona de algunos ortôdoxos exaltados por las violencias ejercidas por los judíos en Roma y Ravena, dispertó el general descontento entre los católicos. En todas las iglesias los predicadores empezaron á santificar la persecucion , exaltando los ánimos. La desconfianza se deslizó poco á poco en el alma de Theodorico. El uso de armas fué prohibido á los italianos , y los senadores , á quienes se suponia en relaciones secretas con la córte de Bisancio , fueron estrechamente vigilados.

Theodorico, arriano concienzudo, hallaba en estas circunstancias razones poderosas de temor respecto á la doctrina de la que entonces él era el solo representante de algun valor. Habia visto á Clovis destruir con los visigodos al arrianismo de la Gaula, y los burgondos acababan de abandonar su antigua fé.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Theodorico sabia como se hacia entonces servir á la religion como arma política, y se habia mantenido siempre en guardia contra la ambicion de Constantinopla. Un edicto del emperador Justino contra los súbditos arrianos, sin esceptuar á los godos ausiliares, dispertó mas vivamente la esperanza de los italianos, pero al mismo tiempo escitó hasta el mas alto punto la cólera del rey, que habia esperado hasta entonces que los ortodoxos imitasen sus tolerancias. Hizo partir inmediatamente hasta Constantinopla al Papa y á cuatro senadores mas, para obtener la revocacion del edicto, y en caso contrario, amenazó por represalias prohibir el culto ortodoxo en Italia. Las amenazas de persecucion no consiguieron nada. Theodorico supo que el Papa Juan, sin obtener nada de Justino, le coronaba solemnemente por segunda vez en Constantinopla y se creyó vendido. El senador Albinus fué acusado en pleno senado de haber atentado á la libertad de Roma, y haber mantenido á nombre del mismo senado una correspondencia culpable con Justino; se defendió valerosamente ante el consejo y el personage mas ilustre de la Italia, el inmortal Boecio, que acababa de escribir su libro de *La Trinidad* contra los arrianos, se levantó para reclamar su parte en el crímen de Albinus. « Si Albinus es culpable, dijo, yo lo soy tambien y todo el senado romano que me escucha. »

Theodorico habia prodigado sus favores á Boecio, tanto, que hacia dos años consiguió que fuesen elegidos cónsules dos hijos de aquel. Esta oposicion en su consecuencia le pareció que añadia la ingratitud al crímen, é hizo prender al ilustre senador, como culpable de haberse dirigido al emperador Justino en demanda de recursos para la libertad de la Italia. El senado, temblando, condenó á Boecio, y Theodorico lo mandó encerrar en la torre de Pavia, donde escribió su hermoso libro, titulado *El consuelo de la filosofía*. Sin duda alguna, la lectura del primero de los capítulos de esta obra fué la que im-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pulsó á Theodorico á sacar á Boecio de su prision, para entregarle al suplicio de la rueda. Poco tiempo despues, Símmaco, suegro de la víctima, sufrió el mismo suplicio, por no haber podido contener su dolor, y el Papa Juan, en el momento que regresaba de Constantinopla, fué encerrado igualmente en una prision en la que murió al poco tiempo.

La cólera del bárbaro contuvo á los italianos; pero la obra de Theodorico fué estéril. El mismo, lleno de tristeza, al comprender algunos de sus desaciertos, atormentado por los remordimientos, perseguido incesantemente por sangrientas imágenes, pues sucumbió poco tiempo despues en un acceso de fiebre ardiente (526), y su muerte fué la señal de la decadencia de su reino. Aun se vé en Ravena la tumba que encierra sus despojos, la cual hizo construir en vida, y cuya cúpula enorme y maciza la forma una sola piedra de Istria, suficiente para probar que la arquitectura de los godos nada merece el honor de dar su nombre á ese arte ojival que destaca en todas las grandes obras arquitectónicas de la edad media.

Amalasonta y Teodato; (526-536).

Despues de la muerte del gran Theodorico, los visogodos de España se separaron de los ostrogodos y pidieron por rey á Amalarico, que Theodorico habia tomado bajo su proteccion; Amalasonta, hija del gran rey, viuda de Eutharico príncipe godo de la raza de los amales, tutora de su hijo Atalarico que en aquella fecha solo contaba diez años, no pudo sostener mas que en Italia la obra de la conquista. Los grandes oficiales de la córte, ante el lecho de muerte del mornarca, habian jurado fidelidad á su hijo y á su nieto, así que desde el primer momento los emisarios de Amalasonta hicieron reconocer su autoridad en Roma, Liguria, Gaula y Dalmacia; con una prudencia que recordaba la de su padre y los consejos de Ca-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

siodoro, esta mujer bella y sábia procuró captarse desde luego la voluntad del emperador de oriente, haciendo grabar su busto en la moneda con el nombre solo de su hijo; devolvió sus bienes á los de Boecio y de Simmaco, confió los primeros cargos civiles á los romanos, continuó protegiendo á los antiguos habitantes contra las violencias de sus compatriotas, dió á su hijo la instruccion que ella misma habia recibido y demostró qué hubiera mantenido todo aquello que su padre habia fundado, si una muger hubiera sido capaz de hacerlo en una época de barbarie.

Ni la poderosa voluntad de Theodorico, ni los buenos deseos de Amalasonta eran bastantes á imponer el yugo de autoridad á los bárbaros impacientes, ni á conjurar los peligros de esta instintiva repulsion de dos pueblos enteramente distintos en costumbres y en lengua sobre un mismo pais. Lejos de proteger á los italianos, los bárbaros querian oprimirlos todavia mas, y los romanos y el clero ortodoxo volvian continuamente sus miradas hácia Constantinopla no pudiendo sufrir que la autoridad suprema se hallase en las manos de una muger. La primera señal de revolucion, nació en el palacio de Ravena. La reina Amalasonta que con gran trabajo obligaba á su hijo á que admitiese la educacion romana, dió un dia en la mejilla un bofeton al jóven rey; algunos señores godos descontentos de ver á su gefe educado de esta manera, le arrancaron á su madre para hacerle un verdadero rey bárbaro y le confiaron á sus guerreros. Tres de entre ellos, mas particularmente indispuestos contra Amalasonta, formaron el complot de dar al jóven rey toda la autoridad del soberano. Amalasonta amenazada por los suyos se apróximó al imperio de oriente para asegurarse en último caso la retirada, é hizo condenar á muerte á los gefes godos que conspiraban contra ella; pero la muerte del jóven Atalarico, víctima de los escesos que le permitian sus nuevos señores, complicó la situacion (534).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Amalasonta no creia en la máxima bárbara de que la lanza no debe convertirse en rueca y se propuso continuar en el reinado. Por otra parte un sobrino del gran Theodorico llamado Theodato, discípulo de Platon, bárbaro civilizado que no tomó de las costumbres romanas mas que los vicios, ansiaba la sucesion de Amalarico y estaba en relaciones con la córte de oriente creyendo llegado el momento de recobrar positivamente la Italia. Amalasonta, rodeada de peligros, ofreció á Theodato la participacion de su trono lo cual la perdió igualmente que al reino de los godos. Theodato empezó por hacerla encerrar en una isla del lago de Bolema, y habiendo descubierto que desde allí imploraba la proteccion de Justiniano, la hizo estrangular en un baño. Esta era la ocasion esperada por el nuevo emperador Justiniano, decidido á arrancar la Italia á los godos, como acababa de arrancar el Africa á los vándalos, ordenó á su general Belisario pasar con sus mercenarios á Sicilia é Italia.

Vitiges y Belisario, toma de Roma y de Ravena por los ostrogodos (536-540).

Los godos no podian contar sino con sus propias fuerzas. Los antiguos habitantes veian acercarse con alegría á aquel que los libraba de la dominacion de espoliadores bárbaros y heréticos; los sicilianos se rindieron á la primera intimacion. A la primera noticia de que Mondon habia entrado en Dalmacia y de que Belisario se aproximaba, el discípulo de Platon, tan poco á propósito para sustentar una corona, la abandonó por una vergonzosa pension y el permiso de vivir filosóficamente en la Grecia. Belisario desembarcó sin oposicion en Reggio, que le fué entregada por el hierno de Theodato y se dirigió sobre Nápoles por los pueblos de Brucium, de la Lucania y de la Campania; ochocientos godos y un cuerpo de judíos bas-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tante numeroso, fueron los únicos que en Nápoles opusieron una viva resistencia. Pero Belisario hizo penetrar á sus soldados por un acueducto en la ciudad y todo el mediodía de la península reconoció sus leyes (536).

Habiendo comenzado así la lucha, parecia natural que los godos no pudieran sostenerse largo tiempo; sin embargo, ellos encontraron en su valor bastantes recursos para luchar diez y ocho años. En el puesto de Theodoto, asesinado en su huida por un godo que vengó en él una injuria personal, colocaron á Vitiges; este, para consolidar su trono, se casó con la hija de Amalasonta, y cedió la Gaula ostrogoda á los francos con el objeto de prevenir otra guerra que Justiniano suscitaba contra él. Durante este tiempo, Belisario habia sido recibido en Roma con un gran entusiasmo á pesar de haber en ella una guarnicion decuatro mil godos y por un pueblo que esperaba recobrar los trigos de la Sicilia y del Africa y que aclamaban en Belisario un soberano ortodoxo.

Pero Vitiges, despues de haber reforzado las guarniciones de las plazas mas lejanas, volvió con su ejército sobre el mediodia por la via Flaminiana y el puente Minnino. Belisario habia hecho inmensos preparativos de defensa, armado los habitantes pobres, reparado las fortificaciones; trasformó por la primera vez la tumba de Adriano, mas tarde castillo de San Angelo, en ciudadela, animando todo este movimiento con su presencia. Vitiges estableció el cerco de la ciudad en siete campos fortificados al rededor de Roma, é intentó varios asaltos que por el pronto no tuvieron resultado. Durante un año (538) los ostrogodos se obstinaron en este ataque sin embargo de las bajas que les causaba el aire pestilencial de los alrededores de Roma, y Belisario se mantuvo únicamente á la defensiva á despecho de los romanos, que empezaban á encontrar un poco duros los sufrimientos del hambre y de la peste. El general del emperador de oriente se vió en su consecuencia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

obligado á redoblar su vigilancia para prevenir traiciones. Desterró á muchos senadores, é hizo deponer al Papa Severo por demasiado adicto al concilio de Calcedonia. Un socorro de cuatro mil mercenarios, que la muger de Belisario Antonina fué á buscar á Ostía; una revolucion á favor del emperador en Milan y el paso de los Alpes por los guerreros francos, cambiaron las situaciones respectivas y desalentaron á los ostrogodos. Levantaron su campo y se pronunciaron en retirada hácia el norte dejando detrás de ellos á Belisario dueño de Urbino, de Fesule, de Orbieto, de Auximun y Narses de Trentin y finalmente de la provincia Emiliana.

La llegada de cien mil bárbaros francos que se anunciaron con la ruina de la gran ciudad de Milan, podia cambiar los azares de la lucha; fueron cortados á la vez por los griegos y los godos. Su gefe Teodeberto batió indistintamente á los godos, y á los griegos; quemó las casas de campo, arruinó las ciudades donde entró, retirándose con un ejército diezmado por el hambre y la peste, pero despues de haber hecho mas daño á la causa de Vitiges que á la de Justiniano (539).

Pasado este huracan, Belisario encerró poco á poco á los godos en Ravena. Justiniano lejos de continuar la guerra, preferia abandonar á los godos la Liguria al otro lado del Pópero. Su general persistió en la negativa; se aprovechó de los ofrecimientos de algunos traidores que le prometieron reconocerle por rey de Italia; hizo penetrar las embarcaciones en el puerto; hizo posesionarse á sus soldados de los arrabales y ocupó la ciudad en su propio nombre, á pesar de la desesperacion de las mugeres de los godos que herian en la cara á sus maridos á la vista del pequeño número de los vencedores. A la nueva de que Vitiges era cautivo, el resto de las godes que formaban las guarniciones de las diferentes provincias de Italia se sometieron humildemente, creyendo salvarlo todo y cambiar únicamente de rey; pero Belisario les

(c) Instituto Cervantes de Madrid

anunció entonces que habia trabajado únicamente para su señor y no para sí mismo, y dejando en su lugar diez generales griegos que acabaron su obra, creyó poder ir á conducir por sí mismo, en calidad de presionero, al rey de los godos á los pies del emperador Justiniano, y anunciarle que la península formaba de nuevo parte del imperio: (540) sin embargo, no era todavia así.

Totila restablece la fortuna de los ostrogodos (541—552.)

Algunos millares de godos determinados y valientes, encerrados en Pavía, reusaron obedecer, y comprendiendo que se les habia hecho traicion, primero nombraron un gefe llamado Ildebaldo y que fué asesinado al poco tiempo y despues otro llamado Totila.

Este, sobrino del último rey, procuró reunir todos los bárbaros diseminados en Italia y restaurar su poderio. Se aprovechó de la division de los generales griegos que no se ocupaban mas que en hacer su negocio particular, y despues de haber batido algunas tropas en el veronesado, dispersó veinte mil enemigos cerca de Faenza: recobró á Nápoles, Cumes, la Lucania, la Pouilla y la Calabria, y despues de haber privado, con esta posesion, de granos y trigos á Roma, volvió sobre ella y la sitió. El sistema fiscal del imperio, aplicado de nuevo por Justiniano á la Italia, y la conducta de sus diez generales, habia sido mas que suficiente para echar de menos la dominacion goda. Totila, con su ejército, aumentado considerablemente con gran número de tránsfugas y de esclavos armados, cercó y bloqueó á Roma despues de haber acaparado los granos, aprovechándose de la miseria y escasez para volverlos á vender á precios ecsorbitantes, acreciendo de esta manera su fortuna y especulando con el hambre y la muerte de los romanos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Belisario mismo, que volvia con otra espedicion, comprendió que no le seria posible detener la nueva fortuna de los godos. Despues de haber rechazado al general griego que se habia posesionado ya de la embocadura del Tiber y trababa de seguir su corriente, Totila tomó por asalto la puerta Asinaira, penetró en la ciudad, entregó al pillage las casas de los ricos ciudadanos, hizo demoler una gran parte de aquellas murallas que le habian detenido tanto tiempo, y no hubiera ni aun respetado los mas bellos monumentos sin una carta de Belisario. Abandonó la ciudad casi desierta llevándose consigo los senadores y mas ricos ciudadanos que encerró en las diferentes fortalezas de la Campania, yendo en seguida á situarse sobre el monte Gargano (547).

Belisario, despues de su partida, volvió á tomar posesion de las ruinas de la ciudad, arrojando de ella á la débil guarnicion que la defendia, hizo levantar sus murallas de manera que pudieran resistir un asalto ; pero cuando descendió al mediodía con el objeto de arrebatar á Totila la Lucania y la Campania se encontró falto de tropas suficientes para tal empresa. Desmayado todo su valor se hizo llamar nuevamente á Constantinopla. Totila creyó llegada la hora de una restauracion completa basada en el poderío de los godos; volvió á entrar en Roma, fortificándola y llamando en su aùsilio al senado y al pueblo (549.) Pasó á la Sicilia, á la Córcega y á la Cerdeña que unió á la Italia, é hizo atacar por sus naves las costas del Epiro.

Las ciudades de Ravena y Ancona fueron las únicas que quedaron en poder de los griegos. Totila se prometia mas aun. Restableciendo el gobierno de Theodorico, queria sin embargo mejorarle por la observancia de la mas rigurosa justicia. «En el tiempo de Teodato, decia, teníamos el poder y la grandeza pero nos faltaba la justicia. Honremos nuestra victoria patentizando nuestras virtudes.» Desgraciadamente no tuvo tiempo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El Ennuco Narses; últimos reyes Godos, una invasion de alemanes (552-554.)

Justiniano, apesar de las proposiciones de paz de Totila, envia un nuevo ejército á instancias del Papa Vigilo y de Cethegus, órganos de los ortodoxos y de los antiguos habitantes de Italia. El Ennuco Narses, que ya habia hecho la guerra en Italia tomó el mando de esta espedicion. Este general escondia un alma enérgica en un cuerpo feo y mutilado, aumentó las tropas que le habian sido confiadas con cinco mil lombardos, tres mil herulos, dos mil hunos y cuatro mil persas que llevaban á su cabeza al sobrino de su Rey. Penetró por el norte de la Italia arrojando puentes de barcas para su paso en las embocaduras de la Pavia, de la Brenta, del Adige y del Pó y despues de haber descansado unos pocos dias en Ravena se dirigió en derechura sobre Roma. Los godos le esperaban entre Tagina y los sepulcros de los galos en el mismo campo de batalla en el que Decio se sacrificó por Roma combatiendo por ella. Totila antes de la accion, hizo admirar á los dos ejércitos su destreza en la equitacion y en el manejo de la lanza. Mas de seis mil godos perecieron á su lado y el mismo sucumbió de los últimos atravesado por la lanza de un gefe gepido (552). Despues de la victoria, Narses licenció con ricas recompensas á los lombardos ausiliares, cuyas crueldades espantaban á los mismos vencedores; tomó á Roma y marchó al medio dia contra Teias que los godos habian reconocido por rey. Cercado en el monte Lactario con los suyos, el último rey godo resolvió abrirse paso al traves del ejército de Narses, pero en el momento en que cambiaba su escudo atravesado por doce javelinas, fué herido de un golpe mortal que le arrebató la vida y sus compañeros despues de haber continuado el combate hasta la noche capitularon á la mañana siguiente (553). Aligern,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su hermano posesionado en Cumes, se defendió todavía, igualmente que algunos godos en Luques y Compsa, cuando mas de ochenta mil alemanes que habian sido llamados por los godos, comandados por Leuthar y Buccelin de orígen franco, descendieron otra vez de los Alpes (554).

Narses concentró sus tropas sobre diferentes puntos fortificados y dejó pasar el torrente que se estendió hasta las estremidades de la Italia, convirtiéndolo todo en ruinas.

Aligern mismo, horrorizado á la vista de estos bárbaros, trató de ponerse de acuerdo con el general del imperio de oriente. Afortunadamente esta invasion se aniquiló por si misma. Llegados á la Campania en la época de las vendimias, los francos y los alemanes se entregaron á tales escesos de intemperancia que la disentería los hizo perecer á millares. Leuthar entonces, se separó con los suyos del cuerpo de tropas que Bucelin mandaba, para dirigirse á lo alto de los Alpes en busca de un sitio apropósito donde colocar sus riquezas en seguridad, de las que no pudo disfrutar por haberle sorprendido la muerte en las riberas del lago Benacus. Narses por su parte, fué favorecido de la fortuna en las de Vulturne. Dispuso su ejército en un estenso semicírculo, protegido por la caballería á retaguardia y sus arqueros y honderos posesionados de las dos alas. Los germanos que no tenian caballería desplegaron en batalla y atacaron por el centro, pero inmediatamente fueron envueltos por todos lados por la caballería griega. Sus pequeñas hachas ó mazas y su terrible *angon*, les sirvieron de escasa defensa contra las flechas y las piedras con que los arqueros y honderos los herian á larga distancia. Los herulos de Narses decidieron la victoria dando una carga á fondo, terrible, sobre las masas en desórden. Los historiadores griegos aseguran que de toda esta invasion, escasamente cinco germanos repasaron los Alpes.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Gobierno y desgracia de Narses (554-558.)

Narses no trató mas que de recoger el fruto de sus victorias. Los godos que defendian á Luca fueron obligados á rendirse; los de Compsa, bajo pretesto de un parlamento, intentaron asesinar á Narses á traicion. La ciudad fué inmediatamente tomada al asalto y siete mil godos enviados como prisoneros á Constantinopla.

El vencedor entró, en fin, triunfante en Roma; la Italia vino á ser una provincia del imperio de oriente y fué gobernada por aquel que la habia reconquistado bajo el título de vicario ó de patricio (554.)

De lo que tenia gran necesidad, era de un buen gobierno: veinte años de guerras continuadas, durante las cuales los godos, los griegos y los francos se habían disputado su posesion con encarnecimiento, la habian conducido á un estado de abatimiento mucho mayor que la encontró Theodorico. Solamente Milan habia perdido trescientos mil habitantes, y en el Picenum cincuenta mil habian muerto de hambre. Los godos que se habian establecido con sus riquezas, sus mugeres y sus hijos en la península, habian vuelto á poblarla, conservando sus tierras como una propiedad, fueron saqueados y arrojados por los griegos, llevándose cuanto pudieron de sus riquezas. Destruyendo á los godos, no los reemplazaron seguramente. Los generales, y Belisario mismo, por condescender á los ruegos de su muger Antonina, habian dado el ejemplo de la mas odiosa rapacidad. Los bárbaros, francos y los alemanes hicieron peor aun.

Narses, durante quince años que desempeñó las funciones de vicario, reparó algunos de estos males. En primer lugar puso la Italia á cubierto de toda nueva tentativa y asegurò la paz. Acabó la sumision de los godos con la toma de Brescia y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Verona que aquellos poseian aun; los bienes y estados de Theodorico y las posesiones de los godos volvieron á pertenecer al fisco, salvo algunas tierras cedidas á aquellos que se habian sometido en un principio. Dos gefes de banda, Sindwald, rey de los herulos establecido desde el tiempo de Theodorico en los Alpes occidentales, y un conde godo que se habia asociado á los aventureros francos, se resistieron á respetar la autoridad del vicario. Las tropas, sujetas á la disciplina mas rigorosa, se distribuyeron en las fortificaciones de Milan y en el relevo de las guarniciones de algunas otras ciudades, lo cual añadió una nueva seguridad á la península.

El nuevo gobierno fué casi enteramente militar. El vicario ejercia la principal autoridad y el prefecto del pretorio estaba sometido á ella. Un duque ó gefe militar garantizaba en cada ciudad la defensa de su territorio, sin reunir como los condes godos, el poder judiciario.

Una *pragmàtica sancion* promulgada por Justiniano, aplicó á la península las leyes que precedentemente habian sido redactadas por sábios y célebres jurisconsultos para el imperio griego.

Esta pracmática sancion aseguró á los pueblos una especie de existencia municipal, aunque bajo la dependencia militar. El colegio de los *Curiales* continuó, estableciéndose bajo el nombre de *Colegio consular*. Los *dativi*, reemplazaron en sus funciones á los *duumviros* y los *quatorviros*, con la sola diferencia de que fueron nombrados por el gobierno, y el anticurador se convirtió en padre de la ciudad, *pater civitatis*.—Mas adelante, de estos antiguos restos de la municipalidad romana, nacieron las corporaciones (*scholæ*) de individuos del comercio y de los oficios, bajo el modelo de las corporaciones militares (*scholæ militiæ*). Los obispos á los cuales Justiniano concedió un nuevo derecho de vigilancia sobre la conducta de los magistrados y los negocios del comun, estendieron su autoridad al domi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nio temporal. Estos fueron los nuevos elementos de civiliza-
cion que debian tener una grande influencia sobre el porvenir
de todos los pueblos de Italia. Narses ejerció una autoridad ca-
si suprema durante todo el reinado de Justiniano. Aseguró con
su apoyo al clero y á los católicos y restableció sus iglesias:
previno un cisma pronunciándose por Honorato, é hizo conde-
nar á algunos obispos, entre otros al patriarca de Aquileo que
no queria reconocer la doctrina de los *tres capitulos*, adoptada por
el Papa Pelagio. En el esterior, su reputacion de talento y ha-
bilidad, le hizo ser respetado de las naciones vecinas. Como
provincia del imperio griego, la Italia aunque decaida, pare-
cia poder al menos envanecerse por largo tiempo de la paz que
disfrutaba, si la córte de Constantinopla hubiera sido capaz ó
se hubiera hallado en estado de proporcionarle una protec-
cion eficaz y duradera.

Desgraciadamente á la muerte de Justiniano (565) las difi-
cultades empezaron nuevamente. La emperatriz Sofia, muger
de Justino II era precisamente la enemiga mas irreconciliable
del vicario. Algunos descontentos declararon que habian si-
do mas dichosos bajo la servidumbre de los godos que bajo
el despotismo del eunuco griego, el cual fué depuesto, y un
nuevo vicario llamado Longino enviado en su lugar. Asegu-
raron que la emperatriz añadió á la carta de destitucion envia-
da á Narses, un insulto que arrancó á aquel algunas amena-
zas. Longino trasladando su residencia á Ravena y anuncian-
do en la administracion civil y judiciaria algunas reformas,
muy mal recibidas por el pueblo, hizo bien pronto arrepentir-
se á los romanos. El Papa Juan III se trasladó á Nápoles á con-
tar á Narses lo que sucedia y desde allí partió para Constan-
tinopla con el fin de revindicar los privilegios de Roma desco-
nocidos por Longino. Narses tuvo al menos el consuelo de
volver á habitar en el Capitolio y de morir en él, pero con el
dolor de dejar por sucesor en el vicariato un hombre incapaz,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

un ejército descontento, y á los italianos divididos. Tristes circunstancias en el momento mismo en que la península se veia amenazada de una nueva invasion mas espantosa aun que las anteriores.

CAPITULO IV.

LOS LOMBARDOS: VICARIATO DE RAVENA, ORÌGEN DEL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS (568-750). (6)

Los lombardos y su rey Alboin.

El pueblo de los lombardos ó Longobardos que se presenta en 568 en los desfiladeros de los Alpes orientales, no habia dulcificado su carácter y costumbres al contacto de la civilizacion romana. Los bárbaros que seguian á Alboin á la conquista y saqueo de Italia, no se diferenciaban de aquellos que Pablo Diacre nos describe bajo el mando de la profetisa Gambara, saliendo de la Scandinavia para dar principio á sus largas emigraciones. Despues de haber cambiado de morada, se habian constituido mas bien como un ejército que como una nacion. Marchaban bajo la dependencia de comandantes, de mil en mil hombres, de centenares ó *sculdahis* segun la espresion lombarda y de oficiales municipales que mandaban diez hombres nada mas y que componian lo que se llamaban compañias particulares ó *gasindes* del rey hereditario.

La guerra constituia toda su existencia y ellos la hacian como verdaderos bárbaros. Narses que habia alistado bajo su bandera á algunos de ellos, durante su lucha contra los godos, los tuvo que despedir, horrorizado de sus escesos. Alimentaban hacia mucho tiempo contra los gepidos un ódio

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mortal, acrecentado mucho mas despues que se establecieron cerca de ellos en la Pannonia. El rey Alboin mismo no se satisfizo en el suyo hasta que por su propia mano mató al rey Cunimonde, formándose una copa de su cráneo, obligando á su hermosa hija Rosamunda á que le admitiera por esposo y uniendo á su ejército el resto del de los gepidos. El cristianismo de Arius no cambió apenas el carácter ni las inclinaciones de estos sectarios de Odin aferrados á sus antiguas supersticiones y la magia mas salvage.

La invasion de un pueblo semejante debia tener su carácter terrible. Alboin no venia como Theodorico á conquistar la península á nombre del imperio romano, y mucho menos para conservar ó hacer resucitar sus antiguas instituciones políticas. Abandonó la Pannonia á sus aliados los avasos, con la condicion de que le sería devuelta si no llevaba á feliz término su empresa, pero estaba decidido á todo por cambiar sus antiguos dominios por un clima mas hermoso y tierras mas fértiles. Desconociendo los resortes de la administracion imperial y mirando con alto menosprecio al pueblo romano, era seguro que no contemporizaria con las cosas ni con los hombres.

Un número considerable de bulgares, sármatas, panonianos, suevos y veinte mil sajones, todos paganos y mas salvages si era posible que los mismos lombardos, se unieron á estos para esparcir el terror mas completo. Esta vez era verdaderamente una espoliacion y una servidumbre completa lo que era preciso esperar.

La conquista; reinado de Alboin y de Kleph (568-575).

Longino habia dejado las provincias fronterizas en el abandono mas completo; todo el mundo huyó desde que las primeras bandas descendieron de los Alpes, robando, matando é

(c) Instituto Cervantes de Madrid

incendiando. El patriarca de Aquila, buscó un asilo en la isla de Grado; Padua, Monselice y Mantua, fueron las únicas poblaciones que opusieron alguna resistencia y se mantuvieron algun tiempo independientes, pero en menos de un año toda la Venecia fué conquistada, Alboin dejó en ella á uno de sus subalternos, á su sobrino Guisulf, con un cierto número de guerreros: este fué el primer conde de Frioul. El obispo de Trevisa que se sometió voluntariamente, fué el único que conservó sus bienes, todos los demás habitantes fueron despojados.

Al año siguiente (569) cuando Alboin entró en la Liguria, el arzobispo de Milan con muchos otros ricos habitantes de la ciudad huyeron á Genes. Este ejemplo fué imitado en otras muchas ciudades; Pavia, únicamente, protegida por el Tessino y el Pó y defendida por sólidas obras de fortificacion y defensa, sostuvo un sitio de tres años. En tanto que una parte de los suyos mantenian el bloqueo, Alboin pasó el Pó y distribuyó sus guerreros en la Toscana, la Ombria, y el valle del Tiber. Una parte de la Emilia, Ravena, la Flaminia, la Pentapola y Roma escaparon á sus armas y aumentaron considerablemente el número de sus habitantes con los de otras provincias que se refugiaron en ellas; pero dejó, sin embargo, en Eposteto, es decir, entre Ravena y Roma un duque y un cuerpo de ejército que debia ser como una amena viva y perenne suspendida sobre aquellas dos ciudades.

De vuelta y al frente de Pavia, que sucumbió al fin en 572, el salvage vencedor queria hacer degollar á todos los habitantes y arrasar la poblacion para aterrorizar á aquellos que aun se le resistian en el norte, en Genes y en las islas de la Venecia. Su caballo tropezó cuando hacia sobre él su entrada triunfal y esto equivalia á un funesto presagio, lo cual le hizo revocar su sangrienta resolucion; y perdonando á la ciudad, estableció en ella su asiento y residencia en el mismo palacio que habia hecho construir Theodorico. Sin embargo, el presagio

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se cumplió. Alboin celebraba su victoria en un gran banquete y bebia con este motivo en el cráneo de Cunimondo. Invitó á su muger Rosamunda á brindar con él, haciéndola beber en la misma copa. Rosamunda no tuvo mas remedio que obedecer á su señor, pero á los pocos dias, de concierto con Helmilchis, *porta-escudo* de su marido, hizo que lo asesinara uno de sus oficiales. Rosamunda esperaba ceñirse la corona ausiliada de Helmilchis, pero se vió obligada á huir con él, temiendo la cólera de los compañeros de Alboin y refugiarse al amparo del vicariato de Ravena, donde murió, obligada á beberse la mitad del veneno que sirvió á su cómplice por su propia mano, con el objeto de deshacerse de él y casarse luego con Longino que se habia enamorado de sus riquezas. Los gefes lombardos que no buscaban otra cosa que asegurarse la posesion de la Italia, eligieron un rey que pudiera acabar la obra empezada. Este bravo, nombrado Kleph, inauguró brillantemente su reinado; redujo á Ravena por la toma de Rimini y construyó una fortaleza donde mas tarde debia elevarse Imola y condujo á sus compañeros hácia el mediodía estableciendo en Benevento á uno de sus compañeros llamado Zotto, para continuar la conquista contra Nápoles, Gaeta, Amafilo, la Calabria y el Brutium que aun estaban en poder de los griegos.

Los lombardos pudieron acabar, sin trabajo, de desposeer á los propietarios romanos en el pais conquistado, ya sea degollándolos, ya sea echándolos de su pais. Poco satisfechos de la distribucion que en otro tiempo se habian hecho los herulos y los ostrogodos, se posesionaron de todo. El resto de los habitantes antiguos que quedaron, fué reducido al estado de colonos ó tributarios. La rapacidad de los conquistadores era tal, que despues de la muerta de Kleph, muerto en (575) por uno de sus mas fieles soldados, los duques animados por la corta edad de su hijo, no le eligieron como sucesor y se distribuyeron los dominios y las prerrogativas reales: falta grave que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

les impidió acabr en el primer momento de terror, la conquista de toda la península.

Los treinta y seis duques lombardos (575-584).

En número de treinta y seis, se establecieron los principales gefes, cada uno con los guerreros que le eran adictos, no en los castillos ó en las quintas aisladas del campo como lo habian verificado los otros bárbaros en Gaula, en España y en Africa, sino en las ciudades mas importantes como Benevento, Espoleto, Friuli, Pavia, Bergamo y Brescia donde continuaron cada uno para si y en detall, la obra de espoliacion general. Habitaban los palacios y mas espléndidas casas, arrebataron á los habitantes de las ciudades hasta el derecho de administrar sus negocios y á los de los campos el de la libre propiedad de sus bienes. Los guerreros de menor categoría, pero no de menos rapacidad, se repartieron en los demás pueblos pequeños, villas y lugares, donde se entregaban á toda clase de escesos. Todo derecho municipal y toda propiedad personal fué arrebatado á los vencidos que vinieron á convertirse en juguete de una tiranía caprichosa. La poblacion emigró á las islas vecinas. El desierto empezaba en las villas y ciudades donde los monumentos artísticos y las murallas fueron derribadas y acababa en las campiñas que se convirtieron bien pronto en vastos arenales. «*En verdad*, decia San Gregorio, *el pais que nosotros habitamos, no anuncia solamente el fin del mundo, sino que lo realiza.*

Sin embargo, al dividir su fuerza de accion, los bárbaros debilitaron su poder y se vieron bien pronto en grave peligro. Al mediodia se vieron obligados á levantar el sitio de la ciudad de Nápoles y no tuvieron buen éxito sino contra el monasterio de Montecasino fundado por Benito en Nurcia en 529 y el cual iba engrandeciéndose en medio de las ruinas de la Italia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los religiosos dispersos despues del pillage ó robo de sus tesoros, se vieron obligados á buscar un asilo en Roma. Al norte, en 576 otros lombardos pasaron los Alpes occidentales, entraron en el reino de Burgondia y batieron y mataron al patricio Amatus; pero el año siguiente fueron completamente derrotados por Mummolo general del rey Gonthran. Al centro el duque de Espoleto que habia avanzado un poco mas en el camino de Roma, fué rechazado por un cuerpo de ejército que el emperador de Oriente habia enviado á Ostía á peticion del Papa. Bien pronto el emperador Tiberio suscribió una alianza con los francos austracianos con el objeto de detener las rapacidades vandálicas de los bárbaros, y envió contra ellos á los avaros. Estas amenazas del esterior y la miseria que todas estas tiranías particulares producian á la Italia, hicieron comprender al fin á los lombardos la necesidad de concentrar las fuerzas de la nacion bajo el mando de un solo gefe.

Reinado de Autaris (584-591); Theodelindo.

En 584 los duques pensaron en el hijo de Klep y le devolvieron todos los dominios y poder de que antes le habian despojado. Autharis se mostró digno de este honor. El Papa Pelagio II urdió una vasta conspiracion contra la dominacion lombarda: un soldado del rey lombardo llamado Doctulf debia sublevar á los italianos; el rey de los francos Childeberto, bajo la promesa de una suma de cincuenta mil monedas de oro, hizo desembarcar en el Vicariato un ejército imperial dispuesto á invadir la Lombardia. Autaris deshizo habilmente los planes y la reunion de los francos y de los griegos. Rechazó á los primeros hasta mas allá de los Alpes, regresó á tomar á los segundos Parma y Placencia, ciudades de que se habian apoderado. Castigó á Doctulf y en una marcha triunfante y afortunada avanzó hasta el fondo de la Calabria, donde tocando

(c) Instituto Cervantes de Madrid

orgullosamente con la punta de su lanza una columna elevada cerca de Reggio, juró fijar en este límite de la Italia el límite de su reino. Este felicísimo comienzo llevó muy lejos su reputacion; disfrazado de mensagero fué por si mismo á pedir en matrimonio la bella Teodelinda, hija de Garibaldo, duque de los bárbaros, y se atrevió á tocar furtivamente la mano de aquella al devolverla la copa de la hospitalidad, y se hizo reconocer de la misma. El temor de ser entregada á un rey franco obligó á Theodelinda á escaparse de la córte de su padre para venir á participar de la corona de este valiente gefe.

El mas grande servicio hecho por Autaris á los lombardos, fué el de asegurar su conquista regularizándola, fijando condiciones en la propiedad y derechos iguales á los vencedores y vencidos. Los conquistadores formaron una aristocracia territorial sometida á la misma jerarquía que habian observado cuando no eran mas que un cuerpo de ejército. Sin embargo, ellos solos gozaron del privilegio de la libertad como el de la propiedad.

Los antiguos habitantes, repartidos en las ciudades por cuerpos de oficios y en los campos por dominios, reducidos á la condicion de colonos, pero no libres, debieron á sus señores una parte del trabajo que no fué jamás exactamente fijado ni para los colonos ni para los artesanos. El rey envió en sus dominios oficiales ó *gastaldes* para administrar los bienes, cobrar sus rentas y administrar justicia á los súbditos romanos. Los duques siguieron este ejemplo en sus posesiones particulares. El vasallage de los antiguos habitantes fué realizado al propio tiempo que su espoliacion. Una nueva constitucion social empezó; los restos de la organizacion romana acabaron de desaparecer por completo, para dejar ver las primeras bases del edificio feudal de la edad media: felices los vencidos de pagar á título de *indiccion* y decapitacion una parte de los productos, hubieran sido completamente dichosos si la avaricia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de sus nuevos señores no hubiera aumentado bien pronto las contribuciones y los nuevos peages sobre las ventas (*plateaticum*) sobre las aguas (*aquaticum*) sobre las praderas (*herraticum*) y los bosques (*glandiaticum*). Una muerte prematura acaecida en 591 impidió á Autaris á acabar despues de esta organizacion la conquista de la Italia. Los resultados de su reinado sin los merecimientos de su viuda Theodelinda. Los duques lombardos á quienes la belleza de esta hermosa muger habia seducido, quisieron que eligiese un nuevo esposo entre ellos y le hiciese rey. Ofreció en su consecuencia su mano al duque de Turin, llamado Agilulf, turingiano de nacimiento y prometió continuar la obra de su predecesor. Las ciudades de Padua, Cremona y Monselice que hasta entónces se habian mantenido independientes se sometieron al fin. La paz fué firmada con los francos y los avaros y el nuevo rey no tenia mas que hacer, que volver todas sus fuerzas contra el Vicariato para reunir la Italia entera bajo su ley.

Reinado de Agilulf, el Vicariato San Gregorio; los lombardos convertidos á la ortodoxia (591-620).

Esta conquista parecia fácil. El emperador de oriente habia procurado encerrar ó reunir entre las manos del vicario el gobierno militar y político de las provincias italianas que continuaban en su poder. El duque de Nápoles, el de Sicilia, los tribunos ó condes militares residente en Roma, Venecia, Gaeta, Génova, Terracina y de otros pueblos de menos importancia, habian sido colocados bajo sus órdenes inmediatas. Los magistrados civiles, el prefecto del pretorio, el prefecto de Roma, los jueces ó presidentes de las provincias de Campania, de Pentapole ó de Flaminia, los curadores, patrones ó defensores

(c) Instituto Cervantes de Madrid

distancia de estas provincias separadas las unas de las otras por la conquista lombarda, impedia la comunicacion pronta de Ravena, con Venecia, Roma y Nápoles, neutralizando realmente la autoridad del vicario y colocaba en una especie de independencia á las autoridades militares ó eclesiásticas, tan poderosas en esta época de anarquía política y moral. El vicario Longino que gastaba únicamente en la fortificacion de Rávena los tesoros arrebatados á Rosamunda, abandonaba el resto de las provincias á sí mismas y el vicariato dividido era bien débil ante una nacion unida y disciplinada.

El rey de los lombardos encontró en el Papa san Gregorio un poderoso adversario con el cual no contaba; descendiente de la noble familia Anicia, añadia á la distincion del nacimiento las ventajas corporales y del talento. A los treinta años, fué nombrado prefecto de Roma, pero á los pocos meses renunció los honores y el esplendor de las cosas mundanas, para retirarse en un claustro, no ocupándose sino de las cosas de Dios. Su alta reputacion no le permitió por mucho tiempo mantenerse en esta oscuridad. Enviado á Constantinopla en el año 579, como secretario y despues como diputado de la iglesia por el Papa Pelagio II, prestó grandes servicios á la Santa Silla en sus tratados con el imperio, y en sus luchas contra los lombardos. En 590, el clero, el senado y el pueblo lo elevaron por aclamacion al trono pontificio en reemplazo de Pelagio. Procuró, durante tres dias, sustraerse á este honor, pero obligado por las súplicas de todo el mundo, lo aceptó, prometiéndose cumplir con energía y perseverancia todos los deberes de su ministerio. Pero eran tales en aquella ocasion y tal la complicacion de los negocios á que la Santa Silla debia atender, que el mismo Gregorio dudaba *si el episcopado era el oficio de un pastor de almas*, ó *el de un príncipe temporal*.

La posicion inferior de Roma, simple ciudad del vicariato al amparo de Roma, capital del imperio, hacia correr algu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nos peligros á la supremacia de los sínodos de Constantinopla y Calcedonia. Gregorio hizo valer ardientemente sus derechos de jefe de la Iglesia, apoyándose en el recuerdo de los cánones, edictos y decretos de la Santa Silla, publicados recientemente por Dionisio el pequeño, contemporáneo y amigo de Casiodoro. El arzobispo de Constantinopla habia tomado el título de sacerdote ecuménico; Gregorio combatió esta pretension, y relevó al sacerdote Juan de Calcedonia del anatema lanzado contra él por aquel prelado. En Italia hizo sentir con energía los derechos patriarcales que poseia en la diócesis de diez provincias meridionales de la península, aprovechándose del destierro del obispo de Milan á quien socorrió generosamente, y estendiendo su jurisdiccion en siete provincias mas del diocesado del norte. El mismo obispo de Ravena, que habia soñado en una especie de independencia, se vió obligado á humillarse delante de él.

Las inmensas posesiones de la iglesia de Roma en los alrededores de la ciudad, en el mediodía de la Italia, en Iliria, en Gaula y en Sicilia, la vigilancia que las leyes de Justiniano habian recomendado á los obispos sobre los magistrados, otras mil circunstancias, en fin, daban aun á la Santa Silla una grande importancia, que hubiera sido mucho mas beneficiosa á girar en otra esfera. Abandonada no solamente por el vicario, sino por el emperador de oriente, que habia eximido á las provincias de Africa, Cerdeña y Córcega de la obligacion de atender á su subsistencia, y que no se prestaban á enviarle los socorros de hombres ó de dinero, de que tanta necesidad tenia, Roma se veia en la imposibilidad de resistir á los lombardos. Gregorio empleó los recursos de su poder en el aprovisionamiento y la proteccion de la ciudad. Los duques y los condes griegos se hallaban en igual caso en otras ciudades ó provincias, y Gregorio les defendió en la córte de Bizancio contra desastrosas exigencias, y gracias á su talento y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á sus virtudes, se conquistó en Italia una posicion política, mas remarcada cada dia. Contra este poder moral y político vino á chocar el poderoso rey de los lombardos. Gregorio habia preparado de antemano los medios de defensa. Atacado en Roma, recibió vivamente al rey Agilulfo; comparti ó con los jefes de la milicia veloz, Mauricio y Vitaliano, los cuidados de la guerra, aseguró la paga de las tropas, muy abandonada hasta entonces por el emperador, y obligó á los clérigos en el momento del peligro á tomar las armas; los fugitivos de todas las naciones vecinas afluyeron á Roma, y rescató con sus propios intereses los cautivos de los lombardos. Agilulfo se detuvo mas bien por respeto que por cobardía. Aquel que habia promovido la guerra, negoció por sí mismo un tratado á nombre de Roma. En vano el vicario romano se quejó amargamente de esta usurpacion y el emperador Mauricio reprendió lo que él llamaba necedad de Gregorio; el Papa mantuvo con vigor su derecho, y el vicario Gallinico, sucesor de Romanus, ratificó el tratado que Gregorio, sin embargo, rehusó firmar, prefiriendo con una profunda sabiduría el papel de árbitro de la paz al de parte contratante. La Santa Silla habia salvado de un golpe la ortodoxia y el vicariato.

Gregorio entró desde entonces en frecuentes relaciones con el rey lombardo, y sobre todo con la reina Theodelinda, cristiana ortodoxa, que habia visto con gran sentimiento la precedente guerra. Aquel que enviaba los misioneros para convertir los anglo-sajones en la Gran Bretaña, que decidia al arriano Recaredo, rey de los visigodos, á renunciar á la herejía, no podia mostrarse negligente para combatir el arrianismo en Italia. Secundado por una reina que ya anteriormente habia construido para el servicio de los católicos, la basílica de Monza en honor de san Juan Bautista, trabajó activamente para atraer á los lombardos á la ortodoxia; y la conversion hizo tales progresos, que el rey Agilulfo consintió

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en bautizarse y educar á su hijo Adelbaldo segun los ritos de Roma, despreciando la prohibicion de Ultario de dar el baumotis católico á los hijos de los lombardos.

El buen acuerdo y amistad del santo pontífice y de la reina no estuvo siempre exenta de turbaciones; Theodelinda, que veia tal vez los peligros de los usurpadores de Roma, sostuvo al patriarca Aquiles y muchos otros obispos lombardos, partidarios de la doctrina de *los tres capítulos*, condenada por el Papa y el arzobispo de Milan. Gregorio, para castigar al patriarca rebelde, autorizó á las islas venecianas, para que en ciertos dias solemnes eligiesen un patriarca particular que fijó su residencia en la isla de Grado. La conversion de los lombardos á la fé católica no fué, sin embargo, interrumpida por estas disensiones. Theodelinda trabajó aun con mas ardor despues de la muerte de Agilulfo, acaecida en 615, época en que, siempre poderosa y respetada, ejerció el poder á nombre de su hijo Adelbaldo. El clero católico obtuvo poco á poco la preeminencia sobre el clero arriano. Sus iglesias se levantaron, sus dominios y posesiones les fueron devueltos, y el monasterio de Bobbio, fundado por san Colombano, llegó á ser uno de los mas ricos de occidente. Finalmente, bajo la dominacion suave de una mujer, se dispertó el sentimiento caballeresco de los lombardos, lo cual no hubiese conseguido un hombre. Las costumbres de los conquistadores sufrieron una beneficiosa revolucion, y la triste condicion de los antiguos habitantes se hizo mas soportable.

Sublevaciones en el reino lombardo y en el vicariato (620-636).

La muerte de san Gregorio y la de Theodelinda, acaecidas, con corto intervalo una de la otra, en 620 y 625, marcaron en el vicariato del reino lombardo la conclusion de una era de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

paz y de prosperidad. El vicario Lemigius, que habia provocado anteriormente una asonada, fué hecho pedazos en su palacio con su mujer y sus vasallos, que le habian seguido de Constantinopla (616). En la época de su sucesor Eleuterio, el duque de Nápoles quiso constituirse independiente, pero fué vencido por Eleuterio. Este á su vez imitó á su víctima, y se sublevó contra el imperio de oriente, pero fué muerto por sus soldados en 619. En tiempo de Isach tambien los romanos provocaron una asonada en 633, y en el de Olimpio volvieron á reproducirse las querellas de Roma y de Constantinopla, que debian concluir con un cisma.

En el reino lombardo, Adelbaldo, privado de los consejos de su madre, comprometió su obra por las preferencias exageradas con que distinguia á los ortodoxos y á los romanos. Ariobaldo duque de Turin, casado con Gundeberge hermana del rey, hizo deponer á Adelbaldo; acusándole de locura le dió un veneno lento y se apoderó del trono. Desgracias domésticas fueron el castigo de este crímen. Acusada su esposa de haber acordado sus favores al duque de Frioul Tasso, fué encerrada en el fuerte de Lomelo hasta que su campeon en un duelo judiciario hubiese probado su inocencia con la muerte de su acusador. Ariobaldo, poco satisfecho con el juicio de Dios, hizo asesinar á traicion á Tasso y al hermano de la Reina. La paz no se restableció en 636.

Reinado de Rothario; constitucion y legislacion de los lombardos; la soberania; los duques (636—652.)

Gundeberge siguiendo el ejemplo de su madre concedió su mano y la corona de hierro á Rothario duque de Brescia, 636. Este encerró estrictamente á su mujer en las ocupaciones interiores y domésticas del palacio, porque comprendió en ella

(c) Instituto Cervantes de Madrid

toda la ambicion de Theodelinda sin que tuviera sus cualidades, y siguió el curso interrumpido de las victorias y de la organizacion lombarda. Las divisiones cada dia mas graves en el seno del vicariato escitaban la ambicion de un rey que era arriano en sus creencias. El vicario Isach rehusó reconocer al papa Severino sucesor de Honorio, é hizo robar el tesoro de San Juan de Letran por el cartulario de la Iglesia Romana; Viéndose obligado Mauricio en seguida á reprimir una revolucion suscitada por su cómplice, Rothario se apoderó sin gran trabajo de la ciudad de Génova, de la Lungiana y de todo el litoral del Oeste desde las fronteras del reino de Burgandia hasta la Toscana; sometiendo finalmente á la parte de oriente á Trevisa y Perusa.

Pero la obra mas importante de su reinado fué la promulgacion del código de las costumbres y usos de la nacion, redactado por los grandes en diferentes reuniones que se verificaron en Pavia y se ratificó en asamblea solemne como cuerpo de derecho en 644 por el *pueblo fiel y el ejército afortunado* de los lombardos. La legislacion territorial y no personal como las otras leyes bárbaras fué impuesta á todos los antiguos habitantes, lo mismo que á los lombardos, bajo el nombre de súbditos del rey, no haciéndose otra escepcion que la de algunas ciudades que tenian por su capitulacion una posicion á parte; el código lombardo ofrece aun rasgos particulares que demuestran el estado social de la Italia, de la poblacion conquistadora y de la poblacion vencida en esta época.

La primera ley de Rothario imponia la pena de muerte no solamente contra aquellos que atentasen contra la vida del rey sino contra los que tomasen las armas sin su permiso, y se comprende perfectamente el espíritu de esta ley, puesto que de los seis primeros reyes lombardos cuatro habian perecido de muerte violenta. Segun los lombardos el rey representa á la nacion y su autoridad no puede ser limitada sino

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por las grandes asambleas de Pavia, que tratan las cuestiones de la paz y de la guerra y discuten las leyes. El rey debia mandar los ejércitos, promulgar los decretos y administrar justicia. La paz pública se hallaba sometida bajo su proteccion; pronunciaba la pena de muerte contra los traidores y los tránsfugas y los rebeldes, á menos que rescatasen su vida por la cantidad de nuevecientas monedas de oro. Una parte de esta suma le pertenecia. Además de la tutela que ejercia ó *mundium* sobre las mujeres y niños privados de sus tutores naturales, era de su pertenencia la posesion de los terrenos y de los esclavos sin dueño, de la herencia de los ciudadanos muertos sin hijos y de la mitad de la de hombres libres que no dejaban sino hijos ó hijas naturales. La soberania se apoyaba sobre la propiedad.

Una verdadera córte demostró el estado del poder real. Un mariscal (*Marpahis*) un chambelan y un mayordomo fueron los primeros oficios creados. Colocados á la cabeza de sus vasallos, es decir de los del rey, destinados á su servicio, y á este título en posesion de ciertos privilegios, eran los encargados de vigilar á los condes enviados á los dominios del rey, igualmente que á los *esculdahis* cuya mision era juzgar á los lombardos y á los romanos y cobrar los impuestos.

Despues del rey seguian en categoría los duques residiendo cada uno en una gran ciudad como el monarca en Pavía y ejerciendo en su ducado el poder militar y judiciario. No constituian seguramente una nobleza de nacimiento por sus derechos particulares, pero sí por el rango, la dignidad y el poder al lado del rey. En una monarquia en que la herencia es la escepcion, en vez de ser la regla, los reyes tienen el derecho de dar ó no su aprobacion á todas las determinaciones anteriores de los duques. El ducado no puede participarse ni trasmitirse á los herederos. El rey cuando llega el caso sustituye el nuevo duque.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los vasallos reales ó ducales formaban en seguida la clase mas elevada de los lombardos por su importancia y su riqueza. La ofensa cometida entre ellos se castigaba por una multa considerable, pero su derecho de propiedad estaba sometido á ciertas restricciones. El donador, rey ó duque, se reservaba siempre el derecho de herencia sobre los bienes que concedia á los vasallos en caso de que muriesen sin hijos, igualmente que los de aquellos que hubiesen adquirido propiedades libres, sin permiso especial del donador. La propiedad, como se ve, no era aun base fija en manos de los conquistadores.

Los hombres libres; los aldies; los esclavos.

Los hombres libres, *masnadieri* ó ejercitales, formaban la mayoría del pueblo y del ejército de los longobardos. Todos estaban obligados al servicio militar. Solo ellos eran admitidos en el ejército; el hombre libre sin embargo era dueño de su casa, que se componia de los miembros de su familia, de sus criados y de sus esclavos. Ejercia sobre todos el derecho de tutela ó *mundium*. Las mujeres lombardas libres estaban sometidas igualmente á esta dependencia: solteras, bajo la del padre ó en su defecto del tio ó del hermano legítimo; casadas, bajo la del marido, y viudas bajo la del mas próximo heredero del marido ó de los parientes consanguíneos. Un jóven lombardo para contraer matrimonio con una hija libre, estaba obligado á pagar al padre lo que se llamaba la *meta* ó precio del *mundium*, sin perjuicio del don que á la mañana siguiente pudiera recibir. El poder del *mundium* ejercido sobre las mujeres y las hijas era el menos malo: tenian el derecho de matar á su mujer si era sorprendida en adulterio, matar á su hija ó venderla como esclava fuera del reino si ella se degradaba hasta un esclavo; pero el padre no podia en tanto que vivieran los hijos trasmitir sus bienes á otro á menos que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

le hubiesen levantado la mano ó le hubiesen deshonrado á él ó á su madre. Las hijas menos dichosas por ser naturales no tenian derecho mas que á la mitad de la herencia dado caso de ser reconocidas y el rey era el heredero de la otra mitad. La mujer está considerada en un estado de inferioridad tal en esta época, que su representacion social es ninguna en todos los pueblos bárbaros.

El lombardo libre es el protector y dueño de todos los antiguos habitantes, colonos ó esclavos que le fueron dados en la participacion de sus dominios al reparto del botin de las ciudades. El código de Rothario marca una separacion entre el *mundbald* y aquellos que le están sometidos y que toman, segun el grado de servidumbre en que se encuentran, el nombre de aldies ó el de esclavos.

Los aldies son los que acabamos de designar con el nombre de lombardo libre; disfrutan de cierta libertad, pero siempre bajo la dominacion del *mundbald* cerca del cual vienen á ser como si fuesen sus hijos adoptivos. Poseen algunos bienes, pero con la condicion de prestar cierta clase de servicios y pueden trasmitir su herencia á sus hijos; pero si muriesen sin ellos el *mundbald* recobra sus derechos. Un casamiento puede tener lugar entre las personas de elevada condicion y los aldies, pero en este caso los hijos siguen la condicion del padre, sea ó no la mas elevada.

Los esclavos se hallan en una posicion aun mas miserable. No poseen nada en propiedad, la ley no reconoce los casamientos hechos entre ellos y las personas libres. La mujer libre que se casa con un esclavo espone á él á la pena de muerte y se espone ella misma á ser muerta ó vendida por sus parientes. El lombardo libre que conoce á una esclava paga una multa á su señor si ella no le pertenece y sus hijos quedan bajo la posesion del dueño de la esclava. El lombardo libre puede sin embargo elevar una esclava al rango de esposa do-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tándola de una manera tal que equivalga á un segundo *nacimiento* (*Viderworan.*) La esclava que se halla en el caso de poder disfrutar de esta franquicia se divide en dos grados. El mas alto grado confiere solo la libertad entera y hace cesar toda especie de *mundium*, salvo el del marido sobre la mujer. El segundo grado confiere la condicion media de *aldia*. Esta costumbre y esta franquicia la mas humana del código lombardo es el único camino que conduce á la fusion lombarda romana, á suavizar el caracter del conquistador y mejorar la suerte de los vencidos. Esta fué la razon que operó la mezcla de poblaciones, costumbres y leyes, y que estableció esta grande igualdad tan visible en los decretos de los reyes posteriores.

El codigo de Rothario no paró aqui. La escala de arreglo ó composicion que existia entre los lombardos como entre los germanos para dirimir las ofensas y poner un término á las querellas que suscitaban venganzas anteriores por sangre derramada, igualó la condicion de clases y de personas. Las ofensas tenian una graduacion segun la clase y una multa proporcionada: por el asesinato de un lombardo libre se satisfacian hasta nuevecientos *sous*, por el de una mujer libre seiscientos, y asi, en disminucion al través de los diferentes grados de los *aldies* hasta el último de los esclavos. Por ejemplo el insulto hecho á un lombardo libre se castiga con una multa de quinientos *sous*. Los golpes dados á una esclava aunque estuviese en cinta hasta hacerla abortar no pagan mas que una multa de tres *sous*. La adúltera entre lombardos libres ni aun tiene derecho á esta remuneracion, porque se calcula que la muerte es el único castigo que debe dar el hombre á las mujeres adúlteras. Pero el hombre libre que comete el mismo crímen con una *aldia* no está obligado á pagar mas que cuarenta *sous* y si es con una esclava veinte solamente. Segun la escala de este código debe pagarse al señor por la muerte de un es-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

clavo una cantidad proporcionada á los grados de servidumbre en que aquel se encuentra. El esclavo que trabaja en los campos (*servus rusticanus*) no se estima mas que en veinte *sous*.

Rodoaldo (652). La dinastia bárbara. Ariperto primero (653) Usurpacion de Grimoaldo (662) Pertharit (671).

Ya era mucho el que la sociedad lombarda tuviese la conciencia de sí misma para darse sus leyes. La exaltacion de las pasiones era sin embargo grande todavía en este pueblo para que aquellas fuesen severamente respetadas y mantenidas, y asegurasen la paz de la Italia y la prosperidad que un régimen tal no podia darle. La primera prueba de nuestro aserto fué la muerte del sucesor de Rothario llamado Rodoaldo que fué asesinado por un marido ultrajado el que con un mismo golpe cumplia y violaba la ley lombarda (653).

La posteridad de Theodelinda se habia estinguido; pero los lombardos que no querian abandonar á esta familia, eligieron á uno de sus sobrinos llamado Ariperto hijo de Gundivaldo que habia venido á establecerse en Italia al mismo tiempo que la célebre reina. Una dinastia de origen enteramente bárbaro ocupó el trono lombardo, pero no fué por cierto mas dichosa que la de Alboni y de Theodolinda.

Unido al catolicismo, el nuevo rey favoreció al clero ortodoxo, hizo construir nuevas iglesias y siguiendo la tradicion de Theodolinda mantuvo buenas relaciones con Roma. Era precisamente el momento en que el emperador Constantino II poseido, como la mayor parte de sus predecesores, de la mania de suscitar disputas teológicas acababa de promulgar el *tipo* ó *formulario*, decreto sospechoso de herejía monotelita; la Santa Silla en un concilio convocado en San Juan de Letran madre de las demás iglesias (649) fué bastante feliz para lograr

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que se pronunciase contra la doctrina imperial, denegándole su apoyo hasta los mismos obispos lombardos.

Cuando Constantino para vengarse de esta desgracia teológica hizo sacar de Roma por órden del vicario Caliopas al venerable papa Martin y le envió á morir en el destierro de Cherson en 653, el católico Ariperto lejos de aprovecharse de las desgracias del papado, restituyó al sucesor de Martin en todos los dominios de la iglesia de Roma, en los Alpes continentales, por un acta escrita en letras de oro, segun afirmacion del bibliotecario Anastasio.

Pero Ariperto murió en 661 y el reparto que se hizo de su reino entre sus dos hijos Pertharit y Gundeperto comprometió el porvenir de la nueva dinastía. Gundeperto desde Pavia y Pertharit desde Milan tenian continuamente en conmocion al reino con sus querellas particulares. Los dos duques mas poderosos Garibaldo duque de Turin y Grimoaldo duque de Benevento, se reunieron contra ellos, y ¡Gundeperto fué asesinado en su palacio de Pavia en tanto que Pertharit se escapó á la misma suerte huyendo en busca de un refugio entre los abaros. El duque de Benevento fué el único que recogió los frutos de esta rebelion, porque Garibaldo fué asesinado por un pariente de Gundeperto en la misma iglesia de San Juan en Pavia, 662. Le fué suficiente tomar la mano de una nieta de Theodelinda hermana de Gundeperto para hacerse reconocer, y fué uno de los mas valientes y enérgicos de entre los reyes lombardos.

El ejemplo de su usurpacion habia envalentonado á otros varios duques que conspiraron contra la independencia y la unidad del reino. Grimoaldo les hizo al fin entrar en razon despues de sangrientas luchas. El antiguo rey Pertharit que habia obtenido el permiso de vivir como simple hombre libre en medio de sus compatriotas, escitó contra el usurpador al rey de los francos Clotario II y al emperador de oriente Constantino II, fanático, imbécil y visionario furioso que queria imponer á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Roma sus concepciones teológicas. Grimoaldo confiando poco en sus duques pidió socorros á los abaros.

Con ellos batió á los francos en Asti y derrotó la retaguardia del emperador en el mismo momento en que triunfalmente era recibido en Roma, donde legaba magníficos dones á las iglesias de San Pedro y San Pablo y promulgaba su formulario. Desengañado por esta derrota, Constantino, no solo volvió á recoger sus presentes sino que robó las iglesias, hasta el metal que cubria el techo del panteon, y huyó con un vándalo á esconder sus tesoros en Sicilia en donde pereció. Grimoaldo obligó en los alrededores de Benevento á los abaros á jurar la ley lombarda.

Este rey que sabia dominar igualmente á aquellos que le servian, acabó la conversion de los lombardos á la ortodoxia. En el tiempo de su dominacion las diocesis católicas empezaron á fundarse, la fé arriana desapareció poco á poco con sus sacerdotes y el clero ortodoxo, engrandecido en poder y en riqueza, se aprestó á trabajar por el bien temporal de Roma, al mismo tiempo que por el espiritual de los lombardos, prenda preciosa de paz entre los conquistadores y los italianos que no estaban aun sometidos.

Grimoaldo no fué tan feliz en asegurar el poder á su familia. El bárbaro Pertharit aprovechándose de su muerte entró en Lombardía con su mujer Rosalinda y ocupó el trono á despecho del hijo del usurpador, pero la union establecida por Grimoaldo entre los lombardos y la Santa Silla quedó subsistente. El nuevo rey ordenó al duque de Espoleto y al de Benevento que vivieran en buena armonia con los romanos. El reino lombardo empezó á comprender que frente á frente de una córte muy inclinada á la herejía y á la violencia, podia ser objeto de grandes consideraciones para Roma y de una sincera union á la ortodoxia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El vicariato respecto al imperio; el primer dux de Venecia Kuniperto (686), Ariperto II (701).

La union de Roma y del vicariato con el imperio griego no podia durar mucho tiempo. La dominacion bizantina en Italia no era otra cosa que una tiranía sin compensacion. El emperador, casi siempre en estado de herejía, oprimia la conciencia de sus súbditos peninsulares, sin saber defender su territorio. Estos cada dia se hallaban mas dispuestos contra el vicario, al cual se unian los duques depositarios del poder temporal, sin embargo de importarles bien poco que su jefe espiritual fuese el Papa de Roma, el patriarca de Grado en Venecia, ó el arzobispo de Ravena. Aquel, cuya autoridad espiritual empezaba á salir del recinto de Roma para estenderse á todo el occidente, debia ser el mas empeñado en sacudir un yugo temporal marcado de herejía. Si él aseguraba su poder y la nueva recopilacion de los cánones cresconianos, era todo lo que podia apetecer, y la autoridad imperial corria gran peligro en Italia.

Este peligro no se escapó á la penetracion del emperador Constantino Pogonato, quien para apaciguar á la Santa Silla y captarse su voluntad, rehusó el tributo exigido para la confirmacion pontifical, y obligó al arzobispo de Ravena á que fuera á buscar la confirmacion á Roma. Pero los sucesores de Constantino no mostraron igual prudencia. Bajo el reinado de Kuniperto, sucesor de Pertharit en el año 686, Justiniano II quiso destituir al papa Sergio, que se negó á admitir los cánones del concilio *in Trullo*, en los que, por un artículo, se permitia que los sacerdotes casados antes de su ordenacion pudieran conservar sus mujeres. Este atentado por parte de Kuniperto escitó un alboroto en Roma, y serios motines en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

todo el vicariato. El duque de Roma logró esta vez aun mantener en la ciudad la autoridad de su señor; pero en las islas venecianas, los tribunos militares y el patriarca de Grado, aconsejados sin duda por el papa Sergio, los hombres poderosos y el pueblo, reunidos todos en la isla de Heraclio, invistieron á Paulino Anafesto de la dignidad ducal, con una autoridad suprema en toda la estension de las islas. Este fué el primer ejemplo de sedicion abierta contra el vicario y el emperador, dado al resto de la Italia bizantina.

Los lombardos no pudieron, sin embargo, aprovecharse de estas circunstancias. El reino cayó entonces en la anarquía mas completa, y el drama sangriento de la rápida sucesion de sus reyes, presenta el ejemplo mas horrible de ese sentimiento de energía personal y salvaje, y de esa tradicion hereditaria de venganzas, que los lombardos inocularon en el carácter italiano. El duque de Turin, Regimperto, entró en Italia con Pertharit, de quien era sobrino, y disputó el trono á Luitperto, hijo de Kuniperto, sin poder arrancárselo. Heredero de sus proyectos su hijo Ariperto, despues de la muerte de su padre, se hizo proclamar rey bajo el nombre de Ariperto II, y reinó por el terror; pero Ansprando, al que habia mutilado la mujer y la hija, le encerró y estrechó tan vivamente dentro de los muros de Pavia, que se vió obligado á huir, y pereció en las aguas del Tesino, en donde se ahogó, sepultándose con las riquezas que llevaba consigo.

Ansprando terminó al fin esta série de crímenes, cediendo el trono á Luitprando (712); el advenimiento de Leon en oriente y de Gregorio II á la Santa Silla, precipitó una crísis decisiva en los destinos de Roma y del vicariato.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El emperador Leon; origen del poder temporal de la Santa Silla; el rey Luitprando [712]; el papa Gregorio II [715].

La proscripcion del culto de las imágenes por el emperador Leon en todas las provincias del imperio de oriente, hizo estallar en la península la division, hacia tiempo sustentada, entre el viceriato y Constantinopla, entre el papado y la córte de oriente.

Las imágenes de los santos eran demasiado queridas y respetadas de los italianos, para que pudieran mirar este hecho con indiferencia. La pintura y la escultura ocupaban un gran número de artistas, y sobre todo de monges. El nuevo papa Gregorio II era un hombre en el que se confundian á la vez el celo religioso y la ambicion mundana. Mantuvo á los romanos con sus propios recursos cuando tuvieron la desgracia de sufrir una inundacion del Tiber, rescató á Cumes á precio de oro del poder de los lombardos, que la habian tomado por sorpresa, y restableció el monasterio del Monte Casiano, que habian arruinado aquellos. Envió como misionero á Bonifacio á llevar á la Germania la religion y la dominacion romana, y procuró atraer al patriarca de Constantinopla al mejor espíritu de concordia. En fin, adquirió en Italia por su actividad y sus beneficios, una autoridad que le permitia resistir abiertamente, y cuando le parecia, las órdenes del emperador. El vicario Pablo quiso en vano hacer ejecutar el edicto iconoclasta de Leon. Los romanos se armaron á nombre del Papa, jefe natural de esta revolucion religiosa. Los habitantes de las ciudades vecinas y hasta los mismos lombardos de Espoleto vinieron en su ayuda y socorro. Pablo, en vista de esta resistencia, se vió obligado á retirarse.

Este suceso fué para los italianos la señal de las franquicias y libertades. Los pueblos de la Pentápolis se dieron duques in-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dependientes, como los venecianos. Los habitantes de Ravena asesinaron al vicario Pablo. Los romanos batieron y mataron al duque de Nápoles, Exhilarato, que marchaba contra ellos. Muchos pueblos y ciudades, entre otras Bolonia, se entregaron á Luitprando, con la condicion de que respetaria sus leyes, lo que les fué concedido, contra la costumbre lombarda. El vicariato pareció caer en la mas completa disolucion.

En estos momentos el rey Luitprando volvia al reino lombardo la paz y el poderío. Reunia con calculada distincion en el ejercicio de la autoridad, las cualidades del legislador Rothario y del ortodoxo Grimoaldo. Sus adiciones al código del primero, atestiguaban su deseo de apropiar las costumbres lombardas á la naturaleza y á las antiguas instituciones del pais. La rebaja en la tasa de la compensacion, la libertad en los contratos, las hijas llamadas á la sucesion, en defecto de los hermanos, como herederas de la totalidad de la herencia paterna, la sustitucion de penas y de la esclavitud en ciertos casos, fueron las mas inequívocas señales de una templanza desconocida hasta entónces en las costumbres germánicas.

La ortodoxia del rey no dejaba nada que desear. Confirmó á la Santa Silla en la dominacion de los Alpes continentales; persiguió con rigor, aun entre los mismos lombardos, los últimos restos del paganismo, los mágicos y hechiceros, los sacrificios al pié de los árboles y en las praderas al borde de las fuentes: prestó el apoyo de su brazo temporal á las órdenes y prescripciones eclesiasticas y cubria la tierra de su dominio con tantas fundaciones piadosas que los artistas de Come (*magistri Comacini*) no eran suficientes á levantar las basílicas para el culto y los conventos para las congregaciones. Bajo el imperio de una fe comun, la mezcla de las poblaciones fue cada dia mas activa; las franquicias, los casamientos entre lombardos y romanos se multiplicaron; la lengua germana y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la italiana se confundieron en una; los antiguos habitantes conquistaban por el ascendiente, el talento y la habilidad práctica lo que á su vez cedian á la superioridad física de los vencedores.

Parecia llegado el momento de reunir casi sin violencia la Italia entera bajo la dominacion lombarda. Luitprando, variando segun las circunstancias la habilidad de sus recursos, tomó por asalto á Ravena, entró en composicion amigable con otros pueblos de la Pantápolis é hizo donacion á los apóstoles Pedro y Pablo del territorio de Sutri, para atraer dulcemente á Roma bajo el imperio de su ley.

Pero la intencion del Papa no era cambiar el emperador lejano y debil de Constantinopla por un rey cuya residencia se encontrase á las puertas de Roma, poco susceptible de volver al principio herético, pero acostumbrado á ser obedecido y bastante poderoso para imponer la obediencia á los demás. Soberano de un imperio espiritual que se engrandecia de dia en dia, creyó llegado el momento de asegurar la independencia y la duracion de una posesion en la soberanía temporal, y no se hallaba dispuesto á dividir el poder que los romanos le habian entregado al mismo tiempo que el título de *Padre de la república romana*.

Entónces se vió á Gregorio II inaugurar esta política de equilibrio que luego despues llegó á ser toda pontifical é italiana y que consiste en hallar su libertad en el antagonismo de dos señores. A su instigacion el segundo *dux* de Venecia *Ursus* atacó á Ravena de la que se apoderó arrojando de su puesto á Hildebrando sobrino del rey lombardo y restableció al vicario Eutiquius; el duque de Espoleto Trasamundo, los beneventinos hasta entónces enemigos del Papa pero al presente sus aliados, se snblevaron. Luitprando furioso se reconcilió con el vicario Eutiquius y batió con él á Trasamundo que huyó de Roma legando la administracion del ducado de Be-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nevento á su sobrino Gregorio, y el rey lombardo acampó delante de Roma en las praderas de Neron entre el Tiber y San Pedro, no queriendo, segun decia, obtener nada mas que con la fuerza. El Papa despues de haber reclamado inutilmente socorros de Carlos Martel, jefe de los francos, ocupado en aquella época en hacer frente á los sarracenos en Gaula, se vió obligado á ceder y á humillarse. Prefirió la clemencia del rey ortodoxo á la del vicario herético y se entregó él mismo en persona en el campo de Luitprando y obtuvo la retirada de los lombardos que no inquietaron mas á Roma hasta su muerte acaecida en 731.

Los papas Gregorio III (731) y Zacarias (741) El rey Ratchis, (744).

Su sucesor Gregorio III, sirio de nacimiento y en el cual el celo y la ambicion estaban sostenidos por un caracter apasionado y enteramente oriental, continuó la obra de la independencia romana, pero con muy escaso resultado. A despecho de los ataques de Leon el Isariano hizo escomulgar á todos los iconoclastas por un concilio de 93 obispos celebrado en la iglesia de San Pedro. Durante una enfermedad bastante grave de Luitprando, arrojó á Trasamundo sobre el ducado de Espoleto y sostuvo con el mismo en Benevento la sublevacion de un cierto Gothschalk. Cuando Luiprando recobró la salud hizo prender á Trasamundo y lo encerró en un claustro, arrojó de su puesto á Gothschalk, restableció á Gisulfo en Benevento y volvió á aparecer bajo los muros de Roma en donde sus rapiñas recordaron algunas veces los primeros tiempos del furor lombardo. Gregorio III en la mas grande ansiedad escribió á Carlos Martel la carta mas afectuosa que pudiera halagar su ambicion; el apóstol de la Germania Bonifacio, ofreció por su parte al duque de los francos el título de patricio de los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

romanos, pero sin poder armarle contra Luitprando que habia adoptado á su hijo Pepino.

El sucesor de Gregorio III, 741, Zacarías griego de nacimiento hizo mucho mas por su prudencia y su política en favor de la Santa Silla. Por el tratado de Terni restituyó á la iglesia romana las tierras que le habian sido arrebatadas en la Sicilia, en Hungria y Ancona; por el de Pavia suspendió la guerra entre los lombardos y los griegos dejando las cosas en el mismo estado en que se hallaban respecto á la Santa Silla. A instigacion del Papa el clero lombardo despues de la muerte de Luitprando en 744 alejó del trono á Hildebrando cuyos antecedentes no prometian la paz al vicariato, é hizo elegir en su lugar á Ratchis duque de Frioul, guerrero piadoso y dócil á la voz de los sacerdotes; en fin decidiendo en una palabra la elevacion al trono de los francos del hijo de Carlos Martel haciéndole consagrar por mano de Bonifacio, Zacarias aseguró para tiempos menos bonancibles una eficaz proteccion á la Santa Silla. Gran servicio si sus sucesores hubiesen sido bastante fuertes y bastante hábiles para haberse sabido aprovechar de él.

CAPITULO V.

CONQUISTA FRANCA.—IMPERIO DE OCCIDENTE.—REINO CARLOVINGIANO DE ITALIA. (750—888) (7).

Los reyes Astolfo y Didier. — Los papas Esteban II y Esteban III.—Invasion de Pepino.— Dominio temporal de los papas.—(750—774).

El rey Rachis cambiando la corona por la tonsura precipitó la crisis que amenazaba hacia largo tiempo á la Italia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Su sucesor Astolfo (750), menos dócil á las inspiraciones del clero, se arrojó sobre la Istria y la Pentápolis tomó á Ravena, obligó al último vicario Eutiquius á huir y refugiarse en la ciulla de Nápoles y amenazó á Roma que le impedia poner mano sobre los territorios independientes aun del mediodia de la Italia. El papa no tenia para defenderse mas que al duque de Roma, jefe de esas corporaciones de soldados mal disciplinados y peor instruidos que formaban la guardia y fuerza militar de la ciudad, y los miembros del colegio aristocrático del consulado, poseedores de grandes dominios en la campiña de Roma, condecorados con gran profusion de títulos de duques y grandes, pero mas orgullosos que físicamente fuertes.

Esteban II procuró en primer lugar detener á Astolfo con adulaciones y obsequios, táctica que en tiempo de Zacarías habia surtido buen efecto. Astolfo escuchó en esta ocasion las adulaciones, recibió los presentes y no reclamó mas que el señorío de Roma y una moneda de oro por cada cabeza romana. Despues de haber tratado todavía, de aproximarse á Constantinopla, Esteban á la vista de Astolfo temblando de cólera pero no atreviéndose á detenerle, partió para la Gaula escoltado por dos francos, el obispo de Metz Rodegang y el duque Autchar.

La obra emprendida por los primeros Carlovingios estaba casi cumplida. La soberanía franca se hallaba en poder de manos varoniles, y la dominacion merovingiana, arruinada bajo los débiles sucesores de Dagoberto, se reconstruia poco á poco desde los Pirineos á las fronteras de la Bohemia bajo la hábil y enérgica direccion de una nueva familia y aun pudiera casi decirse de una nueva raza de francos. Hácia estos se dirigió Esteban. Pepino, á quien consagró solemnemente rey de los francos y le nombró patricio de Roma, se encargó de contestar á sus peticiones de socorro y en su consecuencia puso en movimiento sus ejércitos.

La primera vez que penetró en Italia por el paso de Fenes-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

trelle (754) se contentó con hacer abandonar al rey lombardo sus recientes conquistas. Llamado segunda vez por una nueva tentativa de Astolfo sobre Roma (755) le hizo jurar solemnemente que dejaria en paz las antiguas provincias del vicariato. Los enviados de la córte de Constantinopla se encontraron presentes en aquella ocasion y reclamaron estas provincias á nombre de su señor al paso que Esteban hacia igual reclamacion á nombre de san Pedro y de san Pablo, como que le habian sido cedidas hacia tiempo por los reyes lombardos Sutri y algunas otras ciudades; Pepino usando libremente de su derecho de conquista abandonó, si hemos de dar crédito á algunos escritores eclesiásticos, á los apóstoles Pedro y Pablo las provincias de Emilia, Flaminia y Pentápolis. Los reyes bárbaros y sobre todo los francos se habian siempre mostrado generosos con las iglesias, era muy natural, pues, por las circunstancias especiales que en él concurrian, que Pepino hiciese semejante donacion de un pais que no podia gobernar aun y del que conservaba sin embargo el título de patricio ó lo que es lo mismo una especie de señorío.

Hasta aquí todo iba bien. La Santa Silla sin comprometer la independencia de la Italia, obtenia todo lo que deseaba y lo que en este tiempo de violencias le era tan necesario para asegurar su independencia. Astolfo tardó mucho en ceder y conservó hasta su muerte las ciudades de Ravena, Faenza, Imola, Ferrara, Bolonia y Ancona; pero en todas las demás el Papa nombraba é instituia en su nombre los duques, condes y tribunos militares al mismo tiempo que los clérigos encargados de los despachos eclesiásticos, resultando de todo esto que habia dado un gran paso en el camino de la soberanía temporal.

Despues de la muerte de Astolfo que no dejó hijos y que acaeció en 756, nuevas dificultades entre la Santa Silla y los lombardos fueron causa de los mas tristes resultados. El papa

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Esteban opuso algun tiempo á Rachis, sacado de su claustro el duque de Tuscié llamado Didier, y para arrancarle la ejecucion del tratado jurado por Astolfo, favoreció la eleccion en Espoleto de un duque que se le habia mostrado hostil. Didier reconocido por los lombardos, despues de haber hecho entrar otra vez en su convento á Rachis y arrojado á su enemigo de Espoleto, entabló negociaciones con la córte de Constantinopla con la intencion de continuar contra el Papa una venganza comun. Pepino se interpuso otra vez aun y su mediacion pudo, aunque con gran trabajo, terminar las hostilidades.

A la muerte de Paulo I, Didier continuó su objeto por un nuevo medio. Desde que la Santa Silla ejercía la suprema autoridad espiritual y un poder político considerable, la eleccion de los papas era el objeto de luchas tanto mas ardientes cuanto que se complicaban con la ambicion de las mas poderosas familias de Roma y la rivalidad de las facciones bizantina, lombarda y franca. Apenas muerto el papa Paulo I un rico varon romano llamado Toto, duque de Nepi, se arrojó sobre la ciudad de Roma é hizo violentamente consagrar como papa á su propio hermano Constantino por el obispo de Prenesta Georgío con grande escándalo de la mayoria de los romanos. Didier bajo el pretesto de castigar al intruso, hizo penetrar en la ciudad algunos lombardos, y en medio del tumulto y la conmocion popular, sacó del claustro á un cierto Felipe al que hizo consagrar en lugar de Constantino con el objeto de tener un papa que le fuese adicto. No retrocedió en su camino, pero el limosnero Cristóforo fué bastante hábil para burlar al rey. Se aprovechó de una circunstancia casual, impidió la confirmacion de Felipe é hizo elegir á Esteban III, papa enteramente opuesto á los lombardos.

Obligado á hacer frente á las hostilidades, Didier dió sus dos hijas Hermengarda y Gerberge á Cárlos y á Carlomagno con el objeto de separar del papa á los dos príncipes francos;

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ocupó militarmente á Faenzà, Ferrara y Comacchio, bloqueó á Ravena y calculó poder ejercer el vicariato. Pero la alianza sobre la cual habia creido asegurar su fortuna causó justamente su ruina y la del reino lombardo. Cárlos repudió bien pronto á aquella que el papa le representaba siempre como hija de un pueblo de leprosos, y despues de la muerte de su hermano Carloman, despojó á los hijos de su viuda. Doblemente herido como padre y como rey, Didier reunió en su córte todos los enemigos del rey franco, entre ellos el antiguo duque de Aquitania Vuoldo, y marchó sobre Roma para obligar al papa Adriano á consagrar á los hijos de Carloman sobrinos del usurpador. Esta era una declaracion de guerra al rey de los francos.

Carlomagno en Italia (773); Adriano I; restablecimiento del imperio de occidente (800).

Despues de inútiles proposiciones de paz, Cárlos reunió á los francos en un campo, y les propuso defender al Papa, su aliado. Didier y su hijo Adelchis habian fortificado por entónces el paso del Suce. Un diácono llamado Martin, enviado por Leon, arzobispo de Ravena, indicó al rey de los francos una senda desconocida y no guardada, para cambiar las fortificaciones del ejército de Didier. Las dos ciudades de Pavia y de Verona eran las únicas que podian resistir. Didier se encerró con Hunaldo en Pavia, y Adelchis con los hijos de Carloman en Verona (773).

Cárlos hizo bloquear estas dos ciudades, y fué á visitar á Roma. Recibido con entusiasmo por el papa, el clero y el pueblo en medio de las solemnidades de la fiesta de Pascua, renovó la donacion de Pepino sin abandonar sin embargo sus derechos de soberanía. De vuelta al norte recibió en primer lugar la sumision de Verona despues de la huida de Adelchis á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Grecia. En Pavia Hunaldo quiso resistir hasta el último estremo, pero fué apedreado por las mujeres que abrieron las puertas. Cárlos tomó el título de rey de Italia, recibió el juramento de fidelidad de los duques lombardos y envió á Didier y su sobrino á Gaula (774). Asi pereció, por no haber sido compatible con la soberanía espiritual del Papa, el segundo reinado ensayado por los bárbaros; con él cayó la independencia de la Península.

La condicion de los lombardos se hubiera de este modo dulcificado si para conservar sus leyes y sus dominios se hubieran resignado sin revoluciones á la pérdida de su independencia; pero Rosgando duque de Frioul, Hildebrando duque de Espoleto, y Arechis, duque de Benevento, llamaron de Constantinopla al hijo de su rey Adelchis que en el mes de marzo de 786 durante una espedicion de Cárlos contra los sajones desembarcó en las costas de Italia. Esta tentativa añadió la pérdida de la libertad á la de la independencia. Vencedor de los sajones, Cárlos revolvió sobre los rebeldes, batió y mató á Rosgando, puso en fuga á Adelchis, y esta vez altamente resentido abolió la constitucion y las leyes lombardas, destituyó los duques, dividió los antiguos ducados y los confió á otros tantos condes, la mayor parte francos, que debian gobernar en su nombre y á su provecho (777).

El órden y la unidad no fueron sin embargo para la Italia el precio de la dominacion estranjera. Los condes francos pudieron conseguir con gran trabajo que fuese aceptada su autoridad. En el centro de la Italia el arzobispo de Ravena Leon, celoso de imitar al Papa y de formarse igualmente un dominio temporal, tomó posesion de Comacchio, Ferrara, Bolonia, Faenza, Imola, Forli, Cesena, é instaló duques y magistrados en nombre suyo con gran descontento del Papa. El duque de Benevento, protegido por su posicion meridional, conservó su independencia y algun tiempo de la misma manera el nombre

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Lombardía. Los venecianos al norte defendieron contra los francos las delimitaciones que habian sido fijadas entre ellos y los lombardos. El imperio griego conservó por entónces los ducados de Nápoles, de Gaeta, de Amalfi, una parte de la Calabria y Gallipoli, Otranto Cosenza y Reggio. Por una singular confusion que debia bien pronto no tener ejemplo se vió en Nápoles al duque de Etien reunir en el año 779 el poder temporal con el título de obispo que le fué confirmado por el Papa.

En 780 Carlomagno hizo una larga estancia en la Península, y haciendo coronar por el papa Adriano á su hijo Pepino rey de Italia organizó el gobierno con los consejos de Angilberto, abad de San Riquier , y de Adahar de Corbia. Fué preciso reprimir algunos complots y hostilidades que encontraban en la anarquia un elemento natural. El duque de Benevento Arechis; Tassillon duque de los bávaros , de ese pueblo hermano de los lombardos, y la emperatriz de oriente Irena, siempre pronta á lanzar sobre la Italia al hijo de Didier, eran los enemigos mas formidables de los francos en Italia. En tanto que Carlomagno castigaba á Tassillon, defendió dos veces el paso de los Alpes contra los abaros ayudado siempre de los obispos , y obligó al sucesor de Arechis Grimoaldo á acuñar sobre las monedas el busto de Carlomagno y á rechazar las tropas del imperio griego.

La Italia no recibió una organizacion definitiva hasta veinte años despues. El papa Leon III, elegido despues de la muerte de Adriano I, envió sus embajadores á Carlomagno paraque le remitiese las llaves de la tumba de San Pedro y el estandarte de la ciudad, suplicándole al mismo tiempo recibiera la *espresion de fidelidad del pueblo romano*; pero en la primavera del año 799 en medio de una procesion un grupo de sediciosos se arrojó sobre el Papa, le precipitó de su caballo y despues de haber intentado asesinarle lo encerraron en el monasterio de San Silvestre. Rescatado por sus partidarios se dirigió á Paderborn

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en Germania para pedir venganza á Cárlos, y el rey de los francos ofreció su proteccion á precio de la corona imperial de occidente.

El imperio romano habia continuado siempre como uu recuerdo de fuerza y de grandeza en la imaginacion de los pueblos. El señor del occidente al pedir á la Santa Silla el restablecimiento de su dignidad, queria hacer consagrar su autoridad política en Europa. Confiriendo el título de emperador á aquel que convertia á los paganos y rechazaba á los infieles, la Santa Silla aseguraba su autoridad religiosa. La alianza de estos dos poderes supremos unia y consolidaba la nueva sociedad fundada por el cristianismo y los bárbaros.

Siete obispos y tres condes con fuerzas considerables escoltaron hasta Roma al Papa y metieron en prision á sus enemigos. Carlomagno se presentó en seguida en persona, singularmente engrandecido desde su última aparicion por tantas victorias conseguidas sobre los sarracenos, los sajones, los eslavos y los abaros; dueño en fin de un inmenso Estado que se estendia desde el Raab al Ebro y del Eider al Garigliano. El papa Leon juró ante él y sobre la Biblia que era inocente. Algunos dias despues, precisamente en las fiestas de Navidad del año 800, Carlomagno, su hijo Pepino rey de Italia, sus hijos y un gran número de señores francos y de sacerdotes se hallaban reunidos en la basílica de San Pedro con motivo de los sagrados oficios. En el momento del sacrificio el Papa se acercó al poderoso monarca colocando sobre su cabeza una corona de oro y gritando ¡*vida y victoria á Cárlos Augusto, grande y pacífico emperador de los romanos, coronado por la mano de Dios*!

El papado y la península, fuerza es conocerlo, daban mas sin embargo al nuevo emperador que lo que ellos habian recibido de él.

El rey franco no habia sido hasta entónces mas que el defensor de la Iglesia romana libremente escogido por el Papa;

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pero reemplazó mas adelante al emperador de oriente definitivamente desposeido de los derechos de soberania sobre la Italia, sobre Roma y sobre su obispado. El papado que habia desplegado todos los recursos de la política para escapar á la dominacion de los soberanos griegos y lombardos, llamaba y consagraba por sí mismo á su verdadero señor. La Italia siempre anexa á un imperio fundado por un bárbaro, debia á sus antiguos recuerdos el derecho de conservar como en depósito la púrpura imperial, pero debia ser siempre para ella, como el vellocino de oro de los antiguos, objeto de la ambicion de todos, presa de los mas audaces, prenda preciosa de una grandeza pasada, su orgullo en fin y su desgracia.

Constitucion del reinado Carlovingiano de Italia; reinado de Pepino; Venecia; prosperidad de la Italia (800 á 811).

Colocado en posesion de las provincias tesalpinas, dueño del centro de la Italia donde su padre ejercia la soberania por sus *missi-dominici* y sus *capitulaires*, Pepino el nuevo rey de Italia intentó someter el mediodia de la peninsula, las islas vecinas y algunas costas del Adriático que se le habian mostrado siempre amigas, y constituir en esta bella region un reino homogéneo por la unidad del mando y de las instituciones.

Despues de haber guerreado aun contra el duque de Beneventano Grimoaldo, siempre dispuesto á hacerle traicion y haber logrado la toma de Ortona, de Chiete en los Abbruzos y de Nocera en la Pulla la sumision real, Pepino arrojó los sarracenos de la Córcega y la Cerdeña. Los habitantes de las lagunas de Venecia sacaron hábilmente partido de su admirable posicion para sustraerse á los francos y á los bisantinos, oponiendo los unos á los otros segun las necesidades del momento.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pepino queria castigar á este pueblo ávido que, sin embargo de lo que ordenaban los *capitulares* de Carlomagno, continuaba á espensas de los occidentales en el lucrativo comercio de los eunucos. Desplegó su astucia política aliándose con el emperador griego y fomentando las discordias intestinas entre el patriarca Fortunato jefe del partido franco y el dux Belerio jefe del partido griego. Los historiadores de Venecia han tratado, como en otro tiempo los de Roma, de disimular una sangrienta derrota que pudo aniquilar en su nacimiento á la futura reina del Adriático. Por lo menos en esta época los habitantes, obligados á unirse en el Estuario, se agruparon sobre las islas Rialto, Malamoco, Todelo, y *Ainelus Participatius* sucesor de Oliverio estableció su residencia en el mismo sitio donde se elevó mas tarde el palacio de los duques. La fortuna de Venecia empezó donde pudo encontrar su ruina.

Sábias instituciones mejoraron la suerte de la Italia; Pepino trató de amalgamar las de los francos con las costumbres lombardas. Regularizó la institucion de los condes, centenarios y decenarios que se confundieron bien pronto con los antiguos esculdais ó gastaldos lombardos, de tal manera que al poco tiempo estos nombres fueron indistintamente empleados para designar la misma dignidad. Organizó los tribunales de *scabinos y echebinos* que conservaron en Italia el nombre de jueces, *judices*, en sus funciones como asesores de los condes. Estableció en Pavia la dignidad de conde de Palacio que juzgaba las causas de todos los hombres poderosos y obligó finalmente al servicio militar lo mismo á los lombardos que á los italia-

Iglesia era inmensamente rica en la Gaula y lo debia ... minacion franca en Italia. Pepino decretó numerosas donaciones é inmunidades considerables á las de Milan, Pavia y Mantua, y por consecuencia alcanzaron una grande influencia los personajes eclesiásticos que llegaron á ser en Italia los mayores rivales políticos de los condes. Bajo esta doble dominacion mi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

litar y eclesiástica se elevó la clase de los hombres libres, arimanos y ciudadanos de diversos orígenes, sometidos todos al servicio militar. La de los antiguos *aldies* disfrutaba de mejor ó peor posicion bajo los nombres de *fiscalini eclesiastici* ó *coloni* segun dependian del rey, de la Iglesia ó de los condes. Los buenos deseos del rey de Italia se estendieron tambien á las letras, á las que su padre mostró gran predileccion. El célebre Alcuino envió á instancias suyas diez monges instruidos al monte Casino: otro monge irlandés vino á Pavia con el objeto de resucitar las letras en la patria de Virgilio. Pavia Ibri, Turin, Cremona, Florencia, Fermo, Verona y Friuli, establecieron escuelas que fueron frecuentadas por numerosos discípulos despertando de este modo la actividad intelectual. Claudio de Turin predicaba en Italia la herejía española de Felix de Urgel y desplegó alguna fuerza de talento en su lucha con el célebre Dungal llamado del monasterio de San Dionisio á Pavia, y con los obispos italianos Etien, Teofilacto y San Paulino de Aquiles, pero nada consiguió. Carlomagno hizo á Adalberto arzobispo de Milan el honor de encargarle un libro sobre el sacramento del bautismo. Los lombardos encontraron un historiador en Pablo Barnefried, diácono de Aquiles y uno de sus descendientes. A este movimiento impreso por Carlomagno debió la Italia un poco mas tarde el que florecieran el sábio y credulo Anastasio, bibliotecario de la iglesia romana; Luitprando espiritual y curioso historiador; Landolfo, verídico narrador, y el cantor anónimo de la lucha de Guy y de Berenguer y Rosbeda, la *Musa del claustro*, digno intérprete de los dolores y de las alegrias de la romancesca emperatriz Adelaida. En este momento rápido de renacimiento se elevaron las naves de la antigua basílica de san Ambrosio de Milan y el hermoso claustro que la sirve de vestíbulo. En tal situacion una chispa era bastante sobre esta tierra fecunda de la Italia para reanimar el fuego sagrado.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El rey Bernardo y el papa Esteban IV (811, 818).

Despues de la muerte prematura de Pepino en 811, Bernardo, su hijo y sucesor, pareció dispuesto á seguir las tradiciones de su padre; pero la muerte de Carlomagno, acaecida en 814, y la exaltacion al imperio del débil Luis el Benigno cambiaron la situacion de la Italia.

Arrancada la anarquía lombarda y restaurada por los francos, la Italia podia concebir la esperanza de desprenderse al fin del imperio y formar un estado independiente bajo la proteccion de un nieto de Carlomagno. Adalhardo y Wala, consejeros de Bernardo, hicieron aceptar este proyecto al jóven rey. La obra de Carlomagno á pesar del carácter débil de su sucesor, no podia caer sin embargo de un golpe. Luis el Benigno obligó á Bernardo á que le prestara juramento de fidelidad y le retiró sus consejeros, haciendo vigilar severamente su conducta.

La represion que Bernardo ejerció contra dos nuevos motines en Roma en tiempo de Leon III, fué juzgada la una como demasiado cruel y la otra demasiado indulgente. La Santa Silla por su parte no parecia querer separarse del imperio. Anticipando la consagracion pontifical sin esperar el consentimiento de Luis (816) el papa Esteban IV se apresuró á hacer prestar á los romanos juramento de fidelidad al emperador, y selló de nuevo la sumision de la Italia á los francos y la alianza del sacerdocio y el imperio, viniendo el mismo rey á coronar al hijo de Carlomagno. El papado tenia su principal interés en el mantenimiento del imperio, que aseguraba su autoridad temporal sobre Roma y espiritual sobre todo el occidente, al paso que la elevacion de un reino nacional sobre las ruinas del imperio ponia en peligro la una y la otra. El famoso decreto imperial de la dieta de Isla-Chapel (817), que se firmó

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en tiempo de Luis el Benigno, y que dividia el imperio entre sus hijos, asociando al mayor Rotario al poder supremo y concediéndole la espectativa de la Italia despues de la muerte de su padre vino bien pronto á condenar á Bernardo á una decadencia segura y hacer descender á la Italia de un solo paso á la servidumbre. El obispo de Verona, el conde de Brescia, el arzobispo de Milan y otros prelados y grandes señores incitaron á Bernardo á la resistencia. El nieto de Carlomagno reunió las tropas y ocupó el paso de los Alpes, pero los italianos á la aproximacion del ejército no se atrevieron á esperarle ni á resistirle. Bernardo, obligado á confiarse á la clemencia de Luis el Benigno, sufrió un castigo afrentoso de cuyas resultas murió. Los principales consejeros del rey fueron igualmente castigados, los prelados arrojados de sus puestos y los grandes señores decapitados (718).

El emperador Lotario; los papas Pascual I, Eugenio II y Gregorio IV (818-843).

Luis el Benigno gobernó tres años la Italia sin hallarse en ella y envió en 821 á su hijo mayor Lotario. El orgullo de la península se vió algo satisfecho cuando dos años despues Lotario fué coronado emperador. Lotario hizo entrar en su deber á Luivide duque de Pannonia y supo contener al papado que preferia mejor al emperador lejos que cerca, y que sin embargo de aceptar su benéfica proteccion no renunciaba al deseo de recobrar su independencia. El papa Pascual I elegido en 817 está debilmente escusado de no haber esperado el consentimiento imperial para la condenacion de varios partidarios de los reyes francos, entre otros Teodoro, limosnero de la Iglesia romana. Lotario aprovechó con habilidad las disensiones que siguieron á la muerte de aquel para asegurar el papado á Eugenio II y reformar el estado romano. Nuevas

(c) Instituto Cervantes de Madrid

constituciones célebres garantizaron la eleccion regular de los papas igualmente que la buena administracion de justicia y la ejecucion de las leyes puestas en vigor en el centro de la Italia. Los límites de la autoridad imperial y pontifical fueron fijados y el papa juró fidelidad al emperador, lo mismo que el clero y el pueblo romano, salvo la fé prometida á los papas. Todo papa fué declarado intruso si no era elegido canonicamente y no prestaba en presencia del pueblo y del enviado del emperador un juramento igual al que acababa de prestar Eugenio. Nada era mas conforme á las pretensiones papales que estos famosos decretos.

Lotario fué sostenido por los italianos cuando se sublevó contra su padre y procuró en vida de aquel gobernar todo el imperio. Los antiguos jefes del partido nacional Adalhardo y Wala salieron de su claustro para ayudarle. Luis el Benigno habia herido el orgullo italiano destituyendo á Balderico duque de Frioul y sobre todo desmembrando al rey de Italia, para aumentar la parte de su último hijo Cárlos, algunas provincias que entregaban los pasos mas importantes de los Alpes; el pensamiento de la dominacion lisonjeaba menos aun que el de la independencia á un pueblo que, despues de tantas invasiones como se habian sucedido, se conocia muy mal á sí mismo anteponiendo sus recuerdos á sus intereses. Despues de la primera desgracia de Lotario el papa Gregorio IV en persona pasó en 833 á la Gaula á apoyar las pretensiones del rey italiano al imperio y amenazó con la escomunion á los obispos galo-francos del partido de Luis el Benigno. Pero la rivalidad de sus hermanos y la indignacion general que vengó á Luis el Benigno de la innoble victoria del Campo de la Mentira y de la escena parricida de San Medardo Soisons, atrajeron aun otra vez á Lotario á Italia, no debiendo la conservacion de su título de emperador y la de algunas provincias mas allá de los Alpes sino á la intervencion del arzobispo Angilberto de Milan, per-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sonaje entónces muy poderoso y al cual se debe el bellísimo altar de la iglesia de san Ambrosio que se eleva sobre cuatro colunas de pórfido.

La sangre de los italianos vertida á torrentes en 841 en las llanuras de Fontenai en Borgoña para sostener las pretensiones de Lotario sobre sus hermanos y las de los hombres del Mediodía sobre los del Norte, fué todavía una prueba mas desastrosa aun de la comunidad de intereses y de ambiciones del hijo mayor de Luis el Benigno y de su pueblo. Lotario con el título de emperador notablemente empequeñecido no obtuvo mas que el territorio de la Gaula, comprendido entre los Alpes y el Rhin hácia el oriente y las provincias de Rádano, Saona y Meusa al occidente. La Italia esquilmada por las frecuentes convocaciones del Heerbann (servicio militar) y por los impuestos que necesitaba la ambicion de Lotario, descendió de sus pretensiones imperiales al estado de provincia enclavada en la dominacion de un hombre, perdiéndose en la Lotaringia (843).

El emperador Luis II; los papas Leon IV y Nicolás I; los sarracenos (845-874).

En tanto que los reyes francos arrastraban á los italianos mas allá de los Alpes para continuar lo que no era otra cosa que sombra del imperio, la Santa Silla habia recobrado su valor, y á principios del año 844 el papa Sergio se hizo entronizar en Roma sin la confirmacion imperial, pero un nuevo enemigo, los sarracenos, aparecieron de pronto, y penetrando como un torrente hasta la capital de la cristiandad, saquearon la iglesia de San Pedro estramuros.

Enviado por Lotario con el título de rey, el primogénito de los hijos del emperador llamado Luis, hizo revisar la eleccion del papa Sergio por un concilio de veinte y tres obis-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pos italianos, á quienes el papa, una vez reconocido, reprendió severamente por semejante audacia. El peligro que los sarracenos hacian correr á la Italia y á la cristiandad fué mucho mas difícil de conjurar. Introducidos desde algunos años antes en Sicilia de resultas de una querella entre Fotin gobernador de la Sicilia por el emperador de oriente y un duque militar llamado Eufemio, los sarracenos se habian hecho dueños de la isla menos de Siracusa y Taormina. Llamados en otra ocasion contra el duque de Benevento, por los condes de Salermo y Capua, Sinoculfo y Landolfo, tomaron á Bari, saquearon el Monte Casino, insultaron á Roma y amenazaron al mediodia de la península, que el emperador griego para consolarse de la pérdida de una provincia habia llamado la *Sicilia cismarina*.

Luis II trató de restablecer la paz entre los príncipes rivales del mediodia, marchó á la cabeza de los lombardos contra los sarracenos y los rechazó hasta Gaeta; pero una parte de su ejército pereció en una emboscada. Roma se vió en gran peligro, y la capital del cristianismo se hubiera convertido tal vez en una ciudad mahometana, si el papa Leon IV con mano enérgica revistiéndose de una autoridad superior en Roma no hubiera salvado con ella la civilizacion cristiana. Consagró los tesoros de la Iglesia y hasta sus propias riquezas á levantar fuertes murallas al rededor de lo que se llamó despues la ciudad Leonina; armó á los romanos, llamó á los italianos de Nápoles y de Gaeta á las armas y á la defensa, animó continuamente á los combatientes con su presencia, y tuvo el placer de mirar á los sarracenos pronunciarse en retirada. Este era el segundo papa que salvaba á Roma de los bárbaros.

El heroismo de Leon IV dió tiempo á Luis II de repararse del revés sufrido. Luis II, mas razonable que sus predecesores, se limitó á gobernar bien y á defender mejor la parte que le habia correspondido, y si una soberanía italiana hubiese podido vivir entonces, este hombre prudente y enérgico la hu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

biera constituido sin duda. Fijó las condiciones del servicio militar impuesto á los vasallos de los condes y sus *gastaldos*, igualmente que á los de los obispos y sacerdotes. Dirimió en favor de Benedicto III un cisma que despues de la muerte de Leon IV estuvo á punto de dividir á Roma. Su principal anhelo fué la guerra contra los sarracenos.

Por desgracia no dejaron de oponérsele obstáculos de alguna consideracion. Un invierno riguroso durante el año 860 cubrió toda la península de nieve, fenómeno sumamente raro en tan hermoso clima, y que produjo la carestía y en su consecuencia el abatimiento en todos los ánimos. Sostenido ó favorecido por el duque de Benevento contra los sarracenos, se vió obligado en 866 á sitiar en Capua al rebelde Landolfo, conde y obispo de esta ciudad, el cual faltando á su dignidad sostenia y mantenia relaciones con aquellos. Se indispuso con el papa Nicolás I, el rudo adversario de Focio en oriente y de Hincmaro en Francia , no menos celoso de sus prerogativas políticas frente á frente de un rey de Italia que de su autoridad religiosa con respecto á los obispos. Sus tios en Lorena y en Provenza le arrebataron la herencia de sus dos hermanos. Cumpliendo siempre con sus deberes de cristiano y de rey, sitió en 870 á los sarracenos en Bari , una de sus mas formidables guaridas, y despues de un primer revés consiguió al fin asaltar esta peligrosa ciudadela desde donde el islamismo amenazaba á la capital de la cristiandad.

Arrojados los sarracenos de Tarento, hubiera estendido su autoridad sobre la península, si sus mismos súbditos ó vasallos no lo hubieran impedido. Los duques de Benevento y de Nápoles, los *estraticotes* griegos, el papa y los romanos no eran desgraciadamente los únicos que se quejaban de la dominacion de un rey carlovingiano en Italia. Despues de haber incitado á sus jefes á desatar el lazo que unia la península al imperio, los personajes poderosos de la Italia septentrional te-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mian á su vez engrandecer demasiado la autoridad real. Los duques de Friul, de Espoleto, de Brescia, de Camerino y los arzobispos y obispos de Milan, de Cremona, de Ravena, de Módena y de Parma se habian hecho pagar su apoyo con concesiones territoriales é inmunidades que los colocaban en una especie de independencia. Los barones què por su importancia se hallaban en menor escala, se aprovechaban de las escursiones de los sarracenos para construir castillos y fortalezas que eran despues el centro y asilo de las revoluciones, igualmente que la guarida de sus pillajes. Luis II despues del triunfo de Bari esperimentó esta ingratitud que comprometió su obra. Descansando con su mujer por algunos dias bajo la salvaguardia de las leyes de la hospitalidad en Benevento, el duque Adelchis, colocado en cierto sitio por los duques de Espoleto y de Camerino, hizo atacar su débil guardia encerrándole en una torre de la que no le sacó sino despues de haberle exigido la promesa de no emprender nada contra él. Los duques de Espoleto y de Camerino, arrojados ignominiosamente de sus dominios, pagaron bien cara esta traicion; pero Luis II dudó ya del porvenir de la soberanía italiana. Ganó sin embargo otra gran victoria cerca de Capua contra un jefe de piratas sarracenos y murió algun tiempo despues devorado por la tristeza en la ciudad de Brescia en el año 874. El arzobispo de Milan Ansperto á la cabeza de los obispos de Bérgamo, de Cremona y de todo el clero, fué procesionalmente en busca del cuerpo del emperador, enterrado ya en la iglesia de santa María, para inhumarlo en la real de san Ambrosio.

Decadencia del reinado carlovingiano; Cárlos el Calvo, Carloman, Cárlos el Gordo (874-888).

Luis II fué el último de los carlovingianos que mereció el título de rey de Italia por los servicios que procuró hacer y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que hizo á su pueblo. Despues de él la imaginacion de los cronistas de este tiempo aparece con un tinte mas sombrío. El año mismo de su muerte, se distinguió por admirables prodigios. Una nube de langostas descendió sobre Vicencio, Brescia, Cremona, Lodi y Milan, destruyendo todos los campos. El dia de pascua se notaron en muchísimos sitios, y particularmente sobre los árboles, plantas y arbustos, señales inequívocas de una lluvia de tierra ó de ceniza. El 4 de mayo con admiracion de todo el mundo por ser la estacion mas benigna del año, un frio intenso heló y secó las hojas de todos los árboles; en fin, la aparicion de un cometa acabó de infundir el espanto en todos los corazones.

Aunque Luis II hubo designado á su tio Luis rey de la Germania para sucesor del reino de Italia y del imperio, el papa Juan VIII llamó al rey de Francia Cárlos el Calvo prefiriendo mejor un emperador que fuese hechura suya. El arzobispo de Milan por su parte convocó á los principales obispos y señores de Italia, los cuales reunidos en dieta solemne en la ciudad de Pavía se dividieron en dos bandos entre los dos candidatos. Entonces empezó la anarquia anunciada por tan tristes presagios, en medio de la cual el reinado carlovingiano cayó en la disolucion.

Cárlos de Francia llegó el primero á Roma, recibió el imperio como un presente del Pontífice y se sometió á la eleccion de la dieta de Pavía. Cárlos, el hijo de Luis el Germánico y que los italianos designaban con el nombre de Carletto, enviado demasiado tarde por su padre, no pudo hacer otra cosa que causar inútiles estragos en el pais en union de Berenguer duque de Friul entre Bérgamo y Brescia. Rey demasiado débil, dominado como lo estaba en Francia por los obispos y los grandes señores, Cárlos el Calvo fué aun mas impotente como emperador y rey de Italia. Boson, dejado por él en la península con el título de rey, se casó con una hija de Luis II; en tanto

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los sarracenos dieron de nuevo principio á sus rapacidades adelantándose hasta Comaquio. Imperiosamente llamado por Juan III, Cárlos el Calvo descendió por segunda vez los Alpes, en el momento precisamente en que Carloman, otro hijo de Luis el Germánico y rey de Baviera, llegaba por su parte con el objeto de sorprender la Italia. Sabida recíprocamente por ellos la llegada de uno y otro, los dos Carlovingianos huyeron cada cual por el lado que habian venido, es decir por dos lados opuestos de los Alpes. La muerte de Cárlos el Calvo á la falda del Monsenis en 877, decidió á Carloman á volver por el mismo camino y hacerse declarar rey. Pero este hecho no terminó la guerra.

El papa Juan VIII, partidario de los franceses, llamó á pesar de los ataques de Lamberto duque de Espoleto y de Adalberto duque de Benevento que le retuvieron prisionero por algun tiempo, al hijo de Cárlos el Calvo conocido por Luis el Tartamudo. En vano los sarracenos penetraron hasta el pié de las murallas de Roma. El sucesor de Leon IV prometió á los sarracenos un tributo anual de veinte y cinco mil marcos y pasó á Francia en busca de Luis el Tartamudo. Convencido de la incapacidad de su protegido, pero obstinado en su oposicion á los germanos que favorecian las pretensiones del prelado lombardo, llamó á Italia á Boson conde de Provenza y esposo de la hija de Luis II, pero sin ser por esto mas dichoso. El arzobispo de Milan Ansperto, rival del Papa y el mas poderoso de los personajes eclesiásticos de este tiempo, prohibió á los señores y obispos de la Lombardia asistir á la dieta en que debia verificarse la eleccion de aquel. Boson se vió precisado á consolarse haciendo erigir sus dominios de Francia en reino de Borgoña.

A la muerte de Carloman se suscitó una igual rivalidad. Juan VIII queria reunir los obispos italianos en un concilio en Roma para dirigir la eleccion. Ansperto por su parte, adicto á la córte de Germania, sostenia que el título de rey de Italia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

era enteramente distinto del de emperador, y que si el Papa tenia derecho sobre el segundo, el arzobispo de Milan tenia solo y esclusivo derecho sobre el primero. Cárlos el Gordo, rey de Suavia, apoyó inmediatamente estas palabras y con un numeroso ejército se hizo coronar rey en Pavía. El Papa exasperado pensó por un instante en reconocer á Focio é invocar la proteccion del emperador de oriente; pero atacado enel mediodía por los sarracenos que habian igualmente hecho alianza con los duques de Nápoles y de Capua, estrechado por todos lados consintió al fin en proclamar y consagrar emperador en Roma al protegido de Ansperto, Cárlos el Gordo (881).

Pero el Papa, los duques, los obispos, despues de semejante anarquia, no entregaban mas que una autoridad ruinosa á un soberano estranjero; en vano Cárlos el Gordo reunió á la Italia la Germania, la Francia, y fué reconocido por un instante soberano de todos los paises que habian obedecido á Carlomagno, la península no le fué por entero sometida como tampoco el resto del imperio. Fué impotente para defender la contra los sarracenos, del mismo modo que no pudo defender la Francia contra los normandos y la Germania contra los eslavos. El imperio pereció entre sus manos, y los italianos avergonzados de una impotencia de que ellos mismos habian tenido la culpa, desposeyeron, á ejemplo de otros pueblos, al último descendiente de aquel que habia destruido el reino lombardo.

«Lo que la Italia ha sufrido desde la muerte de Carlomagno, decia la sentencia de deposicion redactada por los prelados y condes reunidos en dieta, no hay lengua alguna que pueda espresarlo bastante bien.» No eran nada sin embargo semejantes desgracias en comparacion de las que los italianos tenian bien pronto que achacarse á sí mismos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

TERCER PERÍODO.

ENSAYO DE UN REINADO NACIONAL (888-950).

CAPITULO VI.

LA FEUDALIDAD EN ITALIA; EL REINO ITALIANO; ABATIMIENTO Y DEBILIDAD DEL PAPADO (888-950).

La Feudalidad en Italia; Duques y Condes; Obispos y pueblos libres.— La Corona de Hierro es disputada á Berenger I por Guido, Lamberto y Luis de Provenza (888-905); *Teodora y el papa Juan X; Caida de Berenger; Hermengardo y el rey Rodolfo; Marozia y el rey Hugo* (905-932); *Rebelion de Roma contra Marozia.— Decadencia del reino en tiempo de Hugo* (932-940).—*Berenger II y Adelaida* (940-950).

La Feudalidad Italiana; Duques y Condes; Obispos y pueblos libres.

La caida difinitiva del imperio que un siglo antes habia dominado todos los pueblos cristianos de occidente, descubrió en Italia, como en el resto de la Europa en el siglo X, un nuevo mundo, el mundo feudal con la diversidad de sus formas, de sus costumbres y la variedad de sus personajes. Sin contar los elementos que la Italia antigua habia legado para la instalacion de este sistema, no habia habido ningun pueblo invasor, hérulos, godos, griegos, lombardos y francos, que no hubiese contribuido por su parte á la mezcla de sus costumbres y de sus instituciones, al desarrollo de ese espíritu de independencia personal y de dominacion local que constituye el fondo del régimen feudal. La conquista y la soberania carlovin-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

giana misma, habia mas bien protegido que detenido aquel progreso, y cuando el imperio cayó bajo el peso de tan diversos como encontrados intereses, los gobiernos locales aparecieron tanto mas numerosos y mas enemigos, cuanto mayor era el número de conquistas que se habian sucedido, sin que ninguna de ellas hubiese abrazado por entero la península.

Además, este pais otras veces sometido á la mas completa uniformidad por el espíritu nivelador de la ciudad romana, perdió en esta ocasion toda unidad de carácter y de costumbres. Al norte, donde los francos y lombardos habian mas principalmente sentado sus reales, predominaban las costumbres germanas; en el centro de la Italia el espíritu romano se mantuvo mas en su pureza al abrigo del poder y de las inmunidades de la Santa Silla; al mediodia, el duque de Benevento se convirtió á la forma griega. Los lombardos simpatizaron y tuvieron mas afinidad con los habitantes del otro lado de los Alpes, donde Boson, nuevo rey de Borgoña, acababa de formar sus súbditos entre los habitantes de las fronteras meridionales del ducado de Espoleto. No es esto todo. La variedad de las formas políticas complicó aun mas la variedad de costumbres. Los duques y los condes, poderosos señores que databan de la conquista lombarda ó franca; los altos personajes eclesiásticos que se aprovechaban de la importancia de su ministerio y de inmunidades considerables para añadir á la autoridad espiritual, una gran influencia política y un dominio soberano; algunas ciudades en fin, que debian á su numerosa poblacion ó á circunstancias altamente favorables, la conservacion de sus instituciones municipales, formaron los elementos principales de esta agregacion social que se llamó *feudalismo*.

Al norte en la Lombardia los dos mas poderosos señores son Anscar marqués de Ibre, encargado de la defensa de los Alpes

(c) Instituto Cervantes de Madrid

occidentales, y Berenger duque de Friul, descendiente de una hija de Luis el Benigno y cuyos dominios se estienden desde los Alpes julianos al Adige. El arzobispo de Milan, los obispos de Pavía, de Verona y de Turin son poseedores de las sillas mas importantes. Al abrigo de su autoridad estas cuatro ciudades disfrutan de una cierta independencia, pero no existe aun la verdadera libertad mas que en Venecia y en Génova. La primera bajo la proteccion de san Marcos, cuyos restos se han ido á buscar á Alejandría, empieza á someter en el Adriático á los istriotas y los dálmatas; la segunda, colocada al abrigo de los bárbaros por las montañas áridas que la rodean, se lanza de su estenso y seguro puerto en persecucion de los buques sarracenos.

En la Italia central, Adalberto II conde de Luca, marqués de Toscana y casado con una cierta Teodora muy nombrada por su peregrina belleza, reina sobre esta hermosa provincia, engrandeciendo á Florencia, la que una antigua tradicion dice que Carlomagno fué su segundo fundador. Guido duque de Espoleto domina por el contrario en la Ungria, donde acaba de reunir á su dominio hereditario las dos marcas de Fermo y de Camerino. La Santa Silla en Roma y en los pueblos de los alrededores, apoyándose sobre el vago recuerdo de las donaciones hechas por los reyes francos, las que hace remontar hasta el tiempo de Constantino, espera recobrar la independencia que ha perdido entregando la Italia á los francos, si no se hunde antes en un abismo en medio de las facciones de los barones romanos; pero ve con dolor al arzobispo de Ravena soñando con el mismo poder en Romagna.

Al mediodia el antiguo ducado lombardo de Benevento que resistió á los sucesores de Alboino y á los de Carlomagno, es aun poderoso si bien debilitado algun tanto por las franquicias concedidas á los pequeños ducados de Salerno y de Capua. Si no conserva á su lado poderosos obispos como en el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

norte, tiene por lo menos al abad del Monte Casino. El dúque de Nápoles, al propio tiempo obispo de la misma ciudad, procura siempre restablecer el imperio de oriente para no tener que obedecer á nadie, y posee realmente en la Calabria, los distritos que un emperador acaba de condecorar con el título de *Tema de Lombardia*. Al abrigo de esta soberanía irrisoria del Oriente, la libertad se desarrolla en Gaeta y en Amalfi, gobernadas por duques y cónsules sometidos á la eleccion popular: del mismo modo desciende la prosperidad de este último pueblo de las rocas de la Scala al golfo de Salerno y sobre la colina plantada de naranjos que se halla frente al templo de *Pæstum*. Poseedora ya desde mucho tiempo de todo el golfo y de la isla de Ischia, envia sus naves, á establecer sus factorias y redacta el primer código de navegacion que se escribió en Europa. Sus duques dirigen sobre todo sus fuerzas marítimas contra los sarracenos que, establecidos aun en Tarento y Garigliano como una colonia militar, y siempre dispuestos á combatir todo lo que lleva el nombre de cristiano, ponen colmo á la variedad y al desórden del mediodia de la Italia.

La Corona de Hierro disputada á Berenger I por Guido, Lamberto y Luis de Provenza (888—905).

Quedaba sin embargo una institucion comun, nacional, la soberanía. Los señores y los obispos de la Lombardía que tenian mas recuerdos nacionales que los del resto de la península, no consintieron dejarla caer con los carlovingianos. Reunidos en *dieta*, eligieron por rey á Berenger duque de Friul y descendiente de Carlomagno por una hija de Luis el Benigno; y el poderoso Anselmo arzobispo de Milan, colocó sobre su cabeza la corona de hierro.

El establecimiento de una soberanía fuerte y nacional parecia que debia hallarse en el interés de todos los italianos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los húngaros ó madgiares empezaban á aproximarse á los Alpes orientales. Los corsarios sarracenos, arrojados por la tempestad sobre la costa de Niza, se apoderaron de la roca de Fraginet y dispusieron de los Alpes occidentales. Pero el sosten de la soberanía era en Italia mas difícil que anteriormente.

Por otra parte, el feudalismo que no pudo domar á despecho suyo, se hallaba suspendido, á pesar del imperio, como una tentacion y una amenaza viva y al amparo de la Santa Silla que por su parte temia cambiar la dominacion espiritual del mundo por una servidumbre temporal. La eleccion de un lombardo y su consagracion por el arzobispo de Milan, descontentaron á muchos de los italianos del centro y á la Santa Silla. Esteban V opuso á Berenger Guido, duque de Espoleto y señor de una parte del Beneventino. Una guerra terrible empezó entre el mediodía y el norte. Los italianos, segun su antigua costumbre, no dudaron en llamar en su ayuda al estranjero, siempre peligroso para la independencia nacional. En medio de este desencadenamiento de intereses materiales, de estas guerras sin objeto y sin fin, no fue solo la soberanía nacional la comprometida, sino hasta el carácter italiano. La mas espantosa corrupcion manchó la Silla de san Pedro; en todas las clases de la sociedad se vió disputarse la bajeza á la ferocidad, la perfidia confundirse con el crímen, la perversidad con la traicion; todos los vicios, en fin, se reunieron para merecer que á este tiempo se le conociera con el nombre de siglo de hierro (*secolo di ferro*) y sembrar en las costumbres peninsulares impresiones difíciles de borrar.

Los dos competidores Berenger y Guido se apoyaban, el primero en los alemanes y el segundo en los franceses. Berenger llegó hasta el estremo de hacer homenaje de su corona al mas poderoso de los herederos del imperio Carlovingiano, á Arnulfo, rey de Germania. Guido, sin embargo, recibió el primero un socorro de señores franceses, y ganó con

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ellos una gran batalla en las riberas de la Trebbia, se hizo coronar rey á su regreso en Pavía y poco despúes emperador en Roma, título lleno de peligros que un rey de Italia debió dejar caer en el olvido. Él mismo lo sacrificó todo á sus protectores, llevando grabadas en su sello imperial estas palabras: *Renovatio regni francorum*, como si él hubiera podido únicamente por su reinado renovar la dominacion francesa. Comprometió su fortuna obligando en 892 al nuevo papa Formoso á coronar á su hijo Lamberto. Formoso en venganza llamó al rey del norte Berenger. Los lombardos cobraron valor; Maginfredo, duque de Milan, fué en busca de Arnulfo y lo trajo consigo á Italia. Verona y Brescia abrieron sus puertas; Bérgamo fué tomado al asalto, y el obispo que la defendió tenazmente, colgado de un árbol. Arnulfo entró triunfante en Pavía.

Guido, despues de la precipitada partida del poderoso rey de Germania, no tuvo el tiempo suficiente para reconquistar el norte de la Italia, y murió de una hemorragia á las orillas del Taro en 894.

Su hijo Lamberto, coronado emperador dos años despues, recobró á Pavía; pero á instancias del papa Formoso y de Maginfredo, el rey de Germania repasó los Alpes para hacerse nombrar emperador y acabar de una vez la guerra civil por la conquista de la Italia. En Milan, dispuso de la Lombardía; dió el Friul á Walfredo y el resto á Maginfredo. En Roma, cuya ciudad tomó á viva fuerza á la madre de Lamberto llamada Ageltruda, se hizo coronar emperador por Formoso y jurar fidelidad por el pueblo romano, salvo la fé debida al Papa. Los italianos volvieron á levantar el imperio aleman, y Arnulfo, habiendo ido á inquietar á Lamberto y á su madre en Fermo, su último asilo, fué atacado de la misma enfermedad que ya anteriormente habia diezmado á sus soldados y regresó á Alemania donde murió.

Conociendo bastante lo que la patria gana con llamar

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á un estranjero, Berenger y Lamberto hicieron alianza y concluyeron un tratado de divisiones territoriales en Pavia. Berenger obtuvo todo lo que pertenece al norte del Po, y al este del Adda y Lamberto el resto de la Italia. Sellaron este tratado con la muerte de sus enemigos. Maginfredo de la Lombardía, trató de resistir en Milan y pagó sus traiciones con la cabeza. Si san Ambrosio, dice la crónica milanesa, no se hubiera aparecido al vencedor, Milan misma hubiera sido envuelta en su caida. En Roma, el nuevo Papa, Esteban VI, arrastrado por la faccion espoletana, señaló sangrientamente su ódio contra la faccion alemana; hizo desenterrar, juzgar, decapitar y arrojar al Tíber el cadáver del papa Formoso, partidario de Arnulfo.

Habiendo quedado Berenger como rey en 897, por la muerte de Lamberto, no fué sin embargo mas dichoso que antes. Los sarracenos aliados á Anastasio, á la vez duque y obispo de Nápoles, y que dividia con ellos el botin que hacian sobre los cristianos, aparecieron de nuevo bajo los muros de Roma. Los madgiares por la primera vez avanzaron en 900 hasta las puertas de Milan. Berenger trató de asegurar y unirse á la Italia defendiéndola; despues de haber batido á los madgiares en las orillas del Adda, los persiguió particularmente picando siempre su retaguardia hasta sobre el Brenta para esterminarlos allí. Reducidos á la desesperacion, destruyeron el ejército contrario y se vengaron del peligro que habian corrido saqueando por espacio de muchos meses las ciudades, los conventos y las iglesias lombardas.

Léjos de agruparse al rededor de su rey desgraciado, Adalberto II marqués de Toscana y Sigifredo conde de Milan, quisieron aprovecharse de esta derrota para volverle la espalda. Berta, segunda mujer de Adalberto, hija de la famosa Waldrade de Lorena, bella y ambiciosa como su madre, habia puesto la Santa Silla á su devocion haciendo elevar á una de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sus hechuras, á Benedicto IV. Propusieron entonces la corona de Italia al rey de Provenza llamado Luis, hijo de Boson y de Hermengarda. El nieto de Luis II no tuvo mas que presentarse para recibir la corona de hierro en Pavía al mismo tiempo que la corona imperial en Roma. Berenger huyó á Alemania. La ingratitud del nuevo rey para con Adalberto, á quien encontraba demasiado poderoso, le perdió muy pronto. El marqués de Toscana, verdadero artífice ó improvisador de reyes, volvió á llamar á Berenger al que habia contribuido antes á destronar.

Berta, aun mas peligrosa, aumentó las defecciones entre los partidarios de Luis. Este se vió obligado á retirarse y á jurar que no volveria mas á la península, pero violó su juramento muchos años despues y obtuvo algunas simpatías á favor de una enfermedad de Berenger; sorprendido en Verona y castigado de su perjurio con la pérdida de la vida, dejó el trono enteramente libre á su rival (905).

Aleccionado por tantas desgracias, Berenger para reinar al menos en paz en la Lombardía, cedió á Adalberto el centro de la Italia.

Teodora y el papa Juan X.; Caida de Berenger; Hermengarda y el rey Rodolfo; Marozia y el rey Hugo (905-932).

Este marqués de Toscana sucedió en el poder á los duques de Espoleto. La Santa Silla cayó vergonzosamente en la dependencia de su córte, brillante y disoluta. Sergio habia debido la tiara al favor de Marocia, hija del primer matrimonio de Adalberto. Cuando Marozia se casó con Alberico duque de Espoleto, su hermana Teodora la sucedió en Roma en el poderio. Apasionada de un jóven sacerdote llamado Juan, le hizo nombrar primero obispo de Bolonia, despues arzobispo de Ravena y últimamente papa, bajo el nombre de Juan X (914).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Lo mas singular fué que entonces aun cuando el gobierno de la Santa Silla vino á ser una especie de feudo de la belleza de dos mujeres, no careció sin embargo de inteligencia ni energía. Sergio mostró algunas buenas cualidades durante los tres años de su pontificado. Juan X fué el instigador de la mas grande y mas nacional empresa de esta época. Opuso contra los sarracenos, cada dia mas temibles en el mediodia de la Italia, á Atenolfo duque de Benevento y de Capua, á Gregorio duque de Nápoles y á las pequeñas repúblicas griegas, asegurándoles el socorro del rey Berenger á quien hizo emperador. Cortados por la mar, atacados en sus trincheras de Garigliano, los sarracenos fueron arrojados de los Apeninos y muertos casi todos. Despues de la muerte de Adalberto, Berenger, condecorado con el título de emperador, creyó poder alimentar nuevamente sus proyectos de dominacion sobre toda la Italia, pero el marqués de Toscana le dejó en sus hijos y particularmente en sus hijas los mas poderosos enemigos. En vano retuvo al primogénito de los hijos de Adalberto, Guido heredero de la Toscana y á su madre Berta en el castillo de Mantua; las órdenes de Guido fueron bastantes para asegurar la fidelidad de sus vasallos. Marozia despues de la muerte de Teodora continuó en Roma y el papa Juan X igualmente; en fin Hermengarda, tercera hija del duque de Toscana, casada con un otro Adalberto marqués de Ibre, sublevó contra Berenger á Adelrich conde palatino de Lombardia y á Lamberto arzobispo de Milan, descontento de haber pagado sumas considerables por la investidura de su beneficio. Berenger llamó contra los rebeldes á algunos jefes húngaros que tenia en reserva, los sorprendió cerca de Brescia, mató á Adelrich y no pudo coger á Adalberto que se escapó á favor de su disfraz.

Hermengarda se vió en la precision de pedir socorros al estranjero. Llamado por ella Rodolfo rey de la Borgoña Transjurana, penetró en medio de la Lombardia, batió á Berenger

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cerca de Fiorenzuola entre Plasencia y la villa de San Dionisio y lo sitió en Verona. Reducido al último trance, aquel que habia ganado y perdido tres veces sucesivas su reino, prefirió arruinarle que abandonarlo á otro. Abrió los desfiladeros de los Alpes á los húngaros que se esparcieron furiosos por toda la Lombardia (924). Pavia fué entregada al fuego y al degüello, todo el norte de la Italia puesto á rescate. En medio de estas ruinas Berenger no escitó mas que el horror, y un cierto Flamberto á quien anteriormente habia colmado de beneficios y perdonado una primera tentativa de asesinato, le mató de una puñalada en 924.

Rodolfo se creia seguro de añadir la corona de Italia á la de Borgoña, pero este pensamiento no estaba de acuerdo con el de Hermengarda, que habia abandonado á Berenger con miras las mas interesadas. Habia llegado el tiempo en que la belleza de las mugeres disponia del destino de la Italia. Marozia, hermana consanguínea de Hermengarda y duquesa de Espoleto, acababa de vengar á su marido muerto en una querella con el papa Juan X, apoderándose del muelle de Adriano. Dueña entonces de Roma y de la Santa Silla, acrecentó su poderío tomando por esposo á su hermano consanguíneo Guído, duque de Toscana é hijo como ella de Adalberto. Hermengarda, animada por este ejemplo, eligió por esposo á la muerte de su marido á su propio hermano uterino llamado Hugo, hijo de Berta y de su primer marido, usurpador de la Provenza, y enajenó á Rodolfo todos sus vasallos poniendo para ello en práctica los mismos medios que otras veces habia empleado su madre contra Luis hijo de Boson. Cuando Rodolfo se creia mas seguro del favor de Hermengarda, quedó sorprendido de sus intrigas y vino á sitiarla en Pavia; pero era demasiado tarde; la hija de Berta le hizo comprender que la fidelidad de sus partidarios de nada servia ante su prodigiosa belleza, y le obligó bien pronto á venir á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

implorar perdon á sus pies. Hugo no tuvo mas que desembarcar cerca de Pisa para hacerse dueño de la mano y el trono que le estaban ofrecidos (916). Las dos terceras partes de la península dependian entonces de dos mugeres audaces é impúdicas y de sus hechuras. Marozia, sostenida por Guido su esposo, celosa de toda otra autoridad rival en Roma, hizo asesinar al hermano del papa Juan X llamado Pietro, y metió á aquel en una prision donde murió al poco tiempo, dándole por sucesor bajo el nombre de Juan XI á un hijo suyo que habia tenido de Alberico su primer marido. Hugo, dueño del norte y apoyado por Hermengarda que se guardaba bien de rehusarle nada, despojó á los condes italianos y hasta á los obispos en favor de los borgoñones, de los cuales esperaba la mayor fidelidad. No le faltaba mas á la Italia que deber la unidad á las mismas intrigas que le habian dado tan indignos señores.

Hermengarda habia favorecido la elevacion de un personaje que la escedia en ambicion y en perfidia. Hugo, en vez de pagar la deuda de reconocimiento que tenia para con ella, concibió el proyecto de casarse con Marozia despues de la muerte de su último esposo y ganar de este modo el ducado de Toscana, Roma y la corona imperial, de la cual Marozia disponia como señora de casi toda la Italia. Mas era preciso desembarazarse de Lamberto hermano de Guido que reclamaba la Toscana y de la ambiciosa Hermengarda. Hugo con tal de conseguir su objeto, no dudó en deshonrar á su madre y suscitó dudas sobre la legitimidad del nacimiento de Guido, de Lamberto duque de Toscana y de Hermengarda que tanto habia hecho para elevarle al trono; todos tres descendientes del segundo matrionio de Berta con Adalberto. Inútilmente defendió Lamberto su honor y la Toscana en la prueba del combate venciendo al campeon que se le opuso, puesto que Hugo lo hizo prender y lo mató, dando la Toscana á Boson, una de sus he-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

churas; desterró á Hermengarda lejos de la córte y se casó con su cuñada Marozia en la capital del mundo cristiano (932).

El siglo X es por escelencia el de la anarquia política y moral, pero ningun pais fué testigo de lo que presenciaron entonces la Italia y el Vaticano.

Revolucion de Roma contra Marozia; decadencia de la soberania en tiempo de Hugo (932-940).

La corona imperial y la soberania de Italia iban á ser el premio del crímen y el incesto. El esceso de la vergüenza sublevó al fin á los romanos contra este gobierno de prostitucion. La ciudad de Roma habia conservado siempre las formas de república desde que sacudió el yugo de los emperadores de Oriente. Esto lo debia en primer lugar á la autoridad de su carácter, despues á sus posesiones territoriales y de aquí es que los papas hubiesen llegado á ser tan poderosos. Despues de las vicisitudes que habian hecho decaer tanto al papado de su importancia, empezó el pueblo á desear alguna cosa mas positiva que una aparente libertad. El rey Hugo, hiriendo en el rostro á Alberico hijo de Marozia, por haberle dejado caer el aguamanil en las manos, proporcionó al pueblo una ocasion ó pretesto y el jefe que buscaba. Furioso Alberico con este ultraje, se puso á su cabeza y sitió á su madre y á su nuevo esposo en el castillo de San Angelo. Hugo se escapó por una ventana con el auxilio de una cuerda, y Marozia perdió con el castillo, la autoridad de que habia hecho tan escandaloso uso. Los romanos se vieron desembarazados á la vez del yugo de una mujer, del de un papa indígno y de un rey estranjero. Alberico sustituyó aquel yugo por el suyo ó el de los barones romanos de quienes era el gefe, pero al menos dió á Roma la apariencia de una satisfaccion.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Despues de esta derrota, Hugo deshonró por su debilidad, sus desórdenes y sus crímenes el reino italiano, ya anteriormente comprometido. Rodolfo de Borgoña, amenazando aun disputarle la Italia, obtuvo de él el reino de Provenza al otro lado de los Alpes, de manera que las dos Borgoñas no formaron mas que un solo estado en 934. En el reino que le quedaba fueron conferidas y prodigadas todas las dignidades á los miembros de su familia y á sus hechuras, en perjuicio de los naturales del pais, suponiendo que intentaban llamar al estranjero para promover nuevos trastornos. Manasses, ciudadano borgoñon que le era muy adicto, fué elevado á la dignidad de obispo de Mantua y marqués de Trento. A uno de sus hijos bastardos le nombró obispo de Plasencia, á otro marqués de Toscana en lugar de Boson su hermano, del que no estaba muy seguro. Con la intencion de dar á un tercer bastardo el arzobispado de Milan, hizo nombrar primero á un anciano, atentando despues á su vida porque no moria tan pronto como él deseaba. En verdad que si Hugo queria mantenerse en la soberanía únicamente de este modo podia hacerlo, rodeándose de personas que le fueran adictas. Las rivalidades de sus predecesores habian entregado el reino en detall á la feudalidad; los Berengers y los Guidos no se hicieron partidarios suyos sino á fuerza de concesiones de privilegios para los señores y de inmunidades para los obispos. Hugo no podia mantenerse sino entregando á sus partidarios las posiciones mas ventajosas. Los medios que empleaba eran además altamente reprensibles.

Dos personages sobre todo escitaban las sospechas y la envidia del rey Hugo; estos eran Berenger y Anscar, hijos ambos de Adalberto marqués de Ivree y de su primera mujer Ghisla, hija de Berenger I; el uno era marqués de Ivree y el otro duque de Espoleto. Se deshizo del segundo enviando contra él, bajo pretesto de castigarle de una conspiracion, á su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

conde de palacio Sarilon, que le desafió, le mató y fué agraciado con su ducado. Atrajo al segundo á su córte con la intencion de prenderle y mandarle sacar los ojos, y únicamente pudo salvarse Berenger merced á Lotario, hijo de Hugo, quien no pudiendo suportar la idea de semejante crímen, le advirtió y le hizo huir primero al lado del duque de Suavia, Herman, y luego al del poderoso rey de Germania Othon el grande.

En tanto que el rey Hugo no se ocupaba sino en sus empresas criminales, los sarracenos al mediodia recobraban su puesto del Garigliano; al norte se arrojaban como cuervos hambrientos de Fraginet sobre Monferrato, y en 935 saqueaban á la naciente Génova. Venecia, bajo el mando de los Dux Participatii y Candiani, se emancipaba cada vez mas del dominio de la Italia, lo mismo que del de oriente, destruia á su rival Comachio, y en recuerdo de la venganza que consiguió del ultraje hecho á las vírgenes de Olivolo por los piratas del marques de Istria, instituyó la fiesta de las *Marias* el dia de la candelaria. Hugo en todo su tiempo no tuvo mas que una idea nacional que ejecutó como un ambicioso vulgar. De concierto con el papa Marin II, los emperadores de oriente Constantino y Romain y la ciudad de Génova, condujo una espedicion contra los sarracenos de Fraginet. Los corsarios atacados por tierra y por mar, vieron sus bajeles presa de las llamas ó echados á pique, y sus tropas diezmadas y perseguidas al través de las montañas hasta sus últimos atrincheramientos; pero Hugo en vez de esterminarlos completamente, no hizo otra cosa que trasplantarlos de las rocas de Fraginet, que fueron bien pronto ocupadas por nuevos bandidos, á las montañas de Frioul para procurarse allí defensores contra los descontentos de dentro y los enemigos de fuera.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Berenger II y Adelaida (940-950).

El hijo del rey Hugo, el jóven Lotario, casado con la bella Adelaida, hija del rey de Borgoña Rodolfo II, se apoyó el amor que inspiraba contra el ódio que habia heredado de su padre. Esto no era bastante empero para defenderlos. Berenger, hijo del marqués de Ivree, refugiado hacia tiempo en el campo germano, le derrocó en 945 con algunos soldados de Othon. Manasses á quien el rey Hugo habia hecho obispo de Pavia, de Verona y marqués de Trento, fué el primero que entregó los castillos que defendian los desfiladeros, con la esperanza del arzobispado de Milan. Guido obispo de Módena hizo otro tanto. El anciano Arderico, arzobispo de Milan, cuya vida habia sido amenazada, acudió á Berenger como á un libertador. Abandonado de todos, Hugo abdicó, pero siempre con la esperanza de dejar la corona á su hijo Lotario. Berenger, sea por dar una apariencia de desinterés á su obra, ó sea para poder asegurar mejor los tesoros y riquezas que el rey estaba á punto de llevarse, consintió en este arreglo, pero con la condicion de tener á su disposicion todas las dignidades, es decir la realidad del poder. Bien pronto Hugo, no juzgándose seguro en su antiguo reino, huyó á Provenza y murió bajo el hábito de monge. Lotario murió de tristeza y de languidez en 950.

Berenger para legitimar una usurpacion, queria hacer casar á su hijo Adalberto con la jóven viuda de Lotario, pero sus intentos se estrellaron contra la firmeza de una mujer. Encerrada en una torre del lago Garda por Berenger, se proponia este á fuerza de malos tratamientos obligarla á dar su consentimiento, pero salvada Adelaida con la ayuda de un sacerdote que le era adicto, se refugió en el castillo de Canosa, bajo el amparo de Azzon, sobrino del arzobispo de Regio. Desde allí imploró la proteccion del poderoso rey de Germania

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Othon I, el cual debia poner fin con la conquista á los desgraciados ensayos de soberanía nacional hechos por los italianos desde 888.

Parecia que cada grande revolucion de la península debia ser producida ó acarreada por las pasiones de una mujer. En el tiempo de la decadencia del imperio de Occidente, Honoria y Eudoxia habian precipitado su caida, llamando la una á Attila y la otra á Genserico: Amalasuntha fué la primera que opuso á Justiniano los ostrogodos. Rosamunda hizo fracasar el establecimiento del poder Lombardo; Theodelinda lo afirmó: Teodora, Hermengarda y Marozia comprometieron la Santa Silla que llegó á ser su juguete, y de crímen en crímen, envilecieron la soberanía italiana intentada sobre las ruinas del imperio carlovingiano. Adelaida fué el primer móvil de la lucha definitiva entre la soberanía nacional y el establecimiento de la dominacion alemana en la península.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CUARTO PERÍODO.

LA ITALIA, DURANTE LA LUCHA DEL SANTO IMPERIO Y DE LA SANTA SILLA (950-1250).

CAPITULO VII.

ESTABLECIMIENTO DE LA DOMINACION ALEMANA; LOS EMPERADORES SAJONES; PODERÍO DE LOS OBISPOS (950-1024).

Othon el grande funda la dominacion alemana en Italia (950-975). El emperador Othon II; ta feudalidad seglar y eclesiástica (972-983). El emperador Othon III; el tribuno Crescencio y el papa Silvestre II (985-1004). Ensayo de restauracion de una soberanía italiana; el emperador Enrique el Santo; poderío del Episcopado (1002-1024) (1).

Othon el grande funda la dominacion alemana en Italia (950-975).

Othon el grande, rey de Germania, era entonces el mas poderoso de los soberanos nacidos de la disolucion del imperio carlovingiano. Respetado de los vasallos que habia domado, vencedor de sus vecinos los daneses, slavos y húngaros, protector, casi regente de la Francia por sus dos hermanas Edvigis y Gerberga, mujeres y madres de reyes y duques de Francia, nadie mejor que él podia intentar la reconstitucion del imperio elevado en otro tiempo por Carlomagno. La conquista de la Italia era el primer paso en este camino. No era Adelaida la única en invitar al rey germano, sino la península misma.

Los lombardos no querian obedecer por mas tiempo á un rey

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que habia sido el asesino de Lotario. Los milaneses no podian perdonarle nunca el haberles impuesto al arzobispo Manasses. Duques, condes, señores, obispos, todos en fin siguiendo la resbaladiza política puesta en práctica anteriormente por la Santa Silla, creyeron gozar de una libertad mas completa con un soberano cuya residencia no estaba en Italia y prefirieron un rey estrangero á un rey nacional. ¡ Ilusion peligrosa y espuesta á bien terribles y amargos desengaños!

A Othon el grande, en su consecuencia, le costó bien poco trabajo la conquista de un pais que se ofrecia por sí mismo. Cuando descendió de los Alpes en 951, todo el clero con el mismo Manasses á la cabeza se precipitó á su encuentro. Penetró sin obstáculo hasta Pavia donde puso su espada á los piés de Adelaida. Conrado, duque de Lorena, yerno de Othon y encargado de continuar la guerra, en tanto que el nuevo esposo de la italiana castigaba en Alemania á su hijo Ludolfo, firmó desde luego entre el rey de Germania y Berenger II un tratado por el que se dejaba la corona en feudo á este y se adjudicaban á Othon las marcas de Verona y de Aquilea, es decir las puertas de la península; pero Berenger se perdió irritando á la iglesia por sus ataques á los obispos de Regio, de Milan, de Ravena y hasta á la Santa Silla. El hijo de este Alberico que durante veinte y dos años habia dominado el papado y Roma, Octavio, primero senador y príncipe de Roma y despues papa bajo el nombre de Juan XII, acabó lo que Adelaida habia empezado. Llamando por segunda vez á Othon el grande, dió el último golpe á la soberanía italiana, tan comprometida ya. El hijo del rey de Germania, Ludolfo, reconciliado con su padre, pasó los Alpes, pero murió al poco tiempo, víctima del clima sin haber hecho nada. En fin, el rey Othon vino en persona en 961. Esta vez los señores italianos, vasallos de Berenger, enviados al Adige para defender el paso, en vez de combatir por su rey exigieron su abdicacion en favor de su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hijo Adalberto, y habiéndose negado se pasaron al partido de Othon. El rey germano entró vencedor en Milan donde fué proclamado rey, en tanto que Berenger se encerró en uno de sus castillos. El rey se dirigió desde Milan á Roma y fué recibido con entusiasmo, y coronado emperador el 9 de febrero de 962. Se obligó á mantener las donaciones anteriormente hechas á la Santa Silla por Carlomagno, y por su parte los romanos prometieron no elegir papa sin la presencia de los enviados del emperador.

La alianza intentada por Carlomagno entre la Santa Silla y el imperio, fué en su consecuencia renovada despues de siglo y medio. Nuevamente la Iglesia trasmitió á un rey del norte los derechos del imperio romano, y el nuevo emperador garantizó á la Santa Silla su poder temporal sobre Roma y su dominacion espiritual en el occidente. Ya era tiempo para el papado. El oriente aprovechándose de su abatimiento, acababa de desprenderse de su dominacion al poco tiempo del ruidoso asunto de Focio.

Los italianos, y los romanos particularmente, sobre los que el aspecto de uu emperador ejercia todo el poder de uu glorioso recuerdo, creyeron ver renacer á la patria en esta muerte de una soberanía nacional que se habia hundido bajo el peso de sus propios escesos y de los celosos ataques de feudalismo; al menos asi lo creian todos, y grandes señores, obispos y duques soñaron en una independencia que no habian disfrutado nunca y bajo la proteccion de un ídolo á quien incensarian desde lejos. Antes de que llegara el caso de someter á Berenger y á su hijo Adalberto, refugiado el uno en el castillo de San Leon cerca de Montefeltro y el otro en una torre del lago de Garda, Othon les hizo comprender que tomaba por lo sério y para hacerse respetar el título de emperador.

Acusado por los romanos, el Papa intrigó en favor del rey abatido. El nuevo emperador marchó sobre Roma, reunió un

(c) Instituto Cervantes de Madrid

concilio, hizo deponer al Papa como culpable de impostura, adulterio y sacrilegio, y dió la tiara á Leon VIII. El primer acto satisfizo á los romanos, el segundo les pareció una usurpacion. En el momento en que una parte de los vasallos de Othon repasaba los Alpes, ellos volvieron á llamar á Juan XII y le dieron por sucesor á su muerte á Benito V por ódio á Leon VIII, é hicieron causa comun con Berenger y Adalberto que continuaban siempre en abierta hostilidad. Habiendo Othon recibido nuevas tropas, castigó severamente esta inconsecuencia romana que no acertaba á comprender; obligó á Benito á pedir perdon como usurpador á Leon VIII, hizo elegir á Juan XIII, arrebató por la fuerza de las armas el castillo de San Leon á Berenger, mandándole desterrado á que concluyera sus dias á Bamberg en Alemania.

Una nueva tentativa de Adalberto algunos años despues, no fué tampoco mas feliz. Los romanos arrojaron de su puesto al nuevo papa Juan XIII y eligieron un prefecto y doce tribunos para constituirse en república: tanto los obispos como los barones creian haber sacudido el yugo del Cesar ultramontano; pero el Cesar resolvió sobre ellos, colocó otra vez al Papa en su puesto, ahorcó ó desterró á los cónsules y los tribunos, destituyó todos los obispos y condes que se habian señalado como enemigos suyos y dió el ducado de Verona y de Frioul á su hermano, el marquesado de Monferrato á su yerno Almaran, el de Modena y Regio á un señor italiano que le era muy adicto llamado Alberto Azzon, con el pensamiento sin embargo de disminuir su importancia. Confirmó y aumentó las inmunidades concedidas á los santos, patronos de las ciudades, es decir á los obispos. Como tenia á estos en mas estrecha dependencia aun que á los condes hereditarios por efecto de la eleccion, tuvo la buena idea política de favorecerles para formarse con ellos un apoyo contra la feudalidad seglar. Othon el grande puso el colmo á su grandeza y po-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

derio haciendo coronar como á su sucesor en el año 967 á Othon II hijo suyo y de Adelaida.

No faltaba á Othon mas que la posesion del mediodía de la Italia; de resultas de una negativa del emperador Nicéforo, á quien pidió la mano de una de sus hijas para su hijo mayor, introdujo sus tropas en el territorio griego talándolo y destruyéndolo todo, hasta que Juan Zimisces, despues Nicéforo, le concedió su hija Theofania, es decir los derechos al resto de la península. La Italia habia encontrado un señor y no un ídolo.

El emperador Othon II; la feudalidad seglar y eclesiástica (972—983).

El Papa recobró su poder temporal y su consideracion. Con la soberanía nacional, los grandes ducados de Frioul, de Ivree y de Espoleto habian perecido. Los margraves ó príncipes de Alemania y los obispos, heredaron los restos y despojos de la organizacion carlovingiana. El Papa dando el ejemplo, renunció al sistema bizantino de tropas asalariadas; y dió en feudo sus propios dominios para defender su poder y dominar los demas vasallos de las cercanias de Roma. En todas las ciudades nombró condes encargados de administrar justicia. El arzobispo de Ravena le imitó en la Romagna. Los prelados de la Lombardia, de Milan, de Parma, de Bérgamo, Verceil y Cremona hicieron lo propio con los vasallos en el campo é impusieron sus prebostes ó vizcondes á los habitantes de las ciudades. Los condes de la antigua organizacion que quedaron libres en sus castillos situados al pié de los Alpes ó de los Apeninos, se vieron apurados para defender su independencia contra el poder episcopal.

Despues de la muerte de Othon el grande, la larga ausencia de su sucesor Othon II persuadió á todos que no

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tendrian en él sino la sombra del imperio y que se afirmaria nuevamente su poderío. En la Lombardia, este ejemplo tuvo imitadores hasta en las personas que mas debian á Othon el grande. El marqués de Verona, señor aleman que unia la Italia á la Corintia, igualmente que el marqués de Ivree que conservaba desde el antiguo poderío de Adalberto los desfiladeros de los Alpes occidentales; el marqués de Monferrato, el de Módena y de Regio, del mismo modo que el heredero del ducado de Toscana se declararon independientes cual los antiguos duques lombardos ó marqueses carlovingianos.

Esta independencia no podia hacerse aun estensiva ni posible á las ciudades que continuaban bajo la dominacion de los condes ó que habian caido bajo la de los obispos. Al lado de Venecia, de Génova y de Amalfi libres hacia tanto tiempo y ocupadas enteramente en su comercio, se veia agitarse á Roma y á Milan tantopor espíritu de turbulencia como por espíritu de libertad.

En Roma los nobles y turbulentos barones fortificados en sus palacios de la ciudad ó en sus castillos del campo, no consentian en obedecer á la Santa Silla sino bajo gravosas condiciones; un cierto Alberico, conde de Tusculum, nieto tal vez del grande Alberico que se mostraba adicto á los intereses del emperador, y otro llamado Crescencio que pasaba por hijo de Teodora y que representaba el partido nacional, hicieron bajo Benito VI y Bonifacio VII, dominar alternativamente sus facciones ó partidos.

En la ciudad de Milan en el año 980, los ciudadanos notables en gran número (*cives*) destituyeron al obispo Landolfo por demasiado exigente, rechazaron á los capitanes rurales y los vasallos de la iglesia que aquel envió contra ellos, y no le recibieron de nuevo sino despues de haberle impuesto ventajosas condiciones.

La corta permanencia de Othon II en Italia despues de siete

(c) Instituto Cervantes de Madrid

años de ausencia, confirmó las ilusiones de la feudalidad seglar y eclesiástica. Coronado en Pavia, el jóven emperador otorgó á muchos obispos de Lombardia, entre ellos á los de Parma, Novara, Lodi, Cremona, Regio y Como, la inmunidad de sus diócesis, con el derecho de levantar murallas en sus respectivas ciudades, reclutacion de gente para el servicio militar, y la autorizacion para imponer contribuciones y arbitrios para atender á la construccion y conservacion de puentes y carreteras. En Roma puso en fuga á Bonifacio VII, el protegido de Crescencio, el cual partió para Constantinopla con los despojos de las iglesias que pudo saquear.

Finalmente, se hizo coronar como emperador por Benito VII, una de las hechuras de Alberico, baron imperialista de Tusculum: pero pareció siempre menos ocupado en hacer sentir su dominacion en Italia que en hacer valer sus reclamaciones sobre la Lucania, la Calabria y las repúblicas de Gaeta, de Nápoles y de Amalfi.

Algunos italianos fueron favorables á sus proyectos. La ciudad de Pisa, comercial por escelencia y la primera en este sentido de la Toscana, puso voluntariamente á su servicio sus numerosas y ágiles galeras. Pandolfo, Cabeza de Hierro, que habia reunido bajo su poder el antiguo ducado de Benevento, unió sus tropas á las de Othon. Con tan brillantes elementos se apoderó este de Tarento despues de haberla sitiado y avanzó por la Calabria ulterior; pero fué batido en Basentello por los griegos y los sarracenos reunidos, cayendo prisionero en manos de un pirata griego. Deseando el pirata sacar el mejor partido de tan buena presa, exigió á la emperatriz una suma considerable por su rescate. El emperador aprovechando un momento de descuido, se arrojó al mar y ganó la orilla á fuerza de brazos, pero murió á los pocos dias de resultas de esta imprudencia en 983.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El emperador Othon III, el tribuno Crescencio y el papa Silvestre II (983-1004).

La minoria del jóven Othon III, amenazada mucho tiempo en Alemania, y la partida de Adelaida y de Theofania, no eran hechos á propósito para hacer aun mas molesta la dominacion alemana. Los italianos se aprovecharon de todas estas circunstancias favorables.

En Roma, Crescencio se apoderó del castillo de San Angelo en union con el antipapa Bonifacio VII, el cual de vuelta de Constantinopla hizo morir de hambre á su adversario. A la muerte de aquel, aspirando á mas alto empeño que gobernar á Roma por medio de la Santa Silla, tomó la dignidad de patricio y cónsul de la ciudad, y tuvo al nuevo papa llamado Juan XV alejado de Roma hasta que se hubo sometido á su autoridad y á su constitucion municipal. A favor de la humillacion de la Santa Silla, el arzobispo de Ravena aumentó su poder político en la Romagna é instaló sus prebostes de Ferrara á Osimo y de Imola á Ancona. Al mediodia, los griegos aprovecharon la disolucion del ducado de Benevento, que se dividió en tres pequeños principados, Benevento, Capua y Salerno, para estender y asegurar sus posesiones, construir Troya en la Pulla y reunir la autoridad en las manos de un gobernador cuya residencia se estableció en Bari.

En Venecia, contra la cual Othon II y aun Othon I habian manifestado intenciones hostiles, el dux Urseolo II tomó sus precauciones contra el marquesado de Verona enteramente aleman. Bajo pretesto de formar una liga para defender las costas del Adriático de las piraterías de los narentinos, se hizo prestar homenaje por las ciudades de Trieste, de Cabo, de Istria y Rovigo en la Istria; de Trau, Spalatro y Ragusa en Dalmacia, y con los bajeles reunidos de todos estos pueblos acometió y domó á los narentinos; política hábil que hizo se le so-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

metiera casi toda la costa oriental del Adriático, al mismo tiempo que impuso respeto al marqués de Verona.

La llegada de Othon III en 996, volvió á la Italia al estado de sujecion.

Educado por su madre y por su abuela, griega la una, italiana la otra, instruido por el hombre mas sábio de su siglo, por Gerberto, anciano monge de Aurillac que habia estudiado en las universidades árabes de España, Othon III soñaba con la restauracion del imperio romano que su preceptor le habia enseñado á conocer, y sus dos madres á ambicionar. Conforme á lo que habia estudiado, queria ver constituido el centro del imperio en Italia y la capital en Roma. Este jóven conocido desde sus primeros años como el hijo del milagro, fué recibido segun costumbre con entusiasmo por los italianos. Designó para la dignidad de papa á un señor aleman, primo suyo, llamado Bruno y que tomó el nombre de Gregorio V. De manos de este recibió la corona en medio de los transportes de una poblacion frenética de alegria.

Enteramente de acuerdo y ligado á las ideas de su señor y viendo *en la Alemania el brazo del cristianismo*, el papa proclamó al consagrarle que si la coronacion sancionaba solo su autoridad, la eleccion de los alemanes ligaba á un tiempo la Italia y Roma, como si la posesion de la península fuera la garantia del pacto de alianza de dos poderes. Esto era á un tiempo lisonjear el orgullo italiano y chocar con sus ideas de independencia, despertar sus recuerdos y herir sus intereses. El rey de los germanos no fué emperador sino al contacto del suelo glorioso de Roma. *Coronarle era coronar á la Italia*; pero esta gloria resplandecia sobre la cabeza de un estranjero, este honor ocultaba la servidumbre. Contradiccion deplorable que fué en la edad media el nudo de ese doloroso misterio de la historia italiana, en el que el papa y el emperador son los dos principales personajes y Roma el teatro.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El mal fué conocido desde el primer momento en que fué pronunciada la fórmula que consagraba este singular derecho público. Othon III parecia tomar, en su conciencia, muy por lo sério su titulo imperial, y si concedió algunas inmunidades á los señores y á los obispos, se reservó al propio tiempo el derecho de juzgar y pronunciar su fallo en la cuestion entablada entre el Papa y el obispo de Ravena, asi como en otras muchas. Los romanos fueron los primeros á comprender que estaban engañados respecto á la alianza del Papa y del Cesar y en su consecuencia se sublevaron contra el Papa estranjero impuesto por otro estranjero. Crescencio apareció nuevamente en Roma y arrojó de su puesto á Gregorio V. Resuelto el tribuno esta vez á asegurar á su patria la libertad y el poder en su persona, entabló negociaciones con algunos embajadores griegos que habian venido á Italia bajo pretesto de arreglar un casamiento entre Othon III y una princesa de oriente; su objeto no era otro que volver á colocar á Roma con su antiguo vicariato, bajo la dominacion de la córte de Constantinopla, para asegurarle el fantasma de la sombra de emperador que tanto satisfacia su orgullo y su libertad.

Este proyecto se puso pronto en ejecucion. Escomulgado por Gregorio V, Crescencio reemplazó á aquel con un cierto Philagathos, griego de nacimiento, y que habia seguido á la emperatriz Theofania. Animado por los embajadores griegos, el pueblo romano proclamó en Roma á Basilio y Constantino; pero la repentina vuelta de Othon III en 998, lo desconcertó todo. Un gran número de barones romanos, recordando las venganzas ejercidas en otro tiempo y en iguales circunstancias por Othon I, huyeron á Tívoli. El griego Juan XVI, entregado por el pueblo mismo, fué paseado primeramente sobre un asno por todas las calles de Roma montado al revés y con la cara vuelta á las ancas del animal, en seguida sufrió el mas horrible suplicio. Crescencio, hecho prisionero despues de algu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

na resistencia en el castillo de San Angelo, demostró á los romanos desde lo alto de una horca de setenta piés de elevacion, que habia mas de decepcion que de gloria en la dominacion alemana.

La autoridad imperial se hizo entonces sentir en toda la península como en tiempo de Othon el Grande. El baron de Tívoli, que habia asesinado á uno de sus dúques, fué castigado severamente. Hugo, de raza alemana, y fiel servidor de Othon, fué investido de la Toscana y de Espoleto. El poderoso marqués de Ivree, Arduin, que habia vencido y muerto á su rival, el obispo de Verceil, fué desterrado del imperio. El antiguo preceptor de Othon, que ya anteriormente era arzobispo de Ravena, fué elevado á la dignidad de papa bajo el nombre de Silvestre II. Este hombre, uno de los mas sábios y distinguidos de su época, reformando algunos abusos de la córte de Roma, pretendia en union con su discípulo, arrebatar el mediodía de la península á los griegos y reunir toda la Italia bajo la dominacion imperial. En su ardiente imaginacion, formó el primero el proyecto de arrancar los pueblos cristianos á sus continuas discordias, y reunirlos á todos en una de esas santas espediciones conocidas mas tarde con el nombre de cruzadas. El acuerdo del Papa y del emperador en esta grande empresa, fué como la consagracion del imperio á los ojos de toda la cristiandad.

Pero Othon III y Silvestre II no eran para los italianos mas que dos estranjeros, y esto era una desgracia. El año 1002, el jóven emperador murió en Civita Castellana, envenenado, dicen, por Stefania, viuda de Crescencio, y que hacia tiempo era su querida, y al año siguiente, el Papa, odiado de los romanos, que le acusaban de haber dado su alma al diablo en cambio de la ciencia que poseia, siguió á su discípulo á la tumba, víctima igualmente, segun el analista sajon, de un brebaje compuesto por la implacable viuda del tribuno de Roma.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Ensayo de restauracion de una soberanía italiana; el emperador Enrique el Santo; poderío del episcopado (1002-1024).

Una reaccion del sentimiento nacional siguió naturalmente á la muerte de un príncipe que habia hecho sentir todo el peso de la soberanía; algunos italianos intentaron la restauracion de un poder independiente despues de treinta años de olvido. Othon III habia muerto sin hijos: los alemanes habian escogido para sucederle á Enrique II, de raza sajona, es cierto, pero pariente, aunque lejano, del último emperador, puesto que era nieto de un hermano de Othon el Grande. El pacto de obediencia que ligaba los italianos á Othon el Grande y á sus hijos, parecia anulado por la estincion de la descendencia directa del grande hombre. Esta razon les fué suficiente para negarse á ratificar el decreto del aleman Gregorio V.

Arduin, marqués de Ivree, y el mismo que tuvo tan serias contiendas con Othon, convocó una dieta de prelados y de señores italianos en Pavia. Era en aquella época uno de los señores mas poderosos de Italia, pues dominaba desde Yvree, Aoste, Suse y Verceil hasta la cima de las montañas de la Saboya. Antes de sus contiendas con Othon, habia sido revestido con la dignidad de conde palatino de la Lombardía, y sus partidarios se encontraron en gran mayoría en la dieta convocada donde fué proclamado rey. Para hacerse admitir mas fácilmente, se mostró pródigo de exenciones y de derechos de regalías y repartimientos en favor de los obispos lombardos, y de este modo puso colmo á su poderío.

A pesar de sus pródigas concesiones, el rey nacional estuvo muy lejos de captarse un asentimiento unánime. El marqués de Verona, que era á un tiempo duque de Carintia, el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hijo de Azzo, protector que fué de Adelaida, los condes de Módena y de Regio, el conde de Mantua, como feudatario de la corona, y el de Ferrara, como de la de Ravena, los obispos en fin del marquesado de Ivree principalmente, se declararon en favor del emperador elegido en Alemania.

Arduin batió en un principio un cuerpo de ejército aleman enviado á los disidentes, cerca de Verona; pero la oposicion del arzobispo de Milan hizo su posicion mas difícil. Era suficiente que el obispo de Pavia y los pavesanos hubieran llevado la mejor y mayor parte en la eleccion de Arduin para escitar contra él la hostilidad de los milaneses y de su obispo; tal era la rivalidad continuada y mantenida con admirable teson, entre la antigua capital de los reyes lombardos y la metrópoli de los Insubres. El arzobispo de Milan de vuelta de una embajada á Constantinopla, hizo proclamar á Enrique II rey de Lombardía por una asamblea de señores y prelados reunidos en Roncaglia, y obligó al emperador á descender á Italia.

Delante de fuerzas superiores, Arduin se vió obligado á huir y refugiarse en los castillos fuertes de sus montañas. La ciudad de Pavía no tuvo otro remedio que abrir sus puertas al vencedor en 1003, pero el dia mismo de la coronacion, los pavesanos, insultados por algunos alemanes, se pronunciaron en una espantosa conmocion popular. El combate fue sangriento en todas las calles, y el emperador sitiado en su palacio se salvó únicamente á favor de un incendio, no sin haberse roto una pierna en la fuga. Arduin volvió inmediatamente de sus montañas, y acabó de arrojar al emperador y su gente mas allá de los Alpes por el lago Mayor.

Durante la ausencia de diez años, en que el emperador germano no volvió á aparecer, la Italia con dos soberanos coronados, no tenia realmente ningun rey que la mandara. Arduin persiguió á sus adversarios mas bien que reinó; de todos lados, cada cual invocando el nombre de cualquiera de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los dos competidores, no hacian otra cosa que afirmar su independencia individual y aumentar sus dominios. Roma fue la imágen viva de la anarquía general.

Los condes de Tusculum dominaron primero en esta ciudad bajo el nombre de Enrique II, teniendo á Juan XVII por papa. Despues, Juan, hijo de Crescencio, reanimó de nuevo el partido de su padre, restableció la forma republicana, y gobernó como senador al lado de Juan XVIII y Sergio IV, hasta que la faccion de Tusculum hizo suceder á Sergio IV con Benedicto VIII.

Enrique II no terminó estas revoluciones parciales hasta 1015. Despues de haber obligado á Arduin á encerrarse en el convento de Fructuaria y á tomar el hábito de monge, y dispersando en Roma los restos de la faccion de Crescencio, procuró asegurar su autoridad, al mismo tiempo que la paz, admitiendo y estableciendo hasta sus últimas consecuencias la política de Othon.

Conocido con el sobre-nombre de Enrique.el santo, que le fue conferido por el clero aleman é italiano, no se mostró menos generoso con la Iglesia de este ó del otro lado de los Alpes. La necesidad de volver á unir los obispos al partido de Arduin y de conceder iguales privilegios que á aquellos que se le habian mantenido fieles, se calculó en Italia como un acto político, lo que en él no era mas que un instinto y una costumbre piadosa. Adoptó el partido de convertir á los obispos en elemento de contraposicion de los señores seglares, en firme apoyo del imperio y elevó el poder episcopal á su mayor apojeo.

Gracias á los numerosos títulos otorgados ó confirmados por Enrique II, los derechos de acuñar moneda, de desterrrar vasallos, de percibir derechos de aduana, peages etc., llegaron á ser esclusivos de los obispos. En los campos, los capitanes encargados de administrar justicia y de mandar á los caballeros, concluyeron por reemplazar del mismo modo á los anti-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guos condes, cuyo resorte habia sido otras veces el mismo que la circunscripcion diocesana, y la imágen del santo patron de la ciudad (*corpus sanctum*) elevado antes únicamente en los límites de la comarca que los obispos abarcaban con su inmensidad, pudo ser victoriosamente llevado hasta los mas lejanos estremos del diocesado. La feudalidad eclesiástica reemplazó á la feudalidad seglar.

Los emperadores, sin embargo, elegian la mayor parte de los obispos, igualmente que influian directamente en la eleccion del Papa.

Pertenecia á Enrique el santo y al Papa protejer á los obispos, la gloria de arrancar del mediodia de la Italia los griegos cismáticos y á los sarracenos infieles. Una pequeña república, la de la ciudad de Pisa, parecia trazar su deber al soberano de Italia: atacó á los sarracenos en Reggio tomándoles la isla de Cerdeña, ayudado de Genes. Enrique II en 1021 tomó la plaza de Troya á los griegos y sometió á Pandolfis de Capua. Tal vez hubiese hecho mucho mas afirmando y glorificando su autoridad y la de los obispos, con la sumision del Sur; pero la peste paralizó la espedicion que tenia proyectada, y algun tiempo despues la muerte vino á sorprenderle en 1024 y echó por tierra sus proyectos mejor concebidos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CAPITULO VIII.

LOS EMPERADORES FRANCONIANOS; CUESTION DE LAS INVESTIDURAS (1024-1137) CAIDA POLÍTICA DEL EPISCOPADO.

El emperador Conrado III, ambicion de los obispos; Heriberto de Milan; primera revolucion de las ciudades (1023-1039).

La eleccion del emperador aleman Conrado II el Sálico, el que encabezó la dinastía franconiana en Alemania, pareció desde luego atraer solamente la reproduccion de los mismos acontecimientos en la península, y consagrar el poder de los obispos. El partido italiano, á cuya cabeza se encontraba Magnifredo, marqués de Suse ó de Ivree, y la ciudad de Pavía, ofrecieron la corona lombarda á Roberto rey de Francia, despues á Guillermo, duque de Aquitania, para emanciparse de Conrado. A falta de un rey nacional, se queria por lo menos un soberano menos poderoso que el aleman. Pero Heriberto, arzobispo de Milan, se presentó á Constancio, acompañado de los señores y prelados de su partido, prestando juramento de homenaje y fidelidad á su nuevo emperador. Conrado, favorecido por él y su partido y la Iglesia, venció en 1027 la mayor parte de las ciudades, suprimiendo los derechos ordinarios. Para el sostenimiento de caminos y alojamientos *fœderum parata mansionaticum*, y recibió en Milan y en Roma de Heriberto y Juan XVIV las coronas de Italia y del imperio. Las ciudades de Pavía y de Rávena, igualmente que Reinier, marques de Toscana, fueron los únicos que rehusaron prestar el juramento de obediencia. Á su vuelta el emperador entró en Rávena y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

condenó á Pavía á construir á sus espensas el palacio imperial lo mismo que á todas las demás grandes ciudades, para servir de alojamiento cuando pasase el emperador por ellas. Finalmente, destituyó al duque Reinier de la Toscana en favor de Bonifacio, nieto de Azzon. Las gracias no fueron escaseadas á los obispos; el patriarca de Aquiles fue agraciado con los derechos de soberanía sobre casi todo el Frioul en perjuicio del marquesado de Verona notablemente aminorado. El obispo de Como, consiguió los derechos de conde sobre Echiavena y Bellinzona.

El arzobispo de Milan fué investido con el derecho de soberanía sobre el obispo de Lodi, y ejerció los del soberano mientras su ausencia en Lombardía. En 1032, cuando Conrado quiso recoger á pesar del conde de Champaña Eudo, la sucesion del reino de Borgoña que le fué legado por Rodolfo III, Heriberto, arzobispo de Milan y Bonifacio marques de Toscana, á la cabeza de los italianos, le ayudaron en una conquista que tenia por resultado cercar mas y mas á la Italia con posesiones imperiales, interceptando sus comunicaciones con los reyezuelos ó poderosos feudatarios franceses, de quienes últimamente imploró su proteccion. La política de los emperadores sajones llevaba todos sus frutos desde el primero de los franconianos; el episcopado, poderosísimo, pareció garantir la obediencia de la Italia al imperio.

Para el imperio habia igualmente pasado su época, en razon á haber armado al episcopado contra sí. Los que nada tenian que pedir á la Alemania, debian procurar, sin embargo, constituir nuevamente una soberanía enteramente nominal, y en su consecuencia restituir á la península su independencia bajo una nueva forma. Los obispos hubiesen tal vez podido conseguirlo, si al mismo tiempo no pesara en la balanza del interés propio la que ejercian sobre los caballeros, libres aun en los campos y á quienes querian reducir al vasallage, y so-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bre los ciudadanos plebeyos de las ciudades, á los cuales no querian conceder ningun derecho. Esta ambicion fué la causa de su pérdida: por no haber podido sufrir un señor sobre la autoridad que ejercian y no haber querido ver detrás de ellos otra cosa que vasallos, se comprometieron nuevamente y con ellos la Italia. La oposicion contra ellos empezó cuando mas seguros se creian. En primer lugar la nobleza libre todavía en el campo, hizo alianza con la mayoría de la clase media, contra los capitanes, y contra el reducido número de defensores que los obispos contaban en los pueblos pequeños. El emperador tuvo al fin que intervenir para defender sus propios derechos, amenazados por aquellos mismos que tenian mayor obligacion en mantenerlos y respetarlos.

La lucha mas importante y mas conocida, aquella que caracteriza mejor la posicion respectiva de intereses en esta ocasion, tuvo lugar en la ciudad de Milan. El arzobispo Heriberto, hombre altanero y atrevido, marchaba al frente de los obispos á la conquista mas poderosa. Los ciudadanos mas prepotentes de Milan, formaron por su parte una liga con algunos señores menos poderosos, para rechazar las usurpaciones del arzobispo. Habiendo tomado la ciudad en 1035, los ciudadanos llegaron muy pronto con sus aliados y los lotenses, martesanos y seprianos, quienes estaban tambien quejosos de Heriberto, presentándole la batalla cerca Campo-Malo, quedando por esta vez vencido; el obispo de Asti, Olderico, uno de sus mas acérrimos partidarios pereció. El resultado de este combate fué engrosar las huestes de la liga; toda la Lombardía se halla en combustion y en todas partes se victoreaba al emperador.

Este era entonces el recurso universal. Conrado llegó en 1036 á Italia sin mostrarse favorable al arzobispo como habia podido pensárselo. El comprendió que era bastante poderoso y que el tiempo le brindaba para coartar las usurpaciones de los obispos y poner un contrapeso á su poderío. No faltó á Heri-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

berto habilidad y atrevimiento. Dió á su causa un color nacional; servidor interesado del estrangero, derramó el ódio á la dominacion tudesca entre los capitanes y la plebe de las ciudades. Conrado con su fina política, convocó en Pavía, rival de Milan, una dieta; citó para esta á Heriberto, á fin de que viniese á defenderse de algunas acusaciones hechas contra él por algunos de sus vasallos. Por su denegacion le hizo detener juntamente con los obispos de Verceil, Placencia y Cremona.

Este acto de Conrado lo cambió todo en Lombardía é hizo revivir todos los partidos. Los pavesanos al ver á Conrado declararse contra el obispo Heriberto, acogieron á aquel con un entusiasmo que rayaba en frenesí, en ódio á los milaneses. Heriberto, al contrario, vió acercarse á él por un antiguo espíritu de hostilidad contra Pavía, una parte de aquellos que se habian pronunciado contra él. Para salvar la dominacion alemana, el emperador hizo una revolucion. En acta solemne, en plena dieta, declaró los feudos de los vasallos irrevocables, inmediatos y hereditarios. Todo posesor de un feudo podia en adelante transferirlo á sus hijos, bastando solamente la declaracion de sus padres, para gozar de sus bienes libres y con entera independencia. Esto era destruir el poderío de los obispos y de los grandes señores, sustraer los pequeños señores y la maycría de los ciudadanos. Los capitanes mismos ávidos de independencia, se adherian mas bien al emperador, prefiriendo estar bajo la inmediata proteccion del imperio. Esta nueva ley feudal desencadenó todas las rivalidades, sin que se terminase la lucha. Heriberto que estaba prevenido para sustraerse de las manos del emperador, renovó sus antiguos proyectos y buscó como enemistar á Eudes conde de Champaña, contra el emperador. Roma que sufria desde Enrique II el yugo de los condes imperiales de Tusculum, rechazó á Benito IX, que habia sido impuesto, segun algunos, á la edad de doce años. Conrado opuso á Heriberto, á Ambro-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sio canónigo de Milan , pero sin poderle instalar en su silla. El restableció oportunamente á Benito IX y la autoridad imperial en Roma , pero la peste diezmó su ejército en el mediodía de la Italia, se vió precisado, á volver de su espedicion de Alemania , muriendo en 1039 despues de haber determinado un movimiento que debia por largo tiempo agitar á la península.

La plebe y los habitantes de las ciudades habian por primera vez revelado su existencia y figurado en algo en la lucha de Italia. Un vivo deseo de libertad se agitó espontáneamente como una corriente eléctrica entre las clases inferiores de la sociedad peninsular. En esta lucha contra el episcopado, dos clases que habian parecido enemigas se reconciliaron ; la plebe se mancomunó con la clase media y los capitanes se unieron con los artesanos y labradores que la sostenian. Las clases se mezclaron, la nobleza se hizo otorgar á su tiempo en la misma ciudad el derecho de señorio y algunos individuos de la clase media adquirieron títulos de nobleza, fusion sujeta á descontentar á muchos que no podian ver de ningun modo un hecho que encerraba en sí mismo elementos de grande hostilidad, pero que en definitiva debia proporcionar por el momento una libertad comun.

Sin embargo, la rivalidad que habia estallado á un mismo tiempo entre las dos primeras ciudades de la Lombardia, Milan, y Pavia, descubrió aun antes del principio de este movimiento todo lo que tenia de incompleto y defectuoso. Faltaba en él homogeneidad y union, era enteramente local y egoista, sujeto á continuas rivalidades, contradicciones y trabas que el interés podia y debia suscitar á cada momento entre estas dos ciudades tan próximas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El Emperador III, revolucion política y reforma eclesiástica 1039-1048.

El arzobispo Heriberto trató de aprovecharse del atrevimiento de Enriqne III para conjurar la tempestad que el mismo habia desencadenado, y que nunca creyó fuese tan terrible; en su consecuencia se apresuró á reconocer al nuevo soberano, hizo proposiciones de paz á sus enemigos y concesiones á sus vasallos. Pero en la lucha que acababa de entablarse habia hecho reconocer la falsa posicion del episcopado italiano. Personajes políticos, como los obispos, habian olvidado su carácter y su principal ministerio. Gefes de partido únicamente se les habia visto combatir, vencer y perecer en los campos de batalla. Escogidos la mayor parte por los emperadores, no entre los mas piadosos é instruidos, sino entre los mas ricos, entre aquellos que podian prestarles mejores servicios, entre los que, finalmente, podian pagar su eleccion al soberano con los presentes mas considerables, dábanse un trato enteramente seglar, adornaban sus habitaciones con inusitado lujo, se entregaban á los placeres de la guerra y de la caza, y sus palacios episcopales mantenian á la sombra del santuario y en desprecio de los sagrados cánones de la Iglesia, sus concubinas y bastardos.

Los obispos no habian visto en un principio elevarse contra ellos mas que intereses políticos, pero poco tardó en presentarse una oposicion mas peligrosa, la que, en nombre del principio cristiano, hizo vacilar su poder temporal. Severas voces salieron del fondo de los monasterios, que denunciaron el relajamiento de la disciplina y la confusion de todos los principios como la causa de todo el mal. La ambicion de los obispos, segun aquellos, habia conducido á la península á la situacion en que se encontraba. Aquella ambicion era la causa

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la violacion del celibato, de las malas costumbres, de las rivalidades y de la corrupcion que no habia bastado á impedir el respeto de la Santa Silla. Pedro Damiens en sus elocuentes invectivas contra el mal en que perecia la Iglesia, en sus simpáticas exortaciones llegó hasta pedir una reforma. Era necesario, segun su modo de pensar, volver á la rigidez, á la sencillez hasta á la misma pobreza de los primeros siglos del cristianismo, y restituir á los sacerdotes y al pueblo la eleccion de los obispos. Esta era una nueva via abierta á la independencia.

Se comprende perfectamente con que avidez, aquellos que eran entónces víctimas de la ambicion y de la dominacion temporal de los obispos, asistirian y dirigirian esta nueva arma contra sus señores espirituales y temporales, y como una revolucion política, se complicó de pronto unida al pensamiento de una reforma eclesiástica.

Las primeras conmociones que estallaron en Roma y Milan al principio del reinado de Enrique III, tuvieron este doble carácter. Despues de la muerte de Heriberto, Guido de Velate debió su eleccion al apoyo de Enrique, pero la alta nobleza y el pueblo, enemigos del emperador, gritaron por la primera vez declaradamente contra las costumbres de Guido, y pronunciaron el nombre de reforma. Guido de Velate, abandonado de todos, pudo convencerse de la repulsion que inspiraba, pues muchas veces al ir á oficiar en su iglesia se encontró absolutamente solo. En Roma el partidonacional, fortificado por la recrudescencia del espíritu religioso, arrojó al fin, con los condes de Tusculum, á Benito IX á aquel adolescente que hizo ostentacion en su elevado puesto de una crueldad y de unos vicios tan prematuros como escandalosos, colocando en su lugar á Silvestre III. El escándalo no disminuyó sin embargo: Benito volvió bien pronto, menos para reconquistar su silla que para sacar provecho y vender una parte de su dominacion ó autoridad al arzipreste Juan Gracian, que tomó el nom-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bre de Gregorio VI, y la capital de la cristiandad tuvo á la vez tres papas, revestidos el uno en san Juan de Letran, el otro en santa María la Mayor y el tercero en san Pedro del Vaticano, lanzándose todos tres el anatema y distribuyéndose las rentas de la Santa Silla. Jamás la presencia del emperador fué mas necesaria.

Enrique III, el mas poderoso de los emperadores habia sometido á sus vasallos alemanes, lo mismo seglares que clérigos á la mas severa disciplina. Desplegó la misma autoridad en Italia y puso término á todas las discordias, reprimiendo las revoluciones intestinas.

El arzobispo Guido, antiguo secretario suyo, fué colocado por él al frente de Milan; los señores y las ciudades lombardas reprimidas, en Roma los tres papas simoníacos fueron destituidos en el concilio de Sutri; el obispo de Bamberg elegido bajo el nombre de Clemente II, y al mediodia de la Italia, el duque de Benevento, los príncipes de Capua, los duques de Nápoles, de Gaeta y de Amalfi, se apresuraron igualmente á prestar el homenage de su respeto á un hombre tan poderoso.

El piadoso instinto del emperador, dió cima y concluyó lo que su energia habia comenzado. ¡Evitó para lo sucesivo los motines y escándalos á que daba lugar el derecho de eleccion de las altas dignidades y hasta de la Santa Silla, reservándose el de escoger el Papa y otros obispos de sus estados; pero tuvo un especial cuidado en designar siempre los mas dignos y evitar escrupulosamente toda acriminacion de *simonie*. Desde el interior de la Alemania dió por sucesor á Clemente II, apesar de una tentativa contraria al obispo de Brixen, á Damas II; y despues de la muerte de este, víctima tal vez del ódio de los romanos, á su mismo primo, el obispo de Toul Leon IX.

Distribuyó por igual sus beneficios en toda la Italia, hizo buen uso de su poder en beneficio de las buenas costumbres, y tuvo la suerte de ser secundado en su propósito por los papas y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los obispos, que entraron gustosos en esta via de reforma y de disciplina, que habia llegado á ser una necesidad imperiosa. La pacificaciòn de la Italia y el restablecimiento de esta misma disciplina en el clero, consagraban la dominacion del imperio sobre la Península y la iglesia, cuando un monge y algunos aventureros vinieron á conmoverla aun.

Leon IX, el monge Hildebrando y los Normandos 1048-1056.

Leon IX, Papa designado por el emperador, habia sacado de la Abadia de Cluny, para hacerlo su consegero, á un monge llamado Hildebrando, hijo de un herrero de Soana. Este consiguió sembrar sus dudas en el animo del nuevo Pontífice sobre la validez de la eleccion, obteniendo de él se sometiese de nuevo al voto y confirmacion del pueblo romano. Hombre humilde y de apacible caracter, imbuido en las doctrinas de Pedro Damiens, pero adicto enteramente al emperador Leon IX, se ocupó desde luego con Enrique III en reformar la disciplina eclesiástica. Buscó con todo ahinco en Alemania é Italia á los eclesiásticos que debian sus dignidades á la simonia, para castigarles con una penitencia de cuarenta dias, revocándosela mas tarde. El obligó al cléro secular á conservar el celibato, valiéndose para esto no solo de mandatos sino tambien de amenazas.

El monge Hildebrando tuvo bien pronto otras miras. Sacerdote áustero y emprendedor, patriota celoso, miró como una esclavitud la dominacion ejercida á la vez por el imperio sobre el sacerdocio, y por la Alemania sobre la península. La abolicion de la simonia, el restablecimiento de las buenas costumbres no le parecian posibles, mientras que la silla pontificia deponderia del imperio, ó poder de un príncipe hoy piadoso, mañana disoluto. Creia no poder libertar á la Ita-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lia del poder estrangero, ni la Iglesia del imperio, sino arrancándoles la facultad de nombrar á los obispos. Habiendo llegado á la córte pontificia con solo la fuerza de su palabra y la austeridad de sus costumbres, concibió el designio de cumplir esta doble emancipacion por una reforma religiosa, á cuya obra consagró una imaginacion ardiente, una conviccion profunda y un carácter capaz de llevarlo todo á cabo.

Hildebrando comenzó desde luego la ejecucion de sus designios, con una prudencia y una abundancia de recursos admirable en un hombre que habia vivido hasta aquel entonces en un monasterio. Bajo pretexto de defender los derechos imperiales, aprovechó la primera coyuntura para realzar el crédito político de la Santa Sede en Italia.

Desde que en los primeros años del siglo IX, cuarenta peregrinos normandos de vuelta de Jerusalen habian, camino andando, rescatado de los sarracenos la villa de Salerno como precio del rescate ofrecido á los infieles, los aventureros de esta nacion, hábiles para llevar á cabo fáciles conquistas, se habian multiplicado en el mediodía de la Italia, bajo pretexto de peregrinaje al monte Casino y al monte Gargano. Guerreando, bien contra los griegos por cuenta del duque de Capua, bien contra los sarracenos por cuenta de los griegos, despues de haber estudiado perfectamente el pais, sus rivalidades disensiones y debilidades, acabaron por trabajar por cuenta propia. El primero fué un cierto Drengot que despues de tomar por asalto la villa de Aversa, se fortifió en ella apesar de la oposicion del duque de Capua, despues Guillermo, brazo de hierro, Drogon y Unfroy, todos tres hijos de Tancredo de Hauteville, gentil-hombre normando, tan pobre de bienes como rico de hijos; atacaron con algunos Beneventinos las posesiones griegas en 1040; arrollaron á los soldados de Maniaces y se apoderaron de Melf, Benouse, Siponti, Trani, Cannes, y en una palabra, de casi toda la Pulla que se repartieron como

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mejor les pareció, dándose primero por gefe á Guillermo brazo de hierro. Anteriormente, á la mitad del siglo nueve, los peregrinos normandos eran ya poderosos en el mediodía de Italia; y sancionada su conquista por Enrique III, no tuvieron ya que temer á los griegos y de concierto con el príncipe de Benevento, empezaron á saquear sin reparo las tierras pertenecientes al monte Casino, y aun muchas de las que pertenecian á la Santa Silla.

Guerreando contra estos normandos y beneventinos, fué como Hildebrando esperó devolver á la Santa Silla alguna parte de su antigua importancia. Llamado por los habitantes del Benevento que no querian ser objeto de la excomunion de su duque, Leon IX invadió el mediodia con quinientos caballeros alemanes enviados por el emperador y algunos hombres de armas reclutados en sus dominios. Batido y hecho prisionero por los príncipes Capua, Salerno y Benevento, y por los normandos reunidos todos contra él en Civitella de la Capitanata, el Papa halló precisamente un desastre en lo que buscaba por una victoria (1053).

Prontos á prestar todo juramento, á reconocer cualquier soberano, con tal de que á ellos se les permitiese conservar el pais, Ricardo de Aversa y Unfroy de Pulla, gefes entonces de los normandos, consintieron en recibir lo que ellos poseian ya como un feudo de S. Pedro; hicieron mas, ayudaron al Papa á apoderarse de Benevento que les cedió el emperador en cambio de algunos dominios y tributos mas allá de los Alpes. A la muerte de Leon IX acaecida en en 1054, Hildebrando arriesgó un golpe aun mas audaz; pidió à Enrique III el nombramiento ó investidura de Papa y la obtuvo en favor de Victor II su mas terrible adversario, del que hizo bien pronto su mas ardiente amigo y mantenedor. El Emperador Enrique III tenia dos enemigos inplacables, á Gottfriedo de la baja Lorena en Alemania y en Italia, y á Bonifacio conde de Modena, Reggio, Mantua

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Férrara y marqués de Toscana. Enrique III habia despojado al primero de sus títulos y bienes, y lo habia desterrado de Italia, y si no habiatenido ocasion de hacer sentir el peso de su autoridad al segundo, no le ocultaba al menos su desconfianza. Un monje audaz y atrevido, instrumento de Hildebrando, despues de la muerte de Bonifacio casó á su viuda Beatriz con Gottfriedo su hermano. Estos eran muchos desacatos á la vez: Enrique III apareció en Italia, hizo prisionera y guardó á Beatriz como garantia de la fidelidad de su marido, desterró á Gottfriedo á Flandes, envió al monje Federico al monasterio de monte Casino y al Papa Victor á Alemania.

Minoria de Enrique IV; Estevan IX, Nicolás II; el Colegio de Cardenales (1056—1073).

Unicamente la muerte de Enrique III acaecida en 1056, dejó el campo libre á Hildebrando, y entonces se le vió agitarse con tanta impetuosidad, como con circuspeccion habia procedido anteriormente; exigió imperiosamente de la emperatriz Ana, demasiado ocupada á la sazon en defender á su hijo contra los vasallos alemanes, el vicariato de Italia para Gottfriedo, é hizo elegir al monje Federico, primer Abad del Monte-Casino y despues Papa bajo el nombre de Esteban IX.

Enemigo personal de la casa Fransoniana, apoyado por el marqués de Toscana y por los lombardos vasallos de la Santa Silla, tenia la ventaja Estevan de poder prestar á Hildebrando un ausilio poderoso. En 1058 escomulgó á todo sacerdote casado que no se separase inmediatamente de su muger, lanzó el anatema contra los simoniacos, sublevó al pueblo contra los obispos que debian su poder al imperio y que le sostenian y tomó con empeño unir la una y la otra á la causa de la reforma de la Iglesia y de la independencia italiana.

La conmocion y el tumulto llegó á su colmo en la Lombar-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

día. Los antiguos enemigos del obispo Guido en Milan, teniendo á su cabeza á Anselmo de Baggio, obispo de Luques y dos hombres valerosos llamados Andolfo y Arialdo, arrojaron de sus puestos á los sacerdotes disolutos ó partidarios de los alemanes. Guido aprovechándose del espreso permiso de casamiento concedido á su diócesis por san Ambrosio, y esplotando la antigua rivalidad del clero milanés contra el clero romano, hizo condenar por los obispos de la Lombardía á Arialdo y Landolfo, los dos gefes de la faccion enemiga, é invocó la proteccion de la emperatriz. El Papa, irritado, no guardó mas consideraciones y concibió los proyectos mas atrevidos. Su sueño principal era el de asegurarse el apoyo del emperador griego contra los alemanes, y hacer proclamar rey de Italia, cuando aquel muriese, á su hermano Gottfriedo marques de Toscana.

Los condes de Tusculum, aprovecharon la ausencia de Hildebrando, entónces en Alemania, para hacer dar la tiara al obispo de Velletri Benito X. Pero Hildebrando indispuso á la emperatriz contra el nuevo Papa, elevado, segun decia, sin el consentimiento imperial; hizo anular la eleccion y siempre atrevido y feliz en sus empresas, obtuvo de la emperatriz Ana, fuese elegido Papa el obispo de Florencia antiguo partidario y protegido de Gottfriedo marques de Toscana, que tomó el nombre de Nicolás II, elevado al pontificado por la proteccion alemana. No obstante Hildebrando dió pasos tan acertados que arrancó del emperador los derechos que habia ejercido sobre la Santa Sede y demás episcopados de Italia, estableciendo que en lo sucesivo los cardenales pertenecientes á las parroquias de Roma tendrian ellos solos el derecho de elegir Papa, y que ningun beneficio eclesiástico podia ser conferido por un seglar, *salvo*, añadia vagamente la bula, *el honor y el respeto debidos al rey Enrique*. Este decreto no afectaba solamente á la autoridad imperial, sino tambien al pueblo romano que perdia to-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

da participacion en la eleccion del Papa y á los obispos lombardos adictos al imperio á quienes lo debian todo. Un motin estalló en Roma. La Lombardía se agitó de nuevo. El Papa llamó á su socorro contra los nobles romanos á los normandos sus vasallos, y envió al gefe de la faccion enemiga, que lo era el obispo milanés, un estandarte bendito como abanderado «*gonfalonier*» de la Iglesia. Ricardo de Aversa, investido por el Papa con el título de duque de Capua y Roberto Güiscar sucesor de Unfroy, duque de Pulla y de Calabria, de donde acababa de llegar de tomar á Reggio y someter á los condes de Tusculum. Hildebrando entró de nuevo en Milan á la muerte de Nicolás II en 1061: Hildebrando llevó la lucha al último estremo. Impulsado por él, el nuevo colegio de cardenales, se apresuró á elegir á Anselmo de Baggio obispo de Luques y que tomó el nombre de Alejandro II. Inútil es decir que Anselmo era uno de los partidarios mas ardientes de la reforma. Por su parte los nobles romanos, el arzobispo de Milan, los obispos de Pavia, de Asti, de Verceil, de Placencia, obtuvieron de la córte imperial sumamente ofendida por no haber sido consultada, el nombramiento de Honorio II obispo de Parma. Los partidos se agruparon en torno de estos dos papas, y el cisma se marcó abiertamente. Alejandro II, el Papa amigo de Hildebrando, elegido por los cardenales, contó por partidarios á los hombres de la disciplina rigurosa, aquellos que querian dos grandes cosas, la reforma de las costumbres de la Iglesia y la independencia de la Italia; eran además defensores suyos Pedro Damiens y Lafranc de Pavía, el clero regular, rival de mucho tiempo antes del clero secular, la plebe que queria ver entronizada la moralidad en el santuario y finalmente la mayor parte de la clase media y de los vasallos enemigos del episcopado, desde que los obispos se habian convertido en señores feudales. Honorio II el Papa y el emperador, tenian en su favor casi toda la nobleza romana, la mayor par-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

te de los prelados lombardos y la alta nobleza de las ciudades, cuyos hijos tenian obcion á las prelaturas.

¡Cisma á la vez religioso y político! Hildebrando, en el estado en que se hallaba la sociedad italiana, llegó derecho á la libertad de la península en este sentido sustrayendo al poder de los alemanes la Santa Silla y el episcopado, elementos dominantes de la Italia. La nobleza italiana y la comunidad municipal detras de Hildebrando, rompian, sosteniendo sus doctrinas, el poder político confiado por los emperadores sajones, á los obispos. La lucha fué encarnizada en Roma. Los condes de Tusculum llevando á su cabeza al hijo de un judío convertido al cristianismo, llamado Pedro Leonis, entronizaron en primer lugar á Honorio II y batieron en seguida á Ricardo conde normando de Capua; pero bien pronto fueron batidos á su vez por Gofriedo de Toscana. Honorio prisionero por espacio de dos años en el castillo de S. Angelo, se consideró feliz en poder escapar sano y salvo y ceder la plaza á Alejandro. En la ciudad de Milan y despues de un combate que empezó en la misma iglesia de san Ambrosio, Herlembaldo arrojó de su puesto al arzobispo Guido y á sus capitanes, entregó sus casas y sus bienes al pillaje, y quedó definitivamente, dueño de la plaza. La victoria de Hildebrando pareció completa y fué coronada en 1073 por su elevacion al pontificado bajo el nombre de Gregorio VII.

El Papa Gregorio VII; el emperador Enrique IV; cuestion de las investiduras (1073-1085).

El nuevo Papa animado por las circunstancias que secundaban su energía y ambicion, levantó el velo á todas las consecuencias del vasto sistema que habia concebido. Sin embargo aunque demandó en primer lugar por política la confirmacion del emperador Enrique IV, se comprendió desde sus primeras

(c) Instituto Cervantes de Madrid

palabras y sus primeros actos, que no era únicamente la independencia de la Santa Silla en Italia lo que él apetecia, sino la dominacion política, al mismo tiempo que la religiosa de la cristiandad entera.

Los designios de Gregorio VII habian crecido en mayor escala con el feliz resultado de sus anteriores planes puestos en ejecucion. Su pensamiento se lanzaba hasta fuera de la Italia, y su sueño mas lisongero fué el de hacer en toda la cristiandad la misma revolucion, confirmando en todas partes y por si solo el nombramiento de los obispos y de los abades, verdaderas potencias políticas y feudales; llegó á erigirse en señor de la tercera parte de las tierras de Occidente, mandando al mismo emperador y en su consecuencia á los otros reyes menos poderosos. Carlo-Magno y Othon el grande, se habian subordinado en su época al papado, colocando á la Iglesia en dependencia del estado; Gregorio VII sometió politicamente á todos los soberanos, y colocó al estado bajo la dependencia de la Iglesia: fundó una teocracia sacerdotal y feudal, á la cabeza de la cual, el representante de Dios sobre la tierra disponia como absoluto dueño de los cuerpos y de las conciencias.

Los vastos proyectos de Gregorio VII, se dieron á conocer desde sus primeros actos. No se contentó únicamente con prohibir al emperador Enrique IV y al rey de Francia Felipe I, la investidura de las dignidades eclesiásticas, sino que pretendió constituirse en árbitro entre el primero y sus vasallos en cualquier clase de cuestiones que se suscitasen. Trató al segundo de tirano y sacrílego por algunas exacciones impuestas á los mercaderes lombardos, al paso por sus dominios.

En Inglaterra, no consintió en conceder á Guillermo el Conquistador la reforma del clero anglo-sajon, sino con la condicion de reservarse él el derecho de nombrar los obispos y recibir de cada uno el dinero «denies» de S Pedro. Reclamó el feudo y el señorío de los reinos de Hungría, de Dinamarca

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y España, conquistados á los paganos *por la gracia de Dios*. La Italia que en un pricipio habia parecido iba á gozar de otras franquicias y libertades, fué tratada como su primera vasalla; debia pagar la gloria de poseer al Papa, con una obediencia ejemplar. En Milan, Guido queria al menos trasmitir el episcopado á un cierto Gottfriedo con la aprobacion del emperador. Gregorio VII designó para sucederle á Atto, é hizo fuese sostenido su nombramiento por Herlembaldo portaestandarte de la Iglesia y gefe de faccion. En la Toscana Gottfriedo, el giboso, esposo de Matilde, hija de Beatriz y heredera de aquel ducado, no parecia dispuesto á seguir tan ciego como su padre el partido pontifical. Gregorio VII anuló su matrimonio y unió estrechamente á la Santa Silla, por el ascendiente que tomó sobre ella, á la piadosa Matilde que vino á dar fuerza y salud al Papado en el siglo XI, del mismo modo que Teodora y Marocia lo habian debilitado y desprestigiado en el siglo anterior. En Roma, el prefecto imperial Cencio, que quiso defender los derechos de su señor, fué escomulgado. En la Italia meridional Roberto Guiscar dueño de Tarento, Materra, Otranto y Barc, últimas posesiones de los griegos, y por las conquistas de su hermano Roger, señor igualmente de Enne, de Catana y Palermo, arrebatadas á los sarracenos en Sicilia, se dió á sí propio el título de duque de Sicilia y á su hermano el de conde, sin pensar en reclamar los de la generosidad siempre honrosa, del pontífice. Gregorio VII le declaró escomulgado en un concilio verificado en Roma, y envió refuerzos al príncipe de Capua, Ricardo, bastante dócil para ayudarle á apoderarse de las posesiones de su compatriota.

Este despotismo hábil y atrevido que no respetaba ni á sus propios amigos y que rompia á la mañana siguiente los instrumentos de que se habia servido en la víspera, provocó esta resistencia sobre todo en Italia. El Papa era mas formidable de lejos que de cerca, como sucede generalmente á todo poder

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fundado sobre la opinion y no sobre la fuerza. En Roma misma el prefecto Cencio en un motin, arrancó á Gregorio VII de una iglesia, y lo retuvo algun tiempo prisionero. En Milan los ciudadanos se deshicieron de Herlambaldo y de su protegido Atto, que ejercian una verdadera tiranía en la ciudad, bajo pretesto de sostener las reformas de Gregorio VII, y pidieron un nuevo arzobispo á Enrique IV, el cual les envió un noble de Castigliore.

Este fué el principio de la lucha entre el sacerdocio y el imperio. Gregorio VII no viendo en Enrique IV mas que un príncipe déspota, disoluto y de un carácter débil le citó á comparecer delante de un concilio en Roma para responder del crímen de *simonia*. Si este primer acto hubiese sido coronado de buen éxito, él por sí solo hubiera conquistado la independencia de todo poder temporal en la cristiandad. Enrique IV, jóven y fogoso, hizo combatir por dos concilios de prelados verificados en las ciudades Wormo y Pavía, la legitimidad de la eleccion de Gregorio VII, y requirió á este por medio de un enviado especial, para que hiciese entrega de la tiara. Esto era demasiado ó muy poco. El mensagero se vió espuesto á ser despedazado en Roma: el Papa le salvó; pero á la mañana siguiente mas atrevido que su adversario, y sostenido por la presencia de la condesa Matilde, escomulgó á Enrique IV, le declaró indigno de su corona, relevó á todos sus súbditos del juramento de fidelidad prestada, y si no proclamó solemnemente, como lo habia anunciado varias veces en el famoso *dictatus papæ*, el programa teocrático, sus actos y sus cartas prueban que reconocia en él el derecho de elevar y destituir soberanos, de obligar y relevar á los súbditos segun le conviniese el juramento de fidelidad, de nombrar por sí solo los obispos y decretar las leyes eclesiásticas. Todo poder debia inclinarse delante de él, porque él solo era infalible, santo y omnipotente sobre la tierra por la gracia del apóstol.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El efecto de la primera sentencia de deposicion lanzada por un Papa contra un soberano, tuvo un completo éxito en Alemania donde la fé era grande y el descontento contra Enrique IV general. El emperadór no obtuvo nada de sus vasallos, decididos anteriormente á proceder á una nueva eleccion, si dentro el plazo de un año no se hacian las paces con el pontífice. Pero en Italia á su paso por los Alpes, vió aparecer ante él llenos de ardor y de esperanza á Tebaldo arzobispo de Milan, á Guiberto arzobispo de Ravena y á casi todos los sufraganeos que, menospreciando los anatemas del Papa no querian de ningun modo cambiar el yugo del emperador por el del pontífice. Sin embargo de que se le presentaban todos estos elementos de resistencia, Enrique IV inclinado bajo el anatema, no se atrevió á emplearlos y se dirigió á implorar la gracia al castillo de Canosa. Admitido por las instancias de la condesa Matilde menos inflexible que el monge coronado, en el segundo recinto del castillo esperó en ayunas con los pies desnudos sobre la nieve y durante tres dias consecutivos á que se pronunciase su sentencia: al cuarto fué recibido por el Papa y relevado de la escomunion, pero transmitiendo lo que hacia relacion á su corona á la dieta alemana y á la mañana siguiente Gregorio VII le humilló aun mas con todo el poder de su fé: en medio de la misa de reconciliacion dividió la hostia en dos pedazos y elevando uno de ellos en la mano derecha conjuró á Dios de hacerle morir instantáneamente, si era efectivamente culpable de los crímenes de que se hallaba acusado, y presentó la otra mitad á Enrique para que hiciese el mismo juramento, pero este retrocedió espantado.

El poder de la Santa Sede parecia haber llegado á su apogeo. La condesa Matilde, fascinada por tanta grandeza, instituyó á la Iglesia romana heredera de todos sus bienes. Gregorio VII, despues de haber visto á sus piés á un sucesor de Othon y de un Carlo-Magno, no pudo prescindir de cierta

(c) Instituto Cervantes de Madrid

exaltacion. En 1078 en un concilio que se verificó en aquel año, declaró escomulgados y destituidos á todos los arzobispos y obispos italianos del partido de Enrique IV; dispuso de sus dignidades en favor de otros eclesiásticos, exigiendo de estos un verdadero juramento de vasallaje que habia obtenido ya anteriormente del patriarca de Aquiles. Lanzó de nuevo el anatema contra Roberto Quiscardo, que despues de haberse apoderado de las últimas posesiones lombardas, Salerno, Amalfi y Sorrento, atacaba en aquel entonces á Benevento; y contra Ricardo, que separado ya de la alianza del Papa, bloqueaba á Nápoles. Nada debia acaecer en Italia en lo sucesivo sin permiso del Papa, desde que reuniendo al patrimonio de la Iglesia los bienes de la princesa Matilde, disponia de todas las dignidades eclesiásticas y del feudo del mediodía de la península. Dueño de la Italia, hubiera llegado tal vez á serlo del mundo, pero en el momento que se creia vencedor, Gregorio VII vió levantarse delante de él otros nuevos adversarios mas temibles aun. Los normandos que arrojaron á los sismáticos-griegos de Italia y á los infieles de Sicilia, se afectaban bien poco con la escomunion de un Papa cuyo derecho era dudoso. La guerra del sacerdocio y del imperio, todas aquellas competencias de los obispos, el uno nombrado por el Papa y el otro por el rey, habian enseñado á las ciudades de la Lombardía á desconocer la autoridad clerical, sujeta á tantas dudas de derecho y á tantas peripecias y disputas. Los regidores de los tres estados libres, los capitanes, los ciudadanos y la clase media, despues de haber hecho la guerra bajo la bandera de tal ó cual prelado, del Papa ó del emperador, empezaban á pensar en sí propios. En todos los puntos, instituyeron en comun un colegio, una magistratura urbana que administraba libremente la ciudad y su territorio. Gregorío VII se encontró entonces con que habia favorecido contra si mismo á los lombardos y la libertad de las ciudades.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Enrique IV repuesto de su humillacion de Canosa en Alemania, comprendió el partido que podria sacar de este suceso. Su hijo Conrado animó y estimuló la liber tad de las ciudades, firmó ó confirmó todas las cartas comunales que aquellas le presentaron. En 1081 Enrique IV se presentó nuevamente en Italia, decidido esta vez á sublevar las ciudades contra la Santa Silla, convencido de la neutralidad de los normandos.

Esta fué la perdicion de Gregorio VII. Enrique IV y el papa Clemente III que le acompañaba, antiguo arzobispo de Ravenna, elejido en Brixen en el Tirol, debieron su victoria sobre la condesa Matilde á la milicia de los pueblos: el emperador restableció en Milan á su arzobispo Thedaldo, á despecho del arzobispo y de la faccion del Papa, y recibió de sus manos la corona de hierro en Toscana y en los estados mismos de la condesa Matilde. Pisa enriquecida por su comercio y orgullosa de sus conquistas en Cerdeña; Luca y Siena, deseosas igualmente de obtener los mismos privilegios, todas en fin se declararon en pro del emperador, y favorecieron su marcha sobre Roma.

Gregorio VII asustado y sorprendido, levantó la escomunion lanzada sobre los normandos; dejó á Roberto Guiscardo la villa de Benevento y le concedió el ducado de Pouilla, así como á su hermano el conde de la Sicilia; pero Guiscardo viendo su ambicion contenida en Italia, se revolvió contra el imperio griego, atacó á Niceforo Botamiato, y á pesar de cincuenta mil griegos que le opusieron tenáz resistencia, tomó á Duravio que no debia ser para él sino la llave de Constastinopla.

Gregorio VII se vió en la situacion mas crítica. Enrique IV, cuyo ejército habia sido en un principio diezmado por la epidemia, formalizó en seguida el bloqueo de Roma, con los refuerzos enviados por las ciudades italianas, y por toda la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nobleza de los alrededores que juró humillar á Gregorio. El conde de Capua, Jordan, hijo de Ricardo, por ódio á Ploberto Guiscardo, se unió al emperador. El pueblo, abatido por el hambre, empezó á murmurar. A despecho sin embargo de los ataques de fuera y de los descontentos de la ciudad, el pontífice resistió dos años, renovando á cada momento el anatema contra sus enemigos; pero ninguno de los reyes cristianos, á quienes anteriormente habia herido con sus pretensiones, levantó la voz en su favor. Guillermo el conquistador que parecia ser su mas fiel aliado, estaba precisamente en aquellos momentos en desacuerdo y en querellas con él. Al fin la ciudad Leonina, cayó la primera con la iglesia de San Pedro en poder de los alemanes, poco despues el barrio de Letran que fué entregado por el pueblo y Gregorio VII pudo ver desde el castillo de San Angelo la consagracion de su rival Clemente III en la iglesia de San Juan de Letran, y al humillado en Canosa, coronado emperador en la iglesia de San Pedro.

Entonces fué cuando desde el fondo de su alma arrojó un prolongado grito de desesperacion, y una demanda de auxilio hácia Roberto Guiscardo.

El normando esta vez abandonó á Durazo, encargando á su hijo Bohemundo la continuacion de sus conquistas, batió á Jordan enviado para salirle al encuentro y marchó con veinte mil hombres sobre Roma.

Enrique IV sin tropas suficientes, porque la mayor parte de sus partidarios se habian ya dispersado ó regresado á sus casas, no se atrevió á oponérsele. Roberto sacó á Gregorio VII del castillo de San Angelo y lo llevó consigo á Salerno, menos con el carácter de libertador que con el de conquistador. El ambicioso duque de Pouilla y de Sicilia, cuyos proyectos abrazaban mas allá de la Italia y del Oriente, no pensaba soltar á su cautivo sin hacerse pagar primero bien caros

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sus servicios y el rescate. Gregorio VII, víctima de una política que no habia sabido guardar ninguna consideracion, vino á ser presa de un normando astuto ; vió con dolor que habia trabajado únicamente para la libertad de las ciudades y para engrandecer á un aventurero, y murió al fin de desaliento y de pena el 25 de mayo de 1085, pronunciando estas palabras, última espresion de su energia y profunda conviccion: «*Amo la justiaia y ódio la iniquidad, esta es la razon que me hace morir en el destierro.*»

La Italia misma habia asesinado á la teocracia romana.

Urbano II y la gran condesa Matilde (1085-1106.)

Este suceso llevó á su apogeo el poder de Enrique y de su partido en la península. Roberto que habia venido a ella, mas por su propio interés que por el de la Santa Silla, volvió inmediatamente á Grecia donde murió al poco tiempo. Sus dos hijos Bohemundo y Roger Bursa, se disputaron la herencia, en tanto que Roger, su hermano, bajo el nombre de gran conde, se apoderó de la Sicilia. El antipapa Clemente III, favorecido por estas circunstancias, consolidó su poder á despecho de la condesa Matilde.

El abad de Monte-Casino Desidério, elegido Papa á pesar suyo, pudo con gran trabajo hacerse dueño por algunos dias de la ciudad Leonina y consagrarse en ella, pero fué bien pronto arrojado de allí.

El advenimiento de Urbano II en 1088, engrandeció de nuevo el prestigio de la Santa Silla. El alma de Hildebrando parecia haber pasado al cuerpo de su sucesor. Obligado por espacio de algun tiempo á vivir de las limosnas ó donativos de su partido, renovó no obstante las bulas del gran Papa contra sus enemigos y contra la imvestidura seglar; bastante

(c) Instituto Cervantes de Madrid

habil para hacer servir las combinaciones de la política al buen éxito de sus miras de interés, restableció por un casamiento de conveniencia el poder de la princesa Matilde, haciéndola casar, apesar de sus cuarenta y cinco años y de su oposicion ó repugnancia, con el jóven Welf de Baviera, el mas irreconciliable enemigo de Enrique.

Esto era encender de nuevo la guerra. Enrique IV decidido á castigar á Matilde, tomó en primer lugar todas las fortalezas que aquella poseia en la Lombardia, sitió á Mantua que no se rindió sino al cabo de once meses, destituyó al obispo, y consecuente á su nueva política, confirmó á los habitantes todos los derechos é inmunidades obtenidos antes por el partido contrario. Amenazada hasta en sus estados, abandonada por sus vasallos sorprendidos, la gran amiga de Gregorio VII se ofreció á consentir ó en reconocer á Clemente III por verdadero Papa y abandonar á Urbano, si se la restituian sus ciudades y estados. Una asamblea de obispos de su partido presidida por Heriberto obispo de Reggio, la autorizaba á hacerlo asi; cuando el espíritu monástico vino aun otra vez á procurar socorro á la obra vacilante de Hildebrando. Un monge, el hermitaño Juan, conocido en toda la Italia por sus santas austeridades, se opuso abiertamente á la opinion de los obispos, reanimó el valor de Matilde á pesar de la pérdida de Reggio, Parma y Plasencia, y le envió á defender y á salvar á Canosa.

Urbano II tuvo tiempo de dar un gran golpe; sacrificó una parte de los proyectos de Gregorio VII, y abandonó lo temporal por conservar lo espiritual: renunciando por el momento á la dominacion de la Italia, propuso la soberanía precisamente al hijo de Enrique IV, á Conrado, hombre ambicioso y devoto, que no le fué dificil ganar. Precisamente era muy querido en las ciudades lombardas, en las que habia sido el primero en favorecer y confirmar las libertades y franquicias. Arrastró

(c) Instituto Cervantes de Madrid

consigo muy fácilmente contra el emperador á Milan, Lodi, Cremona y Placencia, decididas resueltamente á continuar la obra de sus franquicias bajo todas las banderas. En vano Enrique IV, sospechando estos proyectos hizo detener á su hijo en Turin; Matilde le salvó y conduciéndole á Milan, le hizo coronar primeramente rey de Italia por el arzobispo, dándole por esposa á la hija de Roger, de aquel hermano de Roberto Güiscardo conquistador y conde de la Sicilia, que era señor además de casi todo el mediodia.

Contra un rey sostenido por el Papa, por Matilde, por las ciudades lombardas y por los normandos, á Enrique IV, nada le quedaba que hacer. Se contentó con desheredar á su hijo como traidor y rebelde, y de suscitar aun á Urbano II la forma de dos antipapas.

Un suceso mas europeo que italiano, la primera cruzada acabó de desanimarle. La vista de todos estos aparatos levantados á la sola palabra del pontífice, y dispuestos á tratar al enemigo del Papa como al enemigo de Cristo, desarmó á Enrique IV. El Jefe de la cristiandad arrojaba á la Europa entera sobre el Asia, devolviendo al islamismo en el siglo IX, la guerra que este le habia hecho en el siglo VIII.

El partido teocrático trató de continuar su victoria á favor del prestigio de que el papado se habia rodeado. Los mismos partidarios de la Santa Silla, no hubieran abandonado seguramente sus luchas, únicamente por las predicaciones del concilio de Placencia. La Italia era el país que contaba con menos cruzados. La gran condesa Matilde rompió los instrumentos de que aquellos se valian, para mantener viva la escitacion. Habiendo consentido en un momento de angustia en casarse con Welf de Baviera, creyendo no tener ya necesidad de este apoyo, rehusó ya revocar en su favor la donacion hecha precedentemente á la Iglesia de Roma, y al poco tiempo, en medio de agrias cuanto escandalosas recriminaciones que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

no dejaron de inferir alguna mancha, sino á su virtud al menos á su pudor, hizo pronunciar por Urbano II un divorcio fácilmente adoptado por aquel que, únicamente perdia una esposa ya bastante anciana y cada vez mas imperiosa.

A la muerte de Urbano II hizo elegir Papa á Pascual II, hombre de carácter dulce y apacible y que á haberle dejado elegir, hubiera preferido la oscuridad. Dueña tiránica de la Santa Silla despues de haber sido su mas humilde sierva, no esperó por cierto la muerte de Conrado para romper el fantasma de rey que no habia creado sino para vencer al emperador, y por no haberse mostrado Conrado dócil à sus órdenes, se vió abandonado de todos y acabó sus dias devorado por los remordimientos, y quien sabe si tambien por el veneno en la ciudad de Florencia, bajo la sospechosa proteccion de Matilde. Todo lazo entre el imperio y la Italia estaba ya roto. La condesa Matilde no por eso dejó en paz en su pais al antiguo enemigo de los Papas. Ella contribuyó á sublevar contra Enrique IV á su otro hijo, y á conducir el triste despojo de la corona y de los ornamentos imperiales por las parricidas manos de Enrique V á la villa de Liego, donde la censura eclesiástica negó por espacio de mucho tiempo la sepultura á sus restos

El Emperador Enrique V y el Papa Pascual II; Paida del poder político de los obispos (1106-1114).

Para el papado no podia ser otra la cuestion en aquellas circunstancias, que realizar el sueño teocrático de Gregorio VII y reinar al mismo tiempo sobre la Italia. La última lucha entre el emperador Enrique V y el Papa Pascual II, lo demostraron suficientemente.

La querella no era ya italiana, ni menos aun politica. Con el tiempo, los obispos cismáticos habian desaparecido, el clero

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y el pueblo tenian cuidado de no proceder á una nueva eleccion hasta que uno de los dos obispos competidores habia muerto; las municipalidades, en medio de la lucha, habian obtenido casi todas lo que ellas deseaban.

Venecia, Génova y Pisa no eran las únicas que se hallaban en posesion de una libertad poderosa que la estension de su comercio engrandecia cada dia. Casi todas las ciudades de la Lombardía, como Milan, Pavia, Lodi, Comó, Brescia, Bérgamo, Cremona, Mántua, Parma, Módena y Verona, con algunas otras de la Toscana tales como Luca, Sienna y Arezzo, disfrutaban de iguales derechos arrancados de grado ó fuerza á los obispos y confirmados por los emperadores. La influencia y poder político de los obispos, ya conmovido por aquellos, habia sido consumada por la Santa Silla. Las cuestiones sobre navegacion, caminos, peage y comercio, impresionaban á los pueblos mucho mas que las querellas religiosas ó políticas sobre los derechos del Papa ó del emperador.

Cuando Enrique V, descendió á Italia en el año de 1110 para revindicar como su padre al que hubiese destruido el derecho de investidura, los milaneses hacian la guerra á los habitantes de Lodi, bajo pretesto de restablecer en su puesto al obispo arrojado de la ciudad con sus partidarios; pero en realidad no era otro el objeto que perjudicar al comercio de este pueblo situado mas próximamente al Pó, es decir, mas cómodo y conveniente á la arribada de todas las mercancías. Toda la Lombardía se hallaba, por consecuencia, en combustion, asi que dejó pasar á Enrique V sin ocuparse ni inquietarse de sus designios contra Pascual II. En los estados de Matilde, tales como Mántua, Módena. Pissa, Luca y Sienna, no tuvieron otro pensamiento al verle aparecer, que el de hacerse otorgar por él algunos derechos que le rehusaba hacia tiempo la gran condesa Matilde, á la cual su avanzad aedad habia amortiguado el primitivo ardor; vióse obligada á prestar juramento de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

homenage ante el emperador, y á recibir de sus propias manos la investidura de sus estados. Los normandos faltaron así á la Santa Silla. El joven Roger II hijo del conquistador de la Sicilia, bajo la tutela de su madre Adelaida y de Guillermo Ponilla nieto de Guillermo Güiscardo, se disputaban la herencia que habian conquistado los heróicos aventureros que fueron sus padres, sin inquietarse en lo mas mínimo del pontifice ni del soberano.

Enrique V y Pascual II se hallaron casi solos en frente uno de otro. En Sutri se propusieron terminar la querella; Pascual II se obligaba á renunciar á todos los bienes de la iglesia, si Enrique V por su parte renunciaba á la investidura secular; solucion radical que atestiguaba el desaliento de la Santa Silla, si no acusaba la inteligencia ó la buena fé de Pascual II. Las dificultades principiaron en Roma cuando se trató de dar ratificacion legal á este acuerdo por un acto auténtico: los obispos reclamaron, no queriendo perder sus bienes despues de su poder político, y ninguno de los dos contratantes consintió en ser el primero en hacer por escrito la renunciacion. Enrique V, de un carácter violento y arrebatado, hizo prender en la misma iglesia de San Pedro al Papa y á todo su clero. El pueblo indignado de semejante violencia asesinó á los alemanes en las calles de Roma y atacó el campo imperial. A Enrique le favoreció sin embargo una buena fortuna: rechazó á sus enemigos y arrancó al Papa de su poder. Despues de sesenta dias de cautividad, se estipuló un arreglo menos honeroso para la iglesia y al cual hubiera seguido inmediatamente la paz, si la muerte de la condesa Matilde en 1114 no hubiera devuelto á la querella la animacion y el interés político que empezaba á faltarle.

La herencia de la condesa Matilde; concordato de Worms (1111 y 1122.)

En el momento en que el Papa Pascual II se aprestaba á recoger la vasta y pingüe herencia de esta princesa, el empe-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rador atacó la donacion. ¿Tiene una mujer el dere ch o de testar sin el consentimiento de su soberano? ¿ No era primero necesario hacer una distincion esencial entre los bienes alodiales de la condesa y los que eran feudatarios del imperio? Los dos competidores reclamaron, y el Papa, decidido á luchar resueltamente por esta rica herencia que debia hacer de la Santa Sillá en Italia una potencia considerable , hizo revivir todas las diferencias á fin de no perder ninguna de sus fuerzas. Colocado en el sitio que ocupaba por el clero italiano que le habia reconvenido por su debilidad, anuló, en un concilio convocado á este efecto, las convenciones referentemente hechas, renovó todos los decretos contra la investidura seglar y eligió para prefecto de Roma al hijo de un hombre poderoso , á Pedro Leonis.

La cuestion vino á tener desde este momento un carácter esencialmente político. Enrique V, para que se decidieran á su favor concedió á las ciudades de Toscana todas las libertades y privilegios que reclamaron , llegando hasta dispensar á los mantuanos de la obligacion de abastecimiento de viveres para las tropas del emperador á su paso por aquellos estados (*Albergaria*). Aduló y lisongeó á la nobleza toscana y aun á los mismos varones romanos, descontentos del nombramiento de Pedro Leonis por ser de orígen judio ; llegando al estremo que Pascual II fué arrojado de la capital yendo á morir en Monte-Casino en 1118. Pedro Leonis y los partidarios del último pontífice trataron de detener la victoria de Enrique V, haciendo elegir inmediatamente para ocupar el puesto de Pascual al Papa Gelaso; pero las gefes de la nobleza romana , los frangipanis, arrojaron al nuevo Papa de su iglesia y el emperador hizo elegir á un obispo español bajo el nombre de Gregorio VIII La cristiandad se encontró dividida entre dos Papas , menos por la cuestion general de las investiduras que por la querella escencialmente italiana de la herencia de Matilde;

(c) Instituto Cervantes de Madrid

A la luz de este cisma, el Papa y el emperador se apercibieron al fin de que en interés é importancia que se arruinaban mútuamente, y que el provecho lo recogian los pueblos en revolucion. Cuando todo parecia dividido, la capital de la Normandía tomó la defensa del obispo nombrado por Gregorio VIII y por Enrique V, en la villa de Como. Asi, á la muerte de Gregorio, el emperador y el nuevo Papa Calisto II sucesor de Gelaso, no quisieron continuar la guerra á su costa. La querella de las investiduras fué terminada en el concordato de Worm en 1122 por una transaccion que confiaba la eleccion eclesiástica á los *capítulos*, compuestos de los representantes de ambos poderes, y concediendo el derecho de la investidura del cetro al emperador y la de los prelados al Papa. La Santa Silla, únicamente en lo espiritual, obtenia el respeto de todos sus derechos sin el ejercicio de todas sus pretensiones en lo temporal; sus sueños de dominacion parecian tácitamente condenados.

El asunto de la herencia de la condesa Matilde, era de mas difícil arreglo. Henrique V murió en 1125, sin poderlo terminar.

El emperador Lotario; cisma de Inocencio II y de Anacleto II (1122-1137).

La dinastía franconiana concluia con este emperador. Para poder continuar tratando de una manera amistosa, el Papa Calixto II obtuvo, gracias al arzobispo de Mayenza, fuese nombrado emperador, Lotario de Supplimbourg, á despecho de Federico de Suabia, príncipe poderoso y distinguido, pero que se hallaba decidido á defender, como los franconianos, los derechos imperiales. En vano Conrado, hermano de Federico, pasó á Italia, y fué recibido por los milaneses, que guerreaban entonces contra la villa de Cremona, bajo pretesto de librar á Crema de su yugo. Pavia, Cremona, Novara, Brescia, Pla-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sencia, se declararon por Lotario, y bien pronto aburrido de verse tan poco considerado de amigos como de enemigos, convencido de que no era mas que un juguete, Conrado renunció á tan ridículo papel, y se volvió á Alemania.

Los dos partidos se dieron aun una cita en Roma á la muerte de Honorio. El partido imperialista y noble de los frangipani eligió por Papa á Inocencio II, noble romano; la faccion contraria á Anacleto II, nieto de aquel Pedro Leonis, que habia desplegado en favor del partido teocrático, en tiempo de Urbano II y de Gelaso, un celo de neófito. La lucha que siguió á estos acontecimientos vino á perjudicar los intereses de ambos adversarios, del Papa y del emperador á un tiempo.

Las ciudades no tomaron parte sino para aprovecharse de la ocasion, y arrancar algunas concesiones mas de las que ya disfrutaban. Roger II de Sicilia, hijo de Roger I y heredero por la muerte de Guillermo, último descendiente de Guiscardo de todas las posesiones normandas, se aprovechó tambien de estas discordias para hacerse proclamar rey de Palermo por sus vasallos, su nobleza y sus prelados, y obtener de Anacleto una consagracion solemne en 1130.

El emperador Lotario llegó á Italia en 1133, y coronado en el mismo año en San Juan de Letran por su Papa Inocencio II, se apresuró á concluir con él, respecto á los bienes de Matilde, un arreglo que era tanto mas fácil por la indiferencia y el abandono general. Lotario tomó libremente los feudos de Matilde, y no recibió sus bienes alodiales, sino á condicion de prestar homenaje de fidelidad á la Santa Silla. El emperador, segun este convenio, venia á ser feudatario, vasallo del Papa en sus dominios. ¡Qué humillacion para la autoridad imperial! El Papa la hizo pública orgullosamente por la divisa inscrita al pié del cuadro que se mandó hacer, para perpetuar la memoria de este suceso, y que decia *Rex homo fit Papæ*; y aunque trató de darla una acepcion mas general, insinuando

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que el emperador, no el señor toscano, era su vasallo; semejante argucia no engañó á nadie: el soberano no fué desde entonces mas poderoso que el vasallo, á quien sus concesiones á la Santa Silla le acarrearon el desprecio de la Alemania.

Despues de la muerte de su competidor, Inocencio II quiso hacer la guerra á Roger II, pero hecho prisionero, se vió obligado, como en otro tiempo Leon IX, á levantar á su vencedor la escomunion lanzada contra él, y reconocerle por rey de Sicilia y duque de Pouilla. La ambicion de la Santa Silla y la del imperio á costa de la península, se habian destruido la una á la otra, y parecian abismadas ante el movimiento general de independencia de los pequeños estados italianos.

En el mediodía un nuevo reino, y al norte y al centro las repúblicas libres, habian adquirido crecimiento y desarrollo á la sombra de estos dos hierros cruzados en la cima de los Alpes y de los Apeninos, por los poderes espiritual y temporal, esto es, por el Papa y por el emperador.

CAPITULO IX.

REPÚBLICAS Y MONARQUÍA NORMANDA; EL EMPERADOR FEDERICO I Y LA LIGA LOMBARDA (1137-1183) (9).

Nuevo aspecto de la península á principios del siglo XII.

Una era nueva pareció despuntar para la Italia al principio del siglo XII. Esta tierra tan trabajada por tantas vicisitudes, que habia llegado primero á un estado de desaliento completo despues de esfuerzos supremos, tan conmovida en todos sentidos por las invasiones de los bárbaros y las domi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

naciones estrangeras, adquirió de pronto una fecundidad tanto mas maravillosa, cuanto que se reflejaba á la vez sobre todos los puntos y bajo todas las formas. Con el poder imperial y pontifical, habia caido la antigua constitucion.

Los duques, los margraves, los condes, los obispos y los abades, habian visto resbalar de entre sus manos toda soberanía y toda jurisdiccion. La condesa Matilde, última imágen de esta gran feudalidad, dejaba al morir un principio naciente que Henrique Welf de Baviera, cuya residencia estaba establecida en Alemania, era incapaz de detener. Los dos únicos restos que quedaban aun en pié de aquella antigua Italia, el conde de Mauriona, que por su casamiento con la heredera del marqués de Suce, habia reunido las dos vertientes de los Alpes, la Saboya y el Piamonte, y el marqués de Monferrato, de orígen aleman, tenian demasiado en que ocuparse, el primero con la dominacion de sus ciudades, tal como Turin, Verceil é Ivree, y el segundo con las de Asti y de Chieri.

Sobre las ruinas de esta constitucion feudal y despótica, ensayada en el norte y en el centro de la Italia por los francos y los germanos, á desarrollaba una independencia enteramente italiana y nacional, compuesta de nobles, de capitanes ó tributarios del campo y de la clase media de las ciudades. Al mediodia, por un estraño contraste, se elevaba á continuacion de una conquista de orígen francés, una monarquía feudal sobre los restos de la antigua independencia de los pequeños ducados. Monarquía normanda ó repúblicas lombardas, estaban sin embargo llenas de juventud, de porvenir y de entusiasmo, animadas en fin de un sentimiento enteramente nuevo. Los descendientes de Tancredo de Hauteville, imponiendo á la antigua Sicilia y á la antigua Grecia las instituciones monárquicas y feudales que importaron de la córte de Francia, pusieron en relacion el mediodía de la Italia con la civilizacion de la Francia meridional, trajeron en pos de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sí los trobadores de la lengua de oro, y bajo el álito, al soplo germinador de la literatura provenzal, nació la poesía siciliana, primer gérmen de otra literatura que prometia aun mas calor y mas vida. El interés material, las necesidades particulares del comercio, no eran los únicos móviles que colocaban á las ciudades en la via de las reformas.

Las nuevas repúblicas, se relevaron del derecho municipal romano, por lo cual el estado adquirió un nuevo vuelo en Bolonia y en otras ciudades, así como las doctrinas políticas, esplicadas por el republicano Armando de Brescia y las teorías filosóficas de su maestro, el teólogo eclesiástico Abailardo.

La monarquía Normanda; Roger II.

Despues de la muerte de Lotario, la eleccion del emperador Conrado III, de la dinastía de los Hohenstauffen, en 1137, fué en Alemania objeto de tantas disputas y protestas, que durante su reinado de quince años, el nuevo César no paréció en Italia. Esta especie de interemitencia de la autoridad imperial, contribuyó no poco al libre desarrollo de esta Italia nueva; y hasta se pudo creer por un instante que floreceria en plena libertad.

Roger II, dueño de la Sicilia, de la Ponilla, de la Calabria y reconocido rey por el pontífice, acabó de consolidar, con el talento metódico y el genio administrativo de sus compatriotas, la obra de espoliacion y de astucia enteramente normanda, empezada por sus antecesores. Parecia bastante dificil el restablecimiento de la unidad, bajo la dominacion de una raza estrangera, en este nuevo reino dividido en dos partes por un estrecho, entrecortado por sus montañas y dividido en territorios tan distintos. Aquí mezcla de griegos y de lombardos, allá de sarracenos y de griegos, institu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciones feudales y municipales, costumbres cristianas ó mahometanas. En su última lucha contra Inocencio II y Lotario, apesar del anatema pontifical y las invectivas mas peligrosas aun de san Bernardo contra el *tirano Siciliano*, el normando habia dominado á la vez á los condes de Capua, de Alifa y Nápoles, á las ciudades de Amalfi, Troya y Salerno y hasta á sus propios barones normandos, asombrados de tanto poder. Feudalidad y municipalidades, todo habia sucumbido. Amalfi, la gran república comercial del siglo x, dos veces acometida en medio de estas disenciones, por los celos de los pisanos que se convertian en auxiliares de un rey contra una rival favorecida de la fortuna, vió asaltado su puerto (1136). Sus ricos almacenes entregados al pillage por espacio de tres dias, pérdida horrible de que no se repuso jamás. Capua fué destruida con furia tal, que no quedó de aquella *ciudad de las delicias*, sino los restos de sus murallas y las ruinas de un anfiteatro. Roger no fué menos hábil para gobernar que habia sido arrojado y valiente para la victoria. No desposeyó á ninguno de los barones de sus feudos: ni á las ciudades de sus instituciones, lo subordinó todo á una gerarquía de dignatarios y funcionarios, á la cual hizo del poder real el centro y la cabeza del estado. Colocó bajo la vigilancia de su canciller en las provincias, los *justicieros* y en las ciudades los *baylíos*, encargados de administrar justicia y de asegurar la ejecucion de los derechos de regalía. En cada distrito y á la cabeza de la nobleza feudal de los caballeros, fué colocado un *baron* al que todo el mundo debia estar sometido y al cual se hallaba encargado igualmente de asegurar el servicio militar. Grandes oficiales, un chambelan, un mariscal, un protonotario y un senescal, dieron á su córte el relieve de las de Alemania ó Francia. Gracias á la actividad que imprimió en todo lo que era beneficioso; creó una marina que escitó los celos de Venecia y atemorizó á Bizancio, del mismo modo que sobre la costa

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Africa, impuso respeto por su audacia y arrojo á Bugia, Tripoli, Hippona y Tunez. Trasplantó y generalizóen sus estados el moral blanco, y con él la industria de la seda. Cubierto de la dalmática y llevando el báculo y el anillo con la autorizacion de Lucio II, hizo edificar por todas partes y principalmente en Palermo su capital, magníficas iglesias, practicándolo todo con una imparcialidad rara en aquel tiempo y desplegando un lujo que tenia muchos puntos de contacto con la antigua civilizacion de los griegos y la naciente prosperidad de los árabes. Su madre Adelaida, marquesa de Monferrato, gustaba hacia tiempo rodearse de juglares y trovadores de Francia; Roger II, por su política y su cariño se atrajo muchos de ellos, y esta fué la causa segun Dante y Petrarca, de que la poesía como impulsada por una corriente eléctrica, se estendiese por todo el resto de la Italia (*per omnem Italiam ac longius manavit*).

Constitucion de las repúblicas italianas; nobleza y clase media.

Las repúblicas italianas, al principio de la lucha de las franquicias ó del comercio, conocian muy poco las artes de lujo, y en el dominio de la inteligencia no cultivaban mas que la ciencia erística del derecho, ó una teologia que daba á las causas particulares en Italia un carácter enteramente político. Conservaban siempre vivos los recuerdos del derecho romano revelados en Bolonia por las lecciones del célebre Irnerio (10), influyendo para ello la conquista de los doctores en derecho; sobre las municipalidades, ávidas de encontrar armas legales para las franquicias á las que la mayor parte de las ciudades debian su institucion.

La primera magistratura republicana de las ciudades, la de los consules encargada del poder ejecutivo y judiciario, toma-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ba su nombre y sus atributos de la república romana. Estos magistrados se hallaban sometidos á la eleccion de los ciudadanos, y eran nombrados por lo general cada dos años: el número no era en todas partes el mismo; dependia generalmente del de los cuarteles, barrios ó puertas con que contaba la ciudad. En Milan habia doce cónsules para seis cuarteles; en Génova seis, en Mantua cinco, en Luca cinco, en Florencia cuatro, en Pistoya y en Pisa seis. El número de cónsules variaba de una época á otra, pero su poder era igual con corta diferencia en todas partes. Ellos administraban el comun, mandaban á los ciudadanos armados, y juzgaban. Génova fue la que dió primero el ejemplo de eliminar del consulado el poder judiciario que de mucho tiempo pertenecia, lo mismo en otras ciudades como en Pisa, á los regidores, vice-condes ó jueces. Dejando el poder político á los antiguos cónsules nombrados de los *cónsules del comun*, reconoció é invistió con el derecho de juzgar á otros magistrados que, á principios del siglo XII tomaron el nombre de *Cónsules de las audiencias*.

El poder de los cónsules, que era igual á la independencia de las ciudades, se media por el grado de autoridad ó de influencia que los prelados, á imitacion de los pueblos lombardos, Pisa y la Toscana, habian conservado aun en medio de su derrota. Tampoco pesaba sobre ellos toda responsabilidad. Eran generalmente asistidos en sus funciones por un cierto número de hombres muy bíen reputados ó instruidos en las leyes, y designados en las crónicas con los nombres de «*boni homines, juris et morum periti, sapientes consiliatores*,» que formaban una especie de consejo particular y además secreto, bajo el nombre generalmente admitido de *credenza* (credentia). En Gênova esta asamblea, que era intermitente, se llamaba el *Consejo de los correctores de leyes*. Cuando Florencia salió mas tarde que las otras ciudades de la Toscana, de la inferioridad á que estuvo por tanto tiempo relegada y llegó á su vez al disfrute

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de ciertas libertades, este consejo de *credenza* salido del senado, se compuso de cien miembros, hasta la reforma de 1328.

En un gobierno cuya base está cimentada en la eleccion, la asamblea general de los ciudanos libres, ó sea *parlamento*, reunido por cuarteles en la plaza pública, al toque de la campana de consejo, se comprenderá facilmente que era la única soberana, el juez que resolvia en último estremo. En los momentos de peligro se dividia en otras tantas compañías como cuarteles representaban llevando cada uno su porta-bandera y su capitan. Todos los ciudadanos se trasformaban entonces en soldados, colocaban en medio de ellos, sobre un *carroccio* conducido por cuatro bueyes y en el que se construia un altar, el estandarte del comun, el paladion de su libertad, y en esta forma marchaban al encuentro del enemigo.

Venecia fué la única que se sustrajo á esta forma de gobierno, gracias á sus lagunas y á las revoluciones del resto de la Italia, conservando una constitucion particular de origen enteramente griego.

El patriarca de Grado, vencido definitivamente en sus pretensiones por el de Aquiles, despojado de todos sus bienes, obligado á trasladar su residencia á Venecia y á vivir de una especie de limosna que le suministraba la ciudad, no habia podido adquirir la posicion política de los demás prelados italianos. El dux ó antiguo duque, continuó siempre como el primero y mas poderoso magistrado. Desde el siglo XI sin embargo limitó su autoridad, paradisminuir el ardor de las facciones que se disputaban esta dignidad superior. El dux sometido á la eleccion, fué además desde entonces asistido en la administracion de sus poderes por seis consejeros que formaban la *señoria*; en la ejecucion de las leyes, ayudado por un cuerpo de *jueces* llamado de los *cuarenta*, y finalmente obligado en los casos graves á someterse al fallo del consejo de los mas nobles ciudadanos ó *pregadi*. La repú-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pública de Venecia era enteramente aristocrática. Es preciso guardarse de creer, que todas las demás pequeñas repúblicas fuesen un tanto cuanto demócraticas. Los artesanos, los jornaleros, los obreros, eran en lo general escluidos del cuerpo de ciudadanos; en aquella por el contrario, únicamente se hallaban comprendidos un cierto número de nobles del campo y capitanes que habian adquirido el derecho de ciudadanía, sea por poner al abrigo su independencia bajo la proteccion de una asociacion poderosa, sea para encontrar en la magistratura de la ciudad donde satifacer su ambicion. La mayor parte del tiempo, las funciones de consules y las de capitanes en las compañias, les eran confiadas á causa de su habilidad en el ejercicio de las armas, y á sus numerosos amigos y partidarios.

Los nobles de los castillos en las montañas vecinas á Génova se habian asociado de mucho tiempo antes á la defensa de aquella ciudad contra los sarracenos, y á sus empresas comerciales que se metamorfoseaban, lo mismo en legítimas espediciones marítimas que en piraterias. Los Spinola, los Dorias, los Buffi, los Fornasi, los Negri y los Serra, ocuparon la mayor parte del tiempo, los puestos elevados de las magistraturas republicanas de Génova. Los condes de Lavagna que se habian mantenido apartados de la república no tardaron en arrepentirse. Genova los sometió á su autoridad. Lo mismo sucedió y por razones ecsactamente iguales á Pisa, donde se veian brillar en la administracion de la ciudad á los Visconti, los Orlandi los Gualandi y los Simondi. Algunos nobles toscanos, opuestos al partido de Matilde y al del Papa, habian solicitado la alianza de Pisa, construido palacios, tomado parte en sus empresas comerciales, y aceptado el gobierno de las islas y escalas de comercio que dependian de aquella república.

En los pueblos de la Lombardía, se esperimentaba la necesidad de unirse contra los prelados que habian reunido á los va-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sallos nobles y á la clase media. Los primeros habian casi siempre comandado á los segundos en la lucha comun. En revancha ellos habian obtenido los honores y el permiso de construir castillos fuertes y torres á su capricho, en los que como es natural representaban el primer papel. La union, sin embargo, no estando cimentada por los intereses comunes de comercio, tenia mucha menos fuerza. Los nobles, libres é independientes en sus tierras con sus siervos, sometidos sin embargo á los estatutos de las ciudades respecto á sus casas y demás bienes territoriales, tenian mas de un interés contrario á los de la clase media, y los servicios que mútuamente se habian prestado varias veces, porque necesitaban aun los unos de los otros, no eran suficientes para neutralizar el antagonismo de intereses ni la enemistad producida por la diferencia de clases.

La presencia en la misma ciudad de la nobleza y de la clase media y campesina debia ser bien pronto causa de fatales disensiones. El gran peligro para la independencia lo mismo que para la duracion de las nuevas repúblicas no estaba sin embargo aquí, sino en esos celos mezquinos de comercio, en esas ardientes rivalidades de posicion que habian nacido al mismo tiempo que su libertad.

Rivalidades y guerras particulares entre las ciudades.

Las cruzadas que habian dado un nuevo impulso á las tres ciudades de Venecia, Pisa y Génova, fue para ellas la primera ocasion de rompimiento. Habian seguido con ardor, desde su principio, el movimiento que arrastró á los cristianos contra los sectarios de Mahomet, tal vez, mas por amor al poderio de su comercio que impulsados por el fervor religioso. Todas tres eran ya poderosas por su dominacion é importancia. Venecia riva-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lizando con Trau, Spalatro y las ciudades marítimas de la Illyria; Pisa con sus vecinas, menos favorecidas, de las Maremmas como Massa, Piombino y Grosseto; Génova sobre las dos riberas de Lavagna Savona y Albenga, habian botado al mar un gran número de bageles para trasportar las cruzadas, y establecer los contadores ó factorías en Asia.

Venecia que en tiempo de su dux Vital Micheli, habia equipado doscientos barcos, pretendia el esclusivismo en el monopolio del comercio en Asia, y desde la primera espedicion presentó la batalla á los pisanos sobre las costas de Rhodas, antes de llegar á Tierra Santa. Los pisanos que habian partido á esta espedicion con su obispo Daimberto, que despues fué patriarca de Cesárea, no le abandonaron sin combatir; tomaron, en union con los genoveses á Cafaro, y se hicieron igualmente ceder un arrabal en las ciudades de Landice y Antíoquía en el año 1108; pero Beaudoino II decidió la fortuna en favor de los venecianos: les concedió las tierras de Tyro y de Ascalon, y en cada una de las otras ciudades del reino de Jerusalen, un barrio, una iglesia, un baño, un horno y un molino, con una completa independencia. Los venecianos llegaron á ser tan poderosos en sus mares que, no solamente escluyeron de estos privilegios á sus rivales, sino que intervinieron bien pronto entre los emperadores griegos y los príncipes normandos, hasta el estremo de dictarles algunas veces las leyes.

Los pisanos y los genoveses buscaron la indemnizacion en el Mediterráneo occidental, donde los sarracenos les ofrecian aun una presa, pero las rivalidades los armó bien pronto á los unos contra los otros. Pisa, dueña ya de la Cerdeña dividida en cuatro judicaturas (Arborea, Caloris, Turres y Galura) y las islas Mallorca y Menorca tomadas á los sarracenos en 1115, ambicionaba igualmente la posesion de la Córcega que Gregorio VII revindicó en favor de la Santa Silla; Urbano II se la habia concedido en feudo, y Gelasco II, pisano de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

orígen, habia confirmado la investidura, declarando á los obispos de Córcega sufraganeos de la iglesia metropolitana de Pisa. Génova, por su parte, que ansiaba igualmente una isla de descanso en el Mediterráneo, se la disputó á su rival en 1119. El Papa Calisto II en 1133 trató de reconciliarlos: erigió la iglesia de Génova en arzobispado para igualarla en consideracion á la de Pisa, la subordinó los dos obispos, las dos riveras y la mitad de la Córcega, en tanto que las de la Cerdeña continuaron sometidas á la iglesia de Pisa.

La rivalidad de las ciudades y demas pueblos del centro, no era menos ardiente. Milan noh abia cesado en su empeño contra Lodi, aun despues de haber dispersado ó repartido sus habitantes en cuatro villas, destruido sus fuertes y sujetado á aquel á su municipalidad. Una sola vez, en 1117, las ciudades lombardas, habian parecido comprender todo el horror y el peligro de estas guerras fratricidas, impresionados por algunos fenómenos de temblores de tierra, de lluvia de sangre y de truenos subterráneos. Los diputados de las principales ciudades de Lombardia, se citaron en una esplanada ó llanura próxima á Milan bajo la presidencia de sus prelados y sus consules, y en presencia de un pueblo inmenso, con el objeto de escogitar los medios mas convenientes para hacer cesar todas estas querellas; pero esta única reunion no pareció proporonar grandes resultados, lo mismo que la presencia de S. Bernardo en Milan en 1135; sin embargo de algun éxito momentáneo, no proporcionó un efecto mas tranquilo ni duradero. Aquel que tenia el talento de destruir los cismas suscitados en la cristiandad, fué impotente, á pesar de su buen deseo, para estinguir el ódio de estos dos pueblos.

Durante la ausencia del emperador Conrado III, la discordia creció hasta el último estremo. Al norte; Milan, Plasencia y Como, estuvieron casi continuamente en guerra con Pavia, Parma y Cremona: del otro lado del Adige, Verona y Vi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

zancio procuraron someter á Padua. Al Centro, Ravena, Rimini, Ancona y Sinigaglia se conjuraron contra Fano, que encontró una poderosa aliada en Venecia. En Toscana, Luca tanteó el medio dellevar á los pisanos sobre la tierra firme para batirlos allí. Florencia saqueó parte del territorio de Sienna. En fin hasta en el territorio romano, la antigua señora del mundo llegó á ser como en los primeros dias de su fundacion, celosa rival de un pequeño pueblo de sus inmediaciones, de Tívoli, llamado anteriormente Tibur.

Una revolucion en Roma, el discípulo de San Bernardo y el discípulo de Abailardo (1137-1152).

Esta pequeña y al parecer insignificante competencia, fué la ocasion de uno de los mas curiosos sucesos de la revolucion comunal de la Italia. Un monge italiano, Arnando de Brescia, discípulo del breton Abailardo, habia sacado consecuencias prácticas de las doctrinas teológicas del célebre dialectico de Santa Genoveva. De vuelta en Italia, habia empezado primero en Brescia, su patria, y despues en todos los pueblos lombardos, á predicar contra el poder político y territorial de la iglesia. Negaba á los clérigos el derecho de poseer los feudos, á los obispos el de las regalias y á los monges el de la propiedad: la autoridad sobre las almas y las conciencias y el diezmo de los frutos de la tierra eran los únicos derechos admisibles; la única parte que debian percibir para su mantenimiento. Separando lo temporal de lo espiritual, como su maestro le habia enseñado, y bajo las formas de su especial escuela, distinguia la razon de la fé. Predicaba la completa separacion del gobierno seglar de los intereses del gobierno eclesiástico, procurando dividir enteramente uno de otro yugo, del mismo modo que su maestro Abailardo habia procurado separar la lógica

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la teologia. Su palabra ardiente proporcionaba un socorro y una sancion á la eliminacion de los vasallos y de las ciudades del poder de los obispos, y alagando su ambicion les mostraba una presa en las posesiones que disfrutaba el clero. En Roma, finalmente, donde tambien Arnando predicó en el año de 1138, su arrebatadora palabra causó una revolucion.

El ayuntamiento, ó comun de Roma, no habia podido aun seguir, á pesar de sus eternas agitaciones, el ímpetu progresivo de las demás ciudades italianas, á causa de su dependencia enteramente especial del emperador y de la Santa Silla. El gobierno de la ciudad continuaba siempre en manos de la nobleza que reinaba y mandaba arbitrariamente, lo mismo á nombre del emperador que á nombre del Papa. Imperiales ó papistas, no aspiraban mas que á la elevacion de un Papa ó de un prefecto de su devocion, para en seguida apoderarse de los feudos, las dignidades y los beneficios de Roma y sus alrededores.

Arnando de Brescia trajo consigo algo nuevo; el esclarecimiento de la idea. Clamó indignado contra la dominacion ejercida ó gobierno de los sacerdotes, contra sus inmorales riquezas, y propuso volver á Roma su libertad y su grandeza, restableciendo la república. Esta idea convenia á todos los partidos ó facciones que podian de este modo distribuirse los bienes de la Santa Silla, asi que no fue cuestion desde el momento, sino de restablecer inmediatamente la antigua constitucion. El Papa Inocencio II, al ver su poder amenazado, reunió un concilio en Letran en 1139, fulminó el anatema contra esta heregía *politica* y condenó á su autor á salir inmediatamente de Italia. El destierro de Arnando, que se ocultó por algun tiempo en Francia y en Suiza, seguido de los anatemas de san Bernardo, no hicieron otra cosa que retardar la esplosion, que como era natural, tuvo efecto á la primera ocasion. En el año 1141, el Papa Inocencio, habiendo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

recibido el juramento de fidelidad de los Tiburtinos, en vez de arrojarlos de su ciudad, nobles y pueblo se volvieron contra él. En el instante mismo corrieron al capitolio é instalaron una comision de gobierno bajo el nombre glorioso de *Senado*. La antigua forma, las cuatro letras sacramentales S. P. Q. R. volvieron á aparecer en todos los decretos. El poder político del Papa fué completamente aniquilado. Se creó una nueva era, y data de aquel año la renovacion del Sacro-Senado (*renovacionis vero sacri senatos anno*).

Inocencio II murió de dolor en 1143. En tiempo de su sucesor Lucio II, los romanos dieron aun un paso mas: reemplazaron al prefecto por un patricio del nombramiento de los ciudadanos, fijaron el número de los senadores en cincuenta y seis, y dividieron á Roma en seis cuarteles ó *rioni*, militarmente organizados. El nombramiento de Jordano, padre del difunto antipapa Anadeto, como patricio, debió hacer conocer al Papa que la revolucion se le venia encima.

Lucio II, á la cabeza de los frangipanis, de sus partidarios y de sus sacerdotes, quiso imprudentemente arrojar al senado del Capitolio, pero fue precipitado por los balcones y muerto á pedradas en el acto. Los cardenales, respondieron á este asesinato elevando al trono pontificio á Eugenio III, discípulo de san Bernardo, en 1145, pero los nobles y el pueblo llamaron á Arnando de Brescia, que segun Muller, entró en Roma á la cabeza de dos mil suizos de las montañas, y el discípulo de san Bernardo se vió obligado á huir á la presencia del discípulo de Abailardo.

La revolucion pareció acabada con la sola presencia del tribuno: tomó este posesion de la ciudad, demolió las torres de los nobles partidarios del Papa; los barones, sus enemigos, llegaron á ser los principales defensores de la república completamente reformada, lo mismo que el senado. La voz de Arnando pareció haber resucitado toda entera la antigua cons-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

titucion enterrada bajo el polvo de los siglos. El mismo Eugenio III para entrar en la ciudad, se obligó antes á prestar juramento de fidelidad á la constitucion romana.

De este modo la revolucion municipal de Roma, completaba y confirmaba por decirlo asi la revolucion italiana. En toda la península, menos en el reino de Nápoles prevaleció el gobierno republicano, desde Roma hasta el pueblo mas insignificante. La nobleza se juzgó dichosa al verse comprendida en esta organizacion. Todo habia concurrido á este resultado, la prosperidad nacida del comercio, el prestigio de los recuerdos, y el poder de las ideas. Hasta san Bernardo se resignó á la posicion que se marcó al Papa, y escribió á su discípulo Eugenio I que abandonase á los romanos, á ese pueblo recalcitrante (*dura cervicis*), quedaba sin embargo, por resolver la cuestion del emperador.

Federico I Barbaroja y Adriano IV (1152-1158).

A la sazon, habia sido elegido Federico I Barbaroja por la junta de los grandes vasallos y prelados alemanes, en 1152. Todo invitaba al nuevo Cesar á formular acta de autoridad en la Italia. El Papa, los prelados y algunos señores, descontentos de la marcha que tomaban los asuntos en la península, y algunas ciudades oprimidas ó vejadas por sus vecinos, le pedian con insistencia que pasase los Alpes. La mayor parte de los italianos estaban dispuestos á recibirle bien, aunque no deseaban su presencia. Movidos aun, á pesar de sus ideas, de un respeto supersticioso por el nombre mágico de emperador, casi tan respetable para ellos como el de república, pretendian amalgamar los derechos de su libertad con los deberes de obediencia y homenage hácia su soberano ultramontano. Milan, la mas independiente de tedas las ciudades lombardas, no dis-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

putaba los derechos de dominio del Cesar feudal en la Italia; los romanos en medio del delirio imaginario que presidia á la renovacion de la antígua república, trataban para mayor gloria del emperador trataban de formar un nuevo senado libre é independiente, y de una brillantez enteramente nueva. Arnando de Brescia encontraba un medio á propósito para ajustar á sus proyectos como á sus recuerdos la independencia de la república, con la autoridad de un emperador, investido no ya por la Santa Silla sino por Roma misma. Cuando el jóven emperador apareció á la bajada de los Alpes en las llanuras de Roncaglia en 1154, la Italia se rindió á sus pies y le reconoció como soberano y como juez. Cada uno de por sí llegó á prestar los juramentos y á ofrecer sus presentes: á él fueron igualmente presentadas para que dirimieran todas las contiendas suscitada sentre las ciudades, las de los prelados, la de el nuevo Papa Adriano IV contra Arnando de Brescia, y las de algunos nobles napolitanos, entre otros la del antiguo duque de Capua, Roberto, contra Guillermo I, sucesor de Roger II.

Federico I era por desgracia para Italia, el Cesar mas infatuado de sus prorogativas y el mas enérgico que habia descendido hasta entonces de los Alpes; exigió derechos de regalias en todas las ciudades y derechos imperiales en Roma, derechos de posesion de los bienes de la condesa Matilde, en Nápoles, Sicilia, Córcega y Cerdeña, no abandonando en Italia ninguna de sus pretensiones. Su conducta no tardó en demostrar de que modo entendia las reclamaciones.

En el territorio de Milan, Federico saqueó y destruyó los castillos de Bisate, de Trecale, y los puentes del Tesino, bajo pretesto de que los aprovisionamientos para el ejército no eran suficientes. Mas lejos, quemó las ciudades de Chieri y de Asfi, que rechazaban el yugo del conde de Monferrato. En fin sitió á Tortona, que no queria renunciar á la alianza de Milan. La ciudad resistió por dos meses al ejército del emperador y á las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

milicias de las ciudades de la faccion imperial, que se distinguieron por su valor, pero obligados por fin á rendirse, los habitantes abandonaron la ciudad que fué arrasada, y se retiraron á Milan.

En el centro de la Italia, Federico recibió á los enviados de la república romana y á los del Papa Adriano IV, encerrado en la ciudad Leonina. Los embajadores de Adriano ofrecieron al emperador la corona imperial en la basílica de san Pedro, por precio de la sumision de Roma, de la abolicion de la república y del castigo de Arnando de Brescia. Los diputados de los romanos, á quienes las terribles ejecuciones de Federico II no habian podido aun sacar de su letargo, ofrecieron tambien coronar al emperador en el capitolio, en nombre de la antigua república, señora del universo; pero exigieron el reconocimiento de su constitucion y un presente de cinco mil marcos. Aun cuando Federico no hubiese desconfiado, por un instinto de déspota, de la libertad italiana, no podia consentir en sustraer su corona á la sancion sacerdotal para conservarla únicamente como feudo del consentimiento popular; esto era franquear el imperio del sacerdocio; pero del mismo golpe la libertad de la Italia estaba confirmada y el santo imperio destruido. Federico siguiendo las costumbres de su época, no podia consentir en semejante revolucion. Recibió con risueño semblante las proposiciones de Adriano IV, y despidió severamente á los diputados de la república; les recordó la decadencia, la caida de Roma, les mostró el imperio, el senado, las legiones, la fuerza y la grandeza representada en sus manos, y en poder de los alemanes; y si por casualidad pudieron dudar aun, bien pronto se lo hizo sentir con la punta de su vencedora espada.

Cuatro mil alemanes sorprendieron la ciudad Leonina. Arnando de Brescia, que se habia refugiado en un castillo vecino, fué hecho prisionero y entregado al Papa, quemado de-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lante del Corso, á la mañana siguiente, y sus cenizas arrojadas en el Tiber, «para que,» segun dice el aleman Othon de Freisingen, «no fuesen recogidas, como gloriosos restos, por la imbécil religion del populacho.» Los romanos, rugiendo de cólera, atacaron el puente del castillo de San-Angelo, mientras que Federico recibia la corona de las manos de Adriano IV, en la basílica de San Pedro. La reconciliacion de la Santa Silla y del imperio fué sellada y teñida con la sangre de mil romanos muertos en el combate, sobre el puente y en la Transtiverina. En fin, la ruina de Spoleto y la alianza hecha por Federico con Emmanuel Comnene, contra Guillermo I, rey de Nápoles, hizo conocer á toda la Italia lo que debian esperar del jóven emperador.

Cuando Federico volvió á partir para la Alemania, Verona fué la primera que le demostró su mala voluntad, queriendo cortarle la retirada por el declive del puente del Adige. Apenas desapareció, cuando se esparció porto das partes un sentimiento nacional. Los milaneses volvieron á construir á sus espensas y con sus propias manos, la ciudad de Tortona; á reedificar sus castillos incendiados y los puentes del Tessino, ayudados en esta obra de reparacion por las ciudades de Piasencia, Brescia, Crema y Verona; castigaron á Lodi y Como, sometieron el territorio de Novara y atacaron á Pavia y Cremona. En el mediodía, el rey Guillermo castigó á los griegos, que se habian apoderado de Bari; batió y descuartizó á Roberto de Capua, y recobró su reino. En Roma, donde despues de la muerte de Arnando, el senado era menos hostil á la Santa Silla, Adriano se unió á los habitantes para hacer algunas concesiones, y renovó la alianza pontifical con el rey de Sicilia, como si temiese hacer por sí solo los gastos de la reconciliacion del sacerdocio y del imperio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La Dieta de Roncaglia; los prelados y los jurisconsultos italianos; caida de Milan (1158—1162).

Federico Barbaroja volvió con un ejército mas numeroso que la primera vez, en 1158; no habia restaurado mas que el imperio; queria además restablecer el reino de la Italia. A la cabeza de un gran número de príncipes y de caballeros alemanes, de todas las milicias de las ciudades enemigas de Milan y del pequeño número de señores lombardos que habian quedado independientes, se dirigió derecho á la capital de la Lombardía. Brescia consternada, pagó su rescate. El Adda, donde los milaneses habian quemado los puentes, fué atravesado á nado; Lody se reconstruyó por órden del emperador á cuatro millas del antiguo sitio que ocupaba, y Milan en fin sitiada en seguida, tuvo que capitular, consintiendo en pagar nueve mil marcos de plata, reconociendo la independencia de Lody y de Como, y restituyendo al emperador todos los derechos regalianos, con la condicion de conservar sus cónsules, obligados únicamente al homenaje.

El derecho acabó lo que habia empezado el hierro. Solemnemente coronado en Monza como rey de los Lombardos, el emperador Federico reunió en Roncaglia una gran dieta de prelados, señores y cónsules de las ciudades, para determinar los derechos y los deberes recíprocos del rey de Italia y de las ciudades Lombardas. Los mas célebrse jurisconsultos de aquel tiempo y entre ellos Bulgario, conocido por *Boca de Oro*, Martin (*copia legun*) Jacob y Hugo, todos cuatro profesores en Boloña, fueron las principales luminarias de esta asamblea el derecho romano, enseñado entonces con un ardor enteramente nuevo, era la autoridad á la cual todos recurrian en casos dudosos, tanto mas voluntariamente, cuanto que cada uno encontraba en él lo que anhelaba.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El arzobispo de Milan, fué el primero que al abrir la dieta proclamó á nombre de pueblo las libertades italianas; y declaró, segun el derecho imperial, que *la voluntad del emperador era la única ley del pueblo*. Despues de él, los juristas y los cónsules deliberaron en presencia de la magestad imperial y bajo la presion de la victoria, no hicieron, por consiguiente otra cosa que desenvolver jurídicamente esta ley. Adjudicaron al emperador todos los derechos regalianos sobre los marquesados, condados y ciudades; proscribieron toda guerra particular ó privada, establecieron en favor de Federico un impuesto de capitacion, y reconocieron en él el derecho de elegir los cónsules con el asentimiento del pueblo; únicamente con esta condicion las ciudades podrian continuar en el goce de los privilegios.

La aplicacion de esta teoría del poder imperial, fué aun mas violenta que su declaracion. Federico volvia á tomar para sí y á espensas de Milan, los territorios de Monza, los condados de Martesana y de Leprio. Hizo demoler las fortificaciones de Plasencia y de Crena, que se le mostraron hostiles y enemigas, reclamó la soberanía de la Cerdeña y de la Corcega: sobre los Pisanos y los Genoveses; los derechos y dominios pertenecientes á la herencia de Matilde, en entera propiedad en la Toscana y el ejercicio de todos los derechos regalianos en los estados de la Iglesia. En fin, para representar su persona y hacer valer mejor sus derechos, instituyó en las ciudades y con el nombre de *Podestás*, oficiales imperiales revestidos de plenos omnímodos poderes. Esta última medida, que entronizaba el despotismo imperial, siempre presente en Italia, sublevó la resistencia; las ciudades encontraron la libertad escrita en el derecho romano, del mismo modo que el emperador la encontraba en el despotismo. Los milaneses, en virtud de la precedente capitulacion, negaron al podestá el derecho de nombrar los cónsules, y no le admitieron en la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciudad. Los genoveses no quisieron tampoco recibir á los magistrados imperiales, y se pusieron en estado de defensa. Adriano, lejos de reconocer en el emperador los derechos regalianos sobre el dominio de san Pedro, estrechó su alianza con el rey de Sicilia. Guillermo I remedió con su ayuda la Corcega y la Cerdeña, y pareció colocarse á la cabeza de la resistencia nacional despues de haber otras veces hecho causa comun con el emperador.

Federico dividió á aquellos que trataba como rebeldes para tener de este modo mas fácilmente razon. Se arregló con los genoveses, de los que queria aprovecharse para sus planes ulteriores contra la Sicilia, y se contentó con exigir de ellos un pequeño tributo, pero no perdonó á Milan, cabeza de la hidra, ni á Brescia, Plasencia y Crema. Esta última fué la primera que sufrió un prolongado sitio, el cual resistió durante seis meses, á pesar de que el emperador hizo colocar delante de sus máquinas los cuerpos vivos de los prisioneros.

La muerte de Adriano envenenó aun mas la guerra. Los cardenales imperialistas elijieron á Victor III. Los amigos de la independencia escogieron á Alejandro III. El primero fué reconocido por Federico en un concilio verificado en Pavia, el segundo adoptado por Roma y las ciudades independientes. La querella política vino á complicarse con un cisma. Federico se propuso batir á todos sus adversarios en Milan. Esta ciudad sitiada en 1160, desplegó un heroismo fabuloso. Resistió con ventaja á todas las milicias italianas de Pavia, Cremona y Novara, mas fieles á su ódio particular que á la causa general de la Italia. Arrostró heróicamente y sostuvo por espacio de mas de dos años los ataques y los continuos asaltos contra el ejército aleman que descendió de los Alpes al socorro de su emperador; pero en 1162 los milaneses cedieron por fin al hambre, única que pudo domar su valor. Obligados á rendirse á discrecion, estos héroes, divididos en cien destacamentos,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con la cuerda al cuello y la cruz en las manos, depositaron sus banderas á los piés del emperador, y no obtuvieron mas que la vida, dándoles ocho dias de término para abandonar la ciudad la cual fué entregada á la venganza interesada de Lodi, de Cremona, de Pavia, de Novara y de los condes de Seprio y de Martesana. Sufrieron la suerte que antes habian impuesto á Lodi, y fueron diseminados en cuatro pueblecillos ó aldeas abiertas á todo el mundo.

Esta ejecucion, impuso en todas partes la sentencia de los doctores de Bolonia. Bergamo, Plasencia, Imola, Faenza, y Bolonia se sometieron en seguida. Los nuevos oficiales imperiales ó *podestás*, casi todos señores alemanes, fueron colocados en la mayor parte de las ciudades. El emperador instaló á su Papa en Roma, ordenó á Génova y á Pisa que cesaran en sus continuadas guerras, hizo rey de Cerdeña á un cierto Boriso, juez de Arborea, y dió por vicario imperial á la Lombardía al arzobispo de Colonia. La Italia pudo reflexionar y medir entónces á que grado de vasallage la habian conducido sus guerras intestinas. Las ciudades mismas que se habian mantenido fieles y defendido la causa del emperador, salvo Pavia y Cremona, no se sustrageron tampoco á la autoridad de los *podestás*, que llegaron á ser en todas partes unos verdaderos tiranuelos. Nada fué respetado, ni los títulos, ni los privilegios. Las exacciones, las tasas, fueron en aumento de dia en dia y la opresion fué tan al estremo que colmó la medida.

Alejandro III y la liga lombarda, batalla de Legnano (1162-1177.)

Perdida por la discordia, la Italia volvió á levantarse por la union. Los milaneses repartidos en todos los pueblos y ciudades, escitaron la piedad y el resentimiento contra el vencedor. Amenazadas un dia y otro de una suerte parecida,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Verona, Vizancio, Padua y Trevisa prefirieron, segun la espresion del cronista, la muerte á la esclavitud y abrieron á las repúblicas italianas el camino que debia salvarlas. Los cónsules formaron una liga defensiva contra el despotismo imperial. Federico convocó las milicias de Pavia, Cremona, Novara y Lodi como para detener el contagio que produce siempre el mal ejemplo, pero se apercibió bien pronto, en el modo de ser obedecidas sus disposiciones, que no podia batir á la Italia con los italianos y en su consecuencia, atravesó los montes en 1164 y fué en busca de los alemanes.

Su ausencia fué grandemente aprovechada. El Papa Alejandro III que habia huido de Italia al presentarse Federico, volvió de Mompeller á Mesina al lado de Guillermo el Malvado, poderoso siempre á pesar de sus desórdenes privados. A la cabeza de un pequeño ejército proporcionado por este, entró en Roma en 1165 y fué bien recibido por el senado que al presente veia en él, el defensor de sus privilegios contra el antipapa de Federico. Venecia habia continuado hasta entónces indiferente á los negocios de Italia que no afectaban en manera alguna á su comercio con el Oriente; amenazada sin embargo por el crecimiento progresivo del poder imperial, reconoció á Alejandro III y otorgó su socorro á las cuatro ciudades de la márgen veronesa, que inmediatamente despidieron á sus *podestás*. Toda la Italia, llevando al Papa á su cabeza, parecia levantarse como un solo hombre contra el emperador.

De vuelta en 1166 á la cabeza de un ejército, Federico I se puso en guardia aun contra las villas que siempre habian seguido su partido; llamó al marqués de Monferrato y á los condes y capitanes cuyo poder habia aumentado, y no se alojó sino en las fortalezas y castillos donde tenia gran confianza. Para dominar la península, los emperadores sajones favorecieron á las ciudades contra la feudalidad; sin embargo, los suavos favorecian la feudalidad contra las ciudades. La obra de la do-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

minacion de la Italia era para los emperadores la tela de Penelope. Federico marchó en primer lugar contra Roma, á fin de terminar el cisma que era la base de la cuestion: el momento no podia ser mas favorable. El rey de Sicilia Guillermo acababa de morir; su hijo Guillermo II llamado luego mas tarde el *Bueno*, se hallaba entonces bajo la tutela de su madre y nada podia temerse de él. A fuerza de alagar á los señores de la Romaña y de la Toscana, Federico llegó sin obstáculo bajo los muros de Roma: arrojó sobre ella á sus vecinos de Rivoli, de Alba y de Tusculum, se apoderó de la ciudad é instaló á su Papa en el Vaticano, en tanto que Alejandro III huia de ciudad en ciudad para salvarse de una muerte cierta.

Pero el trueno estalló de pronto detrás de él: no bien habia penetrado en la Romaña, cuando los diputados de Bergamo, Brescia, Mantua, Ferrara y Cremona, se reunieron en el monasterio de Puntido y se conjuraron. En el momento mismo en que él tomaba á Roma, las murallas de Milan habian vuelto á levantarse, y alli eran llamados y acogidos los desterrados y fugitivos. El cisma vino á ayudar en su obra á los confederados. La fiebre del mes de agosto vino á cebarse de una manera espantosa en el ejército de Federico, sucumbiendo los hombres por millares, sin respeto de clases ni gerarquias. Federico creyó aun imponer á los rebeldes citándolos ál banco del imperio. Este acto determinó el movimiento; Plasencia, Parma Módena y Bolonia entraron en la confederacion que tomó desde entónces el nombre de liga lombarda. Renovóse el juramento de no hacer ni paz ni tregua con el emperador, ni con su muger, ni con su hijo y de ayudarse y defenderse mútuamente hasta que hubiesen reconquistado las buenas costumbres de Enrique V.

La Italia se levantaba al fin una vez casi unánime al grito de libertad. Amenazado por todas partes, pudo el emperador escapar y atravesar los Alpes, precisamente guardados y vi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gilados por sus enemigos, y en Suse se vió en iminente peligro de perder la vida.

Despues de la partida del emperador las ciudades de Novara, Verceil, Como, Asti y Tortona entraron tambien en la liga. Algunos nobles, el conde de Seprio, y el marqués Obizzo Malaspina, hicieron las paces con ella. Otros la ofrecieron sus espadas y sus servicios. En esta ocasion, se le presentaba á la nobleza una magnífica ocasion para desempeñar un brillante papel. Podia colocarse en esta lucha á la cabeza de la clase media y conquistarse el aprecio público; las clases todas en vez de entregar la patria al incendio asolador de sus rivalidades, se reconciliaron á la sombra de la libertad comun. Alejandro III predicaba en la Lombardía una verdadera cruzada de independencia.

Se pudo creer por un instante que la dominacion romana iba á caer bajo el esfuerzo de la union general. En la confluencia del Támaro y de la Bormida, se edificó á espensas de la liga una ciudad para mantener en respeto á la imperial Pavia, y el marqués de Monferrato fué colocado bajo la invocacion del Papa con el nombre de Alejandria. Un colegio de rectores, colocado á la cabeza de la confederacion, dió mas fuerza y unidad al gobierno general de la liga, algunos *podestás* que pertenecian á la nobleza italiana, se ofrecieron á defender las ciudades que antes habian gobernado á nombre del emperador. Otras ciudades, arrojaron de su recinto á aquellos que quisieron mantenerse fieles y volviendo contra Federico la espada suspendida sobre ellas, confiaron su defensa á *podestás* nombrados por ellos mismos. En fin las ciudades del Piamonte y aun las de la Romaña, Ravena, Rimini, Imola, Forli entraron en la liga libertadora, que abrazó desde entonces casi toda la Italia.

Habiéndose dejado como vicario imperial en Italia al arzobispo de Mayenza, Cristian, no pudo luchar contra este mo-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vimiento. Lo que hizo fue tratar de dividirlos, favoreció á Génova contra Pisa que le debió la pérdida de la Cerdeña, y arrojó sobre la pequeña ciudad de Ancona los buques de Venecia que no olvidaban jamás sus intereses. Al cabo de seis años, en el de 1174, supieron la llegada del emperador que se anunció con el incendio de Suse. Felizmente la nueva ciudad de Alejandria, fortificada ligeramente y con tanta precipitacion que los alemanes la llamaban *la Alejandría de paja*, detuvo á Federico, al marques de Monferrato y á los pavesanos durante cuatro meses, dando tiempo á la confederacion para reunir su ejército. Cuando el emperador, obligado á levantar su campo, se dirigió sobre Pavía, Eccelino el Monje, poderoso señor de Frioul, y Anselmo do Doara de orígen lombardo, unidos para el mando de la liga, guardaban el paso del Tesino con fuerzas superiores; no tenian mas que empeñar el combate y el emperador era perdido indudablemente, pero los italianos, á pesar de su ódio contra Federico, respetaban en él al soberano feudal de a Italia, al sucesor de los Césares: y se propusieron no hacer mas que una guerra defensiva: Federico se guardó muy bien de atacarlos. El ejército lombardo, en su consecuencia, dejó pasar con el arma al brazo, á su legítimo señor que fué á descansar á Pavía.

Impresionado por este respeto y por el carácter de la resistencia, Federico se mostró mas tratable. Una tregua fue acordada para entrar en negociaciones, conviniéndose para concluir con una paz honrosa y aceptable á la opinion de árbitros especiales, reservándose únicamente los derechos del Santo-Imperio y la Santa-Silla. Los dos ejércitos que habian estado á punto de llegar á las manos fueron licenciados. En tanto que los árbitros elegidos entre los cremonianos debatieron las pretensiones contrarias á las repúblicas, los legados de Alejandro vinieron á Pavía para tratar de la estincion del cisma y los beneficios del sacerdocio y del imperio. Nada pudo arreglarse

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sin embargo. Era preciso una batalla para dividir la cuestion política y religiosa.

Federico, al invocar el ausilio de sus vasallos alemanes para sostener su querella, esperimentó un primero y grave desengaño. El gefe de la casa de Welf en Alemania, Enrique el Leon, descontento de Federico, porque habia quitado á su tio de Baviera el goce de sus derechos sobre la Toscana, rehusó al emperador el servicio de sus vasallos. El emperador, con solos sus vasallos del Rhin, de los paises bajos y sus auxiliares italianos de Pavía y de Monferrato, de la Toscana y la Romania, marchó contra el ejército de los confederados que se habia vuelto á organizar instantáneamente en los alrededores de Legnano, el 29 de mayo de 1176. Los alemanes llevaron en un principio la mejor parte en el combate, y penetraron por las filas contrarias hasta casi tocar el estandarte de los milaneses que iba colocado en el centro del ejército, pero dos compañías de milaneses que llevaban por título: *Cohorte de la muerte*, que habian jurado morir primero que retroceder un paso ni dejar tocar su venerado estandarte, despues de haber invocado fervorosamente á Dios y á san Ambrosio, cargaron á los alemanes con tal ímpetu que rompieron sus filas, degolláronlos sin piedad, los pusieron en fuga y los precipitaron en el Tesino. El emperador mismo dejó su escudo en poder de los vencedores, y no apareció én Pavía hasta algunos dias despues, cuando ya se le creia muerto.

Tregua de Venecia y paz de Constancia. (1177-1183).

Federico pensó seriamente esta vez en terminar la guerra con las mejores condiciones posibles. Antes de todo procuró entenderse con el Papa, para poner á la religion fuera del debate. Alejandro declaró que no le era posible ni queria de nin-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gun modo separar sus intereses de los de las ciudades aliadas ni del rey de Sicilia, asegurando de esta suerte una justa independencia á las repúblicas del norte y al reino del mediodia. Federico, habiendo obtenido únicamente un tratado separado de las ciudades de Cremona y de la Toscana, con las cuales se mostró muy generoso, empezó á temer. La ciudad de Venecia fue elegida como terreno neutral para la cita de los embajadores del Papa, del emperador y de los estados italianos. Ocupada enteramente de su comercio con el oriente, atacando á Ancona, y formando parte de la liga lombarda, Venecia era la mas desinteresada en la cuestion. Consintió, pues, en recibir á los plenipotenciarios dentro de sus muros, pero con la espresa condicion de no ser comprendida en el tratado, por temor de conferir al emperador ni aun la sombra del mas mínimo derecho.

El Papa Alejandro III y los enviados de las principales ciudades fueron recibidos en el monasterio de San Nicolás de Lido. Federico se mantuvo próximo á la villa de Cesena, para no hacer pesar sobre el congreso la influencia de su presencia. La situacion recíproca de las ciudades y del emperador, era la mas difícil de arreglar. Los italianos no disputaban á Federico sus derechos imperiales sobre la Italia, pero cada ciudad queria mantener todos los privilegios de que habian disfrutado de tiempo inmemorial; de aquí, como es natural, surgian numerosas é intrincadas dificultades. Para determinar al fin alguna cosa, el emperador propuso al Papa hacer la paz entre el sacerdocio y el imperio, una tregua de seis años entre el imperio y las ciudades y otra de quince entre el imperio y el reino de Sicilia. Alejandro consintió, con la condicion de que á la tregua habia de seguirse una paz definitiva. Federico sacrificó á su Papa reconociendo á Alejandro; relevado de la escomunion, obtuvo por quince años los bienes de Matilde, sobre la posesion de los cuales un tribunal de árbitros debia en seguida pronunciar un fallo definitivo. Una misa so-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lemne, en fin, reunió al Papa y al emperador en la iglesia de San Marcos, en presencia del dux Ziano, del patriarca y de un concurso numeroso del pueblo.

Si el emperador Federico no hubiese estado ocupado gravemente en Alemania durante los años siguientes, Alejandro hubiese tal vez comprometido mas de una vez los resultados de la batalla de Legnano. Y no hubiera sido sin motivo, porque Federico aparentando ocuparse de la paz prometida y estipulada, procuraba y lograba que se separase todos los dias alguna ciudad del compromiso de la liga lombarda, como sucedió con Turin, con Asti y Verceil. Habiendo transcurrido el tiempo fijado para la tregua sin que Fedrico hubiera podido abandonar la Alemania, la paz fué firmada en Constancia el 25 de junio de 1183, asegurando á los pueblos de la liga los beneficios de la victoria de Legnano, tanto cuanto lo permitian las trabas de la ambicion imperial y la fascinacion del antiguo derecho cesariano. En el preámbulo del tratado de paz, Federico *recibia como gracia el homenage de las ciudades y de las personas*. Despues de haber conservado de este modo la actitud de soberano, el emperador abandonó la eleccion de los cónsules, no reservándose ni aun el derecho de la investidura, y cedió á los pueblos como un favor todos los regalianos que ellos disfrutaban de tiempo inmemorial, y de su determinacion esclusiva el derecho de hacer la guerra, de fortificarse y de ejercer la jurisdiccion tanto civil como criminal. En caso de duda sobre la autenticidad legal de esta posesion, la decision del obispo de la ciudad, asistido de algunos otros ciudadanos debia hacer fé. En cambio todas las ciudades confederadas juraraban ayudar al emperador á conservar sus derechos sobre la península, á abrirle paso á él y á su comitiva al traves de la Italia para que fuera á tomar su corona, á proveerle de víveres y alojamiento, á la recomposicion de los caminos y los puentes por donde tuviera que pasar y en fin, todos los ciuda-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

danos desde quince á setenta años debian prestarle un juramento de fidelidad que se renovaria cada diez años.

Esta paz ventajósa para las ciudades lombardas, no aseguraba sin embargo la independencia de la Italia : nada resolvia definitivamente. Las únicas ciudades que habian hecho resistencia y estaban comprometidas , eran Cremona, Milan, Lodi, Bergamo , Ferrara , Brescia , Mantua, Verona , Vizancio, Bolonia , Ravena , Rimini , Módena , Reggio , Parma , Plasencia, Bobbio, Tortona, Alejandría, Verceil y Novara.

Estas ciudades no habian estipulado mas que las libertades civiles y locales; abandonaron al emperador el dominio político de la Italia, y prometieron facilitarle siempre la toma de posesion. Reserva funesta! Adquiriendo la libertad sin la nacionalidad , la independencia de las ciudades sin la de la Italia , habian hecho una cosa contradictoria, sellada su libertad particular admitieron la servidumbre ó vasallage general. La espada de la Alemania quedó suspendida sobre la Italia y el cetro del Cesar en la cima de los Alpes amenazándola siempre.

CAPITULO X.

ENRIQUE VI, FEDERICO II, INOCENCIO III É INOCENCIO IV, GUELFOS Y GIBELINOS ; LAS CIUDADES LIBRES (1183-1250).

Enrique VI ; reunion de la Sicilia y del imperio (1183-1196).

Federico Barbaroja no reclamó sin razon de las ciudades lombardas, despues de la paz de Constancia, la franquicia del paso para él y para su ejército. Ambicioso y político consumado , proseguia la esclavitud de la Italia por medios tan pacíficos como seguros.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

En sus numerosas apariciones en Italia, fué detenido siempre, ya por las ciudades lombardas, ya por Roma, jamás consiguió llegar á las fronteras del reino fundado por los normandos y tan ambicionado por él. Este nuevo estado formado de elementos tan eterogéneos, continuó prosperando á pesar de la tiranía afeminada y cruel de Guillermo I el perverso; reparado despues, en el reinado de Guillermo II el Bueno, en esa verdadera edad de oro de la Sicilia, si se ha de dar crédito á los poetas meridionales y á la tradicion popular. Barones lombardos y normandos, ciudades griegas con su gobierno municipal y tribus musulmanas regidas por sus alcaldes, vivian pacíficamente bajo una administracion fuerte y protectora.

De que autoridad no debia gozar en Italia la casa de Hohenstauffen, cuando habia llegado á ser la señora de ese hermoso reino cuyos fundadores fueron los protegidos y aun mas los protectores de la Santa Silla? Señora de la corona imperial y de la Sicilia, de la Alemania y del mediodia de la Italia, hubiera tenido al papado y á las ciudades lombardas sujetas como en un tornillo. Pero las armas no conseguian nada; seis espediciones de Barbaroja en Italia lo demostraron suficientemente. Federico en 1184, apareció en Italia acompañado únicamente de una escolta como soberano de paz. Recibido y festejajado en la misma ciudad que habia arrasado veinte y cinco años antes, prodigó favores á los milaneses, á los cuales permitió reedificar la ciudad de Cremes, y la mayor parte de las ciudades lombardas que primeramente habian sido sus enemigas. En la Toscana y Romania, favoreció á la nobleza territorial contra las ciudades que continuaban agitando la insurreccion lombarda. En Roma sostuvo al senado y al pueblo, siempre rebeldes á la autoridad de la Santa Silla, contra el sucesor de Alejandro Lucio III, por haberle rehusado á su vuelta la corona para su hijo Enrique. En tanto que se ocupaba asi en dividir á los italianos, pidió al rey de Sicilia, Guillermo II, que no tenia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hijos, á Constancia, hija postuma de Rogerio II, único sucesor del rey, para Enrique, heredero del imperio.

La Santa Silla comprendió el peligro; pero los Papas Lucio III y Urbano III siempre en lucha con los romanos, errantes de Assise á Tivoli, no pudieron demostrar sino su perverso é impotente deseo. El matrimonio entre el hijo de Federico y Constancia fué celebrado en Nápoles en 1186 á despecho del Papa, que suspendió á los obispos que se hallaron presentes á la ceremonia, del ejercicio de sus funciones; y la misma tarde el patriarca de Aquiles colocó sobre la cabeza de Enrique la corona negada por la Santa Silla. Cosa estraña, algunas ciudades lombardas no comprendieron el funesto golpe que habia sido asestado á su porvenir. Cremona fué la única que se opuso al emperador, mas no por el matrimonio de Federico, sino por la reconciliacion de este con Milan y la reedificacion de Creme. Fué castigada severamente, sin que ningun otro pueblo se interesase por su suerte. Verona tuvo al Papa prisionero en sus muros para impedir que lanzase el anatema que preparaba ya contra el emperador.

Despues de la muerte de Federico I y Guillermo II (1196), las ciudades italianas no impidieron á Enrique VI recoger los frutos de un matrimonio tan peligroso para su libertad. Nada hubiera sido mas fácil: el canciller del reino, Matheo, se introdujo en Nápoles y colocándose á la cabeza del partido nacional que no queria someterse á un rey estrangero, se opuso al príncipe aleman, á Tancredo, conde de Lecce, hijo natural de un hermano primogénito del último rey. En su primera espedicion, Enrique VI ayudado por el arzobispo de Palermo, esperimentó una gran desgracia. Fué batido, su ejército diezmado por la peste y su esposa Constancia hecha prisionera por los salernitanos que la entregaron á Tancredo.

Si el Papa y los lombardos hubieran tomado en este momento una pronta resolucion, Enrique hubiera sucumbido.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Solo Milan á quien no habia atestiguado el mismo favor que su padre, pensó en ello un instante, pero la mantuvo en respeto el Marques de Monferrato, y Cremona, Pavia Lodi, Brescia y Bergamo. La muerte de Tancredo, que dejó un niño de tierna edad, bajo la tutela de su madre, sacó á Enrique VI de su compromiso. Volvió en 1195 con grandes fuerzas por tierra y mar contra la Pulla y la Sicilia, y tuvo feliz resultado por la debil resistencia que podian oponerle una muger y un niño. Gaeta Nápoles y Salerno, cayeron en poder de sus tenientes; Messina, Siracusa y Palermo, capitularon ante las flotas abastecidas por los genoveses y pisanos, á los cuales habia prometido grandes recompensas, el nuevo emperador de Alemania, Enrique VI, llegó ser, á despecho del Papa, señor del reino fundado para servir de apoyo á la Santa Silla contra el imperio.

El hijo de Federico Barbaroja, fiero, ambicioso como su padre, pero aun mas cruel y avaro, no disimuló mucho tiempo el intento que habia concebido. No solamente olvidó sus promesas, sino que hizo mutilar al desgraciado Guillermo y envenenó á su madre; rehusó á los genoveses y pisanos los privilegios prometidos, y arrebató á sus nuevos súbditos, nobles ó prelados todo lo que poseian: hizo mas, quiso estender por toda la península una tiranía que jamás retrocediese, para establecerse y mantenerse entre la efusion de sangre.

Era ingrata y ruda tarea la conquista de la Italia, siempre perdida cuando se creía mas segura. Los emperadores sajones opusieron la feudalidad eclesiástica á la feudalidad seglar, y los obispos se sublevaron contra los emperadores franconianos. Los franconianos habian fundado la independencia de las ciudades contra los obispos, y las ciudades no se levantaron contra Federico Barbaroja; los que resistieron, encontraron siempre un apoyo en la Santa Silla. Enrique VI trabajó con ardor para levantar la feudalidad seglar y procurarse de este modo un instrumento contra las ciudades. Federico Barbaroja en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

1184, confió á la casa de Este, dueña del castillo construido en la risueña cadena de los montes Euganainos, y aliada de los Velfos de Saxæ y de Baviera, el vicariato de Milan y de Génova; Enrique VI procuró captarse la voluntad de los señores Romanos cuyas fortalezas cubrian las cumbres de los Alpes italianos, para amedrantar desde allí á las ciudades Veronesas; favoreció á los alcaides de las dos vertientes de los Apeninos contra las ciudades de la Romania y la Toscana. En la Italia central, trabajó mucho contra el papado, siendo sus designios retenerlo en Roma, donde el senado y el pueblo impusiesen á Celestino III una especie de constitucion que le despojase en realidad del poder temporal. Nombró duque de Toscana á su propio hermano Felipe; duque de Romanía, á su senescal Markwaldo, y confirió el marquesado de Spoleto á otro de sus servidores, Conrado Luzcuhard.

Si Enrique VI no hubiera fallecido tan pronto, y no hubiera comprometido su obra con su crueldad, quizas hubiera acertado. Todo se arregló con su muerte prematura, á la que su muger Constancia dicen que no fué estraña (1197), y sobre todo por la exaltacion de un Papa enérgico, astuto y decidido á arrancar al papado y á la Italia del peligro que los amenazaba: este fué Inocencio III (1196) de la noble familia de los Signias.

Inocencio III; estado de la Italia á su advenimiento (1196-1200).

Por este tiempo, cierto individuo llamado Gerohus, entrevió el reino de la paz universal en el establecimiento de la teocracia romana. Las ventajas que Dante ensalzaba mas tarde en la *monarquìa* temporal de los emperadores, las encontraba aquel en la monarquía espiritual de los Papas. Inocencio III era el hombre destinado á intentar la realizacion de esa utopia sacerdotal.

Desde los primeros dias de su reinado, se presentó en sus

(c) Instituto Cervantes de Madrid

actos como otro Gregorio VII. Predicó una cruzada para devolver á la Santa Silla el prestigio de que gozaba en los tiempos de Urbano II; con sus anatemas obligó al rey de Francia á unirse por segunda vez á su repudiada muger Ingeburgía, y á los reyes de Castilla y de Portugal á hacer la paz con los moros; excomulgó en Noruega á un rey usurpador, y en Aragon á otro rey monedero falso. En Alemania, dos príncipes poderosos se disputaban el imperio, Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, duque de Toscana, y Othon de Brunswik, duque de Sajonia, de familia guelfa; el santo padre reclamó el juicio de este debate. En Italia donde deseaba reinar, la reina Constancia, que falleció poco tiempo despues que su marido, le habia dejado la tutela de su hijo Federico, de edad de dos años. Esta era una gran ventaja, pero antes de todo era preciso ser dueño de Roma.

Esta ciudad relevada de la autoridad de la Santa-Silla habia llegado á ser presa de las facciones, á pesar de haber depositado recientemente el poder ejecutivo en las manos de un solo magistrado, designado, mas adelante, con el nombre de senador. El pontífice se aprovechó de la exaltacion comun contra el imperio para hacerse prestar juramento por el prefecto imperial, y consiguió á fuerza de dinero derribar al primer senador, *Caro-Homo*, obteniendo de su sucesor un juramento sino de vasallaje, almenos de respeto y fidelidad. Fortificó á Roma, á pesar de no ser aun dueño de ella, sublevó en nombre de la libertad, contra los duques de Romanía y de Spoleto, las ciudades de Ancona, Fermo, Camerino, Spoleto, Perusa y veinte otras, volviendo contra el imperio las armas que habian conmovido al sacerdocio en sus cimientos. En Sicilia, á nombre de su pupilo Federico, hirió al partido aleman en la persona de Markwaldo de Anweiler, que fué desterrado en el año 1200, y apoyó la autoridad del jóven rey en el partido nacional, casando á un valiente caballero, llamado Gual-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

terio de Briena, con una hija del conde de Lecce, para prevenirse contra lo futuro, y crear de este modo un rival á su pupilo, por si cedia á la tentacion de la ingratitud.

En fin, para garantir mejor la independencia de la Santa Silla y de la Italia, Inocencio III atacó á los Hohenstauffen en Alemania, se declaró en favor del guelfo Othon de Brunswick, contra Felipe de Suabia, y obtuvo de Othon, á su regreso, la posesion del ducado de Roma, las fronteras de Ancona, de Spoleto, y la parte meridional de Toscana, desde Acuapendente á Montefiascone. Felipe de Suabia poseia aun toda la herencia de la condesa Matilde; empleó contra él, la misma táctica que tuvo tan feliz éxito con sus partidarios. A su instigacion, todas las ciudades de Toscana reunidas por diputados, escepto las de Pisa y San Miniato, y bajo la presidencia de dos cardenales, formaron una liga particular y juraron no reconocer ningun emperador sin el consentimiento de la córte de Roma.

De este modo se dió principio á la antigua lucha del sacerdocio y del imperio, de la independencia italiana y de la dominacion alemana, que tomó esta vez, de las dos casas rivales de Alemania, el grito *de guerra de los guelfos y gibelinos* (11).

La Italia se encontró desgraciadamente menos unida que la primera vez en esta lucha, que debia ser la decisiva. La Santa-Silla, en un principio, favoreciendo la franquicia de las ciudades contra la feudalidad, llegó á ser imperial, sin olvidar por ello sus pensamientos de dominacion en la misma península. Inocencio III lo demostró suficientemente, haciéndose prestar juramento de fidelidad por las ciudades de la Romania, y pidiendo por precio de su adhesion á Othon, el ducado de Roma y una parte de la Toscana.

Las tres grandes ciudades marítimas se mantuvieron neutrales en la primera lucha del sacerdocio y del imperio, porque no afectaba á la posicion particular tomada por sus obis-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pos. Génova y Pisa iban á ser mas directamente empeñadas, porque la cuestion de la posesion del reino de Sicilia donde tenian sus intereses se complicaba; pero estos intereses debian entregarlos cada uno de por sí á un partido contrario en vez de reunirlos contra el enemigo comun. Venecia ocupada mas que nunca del Oriente, quedó como de costumbre fuera del debate.

En 1172, se habia ya separado por su constitucion de las otras ciudades italianas. El consejo de los *pregadi* difinitivamente constituido y compuesto de cuatrocientos ochenta miembros elegidos por los tribunos, se habia reservado la eleccion del dux á espensas del pueblo, y formaba decididamente una aristocracia. En 1204, la república se ocupaba de un negocio interesante para toda la Europa. Por este tiempo el dux Dandolo, acreedor, esperto y hábil, despues de haber conducido los guerreros de la cuarta cruzada, que eran sus deudores, al sitio y toma de Zara, se apoderaba de Constantinopla, y conquistaba con ellos el imperio de oriente, bajo pretesto de restabecer al jóven Alexis sobre un trono usurpado, y de estrechar mas la iglesia griega á la latina. El dux Dandolo unia á sus títulos de dux de Venecia y de Dalmacia, el de *señor de la sesta parte del imperio romano*. La república le concedió además dos arrabales de Constantinopla, las islas de Creta, Corfú, Modon y Coron, de las que los genoveses quisieron apoderarse; autorizaba á sus ciudadanos para tomar á sus espensas y provecho el resto de las islas y de las costas, con la sola obligacion de prestar homenage á la república, y veia con orgullo un Dandolo, duque de Sallipoli: un Sanudo, duque de Naxos; un Navaglieri, conde de Lemnos, todos hombres del pueblo, erijidos príncipes por la ruina de un gran imperio. Que le importaba la suerte de la Italia! Las rivalidades de intereses que suscitaban las unas contra las otras las diferentes ciudades continentales no eran nuevas; habian triun-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fado en la primera lucha contra el imperio. Pero otro nuevo y mas terrible daño se declaraba entonces.

Es fama que el populacho de las ciudades se creia dichoso al encontrar nobles avezados á la guerra, y siempre acompañados de un séquito muy numeroso de ausiliares y hasta de gefes contra el emperador. El ejército lombardo que venció en Legnano, lo mandaba Eccelino el monge y Anselmo de Doara. Las ciudades habian manifestado su reconocimiento á la mobleza, cediéndola los cargos magistrales y sobre todo el de podestad, que llegó á ser casi general aun en las ciudades mas poderosas; en Milan desde 1185, en Génova desde 1191. Hasta aquí todo fué bien, esta union de la nobleza y del pueblo pudo asegurar la independencia de las ciudades.

Pero bien pronto el cargo de podestad llegó á ser objeto de la mas ardiente ambicion en las familias poderosas. En posesion de aquel poder querian conservarlo, privados de él, deseaban reconquistarlo. Por retenerle ó recobrarle estaban prontos á abrazar contra las ciudades el partido del emperador desde que este favoreció la nobleza.

Desde entonces en todas las ciudades se levantaron facciones: en Vicencio y Padua las de los eccelinos, la romana y de Carpo San Pieri; en Verona las de San Bonifacio y Montechi; en Ferrara las de Este y las de Salinguerra, sin contar que además de estas pequeñas rivalidades, comenzaban á suscitarse las de las dos poderosas casas de Romano y de Este que pusieron en combustion toda la márgen veronesa.

Las ciudades intentaron en vano conjurarlas, por las condiciones que imponian á los podestas, por los peligros que este cargo causaba á su independencia y seguridad. Jamás escogian por podestas á un noble domiciliado en la ciudad ni que tuviera en ella sus parientes é intereses. Sus poderes eran de corta duracion; el podestad se hallaba sujeto desde su entrada en el poder á un juramento de fidelidad á la Constitucion y al

(c) Instituto Cervantes de Madrid

juicio de un sindicato por los hechos de su administracion. Algunas veces, para tener en equilibrio las diferentes familias nobles que encerraban en sus muros, las ciudades dividian entre ellos la eleccion á la magistratura del podestado.

Pero el pueblo de las ciudades no estaba unido; amenazados los unos por la nobleza, la clase media y el comercio lo era tambien por las gentes de oficios, que comenzaban á reclamar en la eleccion á las magistraturas la parte de que habian sido escluidos hasta entonces. En el año de 1198 se formaba en Milan la *credenza di santo Ambrosio*, primera liga de los artesanos que querian gozar de todos los derechos acordados á la clase media, y que dió lugar á la asociacion rival llamada *sociedad de Gagliardio*. El mismo acontecimiento se reprodujo al año siguiente (1199) en Reggio, con las dos ligas de los *Mazaperlinos* y *Scopazatis*; en 1200, enBrescia, y la de *San Faustino* y *Brighella*, personage que llegó á ser en el teatro el tipo del plebeyo italiano; y en fin, en Padua, en donde, dice la crónica, «que los plebeyos arrebataron á los *magnates* la administracion de la ciudad y se la distribuyeron entre sí. Comprendió entones la nobleza el partido que podia sacar de estas divisiones, ora escitanda la enemistad de la pobreza contra la mediania, ora defendiendo á estos contra los primeros, en fin, haciendo todo lo posible para conseguir su objeto.

Guelfos y gibelinos; catarinos y palarinos; el concilio de Lafran (1200—1220).

En el momento en que el Papa Inocencio III opuso el guelfo Othon IV al gibelino Felipe de Suabia, nada mas natural que la Italia, por efecto de todas estas luchas de intereses y ambiciones se encontrase profundamente dividida, á pesar de tratarse de su independencia. Se vió entonces, no solo á las ciudades reunidas bajo la bandera guelfa, y á la alta nobleza bajo la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bandera gibelina, sino que al paso que las ciudades de Pavia, Parma y Cremona antiguas aliadas del imperio, quedaron adictas á Felipe de Suabia, Azzo de Este entre otros nobles, pariente lejano de Othon de Brunswick, sostuvo la bandera guelfa. El triunfo de Othon IV, por la muerte de Felipe de Suabia, acaecida en 1208, causó una confusion aun mayor en la peninsula.

Llamado al trono por el Papa y por los guelfos italianos y heredero al mismo tiempo, como emperador de la politica gibelina, Othon IV debia conciliarlo todo. Y el mismo se lisonjeó de ello; se creia llamado á apaciguar en provecho de su autoridad, las rivalidades y contiendas. Todo parecia corresponder á sus esperanzas. En la márgen Veronesa, donde las dos facciones salian sucesivamente de Vizancio, Padua y Ferrara mandadas por Eccelino el monge y Azzo de Este, despues de haber de rechazar en su presencia las acusaciones mas odiosas, cedieron al fin á sus instancias y parecieron reconciliarse. Azzo de Este en quien el Papa puso toda su confianza contra el emperador gibelino Felipe, otorgándole los derechos y las primeras fronteras de la márgen de Ancona, no opuso dificultad en ser confirmado en sus derechos por la investidura del guelfo Othon IV; Eccelino el monge recibió con reconocimiento del emperador el cargo de podesta de Vicencio, ejercido en adelante á nombre del imperio y no al de los ciudadanos.

Esto sucedió en Roma cuya incompatibilidad era patente. Coronado solemnemente por el Papa Inocencio III, Othon quiso finalizar esta obra de reconciliacion de los italianos y de restauracion del poder imperial, reclamando sus derechos sobre la herencia de la condesa Matilde, y arrancando la Italia de las manos del jóven Federico, hijo de Constancia. En cuanto á esto no hacia otra cosa que llevar al último estremo las consecuencias de la lucha comenzada entre las dos familias. Pero no eran estos los designios del Papa Inocencio III, que veia al pa-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pado y la Italia, víctimas de un eterno y vicioso circulo, pronto á ser restablecidos por un guelfo en el peligro que habi-creido conjurar derribando á un gibelino.

Este Papa enérgico, fué animado por sus triunfos temporales y espirituales en toda la cristiandad. La cuarta cruzada aunque muy lejos de su objeto, la sometió la Iglesia griega; arrojó contra los Almohades á los reyes de España, rivales en otro tiempo y reunidos á la sazon; precipitó el norte de la Francia sobre el mediodia para estinguir con sangre la heregía de los Albigenses; y en Inglaterra, el rey Juan rodeado de enemigos, le brindaba con su corona. Guerras contra los griegos, contra los moros, contra los herejes, y contra sus mismos adversarios; todo lo transformaba en cruzadas! La fé era su único móvil; por su óden se dió á todas las dignidades eclesiásticas una nueva forma de eleccion; organizó, para levantar á los pueblos, milicias pontificales de órdenes mendicantes mandadas por el italiano Francisco de Assise y por el español Dominico. El reinado de la teocracia se acercaba por momentos.

El señor del mundo no podia sufrir rival en Italia; así se lo hizo conocer á Othon IV.

De aquí en adelante el emperador y el Papa guelfos, cesaron de entenderse. En Roma, la primera lucha se empeñó entre los romanos y los alemanes. Othon, intentando sublevarse, dió á cierto sugeto llamado Leopoldo el ducado de Spoleto. Inocencio III casó á su pupilo, Federico II, con una hija del rey de Aragon, para prestarle un apoyo. En fin, cuando el emperador franqueó el último paso, invadió la Apulia y marchó sobre Nápoles, Inocencio III no reflecsionó un solo instante, lanzó el anatema contra el que habia elevado à la dignidad imperial, y volvió á protejer á la familia que habia derribado; presentó á los vasallos alemanes el hijo de Henrique VI, al gibelino Federico por emperador, exigiendo de él únicamente la pro-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mesa de ceder la Sicilia á su hijo que aun estaba en la cuna, y de no reunir jamás en su cabeza la corona del imperio y la de Palermo. A este precio se compraba la independencia de la Santa Silla, la libertad de la Italia, la salvacion del principio guelfo.

Este giro de la política pontificia sometiendo á una nueva prueba el corazon movible de los italianos, causó la mas terrible derrota entre los güelfos y gibelinos, fijos entre su bandera y su principio y no sabiendo distinguir lo uno de lo otro. Mientras que el emperador Othon IV abandonaba la Italia por no perder la Alemania, en donde el jóven Federico le perseguia, la division se estendió por entre las ciudades y los señorios de la península.

Mas fieles al nombre que al principio de su faccion, los milaneses y una parte de las ciudades que habian combatido por la libertad de la Italia, bajo la bandera de la Santa Silla, ocupada por Alejandro III, tales como Plasencia, Cremona, Lodi, Verceil, Come, Tortona, Novara y Alejandría, rehusaron, á despecho de las órdenes espresas del Papa Inocencio III, reconocer á su protegido, al hijo de aquel que habia mandado arrasar sus ciudades. Pavía, Parma, Reggio, Módena y Asti, ciudades siempre adictas al imperio contra la Santa Silla, abrazaron esta vez la causa de Inocencio III. La docta Bolonia, la ciudad del derecho imperial, y sus aliadas, Faenza Cásena y Forli, se unieron al Papa contra Fano, Pesaro y Urbino, que habian llegado á ser imperiales.

Solamente en la Toscana y la Romania se mostraron las ciudades mas consecuentes: Leopoldo fué atacado en su ducado de Spoleto; Florencia y las ciudades de la liga güelfa, en virtud del juramento prestado á Inocencio III, abandonaron á Othon IV por el jóven Federico, á pesar de los nobles de los Apeninos y de la ciudad de Pisa, siempre adictas á las personas y principios gibelinos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Entre los señores, generalmente mas consecuentes al principio que á la bandera, el marques Azzo de Este, á pesar de su parentesco con Othon de Brunswick, ayudó al gibelino Federico, que llegó á ser el representante del partido güelfo, pasar á Alemania con gran escándalo de su tio, Bonifacio de Este, que se refugió cerca de Eccelino el monje, adicto siempre al partido imperial. La alianza establecida á nombre de la misma bandera pero con diferentes principios, de una parte entre Eccelino y la liga milanesa, y de la otra entre Azzo de Este y la liga pavesana, no fué el ejemplo que menos contribuyó á esta confusion de personas y de cosas, de palabras y de ideas.

La incertidumbre en los animos, la turbacion en ideas eran la pincipal causa de las rivalidades particulares de los nobles, de la ira del pueblo contra estos y de la envidia del populacho contra la clase media. Pero lo que puso colmo á la confusion, fué la aparicion en aquellos momentos de la heregía de los *Catarinis* (purificados) y de los *patarinos*, hermanos de los albigenses, contra los cuales Inocencio III opuso sus nuevas milicias de san Francisco de Asis y de Santo Domingo. La escomunion alcanzó á todas las clases, pero principalmente á las familias nobles, ó ciudades que por su oposicion á la política de la Santa Silla, eran acusadas, mas que las otras, de tolerancia y aun de simpatía por los hereges.

En medio de esta confusion, todos se agitaban en diferentes sentidos, inquietos, sin saber si defendian la buena causa, pero luchando siempre con mas ardor á riesgo de tener por enemigo al amigo de ayer, creyendo favorecer de este modo el partido nacional y la fe. Demasiado ciegos no comprendian que la fe huia de su corazon y que la patria se desquiciaba bajo sus pies. Durante muchos años no hubo un mes que no se señalara con una batalla; aqui, entre Pavia, Milan, Cremona, Plasencia, Módena y Bolonia; allá entre los romanos y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los Estes; entre la villa de Florencia y los nobles de los Apeninos. Los grandes, alejados muchas veces de Brescia y de Bergamo por el pueblo que intentó hacer pasar la ciudad de los gibelinos á los güelfos, volvieron á entrar en ella con el apoyo de la clase media ó del pueblo bajo. Los tratados de paz se sucedian entre las ciudades y las clases, tan pronto violados como firmados.

En medio de esta guerra trabada á cada instante y en toda Europa, el partido pontifical la condujo á Italia, como Federico á Alemania en contra de Othon IV. Eccelino el monge, es cierto, llegó á dominar con su faccion la mayor parte de las ciudades de la márgen veronesa, Padua, Vicencio, Trevisa y por la muerte de Azzo de Este, que no dejó mas que un niño de corta edad, llamado Aldobrandino, y despues del fallecimiento de éste un hermano aun mas jóven, apellidado Azzo VII incapaces los dos de sostener su partido: pero la ciudad de Milan sufria injurias sobre injurias; en la Romania las ciudades arrojaron al duque aleman Leopoldo; en la Toscana, Florencia á la cabeza de otras ciudades güelfas, atacó los castillos y las plazas fuertes de los nobles, estendió la jurisdiccion de la ciudad á sus espensas, y les obligó á tomar el derecho de ciudadania á los del interior de sus muros. Este fué el principio del poder de esta ciudad, fuerte aun por la sencillez de sus costumbres, *sobria e pulica* dijo Dante; dichosa si la primera contienda entre los nobles recien llegados á Italia, es decir, entre los Buondelmonti y los Amidei, no la hubiesen anunciado al principio de su grandeza, la causa de sus desgracias futuras, tan bien comprendidas mas tarde por el poeta.

SEMPRE LA CONFUSION DELLE PERSONE
PRINCIPIO FU DEL MAL DELLA CITTADE.

«La confusion de las clases fué siempre el motor del mal en la ciudad.»

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El concilio de Letran, convocado por el Papa en 1215, para deliberar sobre los intereses de la fé en oriente y occidente, y para la reconciliacion del imperio y de la Italia, no tuvo el resultado que se esperaba, sobre todo en la península. Se predicó vanamente una cruzada en favor de Jerusalen. La guerra de los albigenses fué declarada como la obra de la ambicion y de la codicia, y no como la de la fé. El malvado Juan sin tierra, fué traidoramente protegido. Inocencio III hizo reconocer á Federico II como rey legítimo de la Italia y escomulgó á los milaneses por haberse unido á Othon IV y á los catarinos; pero rehusaron dar la corona imperial al jóven vencedor hasta que arrollado Othon proporcionó un pretesto á la lucha, que fué aun muy sangrienta. Inocencio III murió un año despues, (17 de julio de 1216), testigo de una guerra general entre cristianos, en el sitio mismo en que habia soñado la paz universal. Entregó su gefe al partido gibelino en Alemania y en Italia, es decir reanimó la lucha en los dos paises. El hijo de Felipe Augusto guerreaba en Inglaterra, en favor de la Santa Silla. Los albigenses favorecidos por la opinion pública, levantaban la cabeza. Nadie pensaba en Jerusalen, y el imperio latino vacilaba. El Papa queria ponerse á la cabeza de los cristianos, cuando espiró sin las grandezas del destierro, pero con la amarga desesperacion de Gregorio VII.

El advenimiento de Honorio III, apaciguó durante algun tiempo las pasiones. Este piadoso anciano no deseaba otra cosa que poner á Federico á la cabeza de una espedicion cristiana contra Oriente; Federico II por su parte prometiendo satisfacer los deseos del pontífice, no pidió sino el plazo necesario para poner en órden sus negocios en Alemania é Italia, y predicar en seguida una cruzada digna de él. En 1220, la coronacion pacífica de Federico II en Roma y de su muger Constancia, por Honorio III en la iglesia de San Pedro, pareció prometer la paz á la Italia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Federico II y Gregorio IX; batallas de Cortenuova y de Meloria [1220—1241].

Sin embargo nada se habia concluido. Federico II, nacido en Italia, hablaba con perfeccion su lengua y no renunció como habia prometido á la dominacion de un pais que amaba con pasion. Se habia educado segun la escuela de Inocencio, y unia á la violencia de la ambicion germánica, una prudencia en todo meridional, y no procedia como su abuelo Federico Barbaroja.

Coronó á su hijo rey de los romanos y permaneció en Italia, pero anunció que no aceptaria mas que el usufructo de Sicilia y que las dos coronas permanecerian siempre separadas; ofreció al Papa la margen de Spoleto y los bienes de la condesa Matilde y no se ocupó mas que de gobernar su reino. Acabó lo que habia comenzado Roger y lo que los sucesores de este habian descuidado. Despues de haber sometido en la Pulla y la Calabria á los condes de Aquila, Celano, Molise y al abad de san Germano, y en la Sicilia á un revolucionario gefe sarraceno llamado Mourad-Bey, reunió un parlamento en Capua, revisó todos los privilegios, reformó todos los abusos del sistema feudal, y transportó de Sicilia en la Capitanata, á Lucera, una colonia de mas de veinte mil sarracenos para que le ayudaran en sus designios.

Poco tardó en reanudar los lazos del imperio con el partido gibelino; sirviéndole de pretexto las querellas que se suscitaron entre Eccelino III y Azzo VII, Génova y Pisa, Bolonia é Imola, al tomar parte en los asuntos italianos, y no ocultó su preferencia por su verdadero partido. Nombró su teniente en Lombardia á Tomás de Saboya; creó un condado en la Romania, y solo la Toscana se libró de su coaccion gracias á la emancipacion de los nobles y de las ciudades, en donde el Papa y el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

emperador nada podian reclamar. La Santa Silla y las ciudades comenzaron á inquietarse. Federico entretenia con vanas protestas á Honorio prometiéndole la cruzada, y encontraba siempre nuevos pretestos para diferirla sin hacer sospechar al Papa que lo casó con Iolanda, hija de Juan de Briena, rey de Jerusalen, á fin de asegurar mejor la espedicion. Las ciudades desconfiaron. En 1226, cuando Federico convocó una gran asamblea de estados en Cremona, bajo pretesto de terminar todas las querellas de la península, Milan, Bolonia, Plasencia, Verona, Brescia, Mantua, Verceil, Turin, Alejandria, Vizancio y Padua, en lugar de responder á la invitacion del emperador acordaron entre sí una liga defensiva de veinte y cinco años, bajo el nombre de *societas lombardorum*.

El advenimiento de Gregorio, nonagenario, de carácter violento y de indomable voluntad, no permitió por mas tiempo el artificio. Federico se embarcó por fin en Brindis para la tierra Santa, pero bien pronto las pestes y tempestades lo arrojaron á Otranto. Gregorio IX no admitió escusa alguna y comenzó por donde debia acabar, lanzando la excomunion contra el emperador y atizando el fuego en la Lombardía. Federico disimuló aun, y se contentó con excitar por bajo mano á los frangipanis contra el Papa, y realizó al fin su marcha para protestar contra la violencia del pontífice (1227).

A su llegada á la tierra Santa, supo sin estrañeza que la Lombardía y el Veronesado se habian sublevado, que un capellan del Papa marchaba con Juan de Briena seguido de algunos soldados y desterrados sicilianos contra Gaeta y el Monte Casino, y que Gregorio le enviaba nuevos anatemas. Tomó la corona de Godofredo de Bouillon en la iglesia de Jerusalen, y por un tratado que el Papa proclamó despues como un *execrable crimen*, aseguró la posesion de esta ciudad que tantas cruzadas no habian conseguido tomar por las armas (1229).

De vuelta á Italia, marchó de Brindis á Lucera y reunió á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sus fieles sarracenos para hacer huir á su padrastro, al capellan y á los *porte-clefs*, hasta mas allá del Garigliano, sacando de buen ó mal grado al Papa de las ciudades lombardas, y prometiéndole socorros contra los romanos que habia sublevado.

La política era el arma favorita del nieto de Barbaroja. Convocó en Ravena en 1231, una dieta solemne con la esperanza de estinguir sin combate la guerra que Eccelino de Romania hacia á Azzo de Este, y las ciudades de la faccion imperial á la de la faccion guelfa; Eccelino de Romania y su hermano Alberico se rindieron y firmaron con el emperador aquella alianza que debia afectar tan estrechamente la fortuna de la familia gibelina y la del imperio. Pero Azzo de Este y las ciudades lombardas atacaron, á pesar de las exortaciones del Papa, al rey de los romanos, Enrique, y á los señores alemanes que se rindieron al fin.

La palabra de uno de los monges, esparcidos por todos lados, para servir á los intereses de la fé, y á los de la política pontifical, llamado el hermano Juan de Vicencio, apareció por un instante suficientemente poderosa para hacer cesar la lucha en el terreno que mas se habia reanimado, esto es, en la márgen de Verona, predicando por todas partes este testo: *Os doy mi paz, os dejo mi paz.* Su elocuencia conmovió á los señores de Romano y de Este, de san Bonifacio, de Camino y á los habitantes de las ciudades de Vizancio, Verona, y Mantua; reunió en 1233 en Pacara, una asamblea considerable compuesta de prelados, señores y pueblo, haciéndoles jurar una paz general, que debia ser cimentada por el casamiento de un Romano con un del Este; pero la ambicion y el fanatismo echaron á perder prontamente estos sucesos; el monge dejándose proclamar señor y podesta de Vizancio y de Verona, comenzó por ofrecer en un dia un holocausto de sesenta herejes para celebrar la paz, y pretendió imponer á estas dos ciudades la disciplina de un

(c) Instituto Cervantes de Madrid

convento ó al menos de una órden militar, todo en provecho del partido guelfo. Los veroneses llamaron á los paduanos; Juan de Vicencio les salió al encuentro, fuè vencido y hecho prisionero. Puesto en libertad por órden del Papa acabó tristemente sus dias en Bolonia.

Toda la politica y todos los sermones del mundo no podian conjurar la lucha de Gregorio IX y Federico II. Habia en estos personages mas que dos intereses, dos príncipes á la vista.

El anciano Gregorio IX solamente pensaba en una cruzada contra los infieles, en la estirpacion de la heregia y la dominacion de la Iglesia. Rodeado siempre de frailes, franciscanos, y dominicos, cuyo número aumentaba cada dia, determinó reunir una junta clerical para tratar de las leyes y órdenes de la Iglesia, para mantener su autoridad temporal y al mismo tiempo la ortodoxia y reanimar un entusiasmo que comenzaba á estinguirse. El emperador Federico II por el contrario, en sus palacios de Nápoles, Mesina y de la Trilingina y Palermo, en medio de los poetas, artistas, favoritos, astrólogos abogados y sarracenos, recordaba las antiguas creencias, despreciaba las costumbres cristianas y meditaba sobre la caida de la teocracia romana.

Las poesías amorosas y satíricas de sus favoritos, de los Raniere, de Palermo, de Tommaso de Sasso y Mesunía; las suyas propias, de modo que el idioma italiano, la *favella vulgare* llegó á ser bien pronto la *lingua cortegiana* de Dante, tomando su orígen de cierto postume provincial que se llamaba la tierra de los albigenses. Las medidas políticas, las leyes reunidas por su canciller, el paduano Pedro de las Viñas, abogado distinguido de la escuela polonesa, aunque no fuesen aplicadas mas que á la Sicilia, escogida como campo de esperimentacion, anunciaban un sistema para reducir el gobierno de los asuntos temporales á la unidad legal é im perial.

Lo mas peligroso era que estas ideas se estendian del me-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

diodia al norte y, bajo diferentes formas, parecian tomar posesion de la península. Los señores gibelinos, los romanos, los condes de Monferrato, entretenian á su córte con los señores de la gaya ciencia, italianos que cantaban en la lengua y segun la costumbre provincial, sobresaliendo entre ellos el célebre Sordello de Mantua. Los romanos en particular, recelosos, no favorecian á los hereges, catarinos y patarinos como Federico agasajaba á los sarracenos. Gregorio IX intentó vanamente que Eccelino III y Alberico le entregasen á su padre Eccelino el monge encerrado en un convento por heregía. Eccelino III participaba pero con rabia y ferocidad, d el escepticismo del emperador, su gran amigo, y modelo en muchas cosas. Despues de tantas luchas religiosas, los rayos pontificales no inspiraron en ninguna parte temor, y no encontraron en la Italia mas que gente perdida. La municipalidad de las ciudades y Roma la primera, perseguian como Federico todos los privilegios del clericato, y entraron en lucha con él para someterse á los impuestos y á la justicia comun de los tribunales legales. En Parma se suscitó una guerra con este objeto entre el pueblo y el obispo, y una ley condenó á ser enterrado en el estiercol, á todo el que se arrepintiera en el lecho de muerte de haber hecho oposicion á la iglesia.

La lucha entre el sacerdocio y el imperio, la Italia y la Alemania, se encendió en fin con mas furor cuando al volver de nuevo á seguir la antigua política italiana, Henrique rey de los romanos, se levantó contra su padre. Reconociendo en esto Federico la mano del pontífice, mandó, antes de ir á castigar á su hijo, en 1234 á Eccelino, de Romano y á sus sarracenos sobre las ciudades de la Lombardia, de la margen Veronesa y de la Romaña que habian reconocido á Henrique.

Este, haciendo verter arroyos de sangre, tomó á Verona, Trevisa, Padua, la mas poderosa de las ciudades guelfas, y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sostuvo á Ravena contra Bolonia, á Parma contra Plasencia y mantuvo en desgracia la liga de Milan. Vencedor de su hijo, Federico, volvió en 1237, decidido á concluir con todas las resistencias de Italia.

En vano un enviado del Papa llegó á su campo aconsejándole que terminase la guerra con los lombardos. Por toda respuesta, Federico llamó á diez mil sarracenos acampados en Lucera, les hizo atravesar la Italia y con ellos se apoderó de Mantua. Fingiendo atacar á Brescia, hizo levantar su campo, fortificado en el Oglio, y el ejército de la liga milanesa hácia Cortenuova. Esta debia ser una batalla decisiva como la de Legnano. A pesar del sacrificio de la compañía de los fuertes (*societá dé forti*), el *carroccio* milanes se hizo sobre un monton de cadáveres; diez mil lombardos fueron hechos prisioneros, entre los cuales se contaba el mismo podestad, Pedro Tiepolo, hijo del dux de Venecia. El vencedor para insultar mas á la Santa Silla, envió con una pomposa carta el *carroccio* de Milan al senado y al pueblo romano.

Federico II creyó poder disponer de la Italia. En 1238, casó á su hija Salvagia con Eccelino III, y le ayudó á establecer su autoridad en la márgen veronesa en donde no se conoció á Eccelino por otro nombre que el de señor; hizo casar á uno de sus hijos llamado, Enzio, con Adelasia, heredera de las judicaturas de Torre y de Gallura, y le confirió el título de rey de Cerdeña. En Sicilia espulsó á todos los dominicos y franciscanos que conspiraban contra él, impuso una contribucion al clericato, y cortó toda comunicacion entre sus súbditos y la Santa Silla. Solo él, decian sus panegiristas era el señor, era la ley viviente sobre la tierra (*animata lex in terris*) Gregorio VII é Inocencio III no hubieran dicho otro tanto.

Gregorio IX no cayó sin combatir; escomulgó á este impio, este *mónstruo* que se dirigia á Roma, sublevando contra él dos ciudades, Venecia y Génova generalmente indiferentes á es-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tas luchas. La escomunion, que causó mucho mas efecto de lo que Gregorio se esperaba, reanimó á los guelfos contra Federico y apartó de sus banderas á algunos gibelinos. Un ejército de venecianos y de buvenatos mandado por Traversari, podestad de Ravena; se echó sobre la ciudad gibelina de Ferrara en donde fué hecho prisionero Salinguerra; Faenza protegida por los boloneses pasó al partido guelfo; Alberico, el hermano de Eccelino, abandonó al emperador, refugiándose en Trevisa. Pero Federico envió nuevamente socorros á Eccelino que solo á fuerza de castigos impidió las deserciones, obligó á Ravena á capitular, tomó nuevamente á Faenza, y se unió con su hijo Encio bajo los muros de Roma, decidido á acabar con el anti-cristo Gregorio IX. Hubiera sido necesario en oposicion á Federico encontrar un poderoso *antecesor*. El Papa lo intentó: declaró al emperador despojado de su corona imperial, y la propuso á Roberto de Artois, hermano del rey de Francia. Pero Luis IX asestó al Papa el último golpe. Rehusó en nombre de su hermano la corona que se le ofrecia, y escribió severas amonestaciones al pontífice «que queria con el emperador, tener todos los reyes bajo sus piés.»

El valeroso anciano, intentó poner al cristianismo entre él y su adversario; convocó á fines del año 1241, en la iglesia de San Juan de Letran un concilio general. Génova, de donde fueron enviados dos legados, puso su escuadra á la disposicion de los prelados, que se dirigian en masa hácia su puesto. Pero Federico bloqueó á Roma, hizo atacar á Génova por Palavicini y Malaspina, que reunieron sus escuadras à la de Pisa y atacaron de este modo á la del concilio, cerca de Meloria. Los genoveses fueron completamente derrotados. Veinte y dos bajeles con los hombres que los defendian y pasageros, entre los cuales se contaban dos cardenales, una multitud de obispos, abates y diputados de las ciudades lombardas cayeron en poder del vencedor. El emperador hizo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

conducir á los prisioneros á Pisa y los cargó de cadenas de plata. Nunca afrenta semejante habia sufrido la Santa Silla; Gregorio lanzó aun el anatema, y murió poco tiempo despues á la edad de cien años (1241).

Inocencio IV y el concilio de Lyon. Muerte de Federico II (1242-1258).

El cónclave duró cerca de dos años, pero ni podian entenderse ni reunirse nunca en número suficiente. Durante este armisticio forzado, Federico se hizo poderoso en el mediodia y en el centro de la Italia. En su reino meridional, afianzó sin obstáculo á espensas de los barones y prelados, á los cuales arrancó el derecho de justicia y de guerra, el establecimiento de su monarquía, fundada en el órden administrativo y judiciario; otorgó nuevos elementos de desarrollo á la universidad de Nápoles, llamó profesores de diferentes partes del mundo, y embelleció esta ciudad que debia tomar bien pronto el título de capital. En el centro, restableció por todas partes la dominacion imperial, amenazó al cónclave impotente, asoló las tierras de la Santa-Silla y de los cardeanles y entregó á sus sarracenos la ciudad de Albano, la deliciosa morada de los Papas. En la márgen oriental, Eccelino acumulaba ejecuciones sobre ejecuciones sin poder ser el señor. En el occidente, Génova amenazada algun tiempo por las ciudades gibelinas, por los Palavicinis y los Monferratos, levantó por fin la cabeza; gracias á su podestad, Ansald de Marí, ajustó una paz honrosa con el marqués y con las ciudades de Verceil y de Novara, que se unieron con el partido guelfo. La elevacion á la Santa Silla de Sinibaldo Fieschí, con el nombre de Inocencio IV, fué la respuesta al atentado del partido guelfo (1243).

Sinibaldo Fieschi era de carácter fiero; profundo canonista, y hombre enérgico, pero tenia mas ambicion que fé. Amigo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

aun de Federico la víspera de la eleccion, al siguiente dia de verificada aquella, se declaró su mas acérrimo enemigo, como habia previsto el emperador. Los Mongols amenazaban á la sazon no solamente al imperio latino y á Jerusalen, sino á la cristiandad entera; esto hizo pensar en los intereses políticos de la Santa Silla. Despues de algunos sucesos en los que no tenian fé ninguno de los dos partidos, se unió con el podestad de Génova que lo habia previsto todo, se escapó por Sutri y se embarcó en Civita-Vechia; recibido con entusiasmo en el puerto de la fiel ciudad, separó inmediatamente á Alejandría y Astida del partido del emperador, y no se detuvo hasta llegar á la libre ciudad de Lyon, en donde convocó para el año 1245, el concilio que Gregorio IX no habia podido reunir.

Un concilio en efecto, era necesario. El emperador latino llamado Beaudouino II pidió socorros al Papa para su imperio ya arruinado; los templarios anunciaron al Papa el triste estado de las colonias syrias. Inocencio IV únicamente pensó en su contienda con el emperador. *Destruyamos desde luego al dragon* decia, *y las serpientes serán bien pronto aplastadas.*

La noticia de la evasion del Papa y de la reunion del concilio, en el cual no se contaron sin embargo, mas que cuarenta miembros, hirió á Federico como el rayo. Envió para defenderse contra las acusaciones de heregía, de impiedad y de alianza sacrilega con los sarracenos, á su canciller Pedro de las Viñas, y á su gran justicia Thadeo de Sessa, el primero guardó silencio, el segundo vengó á su señor con sus elocuentes palabras y prometió de su parte partir á la cabeza de los cristianos contra los Mongols; obtuvo desde luego una proroga, pero Federico, no quiso comparecer ante una asamblea donde le esperaba un castigo cierto, y sin embargo ejecutada en su ausencia, á pesar de las lágrimas de Thadeo, sin consultar al concilio, sin recojer los votos, el Papa Inocencio IV en medio de un sepulcral silencio declaró á Federico II, impío,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sacrílego y perjuro; despojado de su corona imperial y á sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad y llamados á Alemania para escojer un nuevo emperador. *Dia de cólera, de tribulaciones y de dolores esclamó Thadeo, regocijaos herejes! raza de paganos, estais satisfechos. Sarracenos y Mongols invadid sin temor y sin piedad.—He cumplido con mi deber respondió el Papa, el resto lo deposito en manos de Dios.*

Federico II mandó traer su corona, la colocó sobre su cabeza y juró que no caería de ella sino á costa de arroyos de sangre. La cólera de dos enemigos, admiró á la cristiandad. Desde Turin, el emperador quiso arrojarse sobre Lion para apoderarse del Papa. Llamó á todos los reyes de la cristiandad y les dijo, «*si yo perezco, vosotros tendreis la culpa*» Inocencio IV predicó una cruzada contra el escomulgado, esparció sus frailes por toda la Italia para reanimar la resistencia de las ciudades lombardas, y en la Sicilia, para introducir la revolucion hasta en el reino predilecto de Federico.

El emperador mantuvo sometida por algun tiempo la Lombardía por Eccelino; la Romaña y la Toscana por sus dos hijos naturales, y el reino de Nápoles por el mismo. Pero en 1247 la ciudad de Parma cayó en manos de los guelfos. El emperador intentó en vano recobrar esta plaza importante que sujetaba á todas las ciudades guelfas. Se obstinó en ello un año; é hizo construir á las puertas de Parma la ciudad de Victoria para probar que el sitio jamás se levantaría. El cardenal legado de Gregorio, que defendia la ciudad, sorprendió á Victoria durante una corta ausencia de Federico y la entregó á las llamas, prendió á Thadeo de Suessa que fué descuartizado y persiguió al emperador hasta Borgo San Donnino. Casi toda la comarca, la Lunigiana y la Grafagnana cayeron en poder de los guelfos. Una desgracia mas lamentable le sucedió aun en la Romaña: el cardenal Octaviano Ubaldini, desde Bolonia, centro de sus operaciones, habia atraido por medio de promesas á Faenza,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Forlimpopoli, Forli, á los estandartes del Papa, juntamente con Módena y Reggis. El jóven Encio, á la cabeza de quince mil gibelinos, marchó al socorro de estas dos ciudades, encontró á las milicias bolonesas no lejos de Oliveto, fué batido, puesto en fuga, y reconocido por sus hermosos cabellos rubios, fué enviado en calidad de prisionero á Bolonia cuya ciudad no quiso de ningun modo entregarlo á su padre (1349).

Esta terrible calamidad consternó profundamente á Federico II. Veia á todos los suyos derribados como á Thadeo de Suessa y Enzio, ó infieles como á Pedro de las Viñas, que privado de la vista por órden suya, se rompió la cabeza contra la muralla. Quiso avenirse con el Papa, san Luis fué el encargado para intervenir cerca del Santo Padre; ofreció abdicar el imperio, ir á morir á tierra santa; y consintió en que la Alemania y la Sicilia se repartieran entre sus hijos legítimos. Inocencio persiguió con furor, esta *raza de víboras y* en la conquista de la Sicilia fué inexorable. El ya vencido emperador, rugiendo de cólera, llamó nuevos sarracenos de Africa para vengarse de Roma; era necesario atraer á su partido á los Mongols y á los turcos; Eccelino de Romano esparció torrentes de sangre para dar auxilio á Federico; pero la repentina muerte de este último, acaecida en Fiorenzuola, en la Capitanata (el 13 de diciembre de 1290) ahorró á la Italia la postrera lucha que hubiera sido el parasismo del furor y del delirio. Anunció al mismo tiempo la caida de la dominacion alemana y de la autoridad imperial en Italia, empezando para la península un nuevo período; el de la independencia!

(c) Instituto Cervantes de Madrid

QUINTO PERÍODO.

INDEPENDENCIA; LAS REPÚBLICAS Y LAS TIRANÍAS (1290-1494).

CAPITULO XI.

EL INTERREGNO; LA CASA DE ANJOU, DECADENCIA DEL PAPADO (1250-1303) (12).

Caida de la dominacion alemana; Conrado IV (1250-1254). — Elevacion de Manfredo y de los Podestad; caida de Eccelino de Romano; Farinata Degli Uberti (1254-1260).— Urbano IV y Clemente IV; Cárlos de Anjou; Batallas de Grandella y de Palenta (1261-1271).— Poder de Cárlos de Anjou; los papas Gregorio X y Nicolas III (1271-1281). — Las vísperas sicilianas; caida y muerte de Cárlos de Anjou (1282-1285).— La aristocracia lombarda; la democracia toscana; rivalidad de Florencia y de Pisa, de Génova y de Venecia (1289-1294).— Bonifacio VIII; caida política del Papado (1294-1305).

Caida de la dominacion alemana; Conrado IV (1250-1254).

La independencia de la Italia, comprometiendo á Cortenuova por la derrota de las repúblicas, habia sido salvada realmente por el papado en Lyon. Mas allá de los Alpes el hijo de Federico II, y Conrado IV, rey de los romanos, parecian bastante ocupados contra los anticesares que se les habian opuesto, para pensar en la Italia. Al otro lado de los Alpes, en el mediodia de la península, un hijo de Federico II, Manfredo, príncipe de Tarento, declarado por el testamento de su padre virrey de las dos Sicilias en la ausencia de Conrado, nacido ile-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gitimamente y de edad solamente de veinte años; en el norte Eccelino de Romano, que su conducta pasada y sus furores unian invariablemente al partido gibelino, se habia hecho detestable para todos. Una política prudente podia concluir lo que la guerra mas terrible habia empezado.

La ambicion impidió á Inocencio IV comprenderlo. A su vuelta á Italia (1251), habia sido objeto de un verdadero triunfo. Todos los genoveses habian corrido delante del pontífice su conciudadano. La ovacion de Milan sobrepujó aun á la de Génova. La multitud colocada en dos hileras al paso del pontífice, cubria el camino hasta dos mil pasos fuera de las murallas. Inocencio creyó llegado el momento de restablecer la dominacion de la Santa Sede en toda la península. Tuvo consejo pleno en la capital de la Lombardía, pidió en justicia la entera propiedad del reino de la Sicilia, sentenció entre las facciones de Lodi, nombró de su autoridad propia el podestad de Milan y fulminó la excomunion contra Eccelino en la Marche, contra Doara en Cremona, y contra Palavicino en Placencia. Al saber que los guelfos, al volver á tomar ventajas sobre Florencia, restablecian un podestad con una *señoría* de doce *ancianos*, y que las ciudades de Nápoles, Capua, Foggia, Anversa se sublevaban á su voz contra Manfredo, se dirigió por Mantua, Ferrara y Bolonia sobre Roma para realizar sus vastos proyectos. Pero habia disgustado con sus exigencias á mas de una ciudad, entre ellas Milan, donde habia sostenido con demasiada energia los privilegios de algunos frailes. Los italianos no pretendian haber cambiado solamente de dominacion.

Cansada Roma como la mayor parte de las demás repúblicas de la turbulencia de los nobles, confió el poder por tres años á un boloñes llamado Brancaleone, el cual no lo aceptó sino como una dictatura. Este severo senador que no sufria un delito sin castigarlo, que arrasaba las casas fortificadas de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los gentiles hombres por el mas leve pretesto, y que dejó un recuerdo caro á los romanos, empezó á disipar los sueños de Inocencio IV, que queria presentar sus condiciones antes de entrar en la ciudad. Bajo pretesto de que era impropio para un Papa andar errante sin fuego ni hogar, se llevó á Inocencio, lo condujo á Roma de grado ó á la fuerza, lo vigiló, y lo tuvo sometido como cualquiera otro.

La llegada y las rápidas hazañas del jóven Conrado IV hijo, y sucesor de Federico II vencedor de sus competidores los alemanes, hicieron temer por un instante, que no hubiese acabado todo con la muerte de Federico. Las escuadras de la Sicilia, y de Pisa habian desembarcado á Conrado en su reino de Nápoles, al pié del monte Gargano; no tuvo mas que presentarse sobre un terreno preparado ya por Manfredo, para hacerse conocer en todas partes. El abate del Monte-Cassino que primero habia enarbolado el estendarte pontificio, vió los sarracenos de Lucera escalar su montaña almenada. Nápoles fué tomada por asalto, y Conrado hizo poner un freno al caballo de bronce, símbolo de la antigua Parthénope.

Milan asustada admitia ya por capitan general un servidor de Conrado IV, el marqués de Lancia, tio de Manfredo, y en la Toscana, Florencia necesitaba mas de un *año de victorias* (1254) debidas á la sabiduria de su podestád Pietra Santa, para mantener firme su estendarte guelfo. La temprana muerte de Conrado IV puso repentinamente término á la lucha que de nuevo empezaba. No dejaba por heredero mas que á un niño, al jóven Corradino. Los grandes vasallos alemanes, no hicieron caso de este último vástago legítimo de Federico II, ofrecieron la corona imperial á los estrangeros, á un Ricardo de Cornouvilles, á un Alfonso de Castilla, que nunca pusieron los piés en su imperio y de este modo dieron lugar á este grande interregno que no permitió á la Alemania por mas tiempo el oprimir á la Italia. El imperio aleman cansado, des-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pues de tantas luchas, cayó por decirlo asi por si mismo, y libertó la península de toda dominacion estrangera. Dichosa esta si la hubiese igualmente librado de toda discordia.

Elevacion de Manfredo y de los podestás: caida de Eccellino de Romano; Farinata degli Uberti (1254-1260).

El imperio, al retirarse de la escena, dejaba el hierro candente en la llaga con el cual la Italia debia sufrir mucho tiempo, y el papado victorioso de los Hohenstanffen, aunque no sin daño por su influencia material y moral, no tenia bastante poder y fuerzas para hacer oir sus consejos á la península, ú obligarla á adaptarse á sus voluntades. La ambicion de los Podestás, en el seno mismo de las ciudades, habia tenido mejor resultado en la última lucha que en la primera. Desde el centro mismo de Verona, donde habia estallado la primera chispa de la revolucion lombarda, Eccelino dominaba ahora como dueño, á Padua, á Vicenza, á Verona; y Alberino, su hermano, á Trevisa. El conde de San Bonifacio era igual é inmensamente poderoso en Mantua: Pablo Traversari hacia mucho tiempo dominaba á Ravenna. En Ferrara, el marqués d'Este, sucedió como guelfo en el poder á Salinguerra. La ciudad de Milan, la primera de las repúblicas lombardas en 1241, cansada al fin de las facciones de la nobleza, habia nombrado *capitan del pueblo*, con poderes amplios, á un poderoso señor, Pagano della Torre, el cual la salvó de una ruina completa despues de la derrota de Cortenuova. En Génova, Ansaldo de Mari, podestá, fué por mucho tiempo respetado tambien. En la Romagna en fin, los Manfredo y los Malatesti aparecian ya á la cabeza de las ciudades de Faenza y Rímini. Las ciudades de la Toscana eran las únicas que conservaban todavía sin menoscabo la libertad que ellas se habian conquistado, despues de las demás, y que debian conservar tambien por

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mas tiempo. La aristocracia feudal de los Podestás, sobreviviendo á la lucha, se mantenia al norte de la península disputando sus privilegios á las municipalidades.

Al mediodia, el reino creado por la Santa Sede y organizado por los emperadores suavos de las dos costas del Faro, era otro foco continuo de discordias. El estado monárquico en la península estaba en oposicion natural con todas las ciudades libres. Vasallo en cierto sentido de los papas, escitaba sus ódios y su ambicion; obra de aventureros afortunados, lanzados sobre el camino de la Palestina, era el sueño de todos los buscadores de aventuras y un cebo permanente para al estrangero.

El deber de la Santa-Sede deberia tal vez haber sido procurar el arreglo definitivo, la unidad de la península á pesar de todos los elementos discordantes, colocando su poder y la libertad de la Italia al abrigo de nuevas empresas. Inocencio, convencido por las primeras contrariedades que esperimentó, pareció comprenderlo así y en la Lombardia procuró halagar á su enemigo Eccelino de Romano, el mas poderoso de los podestás. Pero en el mediodia, estraviado por la ambicion y por el ódio, reanimó una guerra que podia tener muy malas consecuencias persistiendo en pretender el reino de Nápoles y en perseguir á los vástagos de Federico. El jóven Manfredo, de un valor heróico, pero de espíritu prudente, que estaba próximo á reconocer la señoria del Papa, y la recibia ya en Nápoles reservándose únicamente el usufruto del reino, se decidió á una lucha desesperada cuando todo se lo rehusaron. Llegado, en medio de aventuras romancescas hasta la ciudad de Lucera, reconquistó con los diez mil sarracenos contra de Federico II á Foggia, á Troya, Barlette, Melfi, Bari y sitió Nápoles en donde Inocencio asustado y perseguido de visiones terribles, murió en medio de los cardenales, sobrecogidos igualmente de miedo y dispuestos á huir (1256).

Su sucesor Alejandro IV, hombre de menos energía, de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

menos habilidad, y menos político tambien, atacó á la vez á Eccelino y al hijo de Federico en el reino de Nápoles, envió al cardenal Ottaviano Ubaldini, á un ateo que se jactava *de haber perdido mil veces su alma por los gibelinos, si es que la tenia*, mientras tanto que Ruffo Catanzaro, agente pontificio, se entretuvo en sublevar la Calabria; al norte escomulgó á Eccelino, como veementemente sospechoso de *Paulicianismo* y predicó contra él una cruzada en la que se alistaron un gran número de güelfos. La guerra de los guelfos y gibelinos volvió á empezar como antes en el mediodia y en el norte, pero en estos dos puntos acabó de muy diferente manera. Manfredo mantuvo por mucho tiempo á los aldeanos de la Calabria, se retiró facilmente cerca de Foggia y obligó al cardenal Ubaldino á firmar un vergonzoso tratado por el cual puso tal vez su alma en peligro, por servir al hijo de Federico II; pasó desde allí á Sicilia, de donde espulsó á todos los frailes agentes de la santa Sede, aprovechándose del falso rumor de la muerte de Coradino, para hacerse proclamar rey en Palermo (1258).

Eccelino le defendia en la Lombardia á fuerza de intrigas, y crueldades en tanto que el legado de Felipe agente de la Santa Sede y arzobispo de Ravena, el marqués de Este, el conde de san Bonifacio, á la cabeza de las milicias de Ferrara, de Mantua, de Bolonia y de un gran número de cruzados, sorprendieron en 1256 la ciudad de Padua, la cual no se defendió. Eccelino desarmó á once mil paduanos que tenia en su ejército, hizo morir á algunos de ellos y encerró á los demás en calabozos en donde los dejó perecer, y ayudado de Palavicino y de Doacra, dueños ya de Cremona, invadió la Lombardia. Su principal objeto era poner bajo su dominio todas las ciudades guelfas, y mantener al mismo tiempo en guerra á los señores con el pueblo de la mayor parte de las ciudades, para poder asi cuanto antes humillar al Papa y al rey Manfredo. La toma de Brescia (1258) entregada por la nobleza, y perdida por las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

faltas del legado de Felipe, embrolló todas las operaciones, pero fue el principio de la ejecucion de su proyecto de inteligencia con la nobleza de Milan: sabia que el pueblo era déspotamente gobernado por su podestá Martino della Torre, condecorado con el titulo de *anciano* y *señor* del pueblo, y se prometia en su orgullo humillarse y emprender hazañas tan grandes que pudieran compararse con las de Carlomagno.

Pero con sus últimas crueldades acabó por conseguir que todos se le volvieran en contra. Palavicino y Doara, con quien se habia indispuesto, disputándoles el precio de sus servicios, se pasaron á los guelfos. Martino de la Torre, se puso al frente de las milicias de Milan, para marchar contra el mónstruo. El mismo Manfredo, que no tenia en él la mayor confianza, prestó secreto apoyo á sus enemigos. El marqués d'Este se deshizo del legado de Felipe, mas nocivo que útil, y marchó á cerrar el paso del Adda. Vióse Ecelino en un momento cercado por todas partes: era una sublevacion general contra aquel que habia sido arrojado de la iglesia y maldecido por el anatema, contra aquel que se habia burlado del sentimiento humanitario para cebarse en los mas atroces crímenes. En este supremo instante, Alberico que hasta entonces marchaba con las cruzadas, volvió por orgullo feudal á combatir al lado de su hermano, á salvar los fueros de su casa ó perecer con ellos. Atacado en el puente de Cassano (1259), Eccelino vió empezar la defeccion en el mismo momento del combate. Para detenerla espuso su misma persona, fué herido en una pierna, y continuó combatiendo sin embargo hasta que por fin cayó aturdido de un golpe de hacha que recibió en la cabeza, siendo hecho prisionero por sus enemigos. Conducido á la tienda de Doara, no permitió á sus vencedores la satisfaccion de llevarlo al suplicio, pues desgarró los vendajes de sus heridas, satisfecho asi de una muerte de la cual él solo era el autor. Su hermano Alberico, menos afortunado, fué descuartizado en Trevisa,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

despues de haber asistido al suplicio de sus hijos, que fueron degollados á su vista y al de su esposa é hijas que fueron quemadas vivas (1260). La caida de los hermanos *de Romano* en Lombardía, no compensó para el Papa la elevacion de Manfredo á la dignidad real de la Sicilia. Alejandro IV habia sido enteramente derrotado en el reino de Nápoles, y no habia sido él el vencedor de Cassano; no tuvo parte ninguna en las ventajas de una victoria que él no habia obtenido, y sufrió sin embargo las consecuencias de su derrota.

El marques de Este fué nombrado capitan del pueblo de Ferrara, el conde de S. Bonifacio de Mantua, Martino della Scala de Verona, y Martino della Torre, mas poderoso que nunca en Milan, se hizo nombrar al mismo tiempo capitan del pueblo en Lodi, y se unió en amistad al marques de Palavicino, al cual todas las ciudades guelfas ó gibelinas, como Pavia, Placencia, Brescia, Tortona y Alejandría, ofrecian la dignidad de *podestà*, en razon á los numerosos soldados de que podia disponer. Los señores mas ricos en fin y mas poderosos de la Lombardía, sometiéndose al estandarte pontificio y guelfo, no habian trabajado sino en provecho propio, y esta desgraciada guerra sostenida en nombre del Papa y del emperador, habia concluido por precipitar á las ciudades mas y mas bajo al yugo de los gefes militares. El papado y el imperio, la dominacion alemana y la libertad de las ciudades, era esplotado en provecho de la nobleza. La aristocracia de los *podestás* se afirmó en el norte; y Alejandro IV mas débil que ántes fué rechazado bruscamente de Roma por Brancaleone, y perseguido por el mismo desde Anagni y Viterbo hasta Assise, donde la proteccion del sepulcro venerado, de S. Francisco, no le bastó, pues quedó abandonado sin defensa, y espuesto á la venganza del rey de Sicilia.

Manfredo, amado como su padre, de quien era el vivo retrato, habria tal vez continuado despues tranquilo en su rei-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

no si no lo hubiesen atacado; procuró entonces continuar su victoria, y realzar por todas partes el principio gibelino; pretendió ser el gefe nacional de la Italia, en contra de la dominacion de la Santa Sede. La Toscana era el pais en donde el partido guelfo era mas poderoso, sobre todo, desde que recientemente en 1258, *Farinata degli Uberti* y todos los señores gibelinos, habian sido arrojados de Florencia. Manfredo concedió á estos desterrados y refugiados la ciudad de Sienna. Al principio solo eran algunos soldados, pero despues llegó á formarse alli un ejército. Farinata degli Uberti fué poco á poco atrayendo pérfidamente fuera de Florencia á todas las corporaciones, hasta llegar sobre la colina de Monte Aperti, prometiéndoles la entrega de Sienna; pero allí era donde él los esperaba y al frente de los alemanes, de los desterrados, y de los sienneses, hizo de ellos tal carniceria, que, segun el poeta, tiñió de sangre las aguas de el Arbia.

«Lo strazio, e'l grande scempio
Che fece l'Arbia colorata in rosso.»

Vencida Florencia por esta infernal astucia cayó en poder de los gibelinos, los cuales proclamaron á Manfredo protector de la ciudad. Mas si Uberti participó con sus compañeros de crímen de los beneficios de esta traicion, mereció la oposicion de Dante, cuando en medio de una asamblea compuesta de los enemigos de Florencia, de los alemanes y de los Siennenses, los cuales querian destruir á toda costa aquella ciudadela del partido guelfo, se propuso defenderla contra todos, y logró salvarla, (1260).

Urbano IV y Clemente IV; Carlos de Anjou; batallas de Grandella y de Palenta (1261-1271).

Urbano VI al subir el año siguiente al trono pontificio encontró el poder de la Santa Sede mas comprometido que nun-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ca por la ambicion de Inocencio VI y por al debilidad de Alejandro.

Manfredo, siempre precavido y cauteloso, se habia afirmado por haber hecho casar á una hija con el hijo del rey de Aragon, y haber conseguido ser nombrado senador de Roma. Nada mas peligro que esta dignidad en manos de una familia tan sospechosa de paulicianismo, y protectora de aquellos sarracenos de Lucera, y de Novara, que acampados á las puertas de Roma, estaban dispuestos á caer sobre ella á la primera señal de un cristiano poco escrupuloso. Los podestás de la Lombardia no pensaban sino en asegurar su autoridad en las ciudades. Martino della Torre, guelfo, y el gibelino Palavicino, se habian unido en este laberinto de intereses pontificios. Las repúblicas marítimas olvidaban á la Italia, ocupadas en una revolucion en Oriente queles interesaba mucho mas. El imperio latino, fundador de la cuarta cruzada, cayó bajo los golpes de los griegos el año mismo del advenimiento de Urbano. Miguel Paleologo, favorecido de los genoveses, volvió á entrar en Constantinopla de donde huyó Balduino II. Génova se hacia ceder en premio de sus servicios anteriores el arrabal de Galata, en la capital de la isla de Chío. Sea tratando con el nuevo emperador, sea combatiendo contra los genoveses, Venecia les esforzaba en conservar las reliquias de las conquistas de su dux, Dandolo. Pisa, en fin, se aprovechaba de la contienda jeneral y del desorden de ideas que reinaba en todos, para engrandecer su comercio.

Urbano IV refugiado en Civitavechia, para no quedar en una ciudad en poder de su enemigo, volvió á ejercer la antigua política de la Santa Sede y llamó al estrangero, con eminente peligro de comprometer á la Italia; renunció á adquirir el reino de la Sicilia, pero resolvió darlo al menos á un soberano en el cual pudiera encontrar un vasallo ortodoxo y obediente. Bajo la dominacion de san Luis, parecia que la Francia crecía en fuerza y en dignidad, lo que perdía el imperio de Alemania

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en ambas cosas. Urbano IV ofreció la herencia de Manfredo, en primer lugar á san Luis, y habiéndola este rehusado brindó con ella á su hermano Carlos, conde Anjou y del Maine, esposo de Beatriz, condesa de la Provenza. El haber escogido á este último, presentaba todas las ventajas que se esperaban, como tambien todos los peligros que se podian temer. Lleno de celo por la iglesia que lo llamaba, creia cumplir una santa obra, pero animado al mismo tiempo de una ambicion sin límites, veía el triunfo de la fé en su propio triunfo y la religion podia ser el instrumento principal de su politica. El tratado fué concluido con una especie de descomfianza por parte del Papa, y bajo ciertas garantias que demostraban los temores de la Santa Sede: Carlos de Anjou, recibia de la Santa Sede en feudo, para sí y para sus descendientes directos, bajo la condicion de el homenage, y de un tributo anual de ocho mil onzas de oro, el reino de la parte de acá del Pharo, eceptuando Benevento y su territorio, cedidos al Papa.

El rey se comprometia á mantener trescientos caballeros para el servicio de la iglesia y se obligaba á no reunir jamás á este reino la corona imperial; la Lombardia ó la Toscana y á conservar todas las inmunidades del clero; consentia tambien en ser destronado, si faltase en lo mas mínimo á estas condiciones (1253).

Cada paso de Cárlos de Anjou fué seguido de la observacion de la Santa Sede, con tanta inquietud como con no menos esperanza. Urbano IV opuso á Martino della Torre, el cual parecia haberse aproximado á los gibelinos por la adopcion de Palevicino como podestá, á un arzobispo escogido de una familia poderosa y rival, llamado Othon Visconti. Cuando Felipe della Torre, sucesor de Martino, despues de haberse hecho reconocer por señor de las ciudades de Novara, Como, Verceil, Bergamo, al mismo tiempo que de Milan, despidió á Palevicino y obtuvo de Cárlos fuese elegido podestá uno de los súbditos llamado Bar-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ral de Baux, el Papa no sostuvo menos la oposicion que el arzobispo; pero fué mucho peor cuando los romanos demostraron la intencion de elegir al mismo Cárlos de Anjou para senador. La proscripcion de la casa de Suabia estaba decidida y el peligro no habia hecho sino cambiar de nombre. Urbano IV lo permitió, viendo que los romanos querian absolutamente un príncipe á su cabeza y temiendo que estos prefirieran todavia á Manfredo, pero á condicion de que Cárlos de Anjou no conservaria esta dignidad sino en tanto que se lo permitiera el Papa.

Sorprendida la Italia del poder de Monfredo, se entregó con menos desconfianza que la Santa Sede. Montferrato, en frecuentes relaciones de vecindad con la Provenza, abrió todos los pasos de los Alpes y las puertas de la ciudad de Asti, cuando la misma Beatriz, muger arrogante y valiente, esposa de Carlos de Anjou, llevando á su lado á su yerno, Roberto de Betune, heredero de Flandes y á Traissignies, condestable, entró en Italia al frente de un brillante ejército de veinte mil hombres (1265). El señor de Milan, della Torre, la acompañó atravesando el territorio milanés hasta el Oglio, en donde el marqués Obizzo de Este y el conde San Bonifacio se apresuraron á recibirla, desbaratando los planes proyectados por Buoso de Doara, que queria defender el paso de aquel rio. El marqués de Palevicino fué el único que quiso hacer alguna resistencia pero fué batido completamente en Capriolo.

La buena inteligencia fué mas completa tambien por parte de la Santa Sede, cuando en lugar de Urbano IV subió al trono un Papa francés muy adicto á la casa de Francia y de la cual habia sído ministro en 1265. Cárlos se embarcó entonces en Marsella con mil caballeros, para trasladarse á la embocadura del Tiber y tomar el mando de su ejército en Roma. Víctima de una horrible tempestad, escapó con gran trabajo á la escuadra enemiga, y entró milagrosamente en Roma, en una barca, donde fué recibido con mayor entusiasmo; Clemente IV ful-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

minó la excomunion sobre Manfredo y los suyos, dió á la espedicion todos los colores de una cruzada, ordenó la recaudacion de un décimo sobre el clero, y en la necesidad de dinero que tenia Cárlos de Anjou, dió hipoteca á los banqueros de Pisa, de Florencia y de Génova sobre las Basílicas romanas.

Coronado Rey de la Sicilia por cuatro cardenales «*resolvió enviar á su enemigo al infierno*, ú elevarse él hasta el *quinto cielo.*» Cárlos d' Anjou se dirigió entonces á las fronteras del reino de Nápoles al frente de su ejército, aumentado con cuatrocientos emigrados guelfos de Florencia, al mando de Guido Guerra, y de cuatro mil boloneses atraidos por las predicaciones de cierto obispo. Podia en su consecuencia dejar en pos de si, sin inquietud alguna á la Toscana, en donde Guido Novello, capitan de los soldados de Manfredo y gefe de gibelinos dominaba á Florencia y era adicto al hijo de Federico; porque en el reino de Nápoles la traicion hervia en las filas del ejército encargado de defender la frontera. El conde de Caserta abandonó el paso del Garigliano; el entusiasmo francés tomó la fortaleza de Roca d' Arce, considerada hasta entonces inespugnable, y el convento no menos fortificado del Monte Cassino. Manfredo se refugió bajo las murallas de Benevento, y presentó la batalla en las riberas del Calore, en el llano de Grandella aunque hubiera podido destruir tal vez á su enemigo en una guerra en detall, (26 Febrero 1266).

Los alemanes y los sarracenos obtuvieron al principio de la accion algunas ventajas, pero Cárlos d' Anjou, combatiendo contra ex-comulgados é infieles, creyó poder dar la órden, considerada entonces como desleal, de no dar cuartel á nadie y cebarse en la matanza. El ejército de Manfredo empezó á cejar; el conde della Serra, el de Casate, el gran tesorero, todos los apulienenses «*se volvieron cobardes ese dia*» segun la palabra enérgica del poeta, y dieron el mal ejemplo á sus soldados con la huida. La caida del águila de plata, que adornaba el casco de Man-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fredo, le persuadió que todo habia acabado para él. Se lanzó en medio de sus enemigos para no sobrevivir á su derrota, donde al fin encontró la muerte. Los franceses sepultaron luego al valiente guerrero debajo de un monton de piedras, llevadas por los soldados, cerca del puente de Benevento, pero el legado del Papa hizo desenterrar y arrojar al Garigliano el cadáver del excomulgado.

Cárlos de Anjou, despues de haber realizado en este sentido las esperanzas de la Santa Sede, confirmó bien pronto sus temores anteriores. Empezó por permitir que sus soldados despoblaran y devastaran con la muerte y con el pillaje la ciudad de Benevento, cuando tenia obligacion de conservarla al Papa. Entró triunfalmente en Nápoles y reconocido por las dos partes del Pharo, no se contentó con hacer perecer y despojar á todos los partidarios de Manfredo, de reintegrar á los desterrados brindándoles con todos los despojos de los vencidos, de conceder en fin todos los empleos, todos los grandes feudos á provinciales, sino que demostró bien pronto que su afianzamiento en la Sicilia, no era sino el preludio de su dominacion en Italia.

Los guelfos habian vuelto á posesionarse en casi todas las ciudades de la Lombardia, y Oberto Palevicino se encontraba unido á Napoleon de la Torre. Guido Novello, en la Toscana, sostenia casi solo la bandera gibelina en Italia y Cárlos le atacó. En vano procuró Novello ganar algun tiempo con los guelfos pidiendo al gobierno de Florencía dos miembros semi-religiosos y semi-militares, dispensados de los votos de castidad y de pobreza, que fueron llamados *hermanos de el gozo (Frati gaudente)*. Dotaron estos á Florencia de nuevas instituciones, estableciendo un consejo de treinta y seis «*prud kommes*» fundando y distinguiendo las corporaciones de *las artes mayores y menores*; pero no fueron de ninguna utilidad ni para Novello, ni para los gibelinos. Al aprocsimarse Guy de Monforte, caballero francés, enviado al frente de ocho cientos caballos, Guido Novello huyó

(c) Instituto Cervantes de Madrid

durante la noche con los gibelinos: sus bienes y los de sus partidarios fueron confiscados y los consejos de la republica fueron reformados, con esclusion de los nobles. Carlos de Anjou, marchó á poner sitio al castillo de Poggibonzi, dependiente de la república de Sienna, del cual se apoderó, destruyendo á Porto Pisano por vengarse de la ciudad mas gibelina de toda la Toscana. Triste victoria para la democrática Florencia: con ella se vengaba Pisa de su enemiga esterna, y la nobleza de sus adversarios interiores, pero ella misma caia en poder de un amo estrangero. (1267).

El Papa Clemente IV apesar de su amistad á la casa de Francia, se asustó, y quejándose del mal gobierno, como el lo llamaba, de Carlos de Anjou en su reino, protestó en contra de la nueva dignidad de este en Florencia, é insistió para que renunciara lo de senador de Roma. Un peligro comun las reunió aun por algun tiempo.

Los gibelinos emigrados del reino de Nápoles, de Toscana y Lombardia, segun la costumbre de los desterrados de todo partido, habian á su vez buscado un apoyo para rehabilitar su mala fortuna. Luncia y Capece, nobles napolitanos, y algunos enviados de Pisa y Sienna por Palevicino, habian llegado á persuadir al último decendiente legítimo de los Hohenstauffen, Coradino, que debia reclamar su herencia en Sicilia. Este, jóven de diez y seis años, desamparado de sus tios, de sus bienes patrimoniales en la Baviera, abandonado por su madre que se habia vuelto á casar, valiente y hasta heroico, no teniendo mas amigo que á Federico de Austria, huérfano como él y como el desheredado, habia cedido facilmente á la tentacion. Se le vió de pronto bajar de los Alpes, en union de Federico, al frente de un ejércio de diez mil hombres á sueldo del partido gibelino, y atravesar la Lombardia por Verona y Pavia, mientras que Lancia y Capece se embarcaban en bajeles pisanos marchando á sublevar la Sicilia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Por el pronto todo parecia sonreir á este jóven cuya heróica confianza, enternecia á la Italia. Un aventurero real, D Enrique, hermano de Alfonso X de Castilla, que habia llegado á ser senador de Roma, despues de haber llevado su turbulenta ambicion desde España al Africa y de esta á la Sicilia, desterró al Papa á Viterbo é hizo pronunciar á Roma en favor de Conradino. La Sicilia, ardiendo por otra parte en sedicion y la ciudad de Lucera sublevada, vinieron á colocar al Papa y á Carlos de Anjou entre dos enemigos ó como si digéramos entre dos fuegos. Clemente IV, lleno de terror, fulminó el anatema en contra del hijo de Federico II, no titubeó mas con respeto á Carlos de Anjou y lo nombró vicario imperial de Italia, estimulándole para que fuese inmediatamente á reprimir y castigar á los sarracenos de Lucera, á los cuales temia mas que nada Conradino, que asi le llamaban los italianos en su entusiasmo, despues de haber pasado por Pisa y Sienne, entró en Roma por debajo de muchos arcos triunfales que habian sido levantados improvisadamente, en medio de las aclamaciones de una poblacion embriagada de gozo, y conducido por un coro de jóvenes doncellas hasta el Capitolio.

A pesar de que Clemente IV no cesaba de repetir «*que llevaban la oveja al matadero*» no estaba por su parte enteramente tranquilo.

Mientras que Cárlos de Anjou cercaba á Lucera, el jóven Conradino con intencion de circumbalar la fuerte posicion del Garigliano, se dirigió por la via Valeria á los Abruzzos al frente de sus tropas alemanas, italianas y españolas, para reconquistar á Lucera, unirse con los sarracenos y desde allí marchar sobre Nápoles.

Pero la rapidez de Cárlos d' Anjou impidió el efecto de esta táctica: en tres dias, al frente de lo selecto de sus tropas, avanzó veinte y cinco millas y presentó la batalla á su adver-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sario en la llanura de Palenta y á corta distancia del pequeño pueblo de Tagliacozzo. Su ejército era muy inferior en número, pero el condestable de Champagne, Erard de Saint Valery, suplicó la diferencia con la astucia. Se escondió en un recodo del camino, oculto por una colina, con Cárlos d' Anjou y los mejores caballeros del ejército. Situado allí en emboscada, dejó á los suyos batirse con Conradino y dispersar las dos primeras filas del ejército angevino: en seguida se lanzó de repente sobre ella, cuando el enemigo creyéndose victorioso y cansado ya, empezaba á debilitar sus fuerzas. El resultado fué completo. D. Enrique fué hecho prisionero, Conradino y su amigo Federico huyeron, pero cayeron prisioneros en el castillo de Astura y en poder de un Frangipani, precisamente en el momento que procuraban pasar á Sicilia. Este los entregó en seguida á Cárlos d' Anjou. Todo el ejército gibelino desapareció, entre muertos prisioneros y dispersos (23 agosto 1268).

Cárlos no fué generoso é hizo de su victoria un uso odioso. El jóven Conradino y Federico comparecieron ante un tribunal de justicia, compuesto de síndicos del reino de las dos Sicilias, de barones provinciales y de jurisconsultos, presidido por el vencedor. Acusados de rebelion contra el rey de Sicilia y contra la santa iglesia romana, fueron sentenciados á muerte, por un solo voto de diferencia. Se les anunció su suerte en la cárcel en el momento en que estaban tranquilamente jugando al ajedrez «*Que noticia tan horrible para mi pobre madre!*» se limitó á decir el jóven Conradino. Al dia siguiente, despues de haber protestado en alta voz contra la sentencia que les fué leida por un *escribano*, dió un último abrazo á su fiel Federico, y pidió por única gracia, ser el primero que colocara su cabeza sobre el tajo, para no ser testigo del suplicio de sus desgraciados compañeros. Su valerosa muerte hizo tanta impresion en los caballeros franceses, que el mismo yerno del rey se lanzó espada en mano sobre el *escriba* que habia osado,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el muy villano, pronunciar la sentencia « de un tan gentil señor.»

El duque Cárlos d' Anjou aprobó que su yerno se hubiese, en tal situacion, portado como generoso y buen caballero, pero ordenó sin embargo continuar las ejecuciones. Once caballeros en el mismo dia dejaron sus cabezas sobre el tajo fatal. La rebelion encendida en la Sicilia y en la Calabria, se habia al parecer tranquilizado con la noticia del desastre de Tagliacozzo. Fueron declarados traidores y reos de muerte, todos los que fueren sospechosos de haber tomado parte; sus bienes confiscados y sus hijos infamados. En Gallipoli fueron sorprendidos en el castillo diez y ocho caballeros y sufrieron el suplicio de la cuerda. A otros cien en Corneto les cupo igual suerte. Tomada al fin Lucera, todos los gefes sarracenos fueron decapitados: en Sicilia, Capece, Conrado d' Antioquia y casi todos los habitantes de la pequeña ciudad d' Agosto fueron enviados al suplicio, y los desterrados napolitanos, sicilianos y provenzales se enriquecieron con los despojos de las víctimas (1268).

Poder de Cárlos d' Anjou; los Papas Gregorio X y Nicolás III (1271-1281).

Cárlos d' Anjou fué naturalmente mas peligroso para la Italia despues, que antes de la espedicion de Conradino. Volvió á tomar la dignidad de senador de Roma, condenó á ciento y treinta barones, convictos de traicion, á que se les cortase una pierna á cada uno, pero mudando luego de idea, *por mejor consejo*, mandó trasladarlos y encerrarlos en una barraca de madera, á la cual hizo prender fuego. En la Toscana, sufrió la ciudad de Sienna la imposicion de mil cien drachmas por haber abierto sus puertas á Conradino. En la Lombardía fueron poco mas ó menos iguales las órdenes despiadadas de Cárlos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

d' Anjou. Oberto Palevicino, fué arrojado de su último castillo por los pavesanos, Buoso de Doara desterrado de Cremona, donde habia sido por mucho tiempo podestá: ambos murieron en la miseria. De un estremo al otro de la Italia, desde los Alpes, hasta el golfo de Tarento, Cárlos d' Anjou, con el nombre de rey, de vicario imperial, ó de pacificador, dominó por si mismo ó en representacion de su partido.

Padre de dos hijos, uno de los cuales se casó con la heredera del rey de Hungría, y el otro con Isabela de Villehardouin, heredera del principado de Achaïe; tenia tambien dos hijas unidas, la una con Roberto de Bethune, hijo del duque de Flandes y la otra con Felipe de Courtenay, titulado rey de Tesolonica, heredero nominal del caido imperio latino y esposo en segundas nupcias de una hija del duque de Borgoña; como todos le estaban unidos, los conquistadores de Nápoles y de la Sicilia formaban unos proyectos gigantescos. Dueño ya de las costas de la Albanía y de Corfú, de las cuales se habia apoderado por haber quedado prisionera Elena la viuda de Manfredo, y dueño feudal de la Achaïe y de la Morea, no tenia mas que dirigir sobre Bizanzio y contra Paleologo la escuadra que reunia á fuerza de gastos en el puerto de Brindis, y restablecer el pequeño imperio latino de Baudouin en Flandes; pero el antiguo imperio de Oriente y la sumision de toda la península, despues de la conquista de Nápoles, no era sino el primer escalon de su grandeza. Realizando este sueño, de mucho tiempo atras acariciado, Cárlos d'Anjou cumplió una obra sumamente cristiana; estinguia un cisma y reunia la iglesia griega á la latina, oponiendo una fuerte barrera á los progresos, cada vez mas amenazadores de los turcos. Trabajando de este modo en pro de su grandeza, favorecia al mismo tiempo la de la Santa Sede, y la de la cristiandad entera.

De otro modo, para que habria el Papado destruido la casa de Hohenstauffen y el imperio de Occidente? Para elevar úni-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

camente sobre sí la casa d'Anjou, y el imperio de Oriente? La Italia no se habia sustraido á la dependencia de los sucesores germánicos de Carlomagno, sino para caer bajo la de los sucesores angevinos de Constantinopla; el peligro fué conocido. Cuando Cárlos d'Anjou, declarado ya señor perpétuo de un gran número de ciudades del Piamonte, reunió en 1269 una dieta en Cremona para hacerse nombrar señor de las ciudades lombardas, y de esta suerte gefe del partido guelfo, las ciudades de Parma, Plasencia, Módena, Reggio, Ferrara y Cremona fueron las únicas que reconocieron esta protectoria: las demás, y entre ellas Milan, Bergamo, Alejandría, Bolonia, como tambien el señor de Montferrato, prefirieron mejor tener al rey de Sicilia como amigo que como señor. Viéndose obligado á aplacar sus proyectos, y debiendo acompañar á su hermano San Luis en una cruzada (1270), Cárlos encontró una indemnidad en este retardo, aprovechándose de esta espedicion á Tunez. Habiendo llegado á la playa Africana y en el momento en que el Rey de Francia moria como un mártir, no presentó la guerra á los moros, sino para arrancarles un tratado que aseguraba á los cristianos grandes franquicias de comercio en sus puertos, y obtener del Sultan el tributo pagado á sus predecesores los reyes normandos.

Donde la ambicion de Cárlos d' Anjou encontró el mayor obstáculo fué en la Santa Sede.

Despues de un intérvalo de dos años, la autoridad del *Docteur Seraphique*, de San Buenaventura, hizo encerrar separadamente á los cardenales en su palacio de Viterbo para proceder á la eleccion; en su impaciencia el pueblo, arrancó la techumbre del palacio para apresurar el fin del conclave, consiguiendo al cabo la eleccion de Gregorio X. Este santo y entusiasta anciano que no pensaba en nada mas que en preparar una gran cruzada para la reconciliacion general de toda la cristiandad, se mostró muy poco propicio á aprobar los proyec-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tos de Carlos d'Anjou, cuando este volvió de Jerusalen, donde se hallaba en el momento de su eleccion. En la Toscana levantó el interdicto que pesaba desde mucho tiempo sobre la gibelina ciudad de Pisa; convocó en Florencia á los gefes de los guelfos y de los gibelinos, para hacerles jurar una paz que permitiera á estos últimos volver á entrar en su patria.

En la Romania, finalizó tambien un tratado entre los venecianos y los boloneses, que se disputaban la navegacion del Pó. Intentó, pero no pudo conseguir, conjurar la guerra que Carlos d'Anjou sostenia en la ciudad de Génova, apoyando á los Grimaldi y los Fieschi, gefes del partido noble, contra los Doria y Spinolas. Su afan era hacer desaparecer los nombres de guelfos y gibelinos empeñados en luchar por el estrangero, y que desgarraban la Italia despues de haber perdido toda significacion.

En Alemania, Gregorio X puso en 1273 fin al grande interregno y obtuvo de los prelados y vasallos germanos la eleccion de Rodolfo de Habsbourg, que reanudaba la cadena interrumpida de los Césares. El Santo anciano, apasionado de esta concepcion ideal de la sociedad de la edad media, que empezaba á desaparecer poco á poco y hacia necesaria y justa la restauracion del santo imperio, volvia á sus proyectos que iban encaminados nada menos que á establecer la unidad de Europa para arrojarse sobre el Asia, á conquistar nuevamente su cara Jerusalen que habia prometido no olvidarla. Nada le costaba esperar su resultado; las mas antiguas, las mas profundas disidencias debian desaparecer á su vez y disolverse en el vasto seno de la iglesia. En 1274 en un concilio celebrado en Lion se congratulaban de obtener, sin que se derramara una sola gota de sangre cristiana y por medio de Miguel Peleologo, la reconciliacion al menos de dos iglesias que Cárlos de Anjou queria hacer entrar en razon con las armas en la mano, y creyó por un momento que sus deseos se realizaban, viendo á so-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

beranos tales como Rodolfo de Habsbourg, Felipe de Francia y Cárlos de Anjou unirse al partido de la Cruz para la Santa espedicion á cuya cabeza pensaba colocarse el mismo, cuando le sorprendió la muerte en la villa de Arezzo en 1276.

La ambicion de Cárlos de Anjou, podia tal vez sacar buen partido de los proyectos de la cruzada de Gregorio X, pero aquella no tuvo influencia sobre la política, enteramente italiana, de su sucesor Nicolás III. Este noble romano de la familia de los Orsini se ocupó únicamente en establecer entre los estados italianos y en beneficio de la Santa Sede, una especie de equilibrio que pudiera hacer frente al poder de Cárlos de Anjou, oponiendo con este objeto un poder á otro poder, al nuevo emperador y al rey de Sicilia. El hizo que el primero renunciara á toda pretension sobre la Sicilia y á todo derecho de soberanía en la Provenza, y el segundo á los títulos de senador de Roma y vicario del imperio, fortificando á la Santa Sede entre estas dos potencias, se hizo garantizar por el emperador la posesion, entonces casi nominal de todo el territorio comprendido entre Radicofani y Caprano de la Romanía, nombró senador de Roma á su sobrino Bertoldo Orsini, conde ya de Romanía, y á otro de sus parientes llamado Latino, legado ad latere en la Italia central. Su política, en el resto de la península, huyendo de toda clase de preferencia entre los guelfos y gibelinos, y no teniendo otro objeto que asegurar el poder de la Santa Sede, manteniendo la independencia de la Italia, tendia del mismo modo á debilitar á los guelfos que prestaban mas apoyo á la dinastía angevina que á la Santa Sílla, que á fortalecer la influencia gibelina que no podia contar con el emperador. Su legado Latino, consiguió la reconciliacion en Bolonia de las Gieremei y los Lamberzzari, y aun él mismo, haciendo que volviesen á entrar los gibelinos en Florencía, favoreció en la Lombardía la eleccion del arzobispo de Milan, Othon Visconti, gefe del partido gibelino, en 1277, en contraposicion de Napoleon de la Tor-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

re, partidario de Cárlos de Anjou, el cual parecia ya disfrutarlo como un derecho hereditario. El hermano de D. Luis tascó el freno y buscó un consuelo á aquella derrota, comprando á Maria de Antioquía, última heredera de los reyes de Palestina y á la que se conocia por el nombre de la Señorita de Jerusalen, la corona de Godofredo de Bouillon.

Era Nicolás III, que ocupó por tan poco tiempo la Santa Silla, un hombre de gran penetracion y talento: lo que la fé de su predecesor le habia hecho ver en sus sueños, su política habia tenido por objeto la realizacion de todos sus planes. Su ambicion se redujo á procurar ahogar los viejos partidos y constituir el verdadero poder de la Santa Sede, entre la monarquia meridional y las repúblicas del norte, para asegurar de esta manera el equilibrio en el interior y servirse de su proteccion en el esterior. Idea tan sencilla como justa y que hubo podido asegurar y garantir la independencia de la peninsula.

Así, cuando Nicolás III murió en 1280, persuadido el rey de Sicilia de que la Italia y el oriente no podia tenerlas seguras sino contando con la influencia de la Santa Silla, se dirigió inmediatamente á Viterbo, forzó las puertas del Cónclave, arrojó de él á tres cardenales que le eran hostiles y dirigió la eleccion, como al asalto, en favor de un francés que se llamó despues Martin IV, persona que debia serle muy adicta por antiguos favores recibidos. En efecto, el rey Carlos fue investido de nuevo por Martin, con la dignidad de senador de Roma y recobró todo el poder de que anteriormente habia disfrutado en Italia. Othon Visconti fué amenazado de nuevo por Napoleon de la Torre y elijió al marqués de Montferratto por podestá con el objeto de tenerlo siempre en jaque. Pisa misma llegó á ser guelfa en Toscana. Cárlos de Anjou acabó sus últimos preparativos, exigió una crecida contribucion, reunió todos sus barcos, envió á todos sus soldados á los puertos de Manfredonia, de Tarento y de Brindis, no esperando mas que un buen vien-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

to favorable para tomar á la cabeza de quince mil hombres y de ciento veinte galeras, el camino del Bosforo; pero asegurándose únicamente del concurso y de la proteccion del papado, el rey de Sicilia se olvidó de ganar la afeccion y las simpatías de su pueblo.

Las vísperas sicilianas; caida y muerte de Cárlos de Anjou (1282-1285).

El rigor por el cual Cárlos de Anjou habia tratado de afirmar su conquista, habia traspasado los límites de lo justo; sobre todo, la irregularidad en la ejecucion de las medidas fiscales, inventadas por los reyes normandos, habian hecho nacer por todas partes un ódio profundo á su dominacion, pero mas particularmente en la Sicilia. La real Palermo, que los reyes normandos y suavos habian enriquecido con esplendidos monumentos, no habia podido ver sin despecho que se la arrebatara su rango para hacerlo pasar á la ciudad continental de Nápoles, porque á Cárlos de Anjou le pareció una capital mas propia para establecer su poder en Italia, y por ser mas apropósito para sus vastos designios. El resto de la isla fué cedido como el despojo de una rica presa, á sus agentes, que trataban ruda é insolentemente á una poblacion cuyas costumbres desconocian y en la cual no veian mas que *patarinos*. Esta tiranía de segunda mano resentia doblemente á un pueblo ya ofendido. La fermentacion que agitaba á este pueblo sombrío y concentrado pero susceptible y valeroso hubiera podido advertir á Cárlos de Anjou y hacerle precavido; pero nada vió ó no quiso ver nada. Un obispo y un monge sicilianos, que osaron aun en 1282 y en su presencia, llevar á las plantas de Martin IV las sentidas y justas quejas de la Sicilia, fueron encerrados en dos calabozos.

Algunos nobles, sin embargo, entre ellos un cierto Juan Prócida, médico, y en otro tiempo servidor de Federico II y de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Manfredo, refugiado despues de D. Pedro III rey de Aragon y de su muger Constanza; un tal Alaimo Lentini y otro llamado Palmiere que habian continuado en Sicilia bajo la dominacion estranjera, esperaban el momento de una sedicion, que el general descontento haria cada vez mas inevitable, con el objeto de asegurar á su patria el trono de un rey interesado tanto por ambicion como por lazos de familia en tomar su defensa. Juan de Prócida, sobre todo, no habia olvidado nada desde que ultrajado una vez por un caballero francés habia jurado vengarse. Disfrazado por espacio de cuatro años de franciscano, habia recorrido la España, la Sicilia y la Grecia trabajando y esperando el momento oportuno de reunir al Papa Nicolás III Paleólogo y á D. Pedro, contra su enemigo. Habian en fin decidido recoger el guante que arrojó desde el cadalso el desgraciado Conradino. D. Pedro III de Aragon se hallaba seguro de Guido Guerra, en Roma, de los Spinola de Génova, y de los Visconti en Milan todos gefes del partido gibelino. A bordo de una flota que lentamente y á fuerza de constancia habia conseguido reunir en Portfangós, recorria con cincuenta velas las costas del Africa bajo el pretesto de una cruzada contra los berberiscos, precisamente en los momentos en que Cárlos de Anjou se disponia á darse á la vela en el puerto de Brindis. Demasiado orgulloso para poder desconfiar de semejantes movimientos, el rey de Sicilia se contentaba con tratar al rey de Aragon *de miserable*, sin abandonar ni su puesto ni sus proyectos contra el oriente y sin temer á aquel á quien miraba como un príncipe demasiado pequeño.

El lúnes de Pascua del año de 1282 (30 de marzo) una reyerta particular determinó y precipitó la esplosion general. En medio de las danzas y alegres fiestas con las cuales los habitantes de Palermo celebraban en los alrededores de la ciudad la solemnidad religiosa presidida por un hermoso sol de primavera, algunos palermitanos se trabaron de palabras con

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los agentes y familiares franceses del justicia ó gobernador de la provincia, que iban á turbar sus placeres; bien pronto pasaron de las palabras á los hechos. Los sicilianos, á los cuales estaba prohibido llevar armas, amenazados de ser atropellados por sus opresores, se armaron los unos de puñales que llevaban preparados bajo sus vestidos y los otros de piedras, gritando, mueran los franceses.» Un gentío inmenso se habia reunido aquel dia fuera de los muros, pero este grito espantoso pasando de boca en boca fué suficiente para que se estendiera por todo Palermo y en muy pocas horas por toda la Sicilia: los palermitanos entraron en la ciudad é hicieron una horrible carnicería de todos los franceses que encontraron, dirigiéndose inmediatamente al palacio del gobernador que no pudo escaparse sino con gran trabajo. La noticia de la revolucion de Palermo, como la chispa que propaga el incendio, estendió el esterminio y la carnicería á Corleóne, á Trapani; á Siracusa y á Agrigento. La pequeña ciudad de Sperlinga fué la única en donde no se derramó sangre francesa, y Mesina donde mandaba el vice-rey Herberto de Orleans, tardó algo mas en pronunciarse, pero lo hizo al fin. Herberto, en presencia de una multitud amenazadora, se vió precisado á capitular, embarcándose en seguida con quinientos hombres. Al cabo de un mes no habia ni un solo francés en toda Sicilia.

La cólera de Cárlos de Anjou fué igual á su sorpresa, y á pesar de la oracion que dirigió al Señor al recibir esta triste noticia, su caida no fué ni lenta ni «*llevada paso tras paso*». La flota que habia destinado para la conquista de oriente, se estrelló contra el heroismo de Mesina, donde mandaba Alaimo Lentini y *donde las mugeres llevaban á la muralla la cal y la piedra para su construccion.* El rey de Aragon que se hallaba en acecho en la costa de Africa, solicitado por los diputados palermitanos, que al principio habian querido poner la Sicilia bajo la proteccion de Martin IV, y habian sido fuertemente rechaza-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dos, se hizo á la vela para Palermo donde fué coronado y recibido como un salvador. Su almirante Roger de Lauria se dirigió hácia el estrecho y obligó á la flota de Cárlos de Anjou, cuyos grandes bajeles no podian maniobrar, á levantar el sitio de Mesina, persiguiéndola hasta el puerto de Catona apresándole veinte y nueve galeras é incendiándole las restantes con gran desesperacion de Cárlos de Anjou, que desde la orilla contemplaba la destruccion de su flota y la ruina de sus esperanzas, mordiendo y haciendo pedazos el baston que tenia en la mano.

Las resoluciones del hermano de S. Luis, herido por estos golpes sucesivos, al fin de una carrera gloriosa, fueron un arrepentimiento tardío y una furiosa desesperacion; dejó al príncipe de Salerno su hijo, llamado Cárlos el cojo, el gobierno de la Apulia y de la Calabria, para promulgar en el parlamento de san Martin una reforma del reino y desafiar á su rival con una partida de cien caballeros franceses contra cien aragoneses, en un combate particular que no pudo tener efecto. Martin IV trató de socorrer, pero en valde á su protegido contra las escomuniones pontificales, declarando á Pedro despojado de su corona que ofreció al hermano del rey de Francia. Pedro, atacado por Felipe III en persona; defendió su reino y su nueva conquista, que Cárlos de Anjou trató de recobrar con una segunda flota. Detuvo el mismo en los Pirineos al rey de Francia que queria instalar su hermano en Aragon, inutilizando de este modo la flota que habia venido de los puertos de la Provenza para obrar de acuerdo con el ejército invasor. De Sicilia, en donde habia dejado á su muger Constancia, como regente, el almirante Roger de Lauria comprendiendo que el Aragon no tenia necesidad de ser defendido por mar, se hizo á la vela y á toda prisa partió para Italia, presentó la batalla en su bahía de Nápoles al príncipe de Salerno ántes de la llegada de su padre que le seguia de cerca, la cual ganó Roger, haciendo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

prisionero al príncipe. Al entrar Cárlos de Anjou al dia siguiente en Nápoles, supo la derrota de su flota, y la cautividad de su hijo y herido por este último suceso (1285) espiró bien pronto esperando que «Dios tendria misericordia del que siempre habia pensado mas en el bien de la Iglesia que en el suyopropio.»

Honorio IV, sucesor de Martin IV, trató en vano de aprovechar la muerte de D. Pedro, que dejó el Aragon á su hijo mayor Alfonso y la Sicilia al segundo llamado Jaime; por la legislacion que promulgó con el nombre de capitulares de Honorio (*Capitoli d'Honorio*) consiguió únicamente conservar Nápoles, la Pouilla y la Calabria á Cárlos el cojo hijo de Cárlos de Anjou que continuaba prisionero. Don Jaime por su parte en Sicilia no se mostró menos generoso, haciendo concesiones á los varones y al clero que le aseguraban la fidelidad de sus nuevos súbditos. Nicolás IV sucesor de Honorio despues de haber obtenido la libertad de Cárlos II, no realzó su fortuna desprendiéndose del juramento que habia prestado de no atacar nunca á Jaime. La Sicilia estuvo por mucho tiempo separada del reino de Nápoles y á la muerte de Cárlos de Anjou la Italia se sustrajo á la influencia de este reinado del mediodia, como lo verificó ántes y por la muerte de Federico II al del imperio del norte. El papado en medio de los restos de un imperio que él mismo habia destruido y de un reino del que ya nada tenia que temer, parecia el único poder capaz de ejercer entónces mas influencia y preponderancia en la península dividida. Cosa estraña, la Santa Silla se encontró débil en medio de las ruinas que ella misma habia causado.

Los Papas, sin poder y sin influencia en Roma, despues de la revolucion comunal, elegidos tan pronto en Viterbo como en Assise, llamados, despedidos, vueltos á llamar por la ciudad eterna; no tenian otra autoridad política en Italia que como apadrinadores ó adversarios, unas veces de los emperadores y otras de los reyes de Nápoles.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Toda su influencia la debian á los intereses y á los partidos de que se constituian gefes ó defensores, y no á su propia fuerza material ó moral, perdida en las luchas anteriores. Desde que no tuvieron ya nada que combatir ó defender, se aletargaron en medio de la indiferencia comun ó se envilecieron en insignificantes y mezquinas luchas; impotentes para emprender nada grande, no pudiendo tampoco salvar á la Italia del imperio ó de Nápoles, llegaron así hasta el fin trágico de Bonifacio VIII; y los pequeños estados italianos, principados, señorios ó repúblicas nacidas de la lucha, pudieron crecer y desenvolverse con toda la independencia de su vida propia, con toda la energía de su ardiente originalidad. Dichosos ellos si se hubiesen aprovechado, para establecer entre sí el lazo de unidad que la Santa Silla no habia podido darles.

La aristocracia lombarda y la democracia Toscana; rivalidad de Florencia y de Pisa, de Génova y de Venecia (1285-1294.)

Todo sin embargo parecia conspirar á hacer á estos pequeños estados mas estraños cada dia, y mas útiles los unos á los otros. Al norte, el príncipio aristocrático tendia á hacer prevalecer en el pais las antiguas repúblicas. Othon Vizconti antiguo gefe del partido gibelino, definitivamente vencedor, despues de la caida de Cárlos de Anjou en 1287, hizo elegir á su hijo Mateo capitan del pueblo en Milan, y en 1290, en Novara y en Verceil, el marques Guillermo de Montferrato, capitan de las ciudades de Pavía Tortona y Alejandria, se inquietó algun tanto de este poder naciente y quiso combatirlo pero fué hecho prisionero en Alejandria por el mismo Othon Vizconti. El título de vicario imperial que obtuvo en 1294 del emperador Adolfo de Nassau, con el consentimiento del pueblo, anunció suficientemente la naturaleza del poder ambicionado por el señor de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Milan, y la facilidad con la cual Mateo Vizconti heredó en 1295 el pleno goce de su autoridad, parecia anunciar anticipadamente la perpétuidad del poder en este familia y el papel que debia representar en la Lombardia.

En la antigua frontera de Frioul, Alburino de la Scala, señor de Verona, y Azzo de Este en la de Ferrara, Modena y Regio, si bien guelfos, siguieron el ejemplo del poderoso podestá de la Lombardia. Estos antiguos nombres, divisa de ódios y rivalidades locales, no servian sino para proporcionar á los caballeros el pretesto de continuar sus servicios en las repúblicas y de conducirlos poco á poco al despotismo militar. En Venecia, despues de una tentativa hecha por el pueblo para recobrar el derecho de elegir á su Dux Gradenigo, gefe del partido arístocrático, por una serie de decretos habilmente dispuestos, quitó al pueblo toda participacion en la eleccion del gran consejo, circunscribió el derecho de eleccion en las familias nobles de los consejeros entonces en ejercicio, y acabó de este modo por constituir el gobierno aristocrático con una revolucion conocida en la historia de Venecia bajo el nombre de (*Serrata del maggior consiglio*) 1297.

Proclamado luego despues el derecho hereditario del senado, la inscripcion en el libro de oro y el establecimiento del consejo de los diez no fueron sino las consecuencias de esta medida.

En Toscana por el contrario, se desarrolló la libertad popular con todos sus recursos y sus consecuencias. El año mismo de la revolucion de Sicilia, en 1282, fué señalada en Florencia con la fundacion del gobierno democrático. Se estableció que siempre *los priores de las artes*, es decir, los primeros en cada profesion, reconocidos como tales por eleccion, formasen un consejo ejecutivo ó *señorio*, renovado cada dos meses que reasumiese y fuese depositario del poder. Alojados en el palacio público, debian vivir juntos y comer en la misma

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mesa á espensas del estado. Fueron los mandatarios del pueblo y de todos los *Popolani* de la ciudad. No se queria al principio admitir en el consejo, sino á los *priores* de las artes mayores, jueces, notarios, banqueros, tenderos, peleteros y pañeros, pero las artes menores como tintoreros, cardadores de lana, fregadores, herreros y picapedreros reclamaron y fueron admitidos, aunque en minoria, y hubo poco mas ó menos igualdad política entre los grandes industriales y los pequeños, el *populum crassum* y el *populum minutum* el pueblo noble y el pueblo artesano, *y popolani nobili y minori artifici*. La falta de igualdad fué decretada únicamente contra los verdaderos nobles, aquellos cuyo espíritu turbulento habia cambiado tan amenudo y ensangrentaba la ciudad. Fueron declarados inelegibles, ineptos para ejercer las funciones de la *señoria*, como individuos que no formaban parte de ningnna de las profesiones activas, ni menos de las *artes*, no quedándoles otro recurso para recobrar sus derechos que el renunciar á sus títulos de nobleza «*desanoblir*» es decir, hacerse matricular en algun cuerpo de oficio. La misma revolucion tuvo lugar al año siguiente en Sienna, donde fué establecida bajo la misma forma la *Señoría de los nueve gobernadores del comun y del pueblo*, y un poco mas tarde en Luca, en Pistoya, en Pisa, en Arezzo y en la mayor parte de las ciudades vecinas de Florencia y aun de Génova. Romper abiertamente con la nobleza, pareció á las ciudades toscanas el medio mas seguro de escapar á la suerte con que los podestás amenazaban ya á las heróicas ciudades lombardas.

Algun tiempo despues, en Florencia, un gentil hombre llamado Giano della Bella, pasado al partido popular, afirmó esta nueva constitucion. Nombrado *prior de las artes* y decidido á escojitar un remedio radical á los males con que las costumbres incorregibles de la nobleza afligieron á su patria, hizo privar á treinta y siete familias nobles del derecho de hacerse matri-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cular en el cuerpo de los oficios, y promulgó una ley por la cual se privaba de igual derecho *ipso facto*, á toda familia en la cual se probase que habia sido cometido algun crimen en el espacio anterior de diez años, una nueva organizacion militar hizo que se formasen veinte compañías de ciudadanos de Florencia, teniendo cada una á su cabeza un porta estandarte dependientes todos ellos de otro superior elegido por la *señoria*, y esta fuerza estaba destinada á asegurar y mantener en manos del gobierno los medios de hacer respetar la nueva constitucion. Todas las leyes planteadas por Guiano quedaron establecidas, no sin viva oposicion por parte de los nobles de los que al fin llegó á ser víctima.

Algun tiempo despues un motin estalló contra él, despertando las antiguas pasiones, y el tribuno lleno de nobleza, para conjurar la guerra civil se desterró el mismo «*con gran sentimiento de Florencia*,» segun dice Villani, que le juzga como «*un franco, honrado y leal ciudadano, pronto siempre á sacrificar al bien público su interés particular*» (1294.)

En la Romania y en ausencia de los Papas, representados únicamente por sus legados, los dos sistemas lombardo y toscano se disputaron el terreno.

En tanto que Bolonia escluia á la nobleza de toda participacion á las magistraturas del Estado, los Polenta en Ravena, los Malatesta en Rimini y los Montefeltri en Urbino, empezaron á perpetuarse en el cargo de podestas. En Roma la dignidad de senador iba siempre en aumento pero esplotada únicamente por los Colonna y los Orsini, indicaba suficientemente el caracter de una república aristocrática.

Las rivalidades de intereses continuaron manteniendo divididos á aquellos mismos cuyos principios políticos parecia natural que los aproximára. Las dos repúblicas de Génova y de Pisa, despues de tantos combates inútiles y con motivo de las diferencias sobre la Córcega y la Cerdeña, habian conduci-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

do, á la vista casi de la isla de Meloria 1284, una flota de mas de cien bageles para decidir de una vez y por la fuerza de las armas, con todas sus fuerzas y sus recursos esta antigua rivalidad en una última accion. Batidos los pisanos, por una reserva de treinta buques ocultos detrás de la Isla, mandados por los almirantes Doria y Spinola, los cuales aparecieron de pronto en medio del combate, perdieron mas de cuarenta buques, cinco mil muertos y once mil prisioneros, es decir todos sus recursos y casi su poblacion. Todo ciudadano se hizo soldado en esta ocasion decisiva. La desgraciada suerte de Pisa fué como la señal dada á todas las ciudades guelfas. Florencia, Luca, Sienna, Pistoia y Volterra, hicieron alianza con Génova para acabar de dar el golpe de gracia á la infortunada ciudad. Pisa en la inminencia del peligro, creyó encontrar su tabla de salvacion en la dictadura de uno de sus nobles, triste recurso de que el conde Ugolino se encargó de demostrarles todos los peligros á que se esponia.

Este era un guelfo que en todo tiempo habia contemplado mucho á los gibelinos, y que se habia sospechado, no sin fundamento, que babia coadyuvado muchas veces, por interés propio y en las pasadas discordias, al abatimiento y descrédito de la república. Tambien se le acusaba por algunos de haber sido el primero que en la batalla de Meloria habia dado la señal de la fuga; pero los pisanos, sin embargo, ciegos por el peligro en que se encontraban y creyendo que él únicamente podria tratar y sacar el mejor partido del enemigo, le nombraron capitan del pueblo por diez años. Obtuvo en efecto lo que ninguno en su lugar hubiera tal vez obtenido; esto es, la ruptura de la alianza de las ciudades toscanas con Génova, pero fué á costa de grandes sacrificios y cesiones de castillos y territorio; pero bien pronto trató únicamente de perpetuarse y afianzarse en el poder. Se negó á que fuesen puestos en libertad los prisioneros de Meloria, imponiendo condiciones

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que fueron rechazadas por ellos mismos, desterró á todos aquellos que le hacian sombra sin distincion de partidos, y ejerció la mas odiosa tiranía, hasta el estremo de asesinar por su propia mano al sobrino del arzobispo Roger, su mayor enemigo. Guelfos y gibelinos, irritados justamente, se sublevaron en 1288 y mandados por el mismo arzobispo sitiaron al tirano en el castillo palacio de la *Señoria*, le hicieron prisionero durante un terrible incendio y le encerraron en la torre de los Siete Caminos con cuatro de sus hijos y nietos. El arzobispo encontró medio para salvar al vencido de las iras populares, pero fué para cometer un crimen aun mas odioso que la traicion y la tiranía. Arrojó en el atrio las llaves de la prision, dejando morir sin alimento al padre y á los hijos, en esta torre, que presenció entonces una realidad mas horrible, que todo lo imaginado en el infierno del Dante.

Pisa no se salvó del primer peligro sino para caer en otro preparado de antemano por Ugolino. Las ciudades guelfas como Génova, Florencia, Luca y toda la Toscana menos Arezzo donde se habian retirado los gibelinos de Florencia, se aprestaron á vengar á Ugolino. La lucha volvió á empezar, pero siempre desgraciada para Pisa. Los aretinos y los refugiados de Florencia, fueron batidos en Campaldino en la célebre batalla *mezclada de terror y de alegria* donde figura Dante. Pisa se vió arrebatar, sin poder oponerse, la Isla de Elba por Doria y aun ella misma se vió amenazada en su puesto. La república gibelina no se salvó, sino llamando en su ayuda á un hombre de guerra, sumamente célebre en aquel tiempo, llamado Guido de Montefeltro y señor de la Romania. Este despues de haber reorganizado á Pisa, consiguió arrancar á las ciudades guelfas en 1293, una paz que restituyó poco despues á la república sus antiguas fronteras, si bien á costa de grandes privilegios de comercio otorgados á los florentinos, pero esta paz no pudo repararla del golpe recibido.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El Mediterráneo no debia volver á presenciar las luchas anteriores de Pisa y Génova, pero aquella provocó bien pronto una nueva lucha, decidiéndose á atacar á Venecia hasta en el Adriático y consiguiendo una primera victoria en Curzola, donde un Dandolo fué hecho prisionero y donde pereció el célebre viajero Marco-Polo.

Florencia verdaderamente no tenia rival en la Toscana, pero empezó á convertir su actividad contra si propia. Puesta en posesion de la *señoria* de Pistoia, en vez de procurar que desaparecieran en ella las guerras y facciones intestinas designadas bajo los nombres de «*partido de los negros* y *partido de los blancos* », se inoculó á si propia en este gérmen de discordia. Los *negros*, apoyados en Florencia por los Donati, familia noble entregada en cuerpo y alma á los gibelinos, y los *blancos*, por los Cerchi, comerciantes enriquecidos y sostenidos por el partido guelfo, despertaron bajo una nueva bandera, los ódios y las venganzas mal escondidas. Así pues, la guerra nació de la guerra y las facciones de las facciones.

Bonifacio VIII; caida política del papado (1294-1303)

El pontificado de Bonifacio VIII demostró que la Santa Silla habia llegado al estremo de tener que comprometerse y perderse, arrojándose, aun otra vez, en medio de esas luchas sin principios. Este Papa que habia arrancado á Celestino V su abdicacion de una parte por intimidacion y de otra parte por la astucia, era únicamente un monge visionario que entendiendo bien poco de las cosas del mundo, habia de ocuparse menos de la investigacion y contemplacion de las causas para aplicar los remedios. Desde los primeros dias de su reinado lo demostró evidentemente. Se le vió intervenir de una manera débil en los negocios de los reyes de Francia, Inglaterra, Escocia y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Hungria ; sin embargo, el objeto principal de su querella con el primero de estos soberanos que lo era Felipe el Hermoso, atestiguó la decadencia del papado. No prohibió á los príncipes seglares el derecho de investidura , lo que hizo únicamente fué el prohibirles que exigieran al clero el diezmo ni ningun otro impuesto sobre sus rentas ó dignidades. La Santa Sede se consolaba de sus derrotas políticas exigiendo y creando fuertes tributos para si y sobre su clero , con el título de *annatas* , *reservas y espectativas*, y en su ambicion no queria hacer partícipe de ellas á nadie ; en su consecuencia , la cuestion de dominacion se habia convertido en una cuestion metálica ó sea de dinero.

En Italia, sin embargo , Bonifacio pretendia algo mas, queria ser el único soberano y señor. La deposicion y la escomunion vinieron á herir repentinamente á los dos cardenales Pedro y Jacobo Coloma, dueños entonces de Roma y sus enemigos declarados. Predicó una cruzada contra toda esta familia , despojándola de los castillos y tierras que poseian en los alrededores de Roma. La amenaza del anatema suspendida sobre la cabeza de D. Jaime proclamado rey de Aragon despues de la muerte de su hermano, y sobre su madre Constancia que la edad hacia ya mas dócil , obligó al primero , por el tratado de Anagni en 1295, á renunciar la Sicilia en favor de Cárlos II en cambio del feudalismo de la Córcega y la Cerdeña que pertenecian á los genoveses y á los pisanos. El cardenal de Aguasparta fué el encargado de hacer cesar la autoridad de las querellas entre *negros* y *blancos* en la ciudad de Florencia. No tardó mucho el Papa en apercibirse que no bastaba ya tener la ambicion de Gregorio VII y de Inocencio III. Dura fué la respuesta de Felipe el Hermoso ; cortó la comunicacion de víveres para la Santa Sede, prohibiendo la esportacion del dinero-moneda fuera de sus estados. Espulsados de Colonna , sembraron por todas partes el ódio y desconfianza contra el nuevo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pontífice. Los sicilianos, á despecho de los anatemas pontificales, rechazaron nuevamente la dominacion angevina, tomando por rey al hermano de D. Jaime, Federico, cuyo nombre le proporcionaba un recuerdo grato. En Florencia el cardenal legado, vió rechazada tambien su arbitrariedad por los *blancos* que componian la mayoría de la *señoría*. Puso en entredicho á la ciudad y descontentó á todo el mundo.

Bonifacio VIII, calmó por un momento el ardor de su ambicion. Moderándose, obtuvo algunas concesiones de Felipe el Hermoso, satisfecho por otra parte de que hubiese hecho elevar al trono de Hungria á un francés, Charoberto, nieto de Cárlos II rey de Nápoles. Pero en el año de 1300 se exaltó nuevamente la imaginacion del Papa. Habia decretado el *gran perdon* secular para los que visitasen durante aquel año la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo, y doscientos mil cristianos vinieron á buscar esta remision, remision de las deudas para con el cielo.

No paró aqui Bonifacio, pues se creyó todo poderoso.

Se le vió aparecer en las calles de Roma coronado y revestido con la púrpura imperial que disputaba á Alberto de Austria. Dos heraldos le precedian, llevando la espada, el cetro y el globo, y diciendo. « *No hay mas rey de los romanos que el soberano pontífice* » ó tambien « *Aqui hay dos espadas. Aqui tienes Pedro tu sucesor y vos ¡oh Cristo! vuestro vicario.*»

El señor del mundo no escusó nada. En 1301, entró de nuevo en lucha con Felipe el Hermoso, á causa de los patronatos, y escomulgó á sus legistas y servidores. Envió á Italia á Cárlos de Valois, hermano del rey de Francia, Felipe el Hermoso, y lo hizo conde de Romanía, capitan del patrimonio de S. Pedro, señor de Ancona, pacificador de la Toscana y vicario imperial de la Lombardía, para asegurar la paz, es decir, su autoridad en Italia, y espulsar de Sicilia á Federico de Aragon. No necesitó promesas para decidir á Cárlos de Va-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lois, y se obstinó en hacer casar á la heredera del imperio latino, y á falta de esta corona, aun por conquistar, le prometió su apoyo cerca de los electores alemanes para la del imperio de occidente.

Penetrando en Florencia á la cabeza de un gran número de hombres de armas, gracias solamente, dice *Dante*, al arma de que se sirvió Judas, Cárlos de Valois dejó por largo tiempo sembrado por doquier el ódio y la discordia. Obligado á declararse por el Papa, que se mostró irritado por haber rehusado los *blancos*, y porque tenia en todas partes sus banqueros entre los *negros*, se declaró por estos últimos, dejándolos correr en persecucion de sus enemigos, abandonar las filas, quemar sus casas, y diseminó entre los adversarios de la Santa Sede el partido blanco, que por una de esas evoluciones frecuentes en la historia de las facciones italianas, representó desde entonces el principio gibelino. No abandonó á Florencia sin haber procurado antes asegurar los *negros*, y lanzó contra un centenar de familias del *partido blanco* una sentencia de destierro, en la que fueron comprendidos el poeta Dante, como prior de las artes y el padre de Petrarca.

La unanimidad de los sicilianos contra el yugo angevino y el valor de su nuevo rey Federico III, no ofrecieron una carrera tan fácil al protegido de Bonifacio en la Sicilia. Batido en diferentes encuentros en el cabo de Orlando y Falconara, se pudo considerar feliz al decidirse Federico á renunciar el título de rey de Sicilia, guardando, sin embargo, el señorío de la isla entera con el nombre de rey de Trinacria (1302), sustitucion de título inventado para salvar el amor propio de Cárlos de Nápoles y la vanidad de la Santa Sede, que no queria de ningun modo ceder.

Bonifacio VIII no ganó en todo este movimiento sino el ódio, ó por lo menos, el descontento de los italianos, de lo cual tuvo lugar de apercibirse perfectamente cuando el rey

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Francia, Felipe el Hermoso, herido en su dignidad por dos bulas anteriores, y próximo á ser escomulgado, puso la mano sobre él en el seno mismo de la península. Guillermo de Nogaret, uno de los principales consejeros del rey de Francia, aconsejó por fin á su señor terminar la lucha con la Santa Sede por medio de un golpe de audacia, de cuya ejecucion se encargó el mismo. Llegó á Italia bajo el pretesto de conferenciar con el Papa, se unió á los Colonna, recibió dineros de los florentinos, penetró en Toscana, y concluyó de preparar su plan en el castillo de Staggia.

El Papa, que se encontraba en aquellos momentos en Agnani, preparaba contra Felipe el Hermoso una bula de deposicion. Una mañana Guillermo de Nogaret, acompañado de Sciarra Colonna y algunos otros señores de las cercanías, sorprendió los puertos de la ciudad á los gritos de *Muera el Papa, y viva el rey de Francia.* En tanto, que sus cardenales huian trocando su ambicion por la mas heróica energía, recibió á sus enemigos con la tiara en la cabeza y el manto sobre los hombros. Rehusó doblegarse á la abdicacion que se le pedia con la amenaza en la boca y el guantelete sobre la cara. Hé aquí mi cabeza, respondió enérgicamente el anciano, *tendido como Jesucristo, si es preciso morir, moriré Papa.*

Nogaret y Colonna, para reducirle le detuvieron, observándole por espacio de tres dias, hasta que el pueblo, mero espectador en un principio, quiso salvarle, arrojando á aquellos estrangeros que habian concluido por conducirse de la manera mas insolente en la ciudad. Bonifacio VIII, despues de estos escesos violentos que habian alterado su salud, y tal vez su razon, volvió á entrar en Roma sin que mostrase mas alegría por su libertad, que indignacion produjo en su ánimo el cautiverio pasado. Poco tiempo despues murió en medio de la indiferencia general de la Italia. Triste sentimiento ante un fin tan trágico, que demostraba mas aun que el ultraje de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Anagni, la caida de la monarquía teocrática soñada en la edad media por el papado.

CAPITULO XII.

La cautividad de Babilonia; prosperidad de Italia, luchas entre los tiranos y las repúblicas (1303-1378).

Clemente V, (1305) el papado en Francia.

« Veo al Cristo, » esclamaba Dante hablando del fin de Bonifacio VIII, á quien no temió acusarle de haber seducido la augusta esposa y repudiarla despues; «veo al Cristo cautivo en su vicario, burlado por la segunda vez, habiendo bebido hiel y vinagre, condenado á muerte entre dos bandidos.» La indignacion del poeta no tiene límites, cuando habla del segundo sucesor de Bonifacio, Clemente V.

Despues del pontificado de Benito XI, que se supone murió envenenado, los cardenales encerrados despues de nueve meses por los habitantes de Perouse, no podian ponerse de acuerdo. El cardenal obispo de Ostia llegó por último á decidir á los cardenales del partido italiano, á presentar tres candidatos, entre los cuales los cardenales del partido francés estarian encargados de elegir el Papa. Tres candidatos enemigos del rey de Francia fueron designados; pero Felipe el Hermoso prevenido con tiempo, hizo de uno de ellos Beltran de Goth arzobispo de Burdeos, su mas ardiente adversario, un esclavo obediente asegurándole la tiara en 1305. El nuevo Papa Clemente V, despues de haber prometido todo lo que se le pidió, se hizo coronar en Lyon y fijó su residencia en Francia, donde empezó, la verdadera, la larga *cautividad*, la de *Babilonia*. Así el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Papa faltó á Italia despues del emperador. No era lo bastante que « el Cesar tudesco mereciese la cólera divina por no haber querido montar los argones de la Italia, esta bestia tan feroz y rebelde á la espuela, y permitió que este jardin del imperio se convirtiese en un desierto. » Clemente V, « este pastor sin ley venido de occidente, mas culpable que los mismos simoníacos, fué un nuevo Jason bajo un nuevo Antíoco, á abrigar la fealdad de sus acciones bajo la proteccion del sobrino del carnicero de Paris (14) raiz de este árbol culpable que dañó á toda la cristiandad; » y la península no tuvo ya sobre sí por espacio de algun tiempo, sino la sombra de estas dos potencias que la habian cansado á menudo en sus infatigables combates.

Prosperidad de Italia; industria, comercio, artes, ciencias y letras; Dante.

Parece á primera vista que la doble caida del imperio y del papado, no se habia hecho para escitar las quejas y maldiciones del poeta nacional de Italia, del que amaba y defendia a libertad como un guelfo y que se conjuraba como verdadero gibelino contra « el dia en que Constantino habia enriquecido al sucesor de Pedro y enseñado á la córte de Roma el tráfico cotidiano de Cristo. » La Italia durante dos siglos habia desplegado todos los recursos de la política mas movible y del valor mas perseverante para conquistar la libertad oponiendo á uno y otro, el Papa al emperador. Entre tanto para ruina de los dos estaba en posesion de esa independencia por tanto tiempo perseguida.

¿Qué ciudades de la edad media eran mas dueñas de sí que las repúblicas marítimas ó las de la Toscana? Es cierto que en algunas ciudades de Lombardía, algunos señores trataban de hacer permanecer entre sus manos y heredarlos á sus fami-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lias el cargo de podestád. Pero no lo conseguian demasiado sino con consentimiento del pueblo, que cansado ya de la anarquía para preferir á la libertad una dictadura que sometia la turbulenta nobleza á la ley comun, y cuando hacian pasar su propio interés delante del de todos, el pueblo le recordaba con bastante frecuencia que aun no habian pasado á ser señores. En 1302 los milaneses descontentos con la gestion de Mateo Visconte, le obligaron á hacer dimision del poder. En 1303 Alberto Scott podestád de Placencia, fué violentamente despojado del empleo que queria conservar; Módena y Reggio, en 1306 sacudieron el yugo de Azzo d'Este, y en 1308 sus herederos fueron privados por nueve años del poder ejercido desde largo tiempo por sus antepasados en la ciudad de Ferrara. Aun este era el último grado de libertad antes de ser el primero de la esclavitud.

Al abrigo de estas formas variadas de una independencia tumultuosa pero fuerte y fecunda, la Italia habia llegado á un grado de prosperidad y civilizacion, que causaba la admiracion y la envidia del mundo de la edad media; se habia convertido en el centro y el depósito del comercio de oriente y occidente, el hogar de las luces y de las artes. Echada sobre el Mediterráneo, ella entrelazaba no solamente todas sus orillas por el comercio, sino tambien las comarcas mas separadas del levante y poniente del mediodia y del septentrion. Cada ciudad á su vez venia á ponerse en esta carrera del comercio, para recoger las riquezas y la gloria.

Es verdad que Pisa acababa de ser abatida con la batalla de Meloria; habia perdido la Córcega y no poseia mas que la Cerdeña. Pero antes de sufrir la suerte que ella misma habia impuesto á Amalfi, habia monopolizado el comercio de Palestina, Africa y España. Ahora Venecia y Génova esperaban el apogeo de su poder, bien que la primera cayó bajo el yugo de una aristocracia ruda de por sí y cuidadosa de los intere-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ses del pueblo, y que la segunda empezaba á enajenar su libertad entre las manos de los podestás y de los señores estrangeros, para escapar de las rivalidades de los Doria y de los Spinola. Venecia, dueña del Adriático, de una parte de las islas y costas de la Grecia, de muchos puntos del litoral de Asia y de la isla de Candia, contenia á fines del siglo XIII trescientos navíos de gran porte y cuarenta y cinco galeras, siempre armados completamente y en número duplicado de buques mercantes; sus flotas estaban equipadas por treinta y cinco mil marinos, solamente sus construcciones navales ocupaban á diez mil obreros. Sin descuidar á Constantinopla y el mar Negro, frecuentaba principalmente el Egipto y Alejandría; pero su ambicion llevaba mas léjos sus miras; y Marco Polo su célebre viagero, penetrando hasta el interior del Asia, indicaba á su actividad nuevas comarcas. La ciudad de Génova que no era menos rica en navios, esplotaba con las costas de España y Francia, las del Asia menor, los Dardanelos donde tenia en Constantinopla el arrabal de Pera y el Mar Negro; en cuyo fondo su colonia de Caffa era tenida por la reina de la Crimea. Las sederias de la China, las especies, palos de tintorería, pedrerias de la India, los perfumes de Arabia, los tejidos de Damas, el azúcar de Levante, el oro y los plomos de Africa, eran los principales objetos que los repúblicos comerciales repartian por toda Europa, y hacian penetrar aun por el Rhin hasta los Paises-Bajos, Inglaterra, Suecia y Dinamarca.

Las ciudades interiores no atrasaban á las marítimas. Las manufacturas eran muy activas, en particular las de lana y aun las de seda. La órden de los *Humillados* en Lombardia habia ganado inmensas riquezas, introduciendo en este pais la industria de la lana. Milan era siempre la reina de Lombardia por su poblacion y su industria. En 1288, contaba segun Giulini trece mil casas, seis mil fuentes, cuatrocientos hornos,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de panadero, ciento cincuenta hosterías y cerca de doscientos mil habitantes. Las fábricas de armas, harneses, sillas y telas finas, eran numerosísimas. Otras ciudades la seguian aunque con diferencia notable. En 1300, se fabricaron en Verona veinte mil piezas de tela por año. Florencia por lo que dice Villaní, era la mas próspera de las ciudades de Toscana. Contaba veinte y cinco mil hombres aptos para llevar las armas, noventa mil habitantes en la misma Florencia, y ochenta mil en el territorio de la ciudad. Tenia ciento diez iglesias inclusas las de los arrabales, doscientos tallares que ocupaban á treinta mil obreros y espedian ochenta mil piezas de tela por valor de doce mil sequies. Pisa perdia un poco Sienne espedia mucho para Levante, el impuesto de cuatro libras pagadas por cada pieza de tela exportada, la daban seiscientos sequies.

Un sistema hidráulico, muy conocido y aplicado riguro-samente en Lombardia y en Toscana; una distribucion saludable de las aguas en los valles del Pó, el terraplen regular de su fuente en el anfiteatro del Arno, tan favorable á las viñedos á las higueras y olivos; la esplotacion de la tierra por los quinteros, sustituida en todas partes á la esclavitud gracias á los franqueos hechos por los negociantes de las ciudades hechos propietarios, y aun por algunos nobles y prelados deseosos de unirse á los habitantes de la ciudad, hacian marchar la agricultura al igual de la industria. El mas considerable de los trabajos de canalizacion emprendido en esta época, el *Navig lio Grande* que condujo las aguas del Tesino á Milan, estaba concluido á fines del siglo XIII.

Depósito del comercio continental, la Italia se habia hecho tambien el centro del movimiento financiero de la Europa. La córte de Roma que apercibia fondos del mundo entero, habia dado el ejemplo con hacer viajar los valores por una especie de comercio de banco, y pronto encontró imita-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dores; las letras de cambio circulaban ya en Italia desde principios del siglo XII. El sistema del crèdito público habia sido descubierto y aplicado por el establecimiento del Monte ó bancos del Estado, en Venecia desde 1156 y un poco mas tarde y en mayor escala, en Génova en el banco de San Jorge, y en Florencia. Los lombardos no eran los únicos que su nombre fuese sinónimo del de los banqueros ó presores. Los florentinos, los genoveses, los lucqueses descontaban en todas las grandes ciudades de Europa en los siglos XIII y XIV; mas de un principe era deudor de una pequeña república italiana, y el consejo de banco de una de estas ciudades pedia á su antojo, para no ver ó hacer imposibles, los proyectos de cruzada ó de conquista de un gran soberano.

El tributo de esta prosperidad fué pagado noblemente al cristianismo por la construccion de grandes edificios religiosos. La iglesia bizantina de San Marcos, con sus prodigiosos pórticos, compuestos de dos hileras de arcos abovedados y arqueados, sostenidos por columnitas y sus cinco cúpulas sobre montadas con cruces griegas, habia sido acabada desde el año de 1071. Desde la caida de Constantinopla los caballos de Neron ocupaban el medio de la galeria que separa las dos partes del pórtico, la alta torre ó *campanile*, enfrente de la basílica, se cimentaba en 1141, y pronto permitió el dux de Venecia contemplar al Adriático «su esposa» con toda su majestad. La cúpula de Pisa, obra de Buschetto de Dulychium, primer tipo del órden toscano empezado en 1063, y adornado con los despojos de la antigüedad griega y romana, que componian casi enteramente las cinco columnatas sobrepuestas á su bella portada, estaba acabada á fines del siglo XI. En 1152, la ciudad gibelina echaba los fundamentos de su bautisterio, admirable composicion en que las columnas griegas soportaban con gracia la arcada romana donde la cúpula bizantina sobresentada con un San Juan Bautista de bronce, sale majestuosa-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mente de una bordura del todo gótica, la famosa torre con sus doscientas y siete columnas de mármol blanco, y su declive fuera de la perpendicular, construida en 1174, acabó sobre la misma plaza en la magnífica y sorprendente triologia objeto de la admiracion general. En fin, en 1278 se empezaba sobre los dibujos de Juan de Pisa, para recoger dignamente los restos de los grandes hombres de la república, sepultados bajo una tierra traida de los alrededores de Jerusalen, la estensa y curiosa galeria del *Campo Santo.* Pisa habia querido consagrar dignamente el nacimiento y la muerte cristiana. El célebre artista inscribiendo el ogive en todo el arco, dió al campo consagrado una dulce y serena tristeza. Los ilustres muertos hallaron en los dos orcagna los dignos intérpretes de su vida gloriosa y atormentada. Florencia nacida mas tarde para las artes como para la libertad, alcanzó bien pronto á las que la aventajaban. A fines del siglo XIII Arnolfo de Lapo bajando de la montaña de Assise donde habia construido la célebre iglesia de los Franciscanos, mezcló aun mas atrevidamente el ogive y roselon en el órden toscano en todas las iglesias de *Santa Croce* y de *Santa Maria del Fiore* sobremontada algo mas tarde por Brunelleschi con la cúpula que Miguel Angel no debió desdeñarse en prestar para coronar la madre de todas las iglesias. En el campanario construido algo mas tarde se conocian mas los señales de la invasion gótica, venida á causa de la dominacion alemana. En el siglo XVI, admiraba á Cárlos V acostumbrado á la riqueza de las arquitecturas árabe y flamenca. Estos templos prestaban un digno estilo á los ensayos de Eimabue, que franqueaba la pintura del modo tradicional de los bízantinos y del gótico, juntando la gracia de la espresion, á la serenidad del dibujo de su maestro.

En otro órden de hechos, la Italia era siempre la fuente productiva de las mas grandes ciencias conocidas en la edad media, el derecho y la teologia. Los cuatro famosos doctores

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Bolonia que hemos hallado en posesion de la celebridad en tiempo de Federico Barbaroja, habian dejado sucesores dignos de ellos y que gozaron largo tiempo de su autoridad en la Europa entera. Acurse, nacido en Florencia en 1182, discípulo de Azzo profesor de Bolonia, dotado de una memoria prodigiosa, habia recogido en su Grande Glosa todas las notas, todas las observaciones hechas por sus antecesores; fué durante todo el siglo XIII el idolo de los jurisconsultos, á pesar de los errores ocasionados por su poco conocimiento en la literatura antigua. Bien pronto Bartolo, nacido en 1313, profesor en Pisa, aclaraba por comentarios mas ostensos las Glosas de Acurse y en un tratado titulado: *Del gobierno y de la tiranía*, señaló la pendiente donde se dejaba resbalar su patria.

En el síglo XI, Lanfranc, nacido en Pavía en 1005, despues arzobispo de Cantorbery; Pedro Damian nacido en 1001; san Anselmo, nacido en Aoste en 1034 sucesor de Lanfranc, fueron los primeros que fundaron realmente la ciencia escolástica, aplicando su razonamiento á demostrar las causas de la fé y la ciencia, á apoyar la autoridad de la iglesia. En el siglo XII y XIII con la inspiracion italiana, sostenia y renovaba esta ciencia con doble arte, tan útil para construir la ciudad eclesiástica de la edad media, como para edificar la Jerusalen celeste hecha á imitacion de la primera. Pedro el Lombardo, nacido en 1164 cerca de Novara, debe á la teologia las mas sólidas y profundas bases en su libro titulado: el *Maestro de las sentencias*, fortificado por estradicion de los Padres. San Buenaventura nacido en 1221 con el sobrenombre del doctor seráfico, viendo al soberano conforme en la union con Dios y la verdad, en la contemplacion del divino Ser, rodeaba el edificio como de una mística corona. Tomás de Aquino nacido en 1245, coordinaba y cimentaba el todo con la lógica severa de Aristóteles segun el sistema completo y ríguroso que dejó en suma su teología. Una sola tentativa, la de Juan de Parme habia amenazado la uni-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dad y la continuacion católica del sistema; su voz habia sido al instante sofocada, fué obligado por Martin IV á entregar el generalado de los franciscanos.

Hasta la medicina en la edad media tomó vuelo en Italia, para dominar luego de alli la Europa entera. La escuela de Salerno ya célebre en el siglo IX erigida en academia por Roger de Sicilia y confirmada por Federico Barbaroja, salvaba de las licencias y diplomas no solamente la Italia sino todos los paises vecinos y la flor de la sabiduria de la escuela salernitana *quod flos medicinæ vocatur* impuesta por primera vez por un poeta médico para un rey de Inglaterra, reinaba en todas partes.

Era tambien en la península donde nacia una de las grandes literaturas modernas. No habia aun mucho tiempo que Guillermo de Pouille rimaba en latin las hazañas de Guiscardo; el capellan Donizon, la piedad de la condesa Matilde, y Mussato los crímenes de Eccelino. En el jubileo del año de 1300, Villani tuvo la idea de escribir la «historia» para la gloria de Florencia su patria, que se eleva, mientras que Roma declina» y despues reconocia esta tarea con una inteligencia de las cosas y una gravedad del estilo que descubrian el estudio de los modelos y la práctica de la vida política.

En fin, la poesia italiana abandonaba los rios trazados por los poetas sicilianos y los trovadores, lombardos imitadores de Provenza. No se estaba aun muy distante del tiempo en que el áspero y duro Sordello de Mantua ofrecia en un festin el corazon del gran caballero Blancas, al césar del Roma para darle valor. Un fraile mendicante, Fray Jacopone, acababa de entregar en verso burlesco la memoria del Papa Bonifacio VIII con desprecio y risa de los italianos, pero Brunetto Latini Guido Cavalcanti y florentinos sábios y poetas á la vez habian preparado el camino. El instante de la madurez habia llegado: Dante Alighieri reveló á la Italia su lengua nacional y vulgar, *volgare eloquentia* y dejó en un poema inmortal la espresion

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mas completa y verdadera de esta época atormentada y fecunda. La profundizacion mistica de S. Buenaventura y la dialéctica ardua de San Tomás de Aquino, el ódio y el amor, el grito de guerra del hombre de partido y el suspiro del trovador, la teologia y la política, la ortodoxa de un monge respecto de la doctrina de la iglesia y el libre pensamiento de un *patarino* al igual de sus miembros, la aficion de un guelfo á la libertad y de un gibelino al órden, el cielo y la tierra, el mundo y Florencia parecian mesclarse, confundirse á cual mas en la comedia divina para entregar el secreto de la Italia con el del desterrado florentino y el amante de Beatriz transfigurado.

Sin embargo, no era sin un sentimiento oscuro, pero real tambien de las cosas, que el poeta herido de una tristeza infinita por el abatimiento del imperio y de la Santa Sede, sepultaba, por decirlo así, esta viviente epopeya italiana en los círculos del otro mundo, del *Paraiso* y del *Infierno*. En el seno de la prosperidad pública, Dante, iluminado por los pesares y sinsabores del destierro, ponia el dedo sobre el gérmen de una prematura decadencia. Es verdad que el emperador y el Papa habian destrozado á menudo la Italia, pero eran tambien un principio de union y de grandeza. Fué bajo su égida que la península halló á veces alguna unidad, creyéndose aun en su orgullo tradicional, señora de los pueblos. Dante no tenia bastante admiracion para todo lo que habia llevado el título de emperador, para el nombre de Augusto, Justiniano, Carlomagno, estos brazos del Cristo que habian reformado las leyes, protegido la iglesia, y devuelto la paz al mundo. «*Mi silla, mi silla*, esclamaba tambien san Pedro por boca del poeta, *mi silla* está vacante ante el hijo de Dios, y no es sino una cloaca de sangre y de corrupcion.» La Italia, en efecto, erraba como perdida desde que le faltaban los dos polos entre los cuales habia oscilado tan largo tiempo. Puesta al frente de sus divisiones, se entregaba á ella sin medida, abrigando sus intere-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ses y sus pasiones bajo los viejos nombres de guelfo y de gibelino, triste herencia de ódio que el Papa y el emperador habian dejado. Nobles poderosos en los campos y ricos propietarios en las ciudades, se disputaban el poder bajo banderas que ya no engañaban á nadie.» *Que los gibelinos*, confesaba el mismo Dante, *tomen otra divisa; esto no es seguir el imperio, es separarse de la justicia*,» é imploraba en su consecuencia la presencia del César: «Ven á ver, decia, hombre olvidadizo, mira las facciones destrozarse en las ciudades bajo los nombres de Monaldi y de Filippeschi, de Montecchi y de Capulleti,» nombres inmortalizados tambien por otro poeta, como tipos de estas pasiones que desgarraban la península. Tal era, en efecto, el estado de Italia. La hostilidad del principio aristocrático y del democrático, amenazaba ya una independencia tolerada mas pronto por el imperio que conquistada sobre sí. Era el principal obstáculo para el establecimiento de la unidad, al abrigo de la cual solamente podia desarrollarse el sentimiento nacional.

La misma libertad municipal no se hallaba establecida sobre un terreno muy sólido; dependia de su libre voluntad, y para su mayor tranquilidad las ciudades lombardas empezaron á nombrarse sus señores. Pero es peligroso para la libertad jugar con la esclavitud, y los servicios de la tiranía son raras veces gratuitos. «La Italia, decia Dante, está llena de tiranos, y á todo pícaro que intriga se le califica de héroe!» La esclusion llevada contra los nobles en las ciudades toscanas, denotaba mas desconfianza que fuerza positiva. El rencor de la gente rica, contra la clase obrera, la esclavitud en que tenian los habitantes de las ciudades, á los de la campiña; las hostilidades contínuas de los ricos contra los pobres, del *pueblo gordo* contra el *pueblo flaco* (*proelium inter populum orassum et populum macrum*) de los palaciegos contra los artesanos, hacian imposible el sosten de la libertad, mirada como un privilegio y no

(c) Instituto Cervantes de Madrid

como un derecho. «Despues de las revoluciones, dice Maquiavelo, se hacian reformas no por un interés general, sino para el sosten y seguridad de un partido.» Se miraba la proscripcion en masa de toda una faccion, de toda una clase, *noble, gorda ó flaca*, como el solo medio de evitar una guerra de esterminio, perpetuándola de este modo; las bandadas de desterrados (*fuorusciti*) erraban por toda la península, espiando la ocasion de regresar á su patria.

La instabilidad de estas instituciones, «tan frágiles por cierto que lo que se establecia en octubre, no llegaba á la mitad de noviembre, «se asemejaban aquellas repúblicas á los enfermos que no pudiendo hallar reposo, se agitan intranquilos en el lecho del dolor. «Italia, esclamaba el poeta, mansion de dolor, bagel que navega sin brújula y sin timon en una espantosa tempestad, tu no eres ya la señora de los pueblos, sino un oco de prostitucion. Los que viven en tus comarcas se hacen una guerra implacable; y aquellos que tus mismos muros protegen, se despedazan encarnizadamente. Dirige una mirada al rededor de tus playas, y dime si tan solo una de tus provincias goza del beneficio de la paz.»

Roberto de Nápoles; el Papa Clemente V y el emperador Henrique VII de Luxemburgo (1310-1313).

Nada estraño que en medio de estas querellas y en el ardor de la lucha, los partidos volviesen los ojos hácia el Papa y el emperador, sino en la esperanza de hallar en ellos el puerto que pudiese librarlos de la tempestad, al menos por deseo de vencer á sus adversarios. Pero los Papas, desde su retiro fijado desde 1309 en Avignon, y los emperadores perdidos en el Occéano del feudalismo aleman, no podian ejercer sino una intervencion mas bien nociva que útil; y la historia de Italia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

durante mas de un siglo, no fué sino una serie de revoluciones y contra revoluciones estendiéndose de un estremo á otro de la peninsula, á cada aparicion de un Papa ó emperador, á cada acontecimiento que destituia los hombres y las fuerzas del pais, triste flujo y reflujo donde debian sepultarse esas dos nuevas y frágiles conquistas, la libertad y la independencia.

Despues de la traslacion de la Santa Sede á Francia, el rey de Nápoles, Roberto, sucesor de Cárlos II en 1309, era el personage dominante de la península, su apoyo facilitaba el triunfo de los *negros* en Toscana y en Romania; de los guelfos en Lombardia y en una palabra, de la aristocracia ciudadana contra la nobleza. Los gibelinos es decir, en Milan los Vizcontis y sus numerosos secuaces, en Bolonia los Lambertazzi, los *blancos*, variedad de gibelinos en Florencia y en Pistosie, se dirigian entonces como desterrados (*furusciti*) al César su antiguo protector, para alcanzar socorros contra sus enemigos El año 1310 se vió por una aproximacion singular que no contribuyó poco á desmoralizar los partidos, al Papa Clemente V y al emperador entenderse con el rey de Nápoles, que habia tomado el puesto de la Santa Sede á la cabeza de los guelfos. Pasada una ausencia de cincuenta y seis años, un nuevo César, el jóven Enrique VII de Luxemburgo, bajó de los Alpes por el monte Cénis, favorecido por Amadeo V, duque de Saboya, cuya casa empezaba á mezclarse mas activamente en los asuntos de Italia: tenia una pequeña escolta de hombres de armas y una provision aun mas pequeña de escudos, pero en desquite estaba rodeado de no pocos legados de Clemente V. El Papa y el emperador, dando el ejemplo de la union, querian segun ellos sofocar toda discordia. Esta exibicion pacífica, ortodoxa de un César jóven caballaresco, despertó con todo su candor las viejas ilusiones de Italia, y abrió por un momento los corazones á la esperanza y á la concordia. El poeta Dante

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fué el primero en saludar al recien venido, y le conjuró en su libro de *la Unidad del poder* (de monarquia) en nombre de la razon, de la fé y de la humanidad, á dar la paz á la Italia y al mundo, tomada por la ley de la del todo poderoso. La nobleza lombarda se precipitó ante el jóven prometiéndole que daria la vuelta á toda la Italia con el halcon en la mano en vez de la espada desnuda; la poblacion de las ciudades se entusiasmó al grito de viva *il popolo*: y los emigrados de todos los partidos y comunes llegaron para aumentar el cortejo imperial.

El jóven emperador recibió en Milan la corona de hierro en medio del regocijo general; en la iglesia de San Ambrosio recompensó la fidelidad de Amadeo de Saboya, haciéndole príncipe del imperio y conde de Asti, lo que le hizo dar un paso mas en la península. Prometió no hacer ninguna diferencia entre los guelfos y los gibelinos; dispuso la reconciliacion de los Torriani y de los Visconti, la entrada de los desterrados, y reemplazó por vicarios imperiales á los de Roberto de Nápoles. La ciudad de Génova, cansada de las discordias de sus familias nobles, de los Doria y de los Spinola de Feschi y de Grimaldi, se entregó á él por veinte años y recibió un podestád de su eleccion, Hugo de la Faquiola. No obstante, la ilusion y la buena armonía duraron muy poco. A causa de las desconfianzas escitadas y resentidas por los Jorriani en Milan, Enrique VII habiendo entregado el mando de la ciudad á Mateo Visconti, los Torriani con los guelfos de Cremona tomaron las armas. El emperador se vió obligado á sitiar á Brescia durante seis meses. Por lo demás, el César aun cuando pobre era escesivamente caballero, y fué abolido el tributo de conquista relevó del pago de cien mil escudos á Milan y de sesenta mil á Génova. En la Toscana, fué aun recibido con los brazos abiertos por la infortunada Pisa, que le ofreció voluntariamente sus tesoros, treinta galeras y seiscientos alabarderos,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

poniendo en él toda su esperanza; pero encontró á Florencia y todas las otras ciudades guelfas cerradas y hóstiles, bajo la proteccion del rey de Nápoles y tan poco temerosas á sus amenazas como á las escomuniones de Clemente V y sus legados. Obligado á atravesar la Toscana revolucionada en nombre de la Santa iglesia» á pesar de hallarse presentes los legados del Papa; «y por la muerte del emperador.» Enrique VII no fué mucho mas feliz en Roma, esta viuda, esta desamparada que lo llamaba noche y dia, esclamando en su dolor: *Oh tu César! porque no vienes á mi seno ?*» Los Orsini lo recibieron pero debió contentarse con ser coronado por los legados del Papa en la iglesia de San Juan de Letran; el mismo rey Roberto y los Colonna, le impidieron penetrar en el resto de la ciudad y en el Vaticano.

Se echó de ver mas su debilidad, cuando en vez de pacificar, quiso el César castigar declarando á Roberto indigno del trono como criminal de lesa majestad. Enrique VII, con algunos vasallos alemanes y gibelinos de Italia, no pudo penetrar en la Toscana sino como aventurero. Florencia se entregó por cinco años al rey de Nápoles, para que se interesase en su defensa; repartió dinero y revolucionó en todas partes á los Torriani, y en el milanesado á los paduanos contra Cane della Scala. En medio de la Italia revolucionada, el César al que Dante llamaba para hacer de él el emperador del mundo, murió á tiempo en 1313, víctima de la *mal 'aria*, ó si debemos creer mejor á los alemanes, del veneno administrado por un dominico en una hostia.

Mateo Visconti y Hugo de la Fagginola (1313-1316.)

Mientras que Luis de Baviera y Federico de Austria se disputaban la sucesion de Enrique VII y que una vacante de dos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

años precedia á la muerte de Clemente V, Roberto de Nápoles volvió á iniciar sus proyectos de dominacion, pero con menos éxito. Pisa, amenazada por él en Toscana, en castigo de todo lo que habia hecho por Enrique VII, halló un defensor en Hugo de la Faginola, rico y poderoso señor de la Romania. Este proscrito de Génova en donde habia sido podestá, era en todas partes el defensor de los nobles espulsados por los ricos propietarios de las ciudades. Nombrado señor de Pisa, condujo los gibelinos á Luca y batió al hijo mayor del rey Roberto, gefe de las tropas guelfas de Toscana cerca de Montecatini (1315). En Lombardía Mateo Visconti, mirado con justicia como gefe de los gibelinos, condecorado por los italianos con el nombre de Grande, sostenido por cuatro hijos valientes y hábiles como él, batió á Hugo de los Baux y el delfin de Viennois, puestos por Roberto á la cabeza de los guelfos de esta comarca. La nobleza militar generalmente se mantenia mejor en Lombardía y los ricos propietarios en Toscana.

Pero la ambicion y el egoismo, empezaban á aparecer en estas luchas, que en otro tiempo solamente la libertad habia hecho palpitar los corazones. Hugo de la Faginola, habia libertado á Luca y Pisa de Roberto de Nápoles, para esclavizarlas despues. Este primer ensayo de despotismo fracasó en Toscana. Los lucanos espulsaron al hijo de Hugo que habia aprisionado á Castruccio Castracani uno de sus conciudadanos; Faginola salió de Pisa para socorrer su hijo; pero los pisanos le cerraron las puertas, alegando que era muy caro pagar con la vida su libertad. En Lombardía, Mateo Visconti, por el contrario, se aprovechó de estos sucesos para apoderarse de Pavia, Tortona, Alejandría, y hacer de su señorío un estado verdadero. Señor de Milan desde la muerte del arzobispo su tio que habia ejercido ya el poder temporal, fué el verdadero fundador de la fortuna de su casa. Espulsado un momento por los Torriani, acabó de arruinar esta familia guelfa condenada á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

destierro perpétuo, y gobernando desde entonces en Milan por el arzobispo su sobrino, y en Pavia, Plasencia, Alejandría; Tortona por sus cuátro hijos investido por sí del vicariato imperial de Lombardía, dominó todo el valle medio del Pó. Cerca de él, Cano de la Scala, su amigo y protegido, poderosísimo en la Scala de Verona, se hubiera tambien apoderado de las dos ciudades de Cremona y Padua, si no se hubiesedado la primera á Jaime Cavalcabo y la segunda á Santiago de Carrara, señores guelfos; como para probar que debilitadas por las discordias, no quedaba á las repúblicas sino la eleccion de sus señores.

El Papa Juan XXII, Cano el Grande y Castruccio Castracani (1316-1327).

Libre ya en 1316, el Papa Juan XXII de la difícil eleccion del conclave, abandonó los errores de su predecesor, aliándose nuevamente con Roberto de Nápoles y el partido güelfo, para tomar tambien parte en la dominacion pontifical en medio de esas desgracias sucesivas de la libertad. Los Papas habian renunciado á la herencia del Apóstol en la ciudad eterna, pero no en la donacion de Constantino y Carlomagno. Despojado de las pequeñas ciudades del ducado de Roma y de la Romania, por la enérgica nobleza de este pais, vieron al momento que no podian entrar sino apoyando los propietarios. Juan XXII fué quien lo comprendió primero, empleando para recobrar los estados de la Iglesia, sumas enormes que la Santa Sede reunia en Avignon.

Hombre ambicioso, teólogo pedante, que se hizo acusar de heregía, y no se corrigió jamás del pecado de avaricia, juzgándose heredero de los derechos del imperio, durante la vacante ó guerra de los dos competidores, declaró á Roberto de Nápoles, vicario imperial de Italia, y escomulgó á Mateo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Visconti, que no queria renunciar al título que le habia dado. Enrique VII. Por toda respuesta el señor del milanesado sitió la ciudad de Génova, entonces en poder de la faccion guelfa, á fin de conducir allí los Doria y los Spinola (1318). Se habrian realizado las esperanzas del Papa y del rey de Nápoles al norte de la península, si Génova se hubiese entregado á los gibelinos por intervencion de los Visconti. Roberto, á la cabeza de veinte y cinco bajeles, se echó en la ciudad, y prefiriendo los guelfos y genoveses, como todos los demás italianos, la victoria de la faccion á la libertad de su patria, fué nombrado señor de Génova por diez años.

Los destinos de las facciones se debatieron durante diez meses en este sitio memorable. Toda la Italia tomó parte con sus numerosos estados relacionados comercialmente con esta poderosa ciudad. Pisa, el rey de Sicilia, Federico, el marques de Montferrato, y hasta el emperador de Constantinopla, enviaron refuerzos á los sitiadores; los fiorentines y boloneses al rey Roberto. Las montañas, los valles de los dos rios y las flotas del golfo de Leon, fueron teatro de sangrientos combates, que se repitieron aun en las colonias genovesas de Grecia y de Levante. Visconti y los gibelinos llamados á otra parte por las hostilidades de los güelfos de Brescia, se cansaron muy pronto, y levantaron el sitio.

Juan XXII, alentado por este acontecimiento, envió un legado, Beltran del Poïet, y á un príncipe francés, Felipe de Valois, hijo de Cárlos, mezclado ya en los asuntos de Italia, á tomar la ofensiva. Visconti encerró á Felipe entre el Pó y el Tesino, y obligó al futuro rey de Francia á firmar un tratado vergonzoso. El legado escomulgó por segunda vez á Mateo y sus cuatro hijos con las ciudades que le obedecian, importándosele al principio muy poco. Pero perseguido despues por temores supersticiosos, errante de una en otra iglesia, devolvió bien pronto la esperanza de Juan XXII, transmitiendo en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vida su autoridad á su hijo Galeas, á fin de morir en paz con la Iglesia (1322). Menos hábil y respetado que su padre, arrojado de Milan por una sedicion, Galeas no pudo impedir al legado del Poïet, se apoderase de Tortona, Alejandría, Parma, Plasencia, Reggio y una parte de Lombardía. A falta del señor de Milan, el estandarte gibelino fué llevado en Lombardía y en Toscana por Castruccio Castracani y Cano della Scala.

Este último, el mas generoso de los gefes gibelinos, que Dante y Hugo de la Fagginola recibian en su córte, habia permanecido hasta entonces en la oscuridad. Ocupó, pues, el primer puesto. Dejó á Beltran de Poïet estenderse en Lombardía, donde no veia quizás con atencion la decadencia de Galeas; pero detuvo al legado en la Romanía, de acuerdo con marqués Azzo d'Este, restablecido en Ferrara por los gibelinos en 1317, y convertido desde entonces en gibelino desinteresado, á pesar de su orígen. Los boloneses, que desempeñaban poco menos en Romanía el mismo papel que Florencia en Toscana, fueron llamados al socorro del legado; pero fueron batidos completamente por los dos señores reunidos en Monteveglio, aun cuando fuesen mandados por Malatestino de Rimini. El feliz señor de Verona ganó el sobrenombre de Grande, que habia pertenecido á Mateo Visconti. Mientras que Galeas Visconti luchaba con pena contra sus hermanos, todos los nobles gibelinos se volvieron hácia este nuevo gefe (1324).

En Toscana, Castruccio Castracani por cuya proteccion los lucanos se habian sublevado contra Hugo de la Fagginola habia aprendido á conocer los hombres y las cosas en sus numerosas aventuras á través de Europa. Se sirvió de su esperiencia para lograr su ambicion. Encargado del mando de la ciudad de Luca, al principio no buscó como aquel á quien habia sustituido, sino que procuró someter á su autoridad las ciudades gibelinas de Toscana, bajo pretesto de mejor defensa. Dos veces atacó á Pisa, esperando aprovecharse ya de la guerra civil

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que se tramaba en sus muros, como de la traicion del juez de Arboré que entregaba al rey de Aragon Jaime II la entrada de Cerdeña, causando el degüello de todos los pisanos, que no tuvieron mucho tiempo de refugiarse en lugares fortificados. Pero los pisanos que no parecian dispuestos á sacrificar su libertad ni la causa gibelina, ni los intereses de su comercio, olvidaron sus discordias para no pensar sino en su bien mas precioso, descuidándose aun de defender la Cerdeña, que debian ceder bien pronto al rey de Aragon (1326) para rechazar á Castruccio. Amenazado aun en Luca, el señor gibelino contribuyó á su seguridad, construyendo un castillo flanqueado de veinte y nueve torrecillas.

Instruido por estos azares, el tirano de Luca volvió sus empresas hácia las ciudades guelfas de Toscana, esperando mas del agradecimiento de los gibelinos si batia á sus enemigos. Despues de haber comprado Pistoie á un pequeño señor que la habia robado á un abad, atacó la república de Florencia por el valle de Nievole, y el valle de Arno inferior; le tomó muchos castillos y le obligó de tal modo que los florentinos tomaron por capitan en 1325 un tal Raimundo de Cardona, catalan introducido por Beltran del Poiét en Italia. Este hombre guerrero que no veia en la carrera de las armas sino un medio de especulacion, con pretesto de conducir los florentinos al enemigo los hizo pasar durante los calores del verano por los pantanos de Bientina, con objeto de salvar por este medio un mayor número de despedidos. No le costó mucho trabajo á Castruccio Castracani batir cerca de Alto Poscio este ejército diezmado por la desercion, aun mas, se apoderó de la carroza florentina, y vino por fanfarronada á dar una carrera hasta bajo los muros de Florencia (1327).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El emperodor Luis de Baviera y el caballero Juan de Bohemia (1327-1333).

Castruccio Castracani, de quien Maquiavelo ha creido mas tarde deber celebrar su habilidad, no recogió de esta victoria el fruto que esperaba; casi sin medios llamó al emperador Luis de Baviera vencedor de su competidor en Alemania. En Lombardia se invocaba tambien al emperador contra Beltran del Poiét, que hacia cada dia nuevos progresos. Luis anunció su llegada, yse vió renacer una antigua guerra del sacerdocio y del imperio.

Las ciudades guelfas, se pusieron bajo la proteccion del Papa y del rey de Nápoles. La ciudad de Bolonia se entregó al legado del Papa, Beltran de Poiét. Florencia tan celosa de la igualdad democrática, Florencia que acababa en 1323, de dar casi enteramente á la suerte la renovacion tan frecuente de sus magistrados civiles, confió por diez años el señorío de la ciudad á Cárlos de Calabria, hijo del rey de Nápoles Roberto, que murió al cabo de dos años.

Llegado á Italia en 1327, el emperador Luis de Baviera, pareció obrar como debia, para quitar para siempre á los italianos, guelfos y gibelinos de toda intervencion imperial. Coronado solemnemente en Milan, en presencia de Galéas Visconti, de Obizzo, marqués de Este, de Cáno de la escala, de Guido d' Arlanti, obispo de Arezzo, de los embajadores de Castruccio, de Federico de Sicilia, y de los pisanos, el césar tudesco mostró bien pronto que no habia venido á Italia sino para imponer los tributos que no habia hallado en Alemania. Hizo prender á Galéas Visconti, como culpable de haber hecho traicion á la causa de los gibelinos; se apoderó de sus fortalezas, de sus tropas y lo hizo poner en los calabozos de Monza, horrorosas prisiones que este mismo habia hecho construir, y donde no se podia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

estar ni de pié ni acostado. La constitucion de Milan se cambió, el nuevo gobernador imperial recompensó á Luis haciendo pagar á la ciudad una contribucion de cincuenta mil escudos. Cano de la Scala fué el único que impuso algun respeto al emperador y se aprovechó de su presencia para apoderarse de Padua en competencia con los Carraras.

En Toscana, por consejo de Castruccio Castracani, duque de Luca y de la Lunigiana, el emperador hizo prender á los enviados de Pisa que venian á entregarle una suma considerable mejor que á sacrificar su independencia; sitió esta ciudad, fiel por escelencia, que se habia arruinado por los césares trasalpinos, puso una guarnicion, otorgó el señorio á su propia muger y le impuso una contribucion de guerra de ciento cincuenta mil fiorines. Recibido en Roma (1328) por los Colonna, se vengó de las escomuniones dictadas contra él por Juan XXII destituyéndolo como herético, y se hizo coronar por un antipapa, apoyado de Castruccio, que nombrado senador de Roma y conde palatino de S. Juan de Letran, fué delante de la procesion y mientras duró la ceremonia con la espada imperial.

El señor de Viterbo, que le habia abierto los estados de la iglesia, fué puesto en el tormento por mandato suyo, por haberle ocultado sus tesoros. En Toscana vendió Luca á Francisco Castracani, pariente y enemigo de los hijos de Castruccio que se hallaban reducidos á servir de gefes de bardos; dejó como monumento de su pasage, una tropa alemana que no pudiendo lograr ser pagada por el emperador, se acampó sobre el monte Ceruglio entre Luca y Pisa, viviendo del robo. Tambien en Lombardía, Azzo Visconti, entró en Milan, por capitulacion, cerró las puertas de la ciudad á un emperador que todos odiaban, hizo la paz con el Papa, de quien aceptó el título de vicario pontifical y persiguió á Luis hasta Trento, de donde este último pasó vergonzosamente á Alemania (1329).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La conducta de Juan XXII y de Luis de Baviera no concluyó solamente con la ruina del sacerdocio y del imperio sino que desmoralizó completamente la península; y en las luchas en que todo se negociaba, las compras sustituian á los combates, las victorias al dinero, reemplazando á los actos de heroismo el interés, mostraron suficientemente de que altura habian caido. Despues de la retirada del emperador Luis de Baviera; Florencia, que empezaba á tener mas confianza en el oro que en el hierro, compró el hermoso valle de Níevole desde donde Castruccio le habia causado tanta inquietud. Volviendo Pisa al imperio á causa de su fidelidad, echó de sus muros la guarnicion pagándola profusamente. Un Visconti se apoderó en competencia con Castracani, en union de los alemanes del Ceruglio, de Luca, que por cierto se vendió á Spinola gibelino de Génova. En Mantua Luis de Gonzaga para vengar una injuria personal, hizo pasar el señorío de la ciudad de los gibelinos á los guelfos, apoderándose por Passerino Bonacossí, empezando de este modo la fortuna de su casa. En la Romania, el legado Beltran del Poiet, dueño ya de Bolonia y de algunas ciudades, no ocultó el proyecto de formarse un principado en los estados de la iglesia; y lo hubiera logrado á no ser por el mas rico ciudadano de Italia, el bolonés Tadeo de Pépoli que rivalizaba por sus riquezas con el legado, preparándose á comprar su patria.

Si la Italia, despues de haber perdido todas sus ilusiones á causa del imperio y de la Santa Sede, conservaba aun alguna esperanza en la caballerosidad, esa espresion sentimental de un mundo que toca á su fin, la aparicion de Juan de Bohemia en 1330, se la hizo perder mucho mas. Este brillante y generoso caballero, hijo del emperador y rey de Bohemia, que recorria las córtes de Europa como enmendador de culpas y apaciguador, tenia mucho trabajo en la península. El entusiasmo que escitó su llegada entre los italianos, siempre dis-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

puestos á apasionarse de toda novedad, le pareció á primera vista todo fácil. Como verdadero caballero, ponia su empresa bajo la invocacion de la Santa Sede, y pretendia apaciguarlo todo y establecer la union. La ciudad de Brescia, envió la primera diputacion á Trento para entregarle la soberanía y despues las ciudades de Bergamo, Cremona, Pavia, Verceil y Novara. El mismo Azzo Visconti cedió el señorío de Milan á Juan, no titulándose sino su vicario incapaz de resistir al empuje general que esperimentaron tambien las ciudades de Parma, Módena, Reggio y Luca. Se entregaban á él sin desconfianza y sin pudor. No se le tenia como emperador, pues era el mas valiente y noble caballero que pudiera tomarse por señor. Juan le despreció sin embargo figurándose que los italianos lo llamaban seriamente como pacificador. Llamando indistintamente á todos los desterrados guelfos y gibelinos, procurando arreglarse con los Scala y el legado del Poiet, con los Visconti y Roberto antiguo rey de Nápoles, descontentó á todo el mundo. Quiso reunir los partidos y lo obtuvo, pero fué contra sí propio. Florencia, la cabeza del partido guelfo, que preferia sobre todo á Juan el hijo de Enrique VII, fué la primera en dar el ejemplo, aliándose con los gibelinos, menos por espíritu nacional, es verdad, que por ambicion, no para rechazar al estrangero, sino para compartirse sus aliados y someter las ciudades italianas. Segun un tratado de alianza concluido en 1322, entre Florencia y los poderosos señores de la Lombardía, los Visconti, los Scala, los d'Este y los Gonzaga, contra Juan de Bohemia y Beltran del Poïet, Cremona debia pasar á los Visconti, Parma á los Scala, Reggio á Gonzaga, Módena al marqués d'Este, y Luca á los florentinos. Durante una corta ausencia de Juan, tuvo lugar un ataque general sobre todos los puntos á la vez; Mastino de la Scala tomó á Brescia; Azzo á Bergamo; Verceil á Novara; el legado del Poïet fué batido cerca de Ferrara. Juan de Bohemia, admira-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

do á su vuelta de este cambio súbito, corrió á Parma, á Bolonia, á Luca; pero cansado muy pronto de esta estraña contrariedad, suspendido tambien del legado del Papa, por quien se habia comprometido, acabó en contrahecho su papel de caballero enderezador de tuertos; vendió Parma y Luca á los Rossi por treinta y cinco mil florines, Reggio á los Fogliani, Módena á los Pics y Cremona á Ponzono Ponzone (1333).

Lucha de Mastino della Scala y de Florencia; el duque de Atenas; Juana I de Nápoles (1333-1346).

Despues de la partida de Juan de Bohemia, los señores lombardos y los florentinos quedaron algun tiempo aun unidos, para espulsar á los que habian comprado las ciudades lombardas del rey de Bohemia; fomentaron en Bolonia una revolucion, por cuya causa el legado del Poïet se vió obligado á deponer sus poderes. No eran duraderas la alianza de los pequeños déspotas y las pequeñas repúblicas; ni la union del principio aristocrático con el demócrata.

Mastino de la Scala creia poder lograr, como su padre, los proyectos que Mateo Visconti habia formado en Lombardía; infiel el primero al tratado de alianza, intentó someter la Toscana por medio de astucia ó por la fuerza. Despues de haber tratado en nombre y con consentimiento de los florentinos y con los alemanes de Luca, se hizo ceder la ciudad, y la guardó para sí; en vez de entregarla á sus aliados; escitó á los nobles de Pisa á quitar el gobierno al pueblo, perdido el afecto á los güelfos, pensó formar contra Florencia, con los desterrados y el señor de Arezzo, y Pedro Succone, astuto caballero de los Apeninos, una liga gibelina. Esta ambicion podia ser peligrosa. Azzo Visconti no tenia la actividad de sus predecesores; el rey de Nápoles, Roberto, ya viejo, terminó su rei-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nado en paz. Mastino de la Scala, que tenia toda una córte de señores destituidos, ambicionaba ya la regencia de Italia. Florencia, atemorizada, llegó á escitar la susceptibilidad de los mas interesados; reunió en 1396, la ciudad de Venecia, los señores Obizzo d'Este, Luis de Gonzaga y Azzo Visconti, *ad desolationem et ruinam* para la desolacion y ruina de este vecino peligroso; á fin de tener la paz en sus muros en el momento de la lucha, eligió una especie de gran juez dictatorial, llamado *conservador*, en la persona de Santiago de Agobbio, que hizo á menudo un uso exagerado de su poder. Mastino de la Scala no pudo estar al frente de esta liga formidable. Los venecianos se apoderaron de Trevisa, de Castel Franco y de Cenelta; Visconti reconquistó á Brescia; Marsilio de Carrara escitó un motin en Padua contra el propio hermano de Mastino, y fué nuevamente proclamado señor de una ciudad que ya habia pertenecido á su familia, y que le quedó. Gilberto de Correggio debia bien pronto á su vez despojar á los Scala de Parma (1341).

Mastino retrocedió, y ofreció ceder lo que se le habia tomado. Los florentinos, desgraciados en sus empresas, fueron los únicos que no aprovecharon los contratiempos de Mastino. Es verdad que adquirieron, pero muy caro, el señorío de Arezzo; pero Venecia, satisfecha de las primeras adquisiciones hechas fuera de sus lagunas sobre el continente, trató al instante con Mastino, y se hizo asegurar la libre navegacion del Pó sin exigir Luca para Florencia. Esperaba aun poder comprar esta ciudad, que debia darle la dominacion de Toscana, de Mastino, obligado desde la pérdida de Parma, á renunciar á todos sus proyectos. Ella le ofrecia sumas considerables como anteriormente habia hecho con un Visconti. El contrato estaba acabado, los comisarios florentinos junto con los de Mastino, y el ejército de Florencia en camino para tomar posesion; pero Pisa, temiendo por la esclavitud de Luca, se la disputó á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su vez, dió una batalla á su ejército bajo los muros de la ciudad en cuestion, que fué ganada y quedó dueña de Luca (1341).

Florencia se vengó de los reveses de su ambicion con su propia libertad. La esclavitud parecia á todas las ciudades como el último refugio contra las disensiones y la anarquía, ó la consecuencia natural de la decadencia de su espíritu militar, y de la costumbre de mezclar voluntarios estrangeros encargados de defenderlos. En 1337, Tadeo de Pépoli habia acabado por seducir, como hombre mas rico de Italia, la guardia alemana sostenida por la ciudad de Bolonia; se apoderó con su ayuda del palacio público, suspendió las asambleas generales, y aun mas obtuvo ser reconocido por el Papa, pagándole un tributo anual de ocho mil libras. Dos años despues, en 1339, en Génova, cansado el pueblo de una constitucion que daba á los nobles, representados por dos capitanes, el poder de perseguirlo y dejaba sin autoridad al *Abate*, magistrado encargado particularmente de su defensa, instituyó en medio de una revolucion, una magistratura única y mas poderosa en favor de Simon Bocanegra, su primer dux: esta al menos era una institucion nacional y regular, cuya autoridad supo á menudo sostener las facciones.

El pueblo de Florencia á su vez, atribuyendo sus reveses á la falta de unidad en su gobierno, nombró en 1342, capitan de la justicia y general de sus ejércitos á un tal Gualtero de Brienne, duque de Atenas, *in partibus*. Este aventurero lleno de ambicion y de astucia, francés, nacido en Atenas, era uno de esos hábiles emprendedores de tiranías que hallan fácilmente en los desórdenes de la península el medio de ejercer su industria. Arruinó por sus artificios el crédito del gobierno confiado á lo que entonces llamaban el pueblo gordo; prometió á la nobleza colmarla de honores, y enriquecer el pueblo pobre. Despues de un hermoso dia, con ciento veinte ca-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

balleros, trescientos infantes y una tropa de gentiles hombres, marchó sobre el *señorio*, dispersó los magistrados en medio de los aplausos del pueblo, é hizo colocar su estandarte donde habia la bandera de la justicia y las armas del comun. Dueño entonces, espulsó los nobles, confiscó los bienes de los ricos propietarios, aprisionó el pueblo entregando las mugeres y sus hijos á todos los mercenarios, y haciendo cortar la lengua á los que impugnaban su modo de gobernar. No fué sino dos años despues, que este pueblo, tan pronto á abatir los magistrados que él mismo elegia, se sublevó, al fin en 1343, con una triple conspiracion, sobornó los mercenarios alemanes del tirano, lo sitió en el palacio antiguo, y le obligó á huir, recobrando su libertad. El odioso aventurero no tuvo ni el suplicio de Ugolin que quizás merecia, ni la muerte de Castruccio de la que no era digno.

La funesta costumbre de los italianos de sostener sus guerras con estrangeros, daba aun frutos mucho mas amargos. Un capitan de aventureros, conocido en Italia con el nombre de duque Guarnieri, llamó en 1343 á todos los mercenarios comprometidos en el servicio de los diferentes estados, á la cabeza de cinco mil bandidos, titulándose el *enemigo de Dios y de la misericordia*, saqueó por espacio de dos años (1344–1345) la Toscana y la Romania, impuso contribuciones sobre Sienna, Perusa, Bolonia, Rímini, Forli, Césena, y á pesar de las fuerzas considerables reunidas por los Visconti, los Scala y los d'Este, en Lombardía, llevó á Alemania sano y salvo con los suyos, los despojos de Italia.

El mediodía de la península no estaba ya en estado de ejercer ninguna infiuencia sobre el resto del pais; despues de la muerte de Roberto en 1343, empezó en la dinastia angerina, esa série de crímenes vergonzosos, que combinado con la turbulencia de los barones napolitanos, debia hacer de este reino el tipo de la anarquia real y feudal. Roberto, dando por esposo á su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hija Juana heredera de la corona, á Andrés hijo de Caroberto su hermano mayor y rey de Hungria, habia hecho sentar la discordia sobre el trono, lejos de separarla del reino. Los celos de Andrés y de Juana, que pretendian reinar cada uno en virtud de sus propios derechos, alimentados aun mas por las rivalidades de las dos facciones húngaras y napolitanas y los desórdenes de una córte galante, estalló con todo su furor dando lugar á un drama sangriento. Algunos dias despues de su coronacion, el rey Andrés, víctima de un complot tramado por un hijo natural de Roberto y una confidenta de la reina, fué sacado con engaño fuera de su cámara real, mutilado y arrojado por las ventanas del palacio. El Papa Clemente V mandó al gran justiciero del reino persiguiese el crímen sin escepcion de personas. Luis el grande, rey de Hungria y hermano de la víctima, desembarcó en el reino para lograr de Juana una cruel venganza, amenazando una nueva revolucion en esta parte de la Italia que tantas veces habia cambiado de dueño (1347.)

El poeta Petrarca y el tribuno Nicolás Rienzi (1347.)

En medio de estos desórdenes, la ciudad de Roma habia descendido mucho mas en los grados de anarquía. Siempre bajo la autoridad nominal de los Papas, que elegian el senador pero sin tener al menos las ventajas de su presencia, Roma, sin gobierno real, era presa de las facciones de los Colonna y de los Orsini. Estos, atrincherados en el Coliseo ó en las otras ruinas de la grandeza romana, se entregaban á los combates mas encarnizados, no cuidándose sino de saquear á sus habitantes, deshonrar sus mugeres, despojar las iglesias y poner á rescate á los peregrinos. El senador, el prefecto y los *Caporioni* ó gefes de cuartel, de nada servian.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Despues de la caida del Papa y del imperio y en el decaimiento de la libertad, era menester un móvil bastante poderoso para salvar la Italia de sus miserias. Sobre la fé de un nuevo ídolo que se habian propuesto adorar, y que parecia volverle en las regiones de lo ideal, todo lo que perdian en el mundo real, los italianos se esforzaron por un momento en escapar de la decadencia que les amenazaba. Tambien Dante, despues de su muerte acaecida en 1321, habia hallado la vida que buscaba «la inmortalidad» entre los que llamaron á su época el tiempo antiguo.

«VITA TRA COLORO
CHE QUESTO TEMPO CHIAMERANNO ANTICO.»

Su poema ávidamente devorado en toda la Italia, quizás á causa de la esperanza de que un fruto tan ávido proporcionase oportunamente resultados, era ya objeto de una especie de veneracion religiosa. Por todas partes pretendian esplicarlo y comentarlo como un libro nacional y sagrado. Vizconti reunió los hombres mas sábios de Italia, dos teólogos, dos filósofos y dos anticuarios para interpretar la obra herética. Florencia, avergonzada de haber obligado á su mas ilustre ciudadano «á sufrir los contratiempos del destierro,» pedia sus restos sagrados al señor de Ravenna da Polenta, esperando se fundase una cátedra consagrada esclusivamente á la lectura y comentario de la Divina comedia.

Deseosa de no hacerse acusar de bárbara é ingrata, la Italia entera se postraba ante el sucesor de Dante, tratando l mismo que á un emperador á este rey de una nueva patria. Hijo de un florentino proscrito, alimentando dos pasiones ideales la una por la antigua gloria de Roma y la otra por Laura, no ble señora de Avignon, esposa del síndico Hugo de Sada, Petrarca por sus hexámetros latinos, en los que celebraba á la an... del mundo, y sus canciones modernas en qu...

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cantaba á la dama de sus pensamientos, habia herido vivamente las dos cuerdas del recuerdo y del amor, siempre vibrantes en el fondo de toda alma italiana. Nobles, Papa, pueblo, rey ó príncipe le colmaban de honores á cual mas. La córte de Avignon lo conservaba á su lado, apesar de los fuertes reproches que dirigia á los Papas «por haber cambiado la espléndida reina del mundo por una miserable ciudad de la Galia.» El rey de Nápoles, en sus últimos dias y en medio de su palacio lleno de sábios, entusiasta de Virgilio, al cual elevaba una tumba sobre Pausilípo, lo habia proclamado poeta por escelencia; Vizconti, en una solemne fiesta, lo habia colocado en medio de los príncipes. Los Gonzagas, los Correggia y los Malatestas, le ofrecian la mas magnífica hospitalidad. Florencia le suplicaba por medio de un jóven ya entonces de muchas esperanzas, Boccaeio, honrase su patria volviendo á ella. Un platero de Bergamo, para poseerlo una noche, hizo decorar un aposento y dorar una cama que no debia servir sino para esta vez. Se disputaba en ofrecer á este soberano de nueva clase, el *alimento y posada* que se acordaba entonces muy raras veces al emperador. El dia de Pascua del año 1341, el pueblo. en fin, lleno de entusiasmo elevó al poeta á la categoría de los césares; y Petrarca cubierto del manto de púrpura, subió al capitolio recibiendo la corona de laurel de manos del senador, en medio de los gritos de: « viva el Capitolio, viva el poeta! »

Un simple romano, hijo de un aguador y discípulo de Petrarca, fué quien procuró despues despertar en Roma é Italia ese entusiasmo de lo ideal que se habia desplegado tan vivamente al coronar al poeta.

Nicolás Rienzi, se habia captado en Roma el aprecio de los sábios por sus profundos conocimientos de la antigüedad, y la admiracion del pueblo por la elocuencia con que incerpretaba los monumentos del poder y de la libertad reeublicana, que los romanos en su presente esclavitud les era

(c) Instituto Cervantes de Madrid

desconocida. Enviado de embajador á Avignon, habia sido nombrado vicario apostólico por Clemente VI. Bien pronto descontento de que el Papa no consintiese en volver á Roma, y por el asesinato de un hermano, víctima de la venganza de un noble, renovó con algunas diferencias, la empresa de Crescensio y Arnaldo de Brescia. A fuerza de presentar à la vista de los romanos los recuerdos de antigüedad, que hacia mas real y animada en Roma el espectáculo de una grandeza en decadencia, llegó á escitar entre un pueblo fácil de conmover, la verguenza del estado presente y el entusiasmo del pasado. Segun él, bastaba restituir á Roma las antiguas formas del gobierno de Tito Livio, que llamaba el *buen estado*, para volverla su prosperidad y grandeza. Al contrario de Crescensio, era por el pueblo y no por los nobles por quien queria cambiar las instituciones romanas. Diferente de Arnaldo de Brescia, daba participacion en las necesidades presentes á la autoridad pontifical igualmente que en sus proyectos de restauracion democrática. Iba por lo regular acompañado de un legado del Papa cuando reunia al pueblo en el Capitolio, sobre el monte Aventino, ó al frente de algun monumento para hablar en favor de su causa. En fin, el 19 de mayo de 1347, despues de haber oido la misa en san Juan de Letran, convocó al pueblo en el Capitolio, dirigiéndose hácia allí armado. El legado del Papa estaba cerca de él; le rodeaban una multitud de jóvenes que llevaban estandartes y hojas de laurel: arengó al pueblo desde lo alto de las gradas, aun bastante bien conservadas, y evocó el recuerdo de las glorias de la antigua Roma; el pueblo pidió á una voz el *buono stato*, y proclamó á Rienzi su tribuno, para que lo estableciese. El nuevo señor de Roma empezó reprimiendo la turbulencia y los crímenes de la nobleza; sostenido al principio por el entusiasmo de todos y hallando dóciles instrumentos en los trece *caporioni*, elegidos en los diferentes distritos de la ciudad, se apoderó de las puertas,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hizo ahorcar algunos bandidos, é impuso lo bastante á los Orsini, á los Colonna y los Savelli para obligarlos á venir á jurar la paz sobre el Evangelio. Anunció la organizacion de milicias urbanas y de una fuerza naval para defender sus costas, una pronta y buena justicia, el establecimiento de graneros públicos en la ciudad para mantener la abundancia, y numerosas limosnas para los pobres, viudas y huérfanos de los que morian en defensa de la patria.

La empresa de Nicolás Rienzi, acogida en Italia como se ejecutaba en Roma, con ese entusiasmo retroactivo que Petrarca habia contribuido á desarrollar, pareció por un instante coronado de un feliz éxito. Los pequeños señores de Viterba, de Orbieto y de las pequeñas ciudades vecinas, prestaron homenage al «tributo de libertad» de paz y de justicia, al libertador ilustre de la santa república romana. Florencia, Sienna y Peroussa, le enviaron soldados: las ciudades de Romania diputados, Gaëta, seis mil florines en oro. Petrarca, el árbitro de la opinion, alentó con sus aplausos «al caballero que honraba la Italia entera» y saludó una nueva era de verdad, de paz, de justicia y de libertad. Rienzi elevó bien pronto sus proyectos á la altura de su fama, y no habló sino de «la estirpacion de toda tiranía y la reconciliacion de toda la santa Italia» con una independencia completa. Sus correos, portadores de una varita plateada con las armas del pueblo de Roma, del Papa y del tribuno, recorrieron toda la península. Queria reunir en Roma un congreso de todas las ciudades de Italia, para proponer los medios de establecer la paz y la libertad general. Los Scala, los de Este y los Pépoli, no lo recibieron muy bien, pero en otras partes fueron muy bien recibidos. Lucchin Visconti, sucesor de Azzo, y la república de Venecia le ofrecieron su alianza; Luis de Hungria y Juana de Nápoles se disputaron la suya.

Pero un movimiento que no basaba sino en una cierta exa

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tacion de ánimos, y se personificaba en un tribuno anticuario, no podia realizar nada que fuese bastante sólido y duradero. El sentimiento de lo ideal, que él cultivaba animado por un principio de éxito, sepultó por otra parte á Rienzi en una especie de delirio, donde el misticismo cristiano se mezcló en gran parte á la evocacion de la antigüedad pagana. Creyendo representar en su persona la antigua y la moderna Roma, llegó hasta revestirse de la dalmática de los antiguos emperadores, y ceñirse las siete coronas, símbolo de las siete virtudes; en una de las fiestas pomposas en las que trataba de conservar la exaltacion del pueblo, se le oyó esclamar en medio de una ceremonia, en que se hizo consagrar caballero de la cruz cristiana y del águila romana: «Esto es mio,» designando los cuatro puntos cardinales, y prometió juzgar toda la tierra segun la justicia, y los pueblos con equidad. En el nombre de Dios y de la república romana, proclamó libres todas las ciudades de la Italia, citó para que comparecieran á Luis de Hungria y á Juana de Nápoles, los dos césares que se disputaban el imperio, y hasta el Papa que queria conducir á Roma.

Clemente VI, fue el primero que llamó á Rienzi á su buen acuerdo protestando por su vicario. La nobleza, secretamente alentada, empezó á resistirse. Reprochó al tribuno el dinero gastado en fiestas inútiles, fortificándose nuevamente en sus castillos. Despues de haber prorrumpido en amenazas Rienzi fué débil al frente de sus adversarios; se puso demasiado tarde á la cabeza de sus tropas para reprimirlos, y perdió el tiempo en celebrar una débil ventaja en lugar de perseguirlos sin descanso. Los barones, saqueando los alrededores, y ocupando los caminos, desalentaron al pueblo que no tuvo ya gusto en las fiestas y diversiones teatrales, suprimidas por el hambre. Un partidario de la Colonna insultó al tribuno hasta Roma. El legado del Papa, colérico lo mató, declarándole traidor y herético. Rienzi reunió por última vez al pueblo; lo conmo-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vió, le arrancó lágrimas de dolor, lloró con él, pero no pudo conducirlo ni arrastrarlo. Se despojó de sus poderes ante él sin que se oyese reclamacion alguna. Solamente se le dejó retirar al castillo de S. Angelo, no atacándolo, hasta que halló ocasion de escaparse.

La peste de 1348 y el jubileo de 1350. (Boccacio).

La caida pareció tanto mas grande cuanto que cayó en realidad desde lo mas alto de lo ideal. Roma fué presa de una anarquía mas violenta que antes. En Florencia, la nobleza, el pueblo fuerte y el pueblo debil se desgarraban, sucediéndose unas constitucoines á otras. En Lombardia, Luchino mantuvo á Paviá revolucionada por el terror, y reconquistó á Parma, Tortona y Alejandría que habian escapado á su familia. Juana de Nápoles, desde la partida de Luis de Hungría, que por un momento habia quedado dueño del reino, fué llamada por los barones y entró en su capital con su antiguo amante, esposo ya, y una orden de absolucion decretada por el Papa, en cambio de la ciudad de Avignon (1348). Los mercenarios conducidos por el rey de Hungría y Juana de Nápoles, no teniendo ya que hacer en el medio dia de la península, se refugiaron de nuevo bajo Guarnieri para imponer contribuciones al país. Una peste horrorosa, á la que Boccacio ha hecho dar el nombre de *peste de Florencia* por haberla descrito admirablemente, como Thuccidide, en la antigüedad, habia ilustrado la peste de Atenas, puso colmo á los males de Italia. Arrebató á Luchino Visconti, á Juan Villani y otros muchos. Los efectos producidos por este, azote que arrebató de cada cinco personas tres, fueron mucho mas deplorables que el azote mismo. Los corazones mas fuertes perdieron allí toda su poder, refugiándose en un egoismo vergonzoso ó en una estúpida licencia. Descendieron

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la altura del simbolismo religioso y apasionado de Dante, ó del entusiasmo ideal de Petrarca y el *Decameron* de Boccacio, fué puesto al servicio de un epicurismo elegante que se deslizaba voluntariamente hasta la obscenidad, y no sirvió sino para distraer las imaginaciones del espectáculo de sus males y de la decadencia universal.

El Papa Clemente VI trató en vano de dispertar las corazones en el año de 1350, con la publicacion de su jubileo. Una maravillosa é inmensa multitud de peregrinos, segun Mateo Villani, que hace subir su número á doscientos mil, llegó de todas las comarcas de Europa donde aun la peste se cebaba, y se reprodujo en las santas basílicas. Todas las casas de Roma transformadas en hosterías, no bastaban para albergar á todos los estrangeros que se acamparon en las calles. Cuando se esponia el Santo Sudario de Cristo en la iglesia de San Pedro, se contaron muchas veces hasta seis y doce personas ahogadas ó caidas á los piés. Pero en Italia, esta espiacion produjo muy poco efecto moral. Se sabia que en Avignon, desde tiempo de Juan XII se comerciaba con las abadías, obispados é indulgencias; el legado del Papa durante el año de la peregrinacion, habia aumentado todos los impuestos romanos, y estos segun el ejemplo recibido, trataban de indemnizarse privando á los estrangeros la entrada de sus productos en la ciudad, á fin de vender los suyos á un precio mas subido. El jubileo fué para Italia una especulacion en que el resto de la cristiandad abonó los gastos.

Juan Visconti; los Papas Clemente VI é Inocencio VI; guerra de Sapienza entre Génova y Venecia; el emperador Cárlos de Luxemburgo, 1350-1356.

Despues de la desgraciada tentativa de Rienzi, la peste de 1348 y el jubileo de 1350, las ciudades de Italia mar-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

charon con mas rapidez á su esclavitud política. No eran solo algunas ciudades las que caian aisladamente bajo el poder de pequeños usurpadores. Entre los señores, los mas poderosos, querian formarse pequeños estados en la península á costa de la libertad; feliz, despues de todo esto, si hubiesen podido fundar establecimientos bastantes fuertes para salvar la independencia comun, destruida la libertad particular. Pero aun allí se presentaban las ambiciones rivales. El Papa Clemente VI queria sacar entonces provecho de los beneficios considerables que habia hecho; para colocar á las ciudades de Romania bajo el dominio de la Iglesia, mandó á un tal Hector de Durfort, á la cabeza de un ejército y lo hizo conde de Romanía. Por otra parte, Juan Visconti, al principio arzobispo de Milan, y despues señor del mismo á causa de la muerte de su hermano Luchino, en 1349, hacia servir sus dos poderes para el engrandecimiento de su casa, «defendiendo la cruz con su espada y esta con la cruz,» como gustaba repetirlo, haciendo llevar una y otra delante de él. La Santa Sede y Visconti rivalizaban, mientras que Bolonia, siempre sometida á los Pépoli, se defendia contra Dufort é imploraba socorro á los florentinos Visconti engañó á unos y otros: compró la ciudad á los Pépoli, que hicieron traicion vergonzosamente despues de haberla usurpado, y aun obtuvo por amenazas, la rectificacion del contrato, por Clemente VI, mediante un cambio de doce mil florines.

Posesionado de la Romanía por Bolonia, era necesario Florencia para hacerse dueño de la Toscana. Despues de haber hecho la alianza con todos los pequeños tiranos de Toscana, los Tarlati, los Castracani y otros, Juan envió contra Florencia al nuevo gobernador de Bolonia, Oleggio, en el momento que aquella procuraba ponerse en guardia, para ocupar á su tiempo á Prato y Pistoia. El golpe recibido por Oleggio en el sitio de Scarperia, la alianza vigorosa de los cuatro comunes güel-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fos de Florencia, Perusa, Arezzo, Sienna, y la neutralidad de Pisa, que preferia siempre los intereses de la libertad á los consejos de su pasion, obligaron últimamente á Juan Visconti á conceder á Florencia la paz de Sarzana (1353).

Pero la imprudencia de Venecia y de Génova, las únicas capaces de defender con Florencia el principio republicano contra los progresos del despotismo, permitió al señor milanés reparar este golpe. Los genoveses, despues de haber fortificado Pera en Constantinopla, y Caffa en Crimea, habian presentado una bella ocasion á la celosa Venecia, indisponiendo contra su despotismo comercial al emperador Cantacuzena y á los tártaros de Crimea. Las dos repúblicas se buscaban entonces por todos los mares, y se conjuraban en su propia ó mútua ruina. En 1352, el genovés Paganino Doria sorprendió al almirante veneciano Pisani, cerca de Gallípoli en el Bósforo, y lo batió en medio de una tempestad. El año siguiente, una victoria de Pisani, que á la vista de Cagliari se vengó gloriosamente, acobardó de tal modo á los genoveses, que, abatidos, dice Villani, *como débiles mugeres*, ofrecieron la señoría de Génova y de las dos riberas á Juan Visconti, esperanzados de atacar á Venecia con la ayuda de este poderoso señor.

En efecto, en el año de 1354, Paganino Doria, con una nueva flota que las riquezas del podestá habian ayudado á equipar, fué á buscar á los venecianos en el golfo de Sapienza en Morea y destruyó su flota, haciendo prisionero su almirante (1354). Los desórdenes civiles, estraños en Venecia desde la institucion del consejo de los Diez, debilitaron mucho mas la aristocrática república, que la misma derrota. El dux Marino Faliero, viejo, altivo y celoso, humillado con la impotencia del primer magistrado de la república y por otra parte indispuesto por un ultraje personal, quiso aprovecharse de la derrota sufrida por una nobleza tiránica, para hacer caer el consejo de los Diez y la constitucion. La conspiracion se descubrió á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tiempo; la cabeza del dux, juzgada por el consejo, secretamente, asistido de veinte señores, rodó desde lo alto de la escalera de los Gigantes, ante el pueblo consternado. Pero el nuevo dux, Gradenigo, temiendo algun rompimiento por el descontento del pueblo, se apresuró en hacer la paz con Génova, á pagar los gastos de la guerra, y renunciar en favor de los genoveses el comercio del mar Negro (sept. 1355).

Juan Visconti atacó á los señores á su vez; movió revoluciones en Verona, Ferrara, Mantua, contra los Scala, los d'Este y los Carrara. El nuevo Papa, Inocencio VI, atemorizado, envió su legado Albornoz á Italia, para recuperar ó defender los estados de la Iglesia, animando al emperador Cárlos VI á pasar á Italia. Pero Juan murió de repente, dejando su sucesion á tres sobrinos, que desmoronaron su poder dividiéndoselo, y abandonaron la Italia á las empresas pontificales.

Inocencio VI se adelantó á Cárlos VI, que preparaba ya una espedicion en la península, y para apresurar sus negocios, se unió al cardenal-legado Nicolás Rienzi. Este, despues de su huida de Roma, se retiró al principio con los Fraticelli de los Apeninos, proponiendo despues un proyecto de reforma universal á Cárlos IV, que acababa de entregarlo á la córte de Avignon. Los romanos obligaron á hacer dimision de su cargo á un prefecto que habian elegido, para correr ante aquel, cuya memoria les era aun tan querida. El legado lo nombró senador, lo condecoró con el título de caballero, pero se sirvió de él para restablecer la tranquilidad, y poner á Roma un nuevo impuesto sobre los vinos y la sal. El antiguo tribuno, hecho el instrumento de la Santa Sede, el, que habia prometido otras veces su asistencia y esfuerzo á los necesitados de Roma, creador de nuevos impuestos, perdió todo su crédito. El pueblo se sublevó á la primera ocasion: Nicolás Rienzi trató de hablar, pero su elocuencia fué impotente; obligado á huir, bajo un disfraz, en medio de su palacio entregado á las llamas,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fué bien pronto reconocido y muerto, y arrastrado despues por los furiosos hasta abajo del Capitolio (1354). El legado Albornoz supo aprovecharse: sostenido por un señor de Camerino, gefe de un pequeño bando, empezó la obra del restablecimiento pontifical en Roma y sus alrededores; sorprendente ejemplo de la peligrosa impotencia de la imaginacion en las empresas políticas, ante la inteligencia real y práctica de las cosas, pero que Petrarca, el amigo del tribuno, siempre dispuesto como sus compatriotas, á saludar un rayo de esperanza en todo nuevo acontecimiento, no fué desengañado.

Cuando Cárlos de Luxemburgo, hijo de Juan Bohemia, entró en Italia el año 1335, el Papa Inocencio VI tuvo cuidado de precaver el peligro de esta espedicion, no permitiendo al emperador permanecer en la península sino el tiempo de tomar su corona. Petrarca lo acogió nada menos que como Dante á Enrique VII. «La diadema, el imperio y una gloria inmortal, esclamaba, le estaban prometidas; el camino del cielo abierto;» y la Italia, Roma, cabeza del universo, lo garantizaban así, precipitándose delante de él, y cantando con Virgilio:

«VENISTÌ TANDEM TUAQUE EXPECTATA PARENTI
VICIT ITER DURUM PIETAS»

El historiador Villani, mas desprecupado, nos muestra en una relacion, en la que no falta ironía, el verdadero punto de las cosas, el caballero que parecia formado para dominar la voluntad humana, bajó de los Alpes, «montado sobre un rocin, en medio de gentes desarmadas y como un mercader apresurado por llegar á la feria.» Monseñor Barnabo, uno de los sobrinos de Juan Visconti, lo recibió á la cabeza de seis mil caballos y diez mil infantes, y lo escoltó hasta Monza donde lo hizo coronar, y no pudiendo el emperador escapar de esta política *prision de cortesía*. Recibido con un interes mas síncero por Pisa, Luca

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y los señores gibelinos de los Apeninos, no cedió sin embargo á las solicitudes de su ódio contra Florencia, y prefirió vender la paz á la ciudad guelfa. En Roma donde permaneció algunos dias como peregrino, ocupado en hacer sus devociones en los santos lugares, no apareció como emperador hasta el dia de su coronacion. De vuelta á Toscana, logró promover en Pisa un alboroto que hizo pasar el gobierno de manos del partido demócrata de los Bergolini adictos á Florencia y á la paz, á las de los Raspantí, siempre fieles á las antiguas pasiones gibelinas. Pero fracasó en sus proyectos de imponer por señor á Sienna, á su hermano el patriarca de Aquilea, y arrancar á Luca de la dominacion pisana. Despues de un motin que derribó el gobierno oligárquico de los *Nueve*, una nueva señoría, la de los Doce, se apoderó del poder á pesar del Petrarca. Las facciones de Pisa se reconciliaron por un momento para echar á la guarnicion imperial y defender á Luca; Cárlos VI entró en Alemania por Lombardía, atravesando las ciudades que le cerraban sus puertas, (1356) y Petrarca desengañado, hizo partícipe de su dolor al papado de quien solicitaba en vano entrar en Roma. «Huyó, decia él, el César solo y sin escolta. Las delicias de Italia le causan horror. Dice para justificarse, que juró permanecer un solo dia en Roma. Oh dia de oprobio! juramento deplorable! El Papa que ha renunciado á Roma, no quiere que otros se detengan allí.» Ilusiones naturales, en resúmen, y que no eran otras que las de Italia invocando un principio de unidad en sus discordias.

Barnabo Visconti; Albornoz; Catalina de Sienna (1356-1378).

Petrarca gastaba inútilmente su entusiasmo. El tiempo no era ya como en las grandes luchas del principio; no se trataba ya ni del Papa, ni del emperador. No habia de enfrente y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en lucha sino ambiciones vulgares y mezquinas rivalidades. La Santa Sede pensaba menos en entrar en Roma que en hacer efectiva su dominacion en el centro de la Italia. El emperador no queria gobernar la península pero si *desollarla*. Los Visconti, y á imitacion suya los otros pequeños tiranos, continuaban el edificio de su grandeza, con tanta desconfianza contra el Papa como contra el imperio; las ciudades aun libres, de Florencia, Pisa y otras, hacian mas dificil la conservacion de su libertad, por sus mismas divisiones. En medio de estos sacudimientos la última plaga y la mas terrible, eran las bandadas de mercenarios estrangeros, introducidos por los mismos italianos en esta tierra clásica de la discordia, y qu se aclimataban en Italia bajo el mando de aventureros siempr nuevos, surcando la península en todos sentidos, á la pista d todas las querellas, y dispuestos á hacerlas nacer donde faltasen. El siglo XIV y la cautividad de Babilonia concluyeron para la Italia entre la tiranía y la esclavitud, y con luchas llenas de miseria y desprovistas de grandeza.

En este conflicto de ambiciones, la rivalidad de la Santa Sede y de los Visconti, continuó ocupando el primer puesto, agrupando á su alrededor todos los grandes intereses. El cardenal Albornoz dueño ya de Roma, atacó con el dinero y el hierro en la mano, á los pequeños tiranos de la Romanía; despojó á Gentil de Mogliano de la ciudad de Fermo, devolviéndole la libertad bajo la proteccion de la iglesia; quitó á Malatesta las ciudades de Senigaglia y de Ancona no dejándole sino con la condicion de un tributo las ciudades de Rimini, Pesaro, Fano, Fosombrone, y apoderándose de Cesena sobre Francisco Ordelaffi, apesar de la heróica defensa de su muger Marzia de los Ubaldinis (1357) pudo desempeñar al principio y con toda libertad los negocios de la Santa Sede. En Lombardia los sobrinos de Juan Vizconti, Mateo, Barnabo y Galeas, tenian que hacer bastante en conservar su poder. La ciudad de Génova habia rece-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

brado su independencia la primera , llamando á Simon Bocanegra. En la Romania , Juan de Oleggio, nombrado gobernador de Bolonia por Juan Vizconti no reconocia trabas y ejercia por sí la tiranía. Entre los lombardos, Juan Paleologo , marqués de Montferrato, se alió con la familia de los Beccarios poderosisima en Pavia , para hacerles la guerra.

Pero Barnabo y Galeas, despues de haber envenenado al mayor Mateo, que los comprometia por sus escesos, aprobando nuevamente los proyectos de su tio, pusieron sitio á la antigua rival de Milan. Resistió un año, gracias á las predicaciones de un hermano Agustino , Jacobo Bussolari , y no cedió sino por una traicion de Beccario y sus señores, descontentos al ver este hermano buscando una ocasion favorable para conducir los propietarios á la libertad por medio del patriotismo, triste empresa que aun el mismo Petrarca disfamó , y que fray Bussolari espió en el resto de su vida, en el *vade in pace* de un monasterio.

Esta victoria y sobre todo la alianza de Galeas Visconti con el rey de Francia, Juan el Bueno, de quien obtuvo para su hijo á la hija de aquel, concluyó de revolucionar á los señores de Milan. El legado Albornoz los encontró en todas partes delante de sus empresas. En Romanía, en el momento que trataba de tomar Bolonia sobre Oleggio , no tuvo sino el tiempo de comprarla y muy cara, al tirano, contra quien ya marchaba Barnabo á la cabeza de un ejército. En Toscana la guerra habia estallado en 1360 entre Pisa y Florencia á causa de la ciudad de Volterra, de la que se apoderaron los florentinos en el instante en que el tirano, Belfredotti, iba á venderla á los pisanos; Visconti y Albornoz tomaron necesariamente partido en esta querella, para poner un pié en la Toscana. Los Visconti, con pretesto de defender á Pisa , enviaron contra Florencia dos condottieri , Landau , gefe de un bando aleman llamado *la grande* compañía y Juan Hawkwood , venido de Francia á Italia al

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mismo tiempo que la peste, gefe de otro bando llamado la «compañía blanca.» Albornoz envió por capitan y á la cabeza de un ejército á Florencia, á Malatesta, señor de Romanía. Ni los dos condottieri que llegaron hasta el pié de sus muros, ni la peste que arrebató aun la vida á muchos ciudadanos, fueron los enemigos mas peligrosos de Florencia, sino la traicion que habia acogido en sus muros con Malatesta, y de manos del mismo Albornoz. No obstante, rechazó á todos sus enemigos, y desbarató las intrigas; mas feliz que Pisa, á la que impuso la paz (1364) fué pagando con usura los socorros ineficaces de Barnabo, que cayó bajo el yugo de un tal Giovanni Agnello, mercader diplomático, proclamado dux por los soldados de Visconti, bajo promesa de ejercer el poder en beneficio del tirano milanés. El cardenal Albornoz para desquitarse de este golpe, creyó deber dar otro mayor. Al cabo de dos años, un Papa dotado de cualidades y disposiciones felices salió al fin del cónclave (1362). El mismo Petrarca desengañado de la libertad y del imperio, se volvió enteramente hácia Urbino V. «La voluntad de Dios le escribia, se nota con tal evidencia en vuestra eleccion, que ilumina aun á los ciegos: el Cristo, nuestro Dios, mirándonos al fin con piedad, viene á poner término á los males que despues de tantos años nos afligen.»

Albornoz contando con las cualidades del Papa para encubrir y apoyar sus rigores, lo llamó á Italia, le preparó un palacio en Viterbo, citó las ciudades de Génova, de Venecia, y Pisa, así como tambien á la reina Juana de Nápoles, y envió navíos á Provenza para que sirviesen de escolta al santo padre. Urbino V despues de haber dejado á Génova, desembarcó en 1367 en Corneto. Recibido por los diputados de los romanos, que vinieron á ofrecerle las llaves del castillo de S. Angelo y reconocerlo como señor, quiso sacar partido del primer efecto producido por su presencia, para formar una grande liga contra los Visconti. Hizo tomar parte á la reina de Nápoles

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Juana, que acababa de tomar un nuevo esposo, Jaime de Aragon; al rey de Hungria, á los señores de Padua, Ferrara, Mantua, y aun al emperador Carlos VI de Alemania. Los dos viscontí, particularmente Barnabo, empezaban á horrorizar la Italia. Este último habia suplido con cuarenta dias de tortura, la pena capital decretada en una órden. Durante la segunda peste que desoló la Italia, se habia retirado á una tienda de caza en medio del bosque, haciendo plantar perales á dos millas en contorno y amenazando de muerte al que traspasase el límite que él habia marcado á su alrededor. Quizás se podia esperar mover contra los Visconti una sublevacion igual á la que habia apresurado la caida de los Romano, pero los Viscontí, sosteniendo sus órdenes se hacian prestar obediencia por temor á los suplicios: tenian merced á sus riquezas, dominado el resto de Italia, donde pagaban traidores y tenian á su discrecion todos los capitanes de compañia. Por otra parte, el emperador Carlos IV, con quien los otros contaban, mostró el mas infame egoismo y la mas vergonzosa ineptitud.

Entrado en Italia en 1368, licenció su ejército en Lombardía, por una suma considerable pagada por los Visconti. En Toscana se mostró dispuesto á confirmar á Agnello su título de dux, cuando los pisanos echaron á este último; favoreció en Sienna la caida de los Doce, pero sin poder hacerse dicernir la señoría. Los honores que Urbino V le prodigó en Roma, no le inspiraron mayor grandeza y valor; Cárlos IV fué siempre el mercader de feria que nos habia pintado Villani, pero menos feliz á su regreso que la primera vez. En Sienna, probó tomar su desquite, y se encontró de repente separado de sus guardias, rodeado por barricadas y acosado por el hambre. Pisa, que despues de Agnello, habia espulsado á los Raspanti y llamado los Gambacorti, gefes del partido guelfo, le cerró sus puertas. Cárlos IV fué mas afortunado aun con vender la paz y sacar de este modo doscientos mil florines de Luca, como

(c) Instituto Cervantes de Madrid

precio de su libertad; bien precioso pero poco duradero, cuando se vé reducido á comprarse en vez de conquistarlo.

El Papa, indefenso, quedó entregado á la venganza de Barnabo, que lanzó sobre la ciudad de San Miniato, al gefe de compañía, Juan Hawkwood, para apoderarse de las puertas de Toscana. En vano Urbino V, que no habia podido apoderarse sino de Perusa, fulminó la excomunion; Barnabo hizo comer el pergamino de la bula al legado pontifical y mandó á Hawkwood que atacase á Pisa. Urbino, que por otro lado acababa de perder á Albornoz espantado de una lucha con un hombre que se nombraba *Papa, emperador y rey sobre territorio* y declaraba *al mismo Dios impotente para hacer cualquier cosa que él no quisiese*, abandonó la lucha, y volvió á morir á Avignon (1370), dejando el campo libre á Barnabo. «Ha abandonado su noble tarea, esclamaba Petrarca, para probar que no es difícil empezar una empresa maravillosa, sino continuarla; si Cristo no se levanta en su propia defensa, está perdida.»

Habia necesidad de una intervencion semejante; los legados dejados por el Papa en las principales ciudades, sometidas por el Papa á la sumision de la Iglesia, en Bolonia y en Perusa, comprometieron toda la obra de Albornoz. Como en la mayor parte eran de orígen francés, rodeados de estrangeros, todos ocupados en reunir dinero para toda clase de transacciones en vez de ligarse con los señores enemigos de los Visconti y con las ciudades libres de la Toscana, hicieron tregua con los primeros y se volvieron contra Florencia. El legado de Bolonia, despues de haber intentado sitiar por el hambre á esta ciudad, que sacaba su subsistencia de la Romanía, mandó al gefe de la compañía blanca, Hawkwood, quemase las mieses, con la esperanza de lograr su sumision. Los florentinos, indignados, firmaron el nombramiento de una comision de ocho miembros; llamados *los Ocho de la guerra*, para vengarse de los legados, confimaron una liga con Siena, Luca y Pisa, y trataron

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tambien por su parte, con Visconti para quitar á la Iglesia el derecho á la Romania. Barnabo árbitro de todos, dejó hacer: un ejército considerable reunido por la liga con una bandera en que estaba escrita con letras de oro la palabra: Libertad! pasó los Apeninos y llamó á la revolucion á todas las ciudades sometidas por Albornoz (1376). En diez dias, ochenta ciudades ó bourgades, sacudieron el yugo de los legados constituyéndose en república, y llamaron sus antiguos señores. El 20 de marzo, á causa de la conducta de Tadeo de los Azzoguidi, el legado fué echado de Bolonia, el estandarte del pueblo arbolado en la plaza mayor, y doce *anziani* y un *abanderado* de justicia nombrados para administrar la república. Los senadores de Roma y los *caporioni*, recibieron de Florencia el estandarte de libertad y entraron en la liga. En vano los florentinos citados ante el consistorio fueron suspensos y escomulgados; obligaron á los sacerdotes á abrir las iglesias, y celebrar los oficios. Los legados, furiosos, desencadenaron las compañías sobre la Romania y les permitieron todos los horrores. Juan Hawkwood entregó á degüello la ciudad de Faenza, pereciendo mas de cuatro mil personas. El cardenal legado Roberto de Génova, llegado á Italia á la cabeza de la compañía de los bretones, la mas feroz de todas las de Francia, hizo lo mismo con la Cesena, y en medio del saqueo escitaba el mismo al asesinato y al incendio. Barnabo creyó era llegado el instante de tomar la corona de Italia, en medio de la anarquía general. Una santa, Catalina de Sienna, salió de su extasis por estas sangrientas realidades, y pidió perdon para la Italia. Escribió al Papa á que conjurándolo no estableciera su dominio sino la paz de Italia. «Dios prohibe, le decia ella, tener tanto miramiento en la grandeza y señorio temporales; os obliga sobre todo á rescatar las almas y hacer por la paz todo cuanto sea posible.» Gregorio XI sucesor de Urbano V creyó debia intervenir en persona; convocó un con-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

greso para apaciguar la península en Sarzana y vino á Roma en 1378, pero la muerte vino á sorprenderle en aquellos momentos. Su muerte produjo otro cisma en vez de la cautividad de Babilonia.

CAPITULO XIII.

EL GRAN CISMA ; CONDOTTIERI ; ESTABLECIMIENTO DE LAS TIRANÍAS 1378-1453.

El gran cisma (1378); Urbano VI y Clemente VII.

«LIBERTÁ, DOLCE ET DISIATO BENE !
MAL CONOSCIUTO A CHI TALOR NO'L PERDE.

«Libertad ! bien precioso y apetecido, que no se aprecia sino cuando se ha perdido.

Tal es el principio de una de las últimas odas compuestas por Petrarca algunos años antes de su muerte, en 1374, y en medio de la mas espantosa anarquia. El poeta habia caido, en efecto, en completo desaliento, no creyendo sino en la ciencia y exhalando un suspiro sobre las obras del griego Homero. Al morir no habia conservado ninguna de sus antiguas esperanzas. La libertad no era para él, ahora, sino un sentimiento amargo. No contaba ya con la eficacia de la presencia del Papa en Italia, ni aun en su vuelta. No tenia ya confianza en aquella raza tudesca que un deseo ciego de la Italia obstinada contra su propio bien, llamaba á despecho de las barreras levantadas por la naturaleza. Ahora, no invocaba sino la piedad del rey del cielo en favor de este bello pais, de esta patria querida; su palabra no podia ya curar las heridas «él solo, escribia, puede dulcificar los corazones, y detener la sangre que corre á mares vertida por la espada del estrangero.»

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No obstante, la Italia esperaba aun alguna cosa del restablecimiento del papado en Roma despues de la muerte de Gregorio XI en 1378. La ocasion parecia favorable. El fin repentino de Galéas Sforza, este mismo año, habia detenido á Barnabo en la ejecucion de sus proyectos, aburrido desde entonces por los celos de su sobrino Juan Galéas.

La empresa reciente de Albornoz, su conducta, y sobre todo la de sus sucesores, hacian de la cuestion del Papa una cuestion nacional. Se trataba de arrebatar el centro de la península á los legados impíos y á las compañías rapaces. Los romanos se aprovecharon de la obligacion en que estaban los cardenales de abrir el cónclave en el lugar que habia muerto el último pontífice, para pedir un Papa romano ó al menos italiano. Los diez y seis cardenales, de los cuales doce eran franceses, buscaron vanamente un pretesto para retardar la eleccion; el pueblo invadió su palacio, amenazando *hacer sus cabezas mas rojas que sus sombreros*. El obispo de Bari, italiano sujeto al rey de Nápoles, pero que habia pasado casi toda su vida en Francia, fué elegido (8 de abril) y se esperaba que esta eleccion satisfaciese todas las ecsigencias. Pero Urbino VI en vez de trabajar con ahinco en la conciliacion de los intereses, se mostró italiano á todo trance, maltratando á los cardenales franceses, y amenazando hacer una remocion que los anulaba en todo en el sagrado colegio. Estos se retiraron cinco meses despues á la ciudad de Anagni; y alli, seguros del apoyo del rey de Francia y de la reina de Nápoles, rodeados de una compañía de aventureros franceses, declararon nulo el nombramiento del obispo de Bari, la Santa Sede vacante, y eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, hombre poderoso por sus alianzas, magnífico y belicoso, que tomó el nombre de Clemente VII. Este, admitido en Nápoles por la reina Juana, su protectora, esperaba bien pronto vencer á su rival. Pero el pueblo napolitano adicto á Urbino VI su compatriota, se sublevó y echó al Papa francés que consumó el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cisma, fijando su residencia en Avignon. La cristiandad tuvo entonces dos gefes como dos capitales.

Uno de los principios de unidad que invocaba la Italia, habiendo la discordia llegado hasta este punto, tuvo buen resultado. La restauracion del poder pontifical, empezado por Albornoz, y comprometida por los legados franceses, fué aplazada, y en el mismo instante brotaron querellas de todas partes entre las facciones en Florencia, entre Génova y Venecia por mar, y entre los dos competidores en el reino de Nápoles.

Revolucion en Florencia; guerra de Chiozza: revolucion en Nápoles (1378-1384).

La guerra precedente, hecha por Florencia contra la iglesia, habia dado á los gibelinos y á la familia de los Ricci, principalmente en *la comision de la guerra*, una influencia que estaban decididos á no abandonar jamás. Cuando se concluyó la paz entre Urbino VI y Florencia, y esta hubo desempeñado su papel de costumbre, los Ricci y los gibelinos se vieron amenazados de ser amonestados ó privados de toda participacion al poder por los guelfos y los Albizzi, dueños aun del gobierno regular; resolvieron aprovecharse de la llegada de Silvestre de Médicis (15 mayo de 1378) con el cargo de abanderado, para hacer cesar la proscripcion que pesaba sobre ellos; podian contar con las *artes menores*, envidiosos de las *artes mayores*; cuatro miembros lo componian, casi todo el señorío y sobre la parte mas pobre de la poblacion, los *ciompi*, cuyos oficios inferiores no formaban corporaciones particulares, pero estaban subordinados á otras artes, como por ejemplo los tintoreros, los tejedores y los cardadores, unidos á los pañeros en el grande arte de la lana.

Silvestre de Médicis, rico ciudadano de las artes menores y bastante ambicioso, propuso una ley destinada á proteger

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al pueblo contra los grandes, á devolver sus derechos políticos á los amonestados. El colegio de los priores y el gran consejo rehusaron. Esto era lo que Médicis esperaba; llamó al pueblo á las armas desde el balcon de la señoría, y bajo la presion del motin, una *balie* ó comision oficial, se formó para satisfacer sus deseos. Pero el movimiento no se detuvo aquí; las *artes menores* y los *ciompi*, descontentos de haber servido de instrumento á las familias poderosas, pidieron que de las artes menores, eligiesen los magistrados de la señoría en la proporcion que las artes mayores, y que tres nuevas corporaciones formadas de las gentes del pequeño oficio, que no habian aun hallado lugar entre las artes, fuesen revestidos de los mismos derechos políticos; repartiéronse despues en tumulto por la ciudad, quemando las casas de sus adversarios, entre otras, las de los Albizzí, levantando horcas para los ladrones, hasta que la señoría hubo prometido aceptar sus peticiones por el consejo comun. Médicis admitia la reclamacion de las artes menores, pero no la de los *ciompis* ó compadres. Cuando se trató de deliberar sobre sus demandas, algunos miembros del consejo no asistieron á la sesion, otros se escaparon y muchos rehusaron tercamente presentarse. Las ecsigencias del pueblo aumentaron: pidió que ningun miembro del *populo minuto* fuese perseguido antes de dos años por deudas menores de cincuenta florines, que el banco de Florencia (*el monte*) no diese mas renta sino que reembolsar el capital, de modo que en doce años la deuda del Estado fuese amortizada. Médicis mismo se aterrorizó; la mas grande agitacion reinaba en la ciudad; creyó que era necesario algun ejemplar para concluirla; pero ya la nueva señoría habia hecho poner en el tormento á uno de sus gefes, y los *ciompi* se volvieron con armas delante del palacio, el 23 de julio, á los gritos de: «Viva il popolo.» Médicis abandonó el señorío que quiso resistir, llamando en valde las compañías de los diferentes cuarteles. Los *ciompi*, dueños de la plaza, entraron

(c) Instituto Cervantes de Madrid

violentamente en el palacio, y nombraron abanderado á uno de ellos, cardador de lana, llamado Miguel Lando, que se habia apoderado del estandarte del Estado, y que con los pies descalzos y casí desnudo habia sido el primero que forzó las puertas.

El cardador de lana parecia ser un hombre de energia y de buen sentido; constituyó un nuevo gobierno, una señoría compuesta segun el voto del pueblo, de nueve miembros, tres de las artes mayores, tres de las menores, tres del bajo pueblo (*della plebe minuta*), y se mostró decidido á restablecer el órden y el cumplimiento de la ley. Pero los *ciompi* no parecieron del todo satisfechos de estas conquistas políticas. Exigieron con amenazas la adopcion de las medidas financieras que habian solicitado. Miguel Lando les hizo presente, que era atentar á la dignidad del gobierno que habian constituido, y prometió examinar concienzudamente sus peticiones, pero no obtuvo nada por la razon: entónces, poniéndose á la cabeza de las artes mayores y de las menores, dispersó á los *ciompi* por la fuerza. El cardador de lana hubiera querido mantener la constitucion que él habia hecho respetar, pero detestado por las artes mayores sobre las que habia tomado el palacio de la señoria, mirado como un traidor por los *ciompi* contra quienes se habia mantenido, sostenido débilmente por las artes menores que habrian querido tener á las unas y otras en equilibrio, no pudo impedir á aquellos de quienes ahora dependia que abusasen de su éxito. Echaron de la señoria los tres priores de los *ciompi*, y reemplazaron su constitucion por una nueva en favor de las artes menores, que debian proveer cinco priores sobre nueve, escluyendo á los *ciompi* de toda magistratura política. El mismo Miguel Lando, herido por la victoria alcanzada sobre los suyos, vió pasar su autoridad á los Alberti, los Médicis, los gibelinos, y las artes menores que se aprovecharon los únicos de la revolucion; desanimado, dejó noblemente su cargo, y fué reconducido con las apariencias del respeto por los oficiales de la señoría, á su modesta

(c) Instituto Cervantes de Madrid

morada, dónde aun la ingratitud no debia dejarlo en paz. La guerra que habia estallado el mismo año entre las dos ciudades marítimas de Génova y Venecia, llegó durante los dos años siguientes, á un grado tal de animosidad que parecia deber conducir la ruina de una y otra. Estos dos pueblos comerciantes, que se hallaban en oposicion en Ténédos, en Chipre, en todas partes donde se encontraban, habian sabido interesar á todos sus vecinos en sus querellas. Venecia habia echo firmar al rey de Chipre Lusignan, que los genoveses habian hecho feudatario, una alianza con Barnabo Visconti para echar á este, ya indispuesto con los genoveses. Génova por su parte habia reunido contra Venecia al rey de Hungría, señor de la Dalmacia, á Francisco Carrara, señor de Padua y á los Scala de Verona.

Atacado en 1378, Luis Fiesco, por Victor Pisani, en medio de una tempestad y á la vista de Actium, sufrió el primero un golpe bastante considerable. Al año siguiente, Luciano Doria entró en el Adriático, y dió una batalla á Pisani delante de Pola; fué muerto al principio del combate, pero los genoveses le vengaron, destruyendo casi enteramente la flota veneciana. El senado, que habia impuesto á Pisani la órden de combatir hasta el último estremo, lo hizo encerrar en una prision por haber sido vencido. Este rigor no exaltó la república. Pedro Doria, sucesor de Luciano, conquista la ciudad y el puerto de Chiozza que defienden una de las numerosas aberturas del largo dique de arena ó *aggere*, entre la laguna y el mar. Francisco Carrare y algunas tropas del rey de Hungría hostigaban al mismo tiempo, por parte de tierra, á Venecia, que no tenia sino una flota en Levante bajo las órdenes de Zeno. El senado, viendo á Venecia amenazada hasta en sus canales, trataba de transportar el gobierno á la isla de Candía. La dureza de los enemigos, que no querian saber nada de negociaciones; «antes de haber puesto freno á los leones de San Mar-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cos, volvió el valor á los patricios. Hicieron á la república el sacrificio de su orgullo.

Victor Pisani fué libertado y puesto á la cabeza de la defensa nacional. La señoría ofreció escribir sobre el *libro de oro*, los treinta plebeyos que hiciesen mas grandes sacrificios por la patria. Un peletero pagó mil soldados, un boticario equipó un navío; treinta galeras salieron al instante de los canales. Victor Pisani, á despecho de dos motines, resistió cinco meses en las lagunas, hasta que el primero de enero de 1380, Zeno volvió de Levante con su flota. Los genoveses á su vez fueron sitiados en Chiozza. Todos los socorros enviados de Génova fueron inútiles. En junio, como tratasen de escapar sus bajeles, para unirse á una flota mandada por el almirante Maruffo, fueron sorprendidos y obligados á rendirse á discrecion. Las dos repúblicas, mientras tanto, debilitadas por esta lucha forzosa, vinieron al año siguiente, á hacer la paz en Turin bajo la mediacion del duque de Saboya. Pero es tal la ventaja de un gobierno fuerte, que Venecia, obligada no obstante á renunciar á sus posesiones continentales, se realzó prontamente, despues de haber visto su ruina tan de cerca, mientras que Génova, que le habia faltado solamente una victoria completa, se repuso difícilmente de los esfuerzos que habia hecho para vencer, presa ya de las largas y peligrosas rivalidades de las ambiciosas familias de los Ardoni y de los Fregosi, de los Spinola y los Grimaldi, recientemente desterrados bajo pretesto de volver la calma al Estado.

En Nápoles, la reina Juana se habia comprometido en presencia de todos, elevando el cisma por la eleccion de Clemente VII, y tomando abiertamente á este bajo su proteccion. Escomulgada por Urbino VI, amenazada por su pueblo, caida mas que en el desprecio, en el ridículo, por su tercer casamiento con Othon de Brunswick, se echó en los brazos de la Francia, y llamó para sucederla á Luis, duque de Anjou, á fin

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de introducir una nueva rama angevina sobre el trono degenerado del hermano de San Luis. Urbino VI que no queria tener por vecino un rey enemigo, se dirigió en Hungría á un primo de la criminal é impúdica reina, á Cárlos de Duras, heredero á la vez de Luis de Hungría y de Juana de Nápoles, y lo declaró rey de las dos Sicilias bajo las mismas condiciones y con las mismas reservas que Clemente VII habia impuesto á Cárlos de Anjou. Cárlos de Duras se dirigió sobre el reino de Nápoles, decidido, no solamente á asegurarse la sucesion de Juana, sino á tomar su corona. Entró sin trabajo en la capital, puso á la anciana reina en prision (1381), y dispuso al año siguiente se la ahogase bajo unos colchones.

El triunfo de Carlos III en Nápoles, como todas las revoluciones realizadas al mediodia de la península, tuvo su desquite en el fuego de los partidos italianos y particularmente en Florencia. El que tenia la esperanza de reunir dos reinos considerables en las dos estremidades de la Italia, debia desear dominar toda la península. Ya, cuando se dirigia á su reino á través de la Toscana, habia tentado derribar el gobierno gibelino de las artes menores. Una vez rey, lo logró. Los Albizzi y los guelfos, seguros de su apoyo, se aprovecharon de una querella que dividia dos de los personages mas distinguidos del gobierno, Georgio Scali y Benedetto Alberti, para escitar un levantamiento en 1382 al grito de: *¡Viva el partido guelfo!* Dueños de la plaza pública los Albizzi, toda la alta ciudadania y algunos nobles, crearon una comision suprema ó *balie* para reformar el Estado. Fué anulado todo lo que se habia hecho desde 1378; las corporaciones de los *ciompi*, fueron disueltas, la parte de las artes menores, reducida al tercio de los honores públicos; los que habian tomado parte en el movimiento reciente, desterrados, entre otros Miguel Lando que no obtuvo siquiera perdon y la aristocracia de los *nobili populani* fué asegurada al menos por algun tiempo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Las ocupaciones, despues de la separacion y la muerte de Carlos III, hicieron no obstante cesar los temores que habia inspirado al resto de la Italia. Atacado en 1383, por Luis de Anjou, á la cabeza de quince mil caballos, esperó encerrado con su ejército en las principales fortalezas, en que el clima hubiese hecho estragos, sus enemigos y hubiese quitado aun á su rival toda esperanza en 1384. Pero el año siguiente fué llamado á Hungria y sucumbió víctima de un asesinato. El reino de Nápoles fué presa de una guerra de sucesion. Ladislao, su hijo, de doce años de edad, fué proclamado por el partido húngaro; otro hijo, Luis II hijo del duque de Anjou, por el partido francés, todos bajo la tutela de dos mugeres, sostenidas la una por el Papa italiano y la otra por el Papa francés. En medio de este conflicto y de las escomuniones que caian sobre unos y otros, la mayor parte de los barones napolitanos rehusaron la obediencia á los dos pretendientes, y el reino sumido en la mas profunda anarquía, cesó de ejercer toda influencia sobre el resto de la península.

Juan Galeas duque de Milan, quiso reunir la Italia bajo su dominio (1381-1400) decadencia política y moral.

El reino de Nápoles en tanta decadencia, el papado dividido, Florencia y Génova agitadas por las facciones, Venecia debilitada por la guerra de Chiozza y ocupada en reponerse aun de este grande esfuerzo, era todo lo que los señores de Milan podian apetecer. Juan Galéas, habiendo hecho morir á su tio Barnabo, haciéndole caer traidoramente en un lago, habia restablecido la unidad de la señoria del milanesado (1385) y recobró los proyectos de dominio general de sus antecesores. Era un tirano de complexion cobarde y ambicioso á la vez, pero de una maldad profundamente hábil. Habia tomado á sueldo la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

compañía de San Jorge, banda del todo italiana, reunida por un tal Alberio, conde romaniado, y la mas formidable entonces de todas las compañías, pero que le prestó menos servicios aun que la política astuta que sabia emplear con provecho para lograr su fin.

En el oeste de Lombardía el heredero de los Visconti gobernaba ya el Montferrato como tutor del jóven marqués; este tenia á su dependencia Alberto d' Este, á Ferrara, y Luis Gonzaga á Mantua, obligándolos á crímenes odiosos que no le dejaban otro refugio que su proteccion. En su marcha hácia Verona destruyó uno tras otro los Scala y los Carrara. Venecia, que se aprovechaba de la anarquía de los reinos de Nápoles y de Hungría para recobrar una tras otra, á Corfú, Durazzo, y para entrar en Argos y Napoli, acababa de enviar á Antonio de la Scala sobre Francisco Carrara, que otras veces habia prestado socorros á Luis de Hungría y quitado á la república sus posesiones continentales por la paz de Turin. Francisco Carrara, secundado heróicamente por su sobrino y su nieto, hacia sufrir derrotas unas sobre otras, al descendiente degenerado de Cano el Grande (1386), sin poder sin embargo acabar con ese débil enemigo, realzado por Venecia, cada vez que era abatido. Juan Galéas ofreció sus socorros á Francisco Carrára, tomó con él á Verona y Vicencio y destruyó enteramente el poder de los Scala; pero en vez de dejarle esta última ciudad como habia convenido, se volvió de repente del lado de Venecia (1387) atacó de acuerdo con la república á su antiguo aliado y lo hizo prisionero con su hijo en las ciudades de Padua y Trevisa que añadió á sus propios dominios. (1388) Venecia vió con sentimiento levantarse la culebra de los Visconti, frente al leon de S. Marcos. Amadeo el Rojo, conde de Saboya, mas francés que italiano, y Génova presa de sus facciones, fueron los únicos que habian quedado independientes en el norte de la Península.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Dominada de este modo la Lombardía, atacó á Romanía y Toscana. Urbino VI habia espirado en Génova en el abandono; y su sucesor Bonifacio IX nombrado por los cardenales italianos, era incapaz de detener á Galéas. Este probó sucesivamente de apoderarse de Bolonia, de Sienna, de Pisa, y para hacer mas formal esta empresa puso en pié veinte mil hombres. Pero en este momento Florencia atemorizada entró resueltamente en liza. Tomó por su cuenta á Juan Hawkwood y dió dinero á Francisco Carrára que fué á Alemania en busca de aliados; descendió el Adige con Estévan de Baviera, entró en Padua por el lecho de Brento (1390) recuperó sus fortalezas, y obligó á Galéas á recoger sus tropas para mantener en la obediencia á Verona dispuesta á sublevarse. Al año siguiente, los florentinos hicieron venir de Francia al conde de Armagnac para atacar los milaneses por el oeste, mientras que Juan Hawkwood penetraba por el Este con Francisco Carrára, y el marqués de Este, obligado tambien á seguirlos. Pero esta vez Jaime del Vermes gefe de esta compañía italiana que unia á la bravura ordinaria de los condottieri, una disciplina y táctica enteramente desconocidas á las otras compañías, batió y mató á Armagnac que se habia adelantado con bastante imprudencia hasta Alejandría; volvió luego al frente de Hawkwood, rompió los diques del Adige, y encerró á su adversario en medio de un pais inundado sobre una estrecha calzada, de donde no salió sino por prodigios de atrevimiento y valor.

A pesar de estos últimos sucesos Juan Galéas rindió Padua á Carrara en (1392) esperando mucho mas de sus intrigas que de sus armas. En efecto, durante la paz y por instancia suya, la Malavolti y todos los del partido guelfo fueron asesinados en la ciudad de Sienna ó deportados; en Pisa Pedro Gambacorta, gefe del partido republicano, fué degollado con su familia por Jacobo de Appiano su secretario, y agente de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Juan Galéas. Una conspiracion amenazó aun á Florencia y al poder de los Albizzi y de las artes mayores. Por último en 1396, el título de duque comprado por el tirano lombardo al emperador Wenceslao, dió á un poder á quien la transmision hereditaria no habia quitado aun la mancha de su orígen, un carácter de legitimidad que lo hizo aun mas peligroso. El diploma que le instituia duque de Milan y conde de Pavia, comprendiendo en el contrato de investidura veinte y seis ciudades con sus territorios hasta las lagunas de Venecia, es decir, todas las que mas de dos siglos antes habian firmado la gloriosa liga lombarda, anunció á las otras ciudades la suerte que les esperaba.

Génova, en donde se habian sucedido diez revoluciones y diez dux cambiados en menos de cuatro años, fué la primera amenazada. Su dux actual, Antoniotto Adorno, que habia gastado un valor inútil para dominar las facciones, destruido por los proyectos del duque, no salvó á su patria sino persuadiéndola se entregase al rey de Francia Cárlos VI, que debió dar la administracion á un vicario y respetar sus privilegios. Florencia no se resignaba aun á llegar á este estremo; aprovechó la empresa de un Mangiadori sobre S. Miniato para tomar aun la ofensiva, sostenida por el apoyo real de Francisco de Gonzaga, mezclado esta vez con el tirano, y la alianza desgraciadamente mas honrosa que útil de la Francia. A pesar de los saqueos de Alberico de Barbiano, condottieri al servicio de Galéas que desoló el valle de Arno, y una conspiracion de los Médicis y de los Ricci que fracasó, gracias á la vigilancia de Mazo Albizzi, los florentinos batieron otros dos condottieri del duque de Milan en Governolo cerca de Mantua, imponiéndoles la condicion de respetar su territorio (1398).

Todas las ciudades no fueron igualmente felices. Este mismo año Juan Galeas, compró al hijo de Jacobo de Appiano, in-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

capaz de mantenerle en Pisa el señorio de esta poderosa república, aniquilada por un comercio bajo ; en 1399 obligó á Sienne y Perusa á entregarse y reconocerlo por señor, para escapar de los motines que sostenia con ayuda de las facciones y las devastaciones que hacia cometer indirectamente sobre sus territorios por sus aventureros ; en fin, en 1400 , procuró soldados á Pablo Guinigi de Luca y á Juan Bentivoglio de Bolonia para apoderarse de la tirania de estas dos ciudades, con ayuda de los saqueos y de la peste que diezmaba sus mas valerosos ciudadanos y poco tiempo despues batió y despojó á Bentivoglio de una autoridad que pretendia ejercer por sí mismo.

Nada mas triste, á fines del siglo XIV que el estado de Italia. La libertad sucumbia en Toscana y Lombardia, á causa de sus propios escesos, bajo los alcances de la peste ó los esfuerzos de una tirania astuta y baja. Florencia resistia la única , pero aislada en medio de los territorios de Siena , Luca Pisa y Bolonia sometidas sin comunicacion con el mar, arruinada en su comercio y vigilada de cerca por los Toppi, por los Ubertini en los Apeninos, por los Cancellieri en los montes de Pistose y los Ubaldini en los de Mugello , señores todos vendidos ó sometidos al tirano Galéas. La monarquia muchas veces ya ensayada en el mediodia , se perdió en medio de la mas espantosa anarquia. La ciudad de Roma era presa como nunca de las facciones de los Colonna y de los Orsini ; los estados de la Iglesia divididos entre pequeños tiranos ó saqueados por bandidos como antes de Albornoz. Los italianos no podian invocar la Santa Sede ó el imperio. Porqué medio hubieran podido reconocer en Bonifacio IX en Roma ó Benito XIII en Avignon al verdadero y legítimo sucesor de los Gregorios VII y de los Alejandros III ? Si se volvian hácia el rey de Francia , no encontraban sino un pobre loco; si al emperador de Alemania , un hombre sumergido todos los dias desde la mañana en la embriaguez. Era pues preciso ser victima

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de una monstruosa tirania que nacida de las rivalidades de la libertad, crecia con ayuda de los desórdenes de las otras naciones ?

Las letras y las artes, que parecian prometer consuelos á la Italia, faltaban tambien en esta época de esterilidad y de muer te. La literatura pasaba de la inspiracion nacional y cristiana de Dante y de Petrarca á las pesquizas de la erudicion clásica y pagana : aun Juan de Ravena y el griego Chrisoloas no hacian sino trazar laboriosamente el camino á los entusiastas eruditos del siglo subsiguiente. En las artes, los nombres de Cimabua y de Guiott reemplazados por los de sus oscuros discípulos Taddio di Saddo, Giottino en Florencia, Lorenzo y Lorenzotto en Siena, probaban que la pintura no adelantaba. La iglesia y la sacristia de S. Miguel, obra del Arcagnuolo, elevábase en Florencia pero sin poder igualar las obras maestras del siglo XIII. No habia en Milan sino Juan Galéas que probó de dejar un monumento duradero y que eternizase su nombre en la Catedral de esta ciudad, que se comenzó en 1346, la cual no está concluida aun hoy dia, como si llevase impreso el sentimiento de aquel bautizo de la tiranía.

Los italianos no podian únicamente buscar en la religion el olvido de estas miserias. El año 1400, no les trajo el consuelo de un jubileo. ¿Quien hubiera confiado en las indulgencias de los dos Papas cuando se anatematizaban el uno al otro? Y mientras tanto las hordas turcas echadas por Tamerlan se internaban en Hungría y en Polonia amenazando toda la cristiandad y particularmente la Italia. Por falta de un jubileo anunciado oficialmente por la Santa Sede, el sentimiento religioso estalló por si en las demostraciones desordenadas de los *penitentes blancos* que recorrieron procesionalmente la Italia, sobre todo por las ciudades de Génova, Pisa, Luca y Florencia, en los años de 1399 y 1400 como para llamar á los pueblos y las ciudadesá la reconciliacion y á la penitencia, si querian escapar de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la tiranía y de la muerte. La peste no permitió que la libertad italiana cayese enteramente en una tiranía tan despreciable como la de Juan Galéas : hubiera sido comprar demasiado cara una unidad política condenada desde un principio á perecer : despues de haber desolado las dos repúblicas arrebató la muerte á Juan Galéas en 1402, y en medio de la soledad de Marignan donde se creia libre de la epidemia.

Disolucion momentánea del ducado de Milan; engrandecimiento de Venecia y de Florencia (1409) Concilio de Pisa; Ladislao 1402-1414).

Un poder elevado por la violencia, sobrevive muy raramente á su fundador. La muerte de Juan Galéas produjo la disolucion del nuevo ducado de Milan; en vano habia recomendado sus jóvenes hijos á todos sus condottieri. Declarado uno de ellos, Juan Maria, duque de Milan; el otro Felipe Maria duque de Pavía; y el tercero, Gabriel Maria hijo natural, señor de Pisa, los capitanes no pensaron sino en sí propios y se pusieron al servicio de los enemigos de los Visconti, enriqueciéndose con sus despojos. Así, Alberico de Barbiano pasó á sueldo con los florentinos, Carlos Malatesta de Rimini á la del Papa, del Verme á la de Venecia; los demas no combatian contra las ciudades que se revolucionaron, sino para apoderarse del poder absoluto, como Facino Cano en Alejandría, Ottoboni Feno en Parma, Pandolfo Malatesta en Brescia. La viuda del tirano, Catilina, ensayando salvarse por la crueldad de que su esposo la habia dado ejemplo, se perdió del todo. El pueblo de Milan desesperado se sublevó al mando de un capitan, el cual la dejó morir en prision, y sus dos hijos, en Milan y Pavía, no conservaron los títulos de duque y de conde, sino por la voluntad de ciertos hombres de guerra ambiciosos que se sustitutian los unos á los otros, en medio de los mas es-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pantosos desórdenes y convirtiendo el antiguo ducado de Milan, en un sin número de pequeñas y efímeras tiranías.

La ocasion era favorable para las repúblicas; la aristocrática Venecia y la demócrata Florencia, aprovecharon esta ocasion para establecer en Italia un poco de órden y unidad en pró del principio liberal; pero contaron demasiado y por desgracia, con su ambicion. Venecia, que no queria por vecino á un poderoso que hubiese de temer, no impidió únicamente á su antiguo enemigo Francisco Carrara, dueño ya de Verona, reunir á las suyas sus antiguas posesiones de la Scala, sino que sitió á este señor en Padua, le obligó á rendirse por traicion, le hizo decapitar, no hallando para retenerlo otra prision mas segura que la tumba, y quedó dueña del Paduano, del Vicentino y del Veronesado, es decir, de todo el país comprendido entre la Piave, las montañas, el lago Guarda, el Pó y las lagunas, escepto el Mantuano.

Venecia dejó al principio su constitucion á las ciudades de Padua, Verona, Vicencio, etc.; pero no las respetó largo tiempo, reemplazándolas bien pronto la tiranía de los Scala y de los Carrara, sin pensar que una buena y sólida alianza hubiera valido mas que una dominacion disputada. En Florencia, siempre dominantes los Albizzi, usaron bastante bien del poder al principio. Contuvieron á los Alberti y á los Médicis; estaba en su derecho libertar á Sienna, y guerrearon contra los pequeños señores de los Apeninos. En fin, pusieron toda su atencion sobre Pisa, no para libertarla, sino para someterla. Gabriel Visconti poco querido de los pisanos, atacado por los florentinos, vendió á estos la ciudad. Esto no bastaba para reducir á los pisanos, si Juan Gambacorta, desterrado, no hubiese entrado en la ciudad con pretesto de restablecer su partido. Despues de haberse presentado como defensor del pueblo, vendió su patria (1406). Triste fin de una república que habia brillado tanto; ejemplo memorable de la libertad, devorán-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dose por si propia en presencia de la tiranía. En Italia, las repúblicas mirando la vida política como una lucha, la libertad como una conquista, no creyéndose independientes sino cuando eran señoras, y no apreciando la victoria sino cuando esta les procuraba el dominio, sin apercibirse que trabajando por el triunfo de una libertad egoista y usurpadora preparaban por si propios la esclavitud comun. Era necesario despoblar, arruinar á Pisa para someterla, y solo pudo contarse con su obediencia, cuando la yerba crecia por las calles. Venecia y Florencia hicieron al menos un noble uso de su nueva influencia, buscando el medio mas oportuno de esterminar el cisma que enternizaba las discordias. En 1406, un veneciano, Gregorio XII, habia sido elegido por sucesor de Inocencio VII por los cardenales italianos, con la sola mision de abdicar. Las dos repúblicas insistieron fuertemente cerca del nuevo Papa italiano, como el rey de Francia cerca del de Avignon, Benito XIII, para obligarlos á aun á despecho suyo á una abdicación comun. Pero un nuevo principe, Ladislao de Nápoles, que tomaba entónces el cargo vacante de Juan Galéas y procuraba mantener por efecto de su ambicion, la anarquia moral y política de la Italia, se opuso á ello. Hijo de Cárlos III de Duras, llegando despues de una larga lucha á echar á los principes de Anjou del mediodia de la Italia, engrandecido en medio de las guerra civiles y de las intrigas, bravo y ambicioso, habia tomado por divisa estas palabras: *aut Cesar aut nihil*, y empezó á marchar por todos los medios á su fin. En 1408, se apoderó de Roma y de algunas ciudades vecinas por la traicion de un Orsini, y persuadiendo á Gregorio XII que obraba únicamente por su interes le hizo desechar todo pensamiento de abdicacion.

Florencia insistió mucho mas para la estincion del cisma: ofreció la ciudad de Pisa por punto de reunion para los cardenales de las dos obediencias, y los vió allí constituidos en concilio general con los principales prelados y embajadores

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la cristiandad (1409) á despecho de la oposicíon de los dos Papas que rehusaron entregarse y de las hostilidades de Ladislao que penetró hasta Toscana á la cabeza de su ejército. El concilio segun el voto general, destituyó á los dos pontífices como heréticos cismáticos, y eligió en su lugar al cardenal de Candia bajo el nombre de Alejandro V. Pero era menester poner en ejecucion la sentencia del concilio; Ladislao era dueño de Roma. Benito XIII siempre reconocido por el Aragon, persistió en la ciudad de Avignon en guardar la tiara, y Gregorio XII refugiado bajo la proteccion de Malatesta de Rimini, continuó ejerciendo la dignidad de pontífice con el dinero que le proporcionaba el rey de Nápoles.

Florencia, bien que abandonada por Venecia, trató de vencer todas las resistencias: llamó á Italia á Luis II conde de Anjou, y le envió contra Ladislao: tomó por su cuenta á Braccio de Montone, gentil hombre de Perusa, para resistir á Sforza Attendolo, antiguo paisano de Cottignola, enviado contra ella por el napolitano. Los condottieri amenazaban reunir entre sus manos todas las fuerzas militares de Italia, y la suerte de la península dependia de ellos en un pais divididos por dos repúblicas entregadas enteramente al comercio, y de un rey ó de señores que no podian mantenerse en las facciones, sino con ayuda de soldados mercenarios. Braccio de Montone prestó únicamente verdaderos servicios á Florencia; Luis II de Anjou, reconocido por Alejandro V como rey legítimo de Nápoles, y puesto en posesion del estandarte de la Iglesia, no pudo apoderarse del castillo de S. Angelo sino por traicion; despues de esta fácil hazaña se retiró á Pisa y despues á Provenza para reunir allí otro ejército. Braccio, mas atrevido, despues de haber echado á Sforza de Toscana, forzó las puertas de la ciudad, el 2 de enero de 1410, y despues de la muerte de Alejandro V, hizo elegir un nuevo Papa á gusto ó del agrado de los florentinos, con el nombre de Juan XXIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Luis II, á su regreso fué aun menos afortunado que en su primera campaña. Los genoveses, que acababan de sacudir el yugo de Francia y contratar una alianza con Ladislao, se apoderaron de una parte de su flota con los caballeros que la gobernaban. Descontentos de su alianza los florentinos, mal advertidos esta vez, despidieron á Braccio, é hicieron la paz con Ladislao que les entregó á Fortono. Bien pronto hubieron de arrepentirse. El rey de Nápoles batido al principio por su rival en Rocca Seca, sobre las orillas del Garigliano, compró al dia siguiente las tropas de su vencedor, y no contento con obligarlo á salir del reino, volvió sus primeros proyectos, se apoderó del Papa, engañado por su tratado de la ciudad de Roma, (1413) y de una parte del territorio de la Iglesia, é invadió nuevamente la Toscana con quince mil hombres. Florencia tenia que hacer la guerra nuevamente bajo nuevos auspicios, si el rey no hubiese sucumbido repentinamente á una enfermedad, á causa de sus locuras (1414).

Los dos condottieri Braccio de Montone y Sforza Attendolo; el Papa Martin V y la reina Juana II (1414-1420).

El advenimiento de Juana II, reina repugnante por impúdica, entregada á escándalos que no cedian lugar sino á la ambicion, y la reunion del concilio de Constanza que, para restablecer decididamente el órden en la Iglesia, empezó por deponer á los tres Papas rivales, prometió un poco de reposo y de paz á la Italia. En Lombardia, Juan Maria Vizconti, que no se habia reservado del poder dejado por el condottieri Facino Cano, sino el oficio de verdugo, y lo ejercia cazando los criminales con sabuesos, habia muerto dos años antes que Facino Cano. Su hermano Felipe-Maria, sucedió en el título á su hermano asi como en el poder á Facino Cano, con cuya viuda se casó y recogió el ejército; pero estaba muy

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ocupado en constituir nuevamente el ducado de Milan para tener tiempo sobrado de mirar mas allá. Venecia, decididamente heredera del comercio de Génova, á pesar de sus veinte y cinco mil tripulantes y sus tres mil buques, tanto de guerra como de comercio, empezaba á temer los progresos de los turcos en Oriente, y dirigia todas sus fuerzas hácia esta parte, para defender á Negroponto y Candia atacados por el sultan Mahomet. Florencia, dueña de casi toda la Toscana, entre Luca dominada por Pablo Guinigi, y Sienna siempre atormentada por las facciones de los propietarios y del pueblo, estaba dispuesta, despues de tantas agitaciones á gozar en paz de la prosperidad que le aseguraba la administracion de la oligarquia guelfa, y dos honrados ciudadanos, Mazzo Albizzi y Ussano, bastante entendidos y liberales para admitir en la division del poder los adversarios rechazados por largo tiempo, entre otros á Juana de Médicis, tuvieron bastante talento aun para adoptar un modo de eleccion, *imborsamento* que dejaba al azar la de los magistrados, prometiéndoles una paz duradera.

Con la ausencia de un Papa y de un rey, y con ayuda de las preocupaciones ó desaparicion de las dos grandes repúblicas, los condottieri ocuparon la escena; creyeron llegada la ocasion, puesto que las querellas se apaciguaban, y que no habia nada que ganar porla guerra, para aprovecharse de las fuerzas militares de que disponian ganando algun principado; los Estados de la Iglesia estaban allí sin dueño. Los Manfredi en Faenza, los Ordelaffi en Forli y los Malatesta en Rímini, tenian ya cada uno una parte de presa, y no parecian dispuestos á dividirla con otros. Entre estos gefes, dos ocupaban el primer puesto, Braccio y Sforza, que diferian tanto por su orígen como por su táctica militar. El primero gentil hombre de Perusa, á la cabeza de pequeños cuerpos que se habia esforzado en hacer manejables y movibles, provocaba al enemigo con todas las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

astucias y lazos de la política italiana sintetizados en el arte militar; el segundo, bravo ciudadano de la clase de oficios que habia dejado la pala por la espada, notable por su fuerza hercúlea, habia sabido dar solidez y aplomo á sus fuertes compañías: atacaba á la vez á sus adversarios y llevaba la victoria por masas. Braccio ocupaba y gobernaba á Bolonia que el Papa Juan XXIII le habia dado en depósito: Sforza tenia guarnicion en Roma, y gran número de castillos de los estados de la Iglesia sobre los territorios de Sienna y del reino de Nápoles, Braccio de Montone el primero, dió la libertad á los boloneses para atacar á Perusa, su patria, de donde se le habia desterrado muy jóven, batió á Malatesta que los perusanos habian llamado, y gracias al socorro de sus capitanes mas valientes, Tartaglia y Piccinino, entró en Perusa en (1416) é hizo el centro de un principado que rodeó con las ciudades de Todi, Rieti, Narni y otras. El paisano de Cottignola tenia miras mas ambiciosas. Dueño de Roma, queria ser gran condestable del reino de Nápoles antes de realizar sus planes. Llevó sin embargo su gloriosa espada á que dirimiera las vergonzosas querellas de la reina Juana y de su nuevo esposo Jaime de Borbon, conde de la Marcha, que no queria representar el segundo papel ni como esposo ni como rey y se declaró por la reina, casándose con la hermana de Pandosfello Alopo, uno de sus favoritos, la cual le trajo una fortuna inmensa. Era menester pagarla muy cara. Puesto en prision por Jaime de Borbon, privado de sus dignidades y de sus bienes en el reino, supo aun que Braccio de Montone, olvidando la cortesía, ya en uso entre los gefes de guerra, atacaba sus dominios en los estados de la iglesia, y ponia sin miramiento la mano sobre la ciudad de los Papas donde nombró un senador. No obstante, Sforza se libró de esta crítica situacion; movió un alboroto en Nápoles desde su prision, se hizo libertar, y obligó á Jaime de la Mancha, á devolver á Juana II el trono y la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

libertad de elegir un nuevo favorito. Este sacrificio le valió el título de gran condestable del reino ; marchó en seguida á Roma, penetró en el castillo de San Angelo, gracias á uno de los cardenales que lo defendian , y echó de la ciudad á su rival nombrando él mismo un nuevo senador.

La llegada del Papa Martin V, elegido definitivamente por el concilio de Constanza , para terminar el cisma (1418) valió poco en esta singular lucha de los dos gefes del partido. En el instante en que la unidad tendia á restablecerse en la Iglesia, hubiera sido bastante singular que un condottieri heredase despojos temporales de la Santa Sede. Acogido con entusiasmo por la república de Florencia, que creia de su interés y del de Italia, ayudar la Santa Sede á reconquistar los Estados Pontificios , Martin V desplegó una destreza que tuvo un éxito completo. Mandó primeramente á Sforza sobre Braccio y no confirmó á este último en la posesion de sus feudos , sino con condicion de que someteria inmediatamente la Bolonia; llamó á Italia al jóven Luis III de Anjou contra la reina Juana y dió aun á este por ausiliar á Sforza , que consiguió separar de la reina por algunas concesiones de territorio ; Juana siempre en busca de un protector , llamó y admitió á Alfonso V rey de Aragon : la llegada de este que tomó la defensa del Castillo Nuevo y del Castillo Oeuf , y compró á Francisco con el principado de Cápua, obligó á Luis III y á Sforza á abandonar sus proyectos. Pero el Papa esperó su dia y llegó á entrar en Roma favorecido por esta division , y empezó la obra de la restauracion del poder pontifical en Italia. La política del gefe de la Iglesia habia roto la espada de los dos condottieri.

Felipe María constituye nuevamente el ducado de Milan : el condottieri Carmagnola (1420-1431).

Justamente al mismo tiempo que el papado se restauraba

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sucedia lo propio con el poder de los Visconti en favor de Felipe María, heredero de esta política constante en la perfidia y el crimen, que parecia como una herencia de familia. Un soldado, á quien este habia distinguido por su bravura el dia mismo que se habia apoderado de Milan, Francisco Carmagnola, era el instrumento de esta restauracion; puesto á la cabeza de sus tropas le habia reconquistado sucesivamente todas las ciudades y castillos, anteriormente fuera de su sucesion. Lodi tomada por Juan de Vignata, Pavia por Beccaria, Brescia por un Malatesta, Bergamo, Crémona, Parma, y Como por otros, Plasencia, por último, de la cual echó á todos sus habitantes y dejándola durante un año en una soledad tal, que espantó á su antiguo dueño. Manchado con la sangre de su muger, Beatriz de Tenda, á la que habia hecho decapitar como adúltera para librarse del peso del agradecimiento, Felipe María, este tirano tan horrible que temia presentarse á los hombres durante el dia, tímido, que temblaba al ruido del trueno, empezaba á amenazar la independencia de la Italia por sus empresas sobre Génova. La ciudad de Florencia, que codiciaba el puerto de Livornia, entonces en poder de los genoveses, fué culpable en dar demasiado tarde á estos los socorros que pedian, para obligarles á vender este puerto precioso para su comercio. Pocos dias despues bloqueado por tierra por Felipe María, y por mar por Alfonso V de Aragon, aliado del primero, los genoveses se vieron obligados á proclamar por señor al tirano milanés, con las mismas condiciones que otras veces al rey de Francia, y á recibir de su mano á su capitan Francisco Carmagnola (1421).

Juan de Médicis y Maso de los Albizzi, autores de la paz interior en Florencia, y partidarios de la misma por deber, empezaron no obstante á arrepentirse cuando sintieron en todas partes la mano de Felipe María y pensaron poner coto á sus proyectos. En el mismo año (1423) el tirano encar-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gó á Caramgnola la conquista al norte del valle Levantino; en el centro, hacia afacar la Romanía, Bolonia, Imola y Forli por Angel de la Pergola; al medio dia, donde Juana y Alfonso de Aragon continuaban guerreando, envió con una flota genovesa, al condottiero Guido Torello, al socorro de Juana contra su antiguo aliado. Todo le salió bien. Carmagnola batió en Arbedo, á tres mil suizos, apesar de su heróica resistencia; se aseguró del valle codiciado por su señoría Angel de la Pergola é hizo prisionero en Zagonara á Carlos Malatesta; encargado por los florentinos de defender la Romanía, sorprendió á Imola, y despues á Forlí, en el reino de Nápoles: habiendo patrocinado la reina Juana, á Luis III de Anjou, en lugar de Alfonso y unidose con Sforza para oponerlo á Braccio, que combatia al servicio de Alfonso V. Sforza, que queria operar en union con Jaime de Cardona, se ahogó en el paso del rio Pescara, tratando de salvar á uno de sus compañeros. Pero Jaime de Cardona batió completamente y mató á Braccio en la batalla de Aquila, cuyo resultado obligó á Alfonso á salir del reino de Nápoles (1424).

Los florentinos obraron entonces como en los dias de grande peligro, instituyeron una comision de los diez de la guerra, hicieron alianza con el rey de Aragon, y llamaron á todos los condottieros que habian servido á Braccio bajo las órdenes de Sforza, pero fueron batidos en todas partes por mar y tierra, en seis encuentros sucesivos; pensaron entonces en Venecia que acababa de asegurarse del Friol y de la parte de la Istria, dependiente del patriarcado. Ocupada en Dalmacia y en Albania contra los vasallos del rey de Hungria, Venecia no parecia dispuesta á emprender una nueva lucha contra el ducado de Milan. En vano el dux Foscari deseaba la guerra: las últimas exortaciones del dux Loredano eran aun poderosísimas en el senado; en vano, el embajador florentino mezclando los reproches á la amenaza dijo al gran consejo: « vuestra calma,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sacrificando á Génova, ha hecho á Felipe *duque de Lombardia*, sacrificándonos vais á hacerlo *rey de Italia*; tened cuenta que si es preciso someternos á nosotros no lo hagamos emperador.» El senado no cedió sino á instancias de Carmagnola. Bien tratado al principio por Felipe-María, adoptado por él y hecho su yerno, el condottieri Carmagnola vió poco á poco disminuir su crédito y la gratitud debida á sus servicios, desconocidos por un espantadizo que le prohibió hasta acercarse á él. Juró vengarse; alprincipio se volvió á la córte de Amadeo duque de Saboya, para obligarle á precaver los ataques meditados contra este por Felipe-María, vino despues á ofrecer sus servicios á Venecia y obligó á la república á hacer la alianza de Florencia, el duque de Saboya, el duque de Ferrara y el rey de Aragon (1426).

Para resistir á esta liga formidable Felipe-María se rodeó de todos los condottieros mas renombrados. Carlos Malatesta, Nicolás Piccinino, Guido Torello y el jóven Francisco Sforza que parecia no ser inferior á su padre. Pero Florencia abasteció de sumas considerables á los aliados, puso bajo el nombre de catastro un impuesto sobre la renta de los ciudadanos, y Carmagnola hizo pasar la victoria de su parte. Mientras que los venecianos quemaron cerca de Cremona, despues de un combate encarnizado, una flota equipada sobre el Pó por el duque de Milan, el célebre Condottieri se apoderó de Brescia y su territorio y deshizo completamente á Macalo: el ejército milanés dividido por los actos de su gefe Felipe-María, pidió la paz (1428) cediendo á los venecianos el límite de Ada y además el Bresciano, el Bergamasco, y prometiendo á Florencia no mezclarse en la cuestion Toscana, pero en realidad, no esperó sino una ocasion para vengarse.

En efecto, el año siguiente, Martin, habiendo precipitado por sus ecsacciones la revolucion de Bolonia, y Florencia calculando aprovecharse de las turbaciones de Luca, que acababa

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de echar á su tirano Guinigi, rompieron las hostilidades. Uno de sus condottieros, Picinino, destruyó en 1430, sobre las orillas de Serchio, á los florentinos que habian querido volver á pasar el rio próximo á las murallas de Luca para entrar allí á su vez por la brecha. En 1431, Sforza asaltó á Carmagnola cerca de Soncino, le apresó mil seis cientos hombres, le siguió hasta las orillas del Pó donde iba á socorrer una flota veneciana que se adelantaba sobre Crimea, le engañó fingiendo ofrecerle la batalla é hizo pasar una parte de sus soldados sobre la flota milanesa que destruyó en parte la de los venecianos.

Carmagnola, fué la única víctima de esta derrota; los dos procuradores venecianos que lo acompañaban continuamente; lo tenian por sospechoso desde que Carmagnola, despues de la victoria de Macalo, habia dado la libertad á todos sus prisioneros por una cortesía habitual á los condottieri. El condottieri habia herido mas de una vez á la nobleza veneciana. «Eran, habia dicho, soberbios en la paz y cobardes en la guerra.» El consejo de los diez despues de la batalla de Cremona, creyó ver una traicion donde no habia sino una falta; mandó llamar á Carmagnola bajo pretesto de formar con él un plan de campaña, lo hizo recibir con honores y distinciones á las puertas del palacio del dux, para despues cogerlo, ponerlo en la tortura y decapitarlo en la plaza de S. Marcos y con una mordaza en la boca, sin que se permitiese á nadie esplicar esta pérfida y misteriosa ejecucion.

Nuevo cisma, angevinos y aragoneses; guerras de Felipe-Maria contra Venecia, Florencia y Nápoles (1492-1647).

A pesar de la ventaja que podia ofrecerle la muerte de un tan formidable enemigo, el duque de Milan firmó un tratado

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de paz con Ferrara, Venecia y Florencia. Esperaba sacar mejor partido de los acontecimientos que se sucedian entonces en Italia.

El Papa Eugenio IV sucesor de Martin V, despues de 1491, se habia visto obligado á dejar abrir un Bâle en el concilio convocado por su predecesor, pero pronto entró en lucha abierta contra esta asamblea, poniéndolo todo en obra, para lograr las reformas que preparaba. Los padres del concilio lo conminaban á comparecer delante de ellos y lo amenazaban con destituirlo si rehusaba.

En Florencia la concordia que Maso de los Albizzi y Juan de Médicis habian hecho reinar largo tiempo entre los partidos aristocráticos y democráticos, las artes mayores y las menores, fué rota por su muerte, y por la elevacion al poder de sus dos hijos Reinaldo y Cosme. Descontento de las críticas de Cosme, celoso sobre todo de la influencia que este ejercia en Florencia, por la liberalidad con que usaba de sus inmensas riquezas en pró de los sábios y de los artistas, Reinaldo de los Albizzi quiso aprovechar (1432) la introduccion de algunos de sus partidarios en la señoría, para deshacerse de su rival. Cosme llamado ante la señoría para responder de su conducta, fué puesto en la torre del Reloj, y una *balie* nombrada por el pueblo á instancia de Reinaldo, declaró contra él y sus principales amigos una sentencia de destierro (1433). Pero al año siguiente, la señoría, reorganizada mas favorablemente por los Médicis, provocó, á peticion de numerosos clientes de Cosme, otra *balie* que llamó al desterrado para sustituir á Reinaldo y á los suyos, y Cosme, entrando triunfalmente, recibió los títulos de *bienhechor del pueblo y padre de la patria.*

En fin, en el reino de Nápoles, la muerte de Juana II legó al mediodia de Italia una guerra de sucesion que sus caprichos habian ya preparado en vida. Los napolitanos se declaraban por Réné de Anjou, el heredero mas próximo de Luis III,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

muerto recientemente en Calabria; Alfonso V, rey de Aragon y de Sicilia, llamado por el duque de Suecia y el príncipe de Tarento, venian á reclamar la sucesion por su parte y á poner sitio á la ciudad de Gaeta, para empezar la lucha.

La península estaba justamente en el estado en que podia apetecer Felipe María: la vívora milanesa le gustaba y encontraba provecho en serpentear con su política pérfida y venenosa en medio de la anarquía. Felipe Maria envió á los estados de la iglesia á Francisco Sforza y Forte Braccio, bajo pretesto de ejecutar las sentencias del concilio, é hizo partir de Génova para obrar de acuerdo con Réné de Anjou, al almirante Blas de Assereto con una flota, y en fin, prometió socorrer los Albizzi desterrados contra los Médicis. El Papa Eugenio IV estrechado entre los dos condottieri y un motin de los romanos, se vió obligado á huir de Roma á Florencia. El almirante Blas de Assereto, partidario de Génova, esperaba en tanto la flota aragonesa delante de la isla de Ponza, la batió completamente, hizo prisionero al rey de Aragon con sus dos hermanos y los condujo triunfalmente á Milan (1425) Florencia únicamente detuvo al tirano; Cosme de Médicis, ligándose con Neri Capponi, hábil capitan y diestro político, convocó un parlamento para crear una bolsa que le permitiese llenar la de sus magistrados, inscribir en ella los nombres de sus amigos y desterrar á sus enemigos. Tomó entonces á sueldo á Sforza, lo reconcilió aun con el Papa, que le dió la posesion de Ancona como feudo, con la condicion de reconquistarle los estados de la iglesia, y gracias á este condottieri, Florencia hizo padecer á Piccinino enviado contra esta, la derrota de Barga que cambió todo el plan de Felipe-Maria (1437). Se le vió de repente dar la libertad al rey de Aragon despues de haberle tratado generosamente, prestarle socorros para restablecer sus negocios á espensas de Réné y firmar el mismo una tregua de diez años con Sforza y los florentinos para concentrar sus fuerzas contra los estados de la iglesia

(c) Instituto Cervantes de Madrid

donde hizo sublevar á Bolonia, y contra Venecia, á quien trató de quitar el territorio precedentemente cedido al de Adda. Este giro se volvió contra él. Los Genoveses habian abrazado con entusiasmo la guerra contra Alfonso por ódio á los aragoneses que le habian quitado la Cerdeña, y habian ayudado á Visconti á someterlos últimamente. Cuando supieron que Visconti se habia reconciliado con los aragoneses, se sublevaron á la voz de uno de sus conciudadanos Spinole, contra Trevelino su gobernador; echaron á la guarnicion milanesa y la pusieron nuevamente en libertad. Por otro lado la noticia de que Piccinino, el mas fiel de los condottieri de Visconti, estrechaba á Brescía, llenó de soldados el territorio de Verona y aisló de el continente á Venecia que empezaba á desesperarse. Florencia adivinó todos los deseos de Visconti y comprendió su deber: tomó á su servicio á Sforza, obligado entonces por un tratado con el Papa á proteger los estados de la iglesia, y empezó nuevamente la guerra en 1439 al norte de Italia mientras que Réné de Anjou, llegado recientemente á la ciudad de Nápoles, y Alfonso desembarcado de nuevo sobre las costas del reino, llegaban tambien á las manos en el mediodia.

La renovacion del cisma vino á poner colmo á la confusion. Eugenio IV declarado contumaz por los padres de Bale, convocaba entonces en Ferrara y despues en Florencia (1439) un concilio rival y mientras que reunia los prelados romanos é italianos delante del emperador de Oriente Paleologo y de los diputados del clero griego, hacia declarar, despues de una larga y sábia discusion teológica, la reunion de las dos Iglesias: entre tanto los padres de Bale pronunciaban su destitucion y ponian en su lugar al viejo duque de Saboya, Amadeo VIII bajo el nombre de Felipe V. Naturalmente las pasiones beligerantes en Italia tomaron partido segun su interés en el nuevo cisma; el duque de Milan y Alfonso de Aragon por Felipe V; Venecia, Florencia y René de Anjou por Eugenio IV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los dos condottieri Sforza y Piccinino, fueron encargados de cortar la querella política y religiosa. El primero, decidido á salvar á Brescia y á Verona, condujo su ejército por las montañas al centro mismo de las operaciones de Piccinino y lo batió en Peuna, al norte del lago Guarda: recuperó á Verona, caida por un instante en poder de su enemigo. Piccinino al año siguiente (1440) trató vanamente de arrojar á su adversario de Lombardia echándose sobre la Toscana. Cosme y Neri Capponi encargaron á Sforza que no abandonara la defensa del territorio veneciano; recibieron á Piccinino con un nuevo ejército de los condottieri, pagados por la república y por el Papa, y obligaron á retroceder al enemigo despues del encuentro de Anghiari; donde los soldados de los dos partidos se empeñaron de tal modo en la lucha de huida y persecucion, que segun Maquiavelo, no hubo sino un hombre muerto despues de un ataque de diez horas. Entonces se derramaba mas dinero que sangre en las guerras italianas; la derrota de Piccinino no dió por resultado sino permitir á Francisco Sforza que echara los milaneses del nuevo territorio veneciano, y empezar mas pronto con el de Visconti.

Obligado por Francisco Sforza y por las exigencias de sus mismos capitanes que querian aprovecharse de su destreza para vender muy caros sus servicios, el duque de Milan creyó librarse aun del compromiso por uno de esos bruscos agradecimientos que le eran característicos. Desarmó á Sforza dándole en casamiento su hija Blanca, con los señoríos de Crémona y de Pontremoli, y le hizo árbitro entre él y las dos repúblicas. Sforza les dictó la paz de Capriana en (1441). Pero como siempre, Felipe María, disimulaba un segundo pensamiento de venganza, y bajo la paz ocultaba una nueva guerra. No habia hecho entrar á Sforza en su familia y colmádole de bienes sino para perderlo mejor. Bajo pretesto de hacer su fortuna, envió á su nuevo yerno al mediodía donde

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Alfonso obligaba vivamente al Réné en Nápoles, y por otra parte le quitaba sus feudos; tan pronto como lo vió separado se declaró en favor de Alfonso, le envió socorros, se reconcilió con el Papa, al cual le ofreció á Piccinino para recuperar el territorio de Ancona, y esterminó asi á su yerno con una hija del príncipe italiano (1442.)

Esta fué la suerte de Sforza. El hijo del paisano Carmagnola, no fué el primero de los condottieri que soñó hacer servir sus talentos y su potencia militar en la fundacion de un principado particular en Italia. Dueño ya de Ancona en el centro de Cremona y de Pontremoli al norte, poseedor de feudos numerosos en Nápoles se acercaba á su fin mas que ninguno de sus predecesores. Atacado por todas partes, aun por la perfidia y la traicion que se deslizaba hasta en su campamento, resolvió no ponerse mas al amparo de otro, y mostró que era capaz y digno de ocupar el lugar honroso de cualquiera de los príncipes conjurados contra él. Obligado á abandonar la causa de Réné de Anjou, que perdió bien pronto Nápoles y su reino, despojado de sus feudos en el mediodia, concentró todas sus fuerzas en la Sicilia donde fué perseguido por Alfonso y por Piccinino, y se defendió haciendo prodigios de energía, habilidad y atrevimiento. Dos de sus tenientes le hicieron traicion pasándose á su enemigo; Piccinino y sus dos hijos entraron un momento en la Scala y favorecieron en Bolonia una revolucion de los Bentivoglio que se pusieron á la cabeza de la república. Infatigable aun en invierno, sorprendió en Monte-Lauro al condottieri Piccinino, y á sus dos hijos en el Monte-Olmo (1444) y por estas dos victorias hizo morir de pesar al primer capitan de los Visconti. Al principio de la campaña siguiente, se deshizo de uno de sus tenientes, que secretos adictos y parciales iban á elevarlo por una traicion, se unió á Federico señor de Montefeltro, é instaló su hermano Alejandro en el señorío de Pesaro.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Sorprendido mientras tanto por falta de dinero en medio de una revolucion general de la Scala y en frente de los ejércitos de sus enemigos, iba á sucumbir, cuando Venecia y Florencia tomando la ocasion del ataque de Cremona y de Pontremoli por Visconti, resolvieron salvar un capitan que habian dejado en su caida Visconti y Alfonso muy poderosos, y comenzaron nuevamente contra Felipe-Maria la antigua guerra suspendida por un momento. Atacado hasta en sus estados por las tropas de las dos repúblicas, Felipe-María, se echó en los brazos de su yerno y lo llamó en su ayuda, prometiéndole, para decidirlo, su misma sucesion. Francisco Sforza, con consentimiento de Cosme de Médicis, su banquero, despues de mucho tiempo en relacion con él, se puso en camino para socorrer á su suegro, cuando la muerte simultánea de Felipe-María y de Eugenio IV, hizo volver del todo las cosas en su provecho (1447).

Francisco Sforza duque de Milan, Cosme de Médicis dueño de Florencia, Nicolás V y Stefano Porcaro (1447-1453).

La eleccion de Nicolás por los cardenales sitiando á Roma, terminó el cisma. Los padres poco numerosos del concilio de Bale, transferido ahora en Lausanne, despues de haber puesto todo por obra para impedir la exaltacion del nuevo Papa, lo tuvieron bien pronto que admitir. Felipe V haciendo un acto de sumision, fué afortunado en guardar el título de cardenal-legado en Alemania, quitando todo pretesto á las ambiciones que pretendian satisfacerse á espensas de los estados de la Iglesia. En Lombardía, la sucesion de Felipe-Maria, muerto sin heredero legítimo, llamó toda la atencion hácia esta parte. El duque de Milan habia hecho cuatro testamentos contradictorios. Alfonso V rey de Nápoles,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

apoyándose sobre uno de estos testamentos, el duque de Orleans sobre los derechos de Valentina Visconti casada con su padre, Francisco Sforza sobre los de su muger, se disponian á disputarse la sucesion. Cuatro ciudadanos milaneses de los cuales un tal Trivulzio y el otro Lampugnani, creyeron que el pueblo entraba en su derecho en medio de este conflcto, elevaron y restablecieron la república.

Esta forma de gobierno duró poco en la capital de Lombardía. Todas las ciudades vecinas, Pavía, Lodí, Parma y Tortone, habian imitado la metrópoli, con gran disgusto de esta que pretendia subyugarlas cuando se viese libre. Venecia, tan celosa de la república milanesa, como del señor que la reemplazaba, no veia en las dificultades de un nuevo gobierno, sino una ocasion favorable para estenderse aun mas allá del Adda, y continuaba sus agresiones apoderándose de Placencia. Obligados desde los primeros dias de su independencia á contener á los unos y defenderse de los otros; los milaneses se espusieron á otro peligro tratando con Sforza y su brillante ejèrcito.

Este poderoso condottieri, consintió ponerse al servicio de aquellos de quienes habia querido hacer sus instrumentos, con la esperanza de llegar por este medio á su objeto. Despojado de todo lo que poseia en el dominio pontifical y en el mediodía, dueño solamente de Cremona y de Pontremoli al norte, no teniendo ya ningun pretesto para ocuparse de los asuntos de la Iglesia, no podia hacerse un principado sino en Lombardía. Su nombre solamente mantuvo fieles algunas ciudades dispuestas á separarse de Milan; otras como Pavía, prefirieron entregarse á él, antes que volver á la metrópoli y las aceptó. Su teniente Coleoní, rechazó algunas tropas francesas del duque de Orleans que querian entrar en el milanesado apoderándose de Asti; él mismo sitió á Placencia, la estrechó vivamente apesar de las tentativas que hizo sobre el milanesa-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

do un condottieri de Venecia, la tomó y la entregó á saqueo, del que no se ha repuesto jamás. Milan empezó á desconfiar de sus intenciones, y se aprovechó de las primeras derrotas de Venecia para entablar con ella negociaciones. Sforza fué bastante potente para romperlas y confirmó la guerra. Quitó á los venecianos todo lo que poseian sobre la orilla derecha del Adda, quemó su flota sobre el Pó cerca de Casal Maggiore, obtuvo en Caravaggio una última victoria sobre ellos, en setiembre de 1448, é hizo prisionero á todo su ejército. Los venecianos estaban completamente desalentados; les ofreció la paz en su nombre, les aseguró la posesion de Brescia con el Bergamasco y les prometió á Creme y la Shiara de Adda, con la condicion de que le ayudasen á conquistar á Milan, contra la que ahora se volvia.

La nueva república se vió en el mas grande peligro; entre los condottieri á sueldo, muchos abandonaron su servicio, para unirse á la suerte de un soldado tan afortunado; entre las ciudades amenazadas, Plasencia, Tortona y Alejandría, emprendieron la suerte que les esperaba; Milan se dirigió al duque de Saboya, á los florentinos y al Papa. El duque de Saboya envió algunos soldados, pero no los bastantes para salvarlos. El nuevo Papa Nicolás V, ponia toda su atencion en restaurar el poder pontifical en los muros de Roma á espensas del pueblo. Parecia desinterés de Florencia favorecer el sosten de una nueva república en Italia, pero esta ciudad no estaba exenta de continuar la política que habia seguido anteriormente. Cosme de Médicis despues de haber dominado la república de acuerdo con Neri Capponi, habia llegado á neutralizar el crédito de su aliado, y gobernaba ahora solo y sin registro. Neri Capponi que no podia perdonar á Médicis el haber cojido y hecho arrojar por las ventanas del palacio de señoría á uno de sus partidarios, trató de realzarse, arrastrando los florentinos al partido de los milaneses. Pero Cosme, halagando

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al condottieri, al cual habia dado á menudo dinero, dispuso los florentinos en su favor, y le hizo recorrer tierras considerables, para asegurarse de la ejecucion de sus proyectos. El hierro y la plata, el hijo de un batanero y el de un paisano, se unieron para dar el último golpe á la libertad.

Los sacrificios y el valor de los milaneses parecian increibles. Sforza venció las tropas del duque de Saboya, se apoderó de Creme de Lodi, y redujo bien pronto á Milan á sus murallas; Venecia advirtió, aunque tarde, que tenia un vecino tan poderoso como Sforza; y quiso hacer concluir una paz que concedia á la república milanesa el territorio comprendido entre el Adda, el Tesino, el Pó, los Alpes; y á Sforza, siete de las mas grandes ciudades de Lombardía con sus provincias. El condottieri fingió ceder á estas condiciones, y retiró algun tiempo sus tropas para dejar á los milaneses gastar sus provisiones en la siembra de sus tierras, despues procedió, interceptó todos los convoyes de víveres, batió las tropas enviadas al socorro de Milan por los descontentos venecianos, y estrechó la ciudad de tal modo, que el pueblo hambriento se apoderó del palacio público, abrió las puertas al vencedor, y permitió tomaran del altar de la catedral de Milan, la corona ducal, el cetro y la espada, símbolos de su nueva dignidad (1450).

Venecia quiso aun protestar contra el negocio hecho; se alió con el rey de Nápoles, Alfonso, hasta entonces su enemigo, con el duque de Saboya y el marqués de Montferrato, para equilibrar la estrecha union de Sforza y de Florencia, que cambiaba toda la situacion de Italia. Una doble campaña de Fernando, duque de Calabria, en Toscana, y de Piccinino al servicio de los venecianos en el milanesado, volvió la confusion á los enemigos del duque de Milan; la libertad lombarda fué decididamente comprimida por una nueva casa ducal,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

como la de Toscana, rebajada por el banquero del condottiori. El emperador Federico III, último de los Césares alemanes, coronados en Roma, obligado á atravesar la Italia, como un simple particular, para ir á recibir á su esposa en Livornia, Eleonor de Portugal, y en Roma la corona imperial (1452), pudo contestar que la Italia no habia sacudido el yugo estrangero de los Césares, sino para caer bajo el de pequeños tiranos indígenas.

La libertad dió su último suspiro al año siguiente, con Stephano Porcaro, así como habia dado su primer grito con Arnaldo de Brescia. Stephano Porcaro, gentil hombre romano de buena familia, despues de haber procurado dos veces persuadir á los romanos de recuperar el gobierno de la ciudad, caido en poder del Papa desde el fin del cisma, volvió de repente á Bolonia, donde estaba desterrado en 1457 con cuatrocientos acompañantes, para llamar al pueblo al restablecimiento de la república romana. Preso junto con los conjurados en casa de su hermano, aun revestido de la púrpura senatorial, sin otra forma de proceso, fué ahorcado al dia siguiente, triste fin de un hombre generoso «del cual dice Maquiavelo, ninguno ha podido alabar su intencion, y del que todos han vituperado su juicio!»

CAPITULO XIV.

LA ITALIA PRINCIPESA; SU RENACIMIENTO (1453—1493).

Estado político de Italia á mediados del siglo XV.

La cuestion tan vivamente debatida durante dos siglos, entre el despotismo y la libertad, la aristocracia y la democracia,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se habia terminado al fin en diferentes partes de la península. El establecimiento de las dos nuevas y poderosas dinastías, la de Sforza y la de Aragon, colocaba bajo el poder monárquico el mediodía y el norte de la Italia. El rigor de los primeros Papas definitivamente vencedores del cisma, hácia Stephano Porcaro, manifestaba lo suficiente que el dia en que el papado empezase á disfrutar en las ciudades del dominio eclesiástico que los pequeños señores oprimian, no seria, como otras veces, para hacerlas libres. Borso de Este, en Ferrara, comprando al emperador Federico III la ereccion de su señoría de Módena y Reggio en ducado, daban á su poder de época reciente una sancion que el tiempo habia dado ya á los marqueses de Gonzaga en Mantua, y sobre todo al duque de Montferrato. Amadeo VIII desde que habia recibido el título de duque de Saboya, y reunido todas estas posesiones un momento separadas de su casa, que hacian de él el *parcero de los Alpes*, aseguraba una autoridad ya envejecida. En las últimas repúblicas, el nombre sobrevino aun á la casa, pero la libertad fué igualmente desterrada.

En Venecia el formidable consejo de los diez, se reasumia aun en el tribunal secreto de los tres *inquisidores del Estado*, establecido en 1454; y desde entonces una policía atrevida é ingeniosa en sus medios, pronta y terrible en sus reprensiones, aseguraba en todas partes el órden y la obediencia esa misma vigilancia y ese mismo terror pesaban sobre toda la gerarquia administrativa, desde el dux, los diez y el senado, hasta los rectores de provincias, generales y embajadores, sin esceptuar el secreto tribunal que era la piedra triangular de todo sistema, y que habia tomado sus precauciones contra él mismo. El dux Foscari, puesto durante treinta y cuatro años á la cabeza de la república, era la primera víctima de este crecimiento de desconfianza aristocrática, su hijo puesto en el tormento y desterrado por una vaga denuncia, acababa de hacerse

(c) Instituto Cervantes de Madrid

caer en falta por el consejo, para obtener por medio de un nuevo proceso y nuevos tormentos, morir al menos en su patria en los brazos de su anciano padre y de sus hijos. El tribunal apesar de la conducta estóica del dux en medio de sus desgracias, no pudo perdonarle aun la complicidad de su corazon, y le obligó á abdicar cuando estaba á las puertas de la muerte. Foscarí murió cuando las campanas anunciaban la instalacion de su sucesor.

En Florencia la muerte de Neri Capponi, en 1455, aseguraba el poder de Cosme de Médicis. Estaba ya tan bien establecido, que no juzgó necesario promover la creacion revolucionaria de una *balìe* para llenar con los nombres de sus partidarios las *urnas* del escrutinio. Todos los magistrados propuestos, se hallaban entre sus clientes. Poco despues, cuando sus partidarios creyeron urgente asegurarse enteramente del poder, para impedir la aplicacion severa de la ley del *catastro* establecida por su padre, dejó á Lucas Pitti, rico capitalista de su partido que podia hacerse su rival, la impopularidad de esta medida, seguro de recojer su fruto.

La ciudad de Génova que no habia logrado con la esclusion de los nobles de las magistraturas civiles, sino cambiar las facciones de la nobleza con las de los pueblos, no conservaba ya sino la libertad de cambiar sus amos. Rafael Adormo en 1444, habia comprado la primera dignidad de la república, haciendo á su patria tributaria del rey de Nápoles Alfonso. Pedro Fregoso, vencedor de la guardia napolitana de este dux en 1450, pero bien pronto atacado por Alfonso, iba con su destreza á implorar la proteccion del rey de Francia. Así á mediados del siglo XV, apareció una Italia nueva del todo. La península no era ya ni güelfa ni gibelina, ni pontifical ni imperial; era principesa. Los dos gefes de la cristiandad estaban olvidados, y destruidas las dos sectas: la dictadura de los príncipes aragoneses, reemplazaba á todo; el interés político

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de los pequeños Estados fundados por ellos, sobrepujaba todas las cuestiones.

Principio del renacimiento.

Las letras y las artes reflejaron esta nueva situacion política, separándose del origen de la inspiracion cristiana, para hundirse en la antigüedad racional y pagana. Los profundizadores de la ley, los caprichos de la libertad de un mundo que acababa, hicieron lugar á esos principios de razon pura y de belleza severa que reina en el mundo antiguo. El renacimiento griego-romano, protestó contra la teocracia feudal de las edades precedentes. El estudio de la antigüedad que habia suavizado los últimos dias de Petrarca, que Juan de Ravena y Chrisoloras habian perseguido en medio de las mas terribles miserias del siglo XIV, fué en el siglo XV causa de un entusiasmo apasionado. Poggio Bracciolini, nacido en 1380, Leonardo Bruni el aretino, en 1369, el uno secretario de la Santa Sede durante mas de medio siglo, y el otro de la república de Florencia ambos á dos discípulos de Juan de Ravena y de Chrisoloras, habia encendido el primero esta pasion del siglo XV para ir en busca de manuscritos antiguos por toda Europa. El concilio de Florencia, que trajo à Italia al retórico Jorge de Trebisonda, al platónico Gemistios Pletho y á Besarión obispo de Niza, bien pronto hecho cardenal por haberse ligado á la Iglesia romana, la hicieron casi general.

Los soberanos de Italia no tenian que temer nada de esta actividad de pensamiento, vuelto enteramente hácia una ciencia que vestia el olvido y del que habia sabido tambien comprimir los errores y temeridades, como bien lo prueba la suerte de Laurento Valla buscado de los príncipes por su *Elegantia latinae lingue*, casi desterrado por su *De falsa donatione* Constanti-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ni Magni. Tambien se vió á todos á cual mas, invertir sus rentas en la fundacion de establecimientos científicos, en la creacion de bibliotecas, disputarse los sábios, colmarlos de honores y de gracias, y poner á sus hijos bajo la proteccion de las letras y de las artes.

Eugenio IV habia ya restablecido la universidad romana. Nicolás V hijo de un pobre médico de Sarzana, que debia su fortuna á su celo por las letras, enviaba por todas partes sábios en busca de manuscritos, se rodeó de copistas, de traductores griegos y latinos, hizo pasar de la lengua griega á la latina, entre los autores sagrados, á Eusebio de Cesarea, Basilio, Gregorio de Nazianzo, Crisóstomo, y entre los profanos todos los historiadores griegos. Por último fundó la biblioteca del Vaticano donde habia reunido ya cinco mil volúmenes.

Cosme de Médicis hacia servir para la adquisicion de los manuscritos mas preciosos, sus lejanas relaciones de comercio; adquirió los griegos, Demetrio Chalcondyle, Juan Argyropyle, Andronises Callistos, Constantino y Teodoro Lascaris; compró la biblioteca de Niccolo Niccoli, que colocó en el monasterio de los dominicos, y fundó la que gozaba mas tarde de una tan bien merecida reputacion bajo el nombre de *medica Laurentienne*. Era en Florencia, que venian siempre los sábios mas distinguidos, y en ninguna parte eran obsequiados con tanta delicadeza, á pesar de la rivalidad de que eran motivo. Leonardo el aretino, Poggio, Marzuppini ocupaban sucesivamente el cargo de conselleres de la república. El mismo Filelfo, sábio discutidor y vengativo, que pagó á un espadachin para asesinar á Cosme, y profesó á Venecia, Milan, Constantinopla, Bolonia, Sienna, Nápoles y Roma, sin saber estarse en parte alguna; falleció en Florencia. Cosme de Médicis hizo mas que recojer á los sábios; les inspiró la sola direccion que se elevaba mas allá de la erudicion,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

abrazó el culto de Platon, llevado de Grecia á Italia por el viejo Gemisthius Pleto, é hizo educar espresamente al jóven Marcilio Ficin, para traducir, esplicar el filósofo griego y empezar esa escuela platónica que debia destruir la escuela filosófica de la edad media y su dios Aristóteles.

Alfonso I sin desplegar toda la magnificencia de Cosme, mereció tambien por su liberalidad el nombre de magnánimo. Bajo su proteccion, Laurencio Valla, Antonio Beccadelli de Palermo y Pontano, dieron nuevo impulso y nuevo brillo á la academia napolitana, de mucho tiempo atrás caida en descrédito; los dos primeros pagaron el celo recomendable de este monarca y de su sucesor, convirtiéndose en sus historiógrafos. El condottieri Francisco Sforza en Milan, el marques de Gonzaga en Mantua discípulo de Victorino Feltre; Nicolás y su hijo Lionel en Ferrara, este último poeta de gran nombre, y los Montefeltri y Urbino, siguieron todos el impulso general.

Esta mirada retrospectiva á los buenos tiempos de la antigüedad principalmente en la literatura, debia ejercer sobre las artes una influencia que los mas distinguidos de entre los principales italianos, Cosme principalmente, no dudaron en favorecer. Donatello empezó á escultar teniendo por modelos las mejores obras de la antigüedad; con la proteccion y los socorros de Cosme, recogió todos los restos de las obras maestras en escultura olvidadas de tiempo inmemorial; elevó á la perfeccion la limpieza en el dibujo y la nobleza de las formas; Brunelleschi sacó del olvido las órdenes de la antigua arquitectura griega; hizo pasar las limas de los caprichos de la ojiva á la severidad del ángulo derecho ó de la arcada, sustituyó la cúpula romana al cono gótico, y preparó en fin una revolucion en la arquitectura. En la via trazada por el primero Masaccio, llamado del destierro por Cosme, perfeccionó en la pintura el claro oscuro, redondeó y armonizó las formas; el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

profundo y sábio Frai-Angélico de Fiesola, se ocupó en dar mayor espresion á las fisonomías. Brunelleschi encontró un asunto en Michellozzi; Cosme de Médicis, con ese tacto y ese entusiamo por el arte que no le abandonó jamás, empleó los talentos de cada uno de ellos segun su aptitud. Encargó al segundo la construccion de una nueva planta de su palacio de Florencia, llamado hoy dia palacio Ricardi; y sus casas de campo de Carreggi y de Fiesola. Al primero le encargó la edificacion de la iglesia de S. Laurencio, la abadia de Fiesola y el convento de S. Marcos, que le preparaba para una obra mas grande. En fin, en un trabajo que participa lo mismo del mérito especial del arquitecto que del escultor, Cosme proporcionó á Ghiberti, poniendo en adjudicacion la construccion de las puertas de la iglesia de S. Juan, el lauro, la honra de acabar una maravilla, que Miguel Angel juzgaba digna de ornar la entrada del paraiso.

Hernando de Nápoles y Juan de Calabria Pio II (1454—1464).

Se trataba de saber, sin embargo, si los príncipes italianos sabrian mantener la concordia y buena armonia entre ellos, como el entusiasmo de las letras y de las artes lo habian conseguido entre sus súbditos, y sobre todo si sabrian defender contra el estrangero la independencia de la Italia que ellos habian dominado. La paz interior era la primera condicion de seguridad, para hacer frente á las pretensiones y los embates que de todos lados le amenazaban. El derecho del imperio germánico sobre la Lombardia dormia pero no habia muerto. Federico III habia rehusado en su tiempo sancionar la usurpacion de Sforza. Los duques de Orleans en la villa de Asti, de la cual habian quedado poseedores, protestaban contra lo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que ellos llamaban una espoliacion á Milan ; los de Anjou de la Provenza no se mostraban menos hostiles á los aragoneses en Nápoles. En fin, en 1453 un nuevo enemigo mas temible, Mahomet II, gefe de los turcos, ponia en peligro no solamente la independencia, sino la religion de la Italia, apoderándose de Constantinopla que no fué socorrida sino por dos mil genoveses interesados en su salvacion, á causa de su arrabal de Pera.

Con la impresion de la caida de este baluarte de la cristiandad, reino, tirania y repúblicas en Italia, se firmó la paz y alianza de Lodi, en 1454. Alfonso V, Sforza, Cosme y Nicolás V, se esforzaron tambien durante su vida en sostener la union, donde no hicieron sino ligeras infracciones. Pero en este mismo año, Venecia separando sus intereses de los de Italia y los de la cristiandad, concluyó un tratado de buena amistad vecinal con Mahomet II, para conservar en Constantinopla, como con los emperadores griegos, un representante, encargado de vigilar sus intereses en el levante. Alfonso continuó combatiendo contra Génova, á la que habia reservado su enemistad, apesar de la intervencion del sucesor de Nicolas V. Calixto III, de la familia de los Borgías, que queria que no se pensase en otra cosa sino en tocar cada mañana la *campana de los turcos* en toda la cristiandad, Génova atemorizada de la estrecha alianza que debia afianzar una promesa de casamiento entre una hija de Sforza y un nieto de Alfonso. reconoció al rey de Francia Carlos VII por señor, y confió su defensa á Juan de Calabria, hijo del rey Réné de Anjou.

La muerte de Alfonso V (1458) ocasionó una guerra muy sangrienta. Este príncipe habia hecho reconocer por rey de Nàpoles y de Sicilia á Fernando, hijo natural, por un parlamento compuesto de señores, prelados y diputados del reino. Calixto III declaró el reino de Nápoles perteneciente á la Santa

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Sede, y despertó las esperanzas de Calabria, cuya ambicion estaba ya escitada por los consejos y los rencores de los genoveses. El célebre Eneas Silvio Picolomini, antiguo secretario del concilio de Constancia, del imperio y del papado, conocido en toda la Europa por su erudicion, elocuencia y habilidad, y hecho Papa en 1458, bajo el nombre de Pio II, trató vanamente de zanjar las hostilidades; reconoció á Fernando por un tratado que aseguraba á la Santa Sede la posesion de Benevento, de Pontecorvo, de Terracine, y al Papa de un tributo anual. El nuevo rey trabajó contra sí; descontentó por sus crueldades á los barones napolitanos, que invitaron á Juan de Calabria á pasar de Génova al mediodia de Italia.

El hijo de Réné, despues de haber tratado en valde de separar á Francisco Sforza de Fernando, proponiéndole casar con su hija, se dió á la vela para Gaeta con los buques y el dinero de los genoveses. Recibido con entusiasmo por los señores de la Campania y de las Abruzzes, se apoderó de las principales ciudades de la Pouilla, Lucera, Foggia y Manfredonia y destruyó á Fernando en una primera batalla en Sarno (1460) cerca de Nola. La Italia entera fué agitada por efecto de un grande cambio. Venecia que habia tenido muchas veces para combatir, los bajeles de Alfonso en el Adriático, Florencia descontenta y atemorizada de la alianza de Sforza y del rey de Nápoles, estaba dispuesta á abrazar el partido de los angevinos. Sforza, no obstante, se valió de la antigua amistad de Cosme, obtuvo la neutralidad de las dos repúblicas, y envió sus dos hermanos al socorro de Fernando. Pio II por su parte, deseoso antes que todo de evitar una revolucion, se declaró abiertamente contra el aragonés, y le envió á Montefeltro con un ejército. Piccinino, condottieri al servicio de Juan de Calabria, batió al principio á Montefeltro y los dos Sforza cerca de san Fabian, pero una sedicion movida en Génova por el duque de Milan, hizo perder esta ciudad á los angevinos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Su choque se hizo sentir hasta en el reino de Nápoles donde Fernando socorrido por el héroe Albanés, Scanderbeg, venció completamente en Troya (1462) á su adversario, que no pudo prolongar dos años mas una lucha inútil.

El Papa Pio II, trató una vez que esta grande cuestion se hallaba zanjada de arrastrar á la Italia con la cristiandad á una cruzada en que tomaba desde el dia de su exaltacion. Venecia atacada en su posesion de Morea, espantada de ver flotar del otro lado del Adriático, en Bosnia y en Esclavonia el estandarte del cruzado, acababa de empezar la guerra contra los turcos, sostenida por el húngaro Matias Corvin y por Scunderbeg. Pio II cuyos emisarios recorrian toda la Europa, ofreció el mando de la cruzada al duque de Borgoña, anunció que se pondria en persona á la cabeza de la santa espedicion, y fijó el punto de reunion en Ancona para el año de 1564. El senado de Venecia obligó á su antiguo dux Mocenigo, á embarcarse con diez galeras para ir á tomar al pontífice. Pero el duque de Borgoña no pareció. Pio II en Ancona no halló sino una multitud en desórden, hambrienta y sin armas, que se volvió viendo que el pontífice no tenia para ofrecerles sino indulgencias; él mismo, lleno de desaliento, no teniendo para emprender contra Mocenigo sino *una guerra de viejos* murió de pesar. El tiempo del renacimiento pagano no era favorable á la cruzada. No era necesario hablar en Italia de una guerra ofensiva, desunida por la ambicion de sus príncipes.

Pablo II; Pedro de Médicis; Galeas Sforza; (1461-1470).

Esta muerte y la de Cosme de Médicis que ocurrió el mismo año, fueron un nuevo golpe para la causa de Italia. Pablo II elejido bajo la condicion de que debia continuar la guerra contra los turcos, no tardó en abjurar lo que habia fir-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mado, y dejó á Venecia sola en lucha con Mahomet II. En Florencia, despues de la muerte de Cosme y de la eleccion de Nicolás Soderini para porta estandarte, *Poggio* de la Montagne, asi llamado por la colina en donde se elevaba el palacio de Lucas Pitti, intentaba conquistar la supremacia. El gefe del *Llano* (il piano) Pedro, hijo de Cosme, sedujo á Lucas Pitti que habia servido ya de instrumento de Cosme, y que acababa de disipar su fortuna en la magnífica construccion de un palacio á medio acabar, y que debia ser mas tarde la residencia de los duques de Toscana. Pitti arregló una tregua entre Pedro y los republicanos, pero que rompió el primeropocos dias despues. Desterró violentamente á sus enemigos, entre otros á los Alberti, é instituyó una comision compuesta de cinco miembros ó *accoppiatori* encargados de escoger cada dos meses por escrutinio al gonfalonier y á los priores. Pedro, empero, imposibilitado de gobernar por sí mismo á causa de su poca salud, dejó la administracion en manos de sus clientes, de los Pazzi, de los Papuri, y de los Suicciardini, los cuales solo usaron de su poder para enriquecerse por medio de exacciones y venalidades; y Florencia entre la libertad y la servidumbre, sin peso ya en el equilibrio italiano, no pudo impedir que Francisco Sforza aprovechase las nuevas disidencias de los Adorni y de los Fregoso en Génova, y se apoderara en 1465 de esta ciudad que solo habia permanecido libre el tiempo que medió entre la entrada y la salida de su arzobispo Pablo Fregoso, quien habia entrado en su puerto como un pirata, y salió de sus muros como un bandido.

Parecia que cada uno de los nuevos personages que la suerte llamaba á dirigir los destinos de la Italia, se empeñaban que se echase de menos á su predecesor. Fernando de Nápoles favorecia las letras como su padre, y protegia las aspiraciones de los poetas Sannazar y Cariteo; pero despues

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de haberse vengado de sus enemigos por medio del asesinato del principe de Tarento, del condottieri Piccinino, y del duque de Suessa, oprimia al pueblo con impuestos haciendo de su reino una mercancía para satisfacer una avaricia de que se hubiera avergonzado su padre el *Magnánimo*. Pablo II mas cuidadoso de hacerse admirar del pueblo romano, cual nuevo Araon, con sus ornamentos pontificales, que de proteger á los sábios, cuyas inocentes reuniones dispersó con harta dureza; mas ocupado en perseguir á los Malatestas de la Romanía y en arrojar á Juan Huniado contra los husitos, que en oponerse á los progresos de los turcos, hacia resaltar con su conducta la muerte de Pio II y la vida de Nicolás V. Pedro de Médicis dispensaba su proteccion á las ciencias y á las artes, y cuidaba de los asuntos de sus estados con una paciencia de mercader que dificilmente hubiera podido fundar, como la pródiga liberalidad de Cosme, la fortuna de su familia. El condottieri coronado, al morir en 1466, dejó el puesto al tirano Galeas. Salió gracias á un disfraz, de Francia, en donde estaba ocupado en defender á Luis II de los señores revolucionados; esposo de Bonna de Saboya, cuñado de dicho rey, acusado de la muerte de su madre cuya enérgica presencia de ánimo le habia conservado el poder, Galeas Sforza sustituia, alegrándose de ello el pueblo, la tiranía á la autoridad en el gobierno, el espiritu de pendencia á una prudente política, la licencia á la reserva de la vida privada, abusando con su incontinencia y crueldad de la fortuna y de la autoridad conquistadas por su padre.

Sola, pero activa en medio de esta egoista flaqueza, Venecia con su rígida aristocracia y sus preocupaciones esencialmente comerciales, perdia los efectos que debia esperar de sus esfuerzos multiplicados. Dueña de una parte de las costas de la Istria, de la Dalmacia, de la Alemania y de la Grecia, seguia á la vista de las amenazas de los turcos, sometiendo á estos pai-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ses á una esplotacion tan dura y reducia á sus habitantes á una sujecion tan humillante, que la dominacion de los infieles no les espantaba. En vez de desplegar todas sus fuerzas contra los turcos y olvidar intereses ó injurias secundarias, disputaba el tránsito de algunas mercancías á Trieste al emperador Federico III; exigia con el hierro y el fuego una satisfaccion al gran maestre de los caballeros de Rhodas, y entre tanto dejaba perecer á Scanderbeg, perdia el istmo de Corinto, huia ante la plebe turca en los Dardanelos y dejaba en 1470 que los Osmanlis se apoderasen por asalto de Negroponto.

Lorenzo y Julian de Médicis; el Papa Sixto IV; conspiraciones en Milan y en Florencia (1470—1478).

El advenimiento de Lorenzo de Médicis, reconocido casi sin obstáculo por su hermano Julian, como gefe supremo del gobierno despues de la muerte de Pedro (1469) rompió la uniforme sucesion de estos príncipes incapaces ó malvados en los diversos estados de la Italia. Dotado de escelentes prendas, cuidadosamente educado por Cristoval Landino, profesor de elocuencia latina, y por el griego Argiropile, compañero del platonico Marcelo Picino y del jóven poeta Angel Policiano, Lorenzo de Médicis, tambien sábio y poeta, empezó desde los primeros dias á ejercer el poder como un amigo ilustrado de las letras y de las artes. Restableció desde el segundo año de su gobierno la universidad latina de Pisa, animado por un sentimiento que le honraba. En Florencia fundó la academia griega, en la que Teodoro de Gaza y Chalcondile sucedieron á Argiropile; hizo arreglar los vastos jardines del convento de San Marcos para recibir en ellos las antigüedades que se fuesen adquiriendo, y añadirlas á la coleccion de Cosme, y dió á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Bertoldo, discípulo de Donatello, la superintendencia de este establecimiento que no debia tardar en ser, bajo el nombre de *Museum florentinum*, una academia de bellas artes. Participando del entusiasmo de su amigo Marcelo Picino hácia Platon, instituyó una fiesta aniversario en honor del filósofo griego, en la que se reunian todos los desertores del partido de Aristóteles, y lo inauguró el mismo, componiendo su poético diálogo, en honor de la nueva doctrina, conocida con el nombre de *altercaciones* Nobles distracciones, afeadas á veces por las fiestas del carnaval, de las que se constiutia tambien el gefe, componiendo los *canti carnascielescki* y cuya licencia favoreció, como cuando la visita de Galéas, quien fué testigo de estas representaciones en las que se observaba una singular mezcla de misterios y de farsas burlescas, de lo sagrado y de lo profano, puesto en obra para celebrar su bienvenida.

Pero el que no se hallaba bien, aun en sus mejores horas, sino bajo las frescas sombras de Carreggi ó de Caffagiolo;

«La ove un verde laur facea hombra.»

El que gustaba de recoger su alma en un puerto mas tranquilo y lejos de las borrascas de la política;

FUGGITTO AVEE L' ASPRA CIVIL TEMPESTA
PERIDUR L' ALMA IN PIU TRANQUILO POR TO.

Sacrificaba con sobrada facilidad al placer del momento los cuidados de una prevision que debia sin embargo imponerle una epoca cargada de dificultades y de peligros. Bajo la impresion todavia de la toma de Negroponto, renovó con el Papa Pablo II y los Estados de la Italia, en 1471, la liga formada en Lodi, en 1454 para la comun defensa. Poco tardó empero en olvidar con la familiaridad de los tres poetas, y en sus conversaciones con Angel Policiano, los severos deberes que le imponia este compromiso. Venecia, abandonada por la Italia, se vió obligada á buscar, en medio de las mayores

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dificultades, la alianza del conquistador del Asia, Ussun Cassan, contra los turcos, y reducida á ejercer estragos inutiles en la Caria, la Jónica y la isla de Cos. La suerte solo la fué favorable en Chipre, en donde habia casado á la hija de un rico negociante, llamada Catalina Cornaro, con el rey arruinado Jaime de Lusiñan. A la muerte de este, en 1473, se condujo como tutora de Catalina á la que habia declarado hija de san Marcos y puso guarnicion en todas las ciudadelas.

La ambicion esencialmente temporal y el despotismo escandaloso del nuevo Papa, Sixto IV, de familia de la Rovere, produjo en Italia nuevos motivos de discordia y de debilidad. No contento con prodigar las gracias espirituales á sus sobrinos, á Pedro Riario, que no tardó en morir por sus escesos, le dió el cardenalato de San Sixto, el arzobispado de Florencia y el patriarcado de Constantinopla; á Julian de la Rovere numerosos beneficios en los Estados romanos; creó duque de Imola á Geronimo Riario, á Leonardo de la Rovere prefecto de Roma, y encargó al cardenal soldado Julian de la Rovere, que saquease á Spoleto y que tomase á Lodi y á Citta de Castello: casó á sus dos sobrinos seglares con las hijas del duque de Urbino y del rey de Nápoles. Si no podia echarse en cara al Papa que quisiese conducir á la unidad del poder los Estados Pontificios, esta creacion de príncipes, por su propia debilidad necesariamente efímeros, este ardor guerrero en el continente italiano de un Papa que se negaba á mandar la flota contra los turcos, debia escitar la duda y el temor. Las dos ciudades de Venecia y de Florencia y el duque de Milan, espantados al observar la estrecha union de Sixto IV, de Fernando y del nuevo duque de Urbino, condottieri famoso, formaron una liga particular en 1474 así como la confederacion de Lodi, que dos veces se habia jurado y que los progresos de los turcos hacia cada vez mas necesaria, qued disuelta desde aquel momento.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No es de estrañar que los pueblos italianos vendidos por la debilidad ó el egoismo de sus soberanos, sintiesen haber hecho el sacrificio de su libertad, el cual debiera quizás producir la pérdida de su independencia. Sin embargo, su resentimiento, su desagrado, solo lo manifestaron en un principio con conjuraciones y asesinatos aislados, que quedaron sin resultado y probaron con harta claridad que los gobernados habian degenerado tanto como los gobernantes. Cinco tentativas de esta clase tuvieron lugar en el espacio de dos años.

En el de 1476, en Ferrara, Nicolás, hijo del marqués Lionel, intentó reemplazar á su tio Hercules I quien habia recibido el ducado de manos de su hermano Borso. Al efecto entró en la ciudad con algunos desterrados y soldados que le proporcionaron el duque de Mantua y Galeas. El pueblo no quiso cambiar de señor, y Nicolás sorprendido por su tio, que no tardó en volver, fué decapitado con veinte y cinco de sus compañeros.

En Génova, el pueblo estaba muy descontento de la dominacion de Galeas, quien violaba todas las condiciones bajo las cuales Francisco Sforza habia sido aceptado como señor, y ningun cuidado se tomaba por la prosperidad de la ciudad. Ni habia protestado contra la toma de posesion de Chipre por los venecianos, ni intentado salvar la célebre colonia genovesa del mar Negro, Caffa, que habia caido el año anterior en poder de Mahomet II. Un tal Gerónimo Gentil reunió una noche muchos hombres armados, se apoderó de todas las puertas é hizo un llamamiento al grito de libertad, pero el pueblo lo recibió con indiferencia y el consejo municipal le indemnizó de los gastos del tumulto, para hacerle abandonar la empresa. La misma Génova, la ciudad inconstante por escelencia, retrocedió esta vez ante un cambio.

En Milan y Florencia las confiscaciones fueron mas graves. Gerónimo Olgiati, Carlos Visconti, y Andrés Lampugnani,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

formaron el proyecto de vengar á los milaneses, víctimas en su honor, su fortuna ó su vida de la incontinencia ó de la tiranía rapaz y recelosa de Galeas. Estos jóvenes eran discípulos de un tal Nicolás Montano, profesor de elocuencia latina, quien enseñaba á sus conciudadanos las virtudes patrióticas de Grecia y de Roma, y á quien Galeas mandó azotar en la plaza pública. Olgiati, el mas ardiente y el mas rico, habia tenido un hermano á quien el tirano habia desterrado y condenado á muerte. Despues de haber ido á rogar en la basíllca de san Ambrioso, patron de la ciudad, para que favoreciesen una empresa que creian santa, puesto que tenia por objeto la libertad del pueblo y la muerte de un mónstruo, los tres jóvenes aguardaron á Galéas el lúnes de Navidad (1476) en la catedral, le dieron tres golpes mortales y se arrojaron fuera del templo llamando á la muchedumbre á la libertad. Pero los guardias del duque los alcanzaron y mataron en el mismo sitio á Visconti y á Lampugnani. El último, Olgiati escapó, pero el pueblo retrocedió espantado á su vista; su mismo padre le cerró las puertas de su casa; preso al fin fué puesto en el tormento, esperando con su accion alcanzar el perdon de sus pecados y pidiendo para él la gloria eterna «Empresa ejecutada con valor, dice Maquiavelo, que abortó porque no fué sostenida por aquellos con quienes se habia contado, pero que debia enseñar á los príncipes á reinar de modo que priven á los conspiradores de toda esperanza de salvacion, y á los conspiradores á no creer que una muchedumbre, aunque descontenta de la tirania, arrostrara pocas veces el peligro de derribarla.» El jóven Juan Galéas Sforza fué reconocido bajo la regencia de su madre y de su ministro Cecco Simoneta, á pesar de la oposicion envidiosa de los tios del jóven duque, los cuales se vieron obligados á espatriarse despues de haber en vano intentado sublevar al pueblo. En Génova, en donde la muerte del tirano ocasionó algunos tumultos, Próspero Adorno, temiendo que los nobles y particu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

larmente los Fieschi, atacasen á la república, se contentó con encerrar la autoridad del duque de Mílan en los límites qne precedentemente le habian sido señalados.

La conspiracion formada en Florencia en 1478, contra los Médicis, no fué la tentativa atrevida y aislada de una juventud generosa é imprudente, sino una vasta intriga madurada por mucho tiempo por cabezas políticas que debian envolver en sus resultados á casi toda la Italia. Lorenzo y Julian ejercian ahora su autoridad á banderas desplegadas; nombraban por sí mismos á los cinco accoppiatori, y sostenian una *balie* permanente, que disponia á su antojo de las leyes, de las personas y de la fortuna pública. La rica familia de los Pazzi, banqueros, veia con celos esta nueva usurpacion. Uno de los miembros de esta casa habia sido privado por una disposicion arbitraria, de la herencia de Borromeo. A todos ellos se les alejaba rigurosamente del ejercicio de las magistraturas. Francisco Pazzi, banquero del Papa en Roma, el mas irascible de la familia, no tuvo mucho que hacer para trabajar partícipe de sus resentimientos á Sixto IV y á Riario, quien no podia perdonar á Lorenzo de Médicis, el que hubiese hecho fracasar sus proyectos sobre Citta di Castello. A Fernando de Nápoles, estrechamente ligado con el Papa, no fué tampoco difícil arrastrarlo, y el Papa y el rey reunieron tropas bajo diferentes pretestos en las fronteras de Toscana. Todo estaba preparado y la ejecucion que estaba fijada para el 26 de abril, dia en que una misa solemne celebrada en honor del nuevo cardenal, Rafael Riario, prometia reunir á los hermanos y atraer una gran concurrencia, dos estudiantes, Antonio de Volterre y Estevan Bagnoni, Francisco Pazzi y algunos otros, se habian encargado de asesinar á Lorenzo y á Julian en la misma catedral, en el momento de la elevacion. A una la señal dada por las campanas, el arzobispo de Pisa, Salviati, debia apoderarse del palacio público al frente de algunos hom-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bres armados, y Jacobo Pazzi amotinar al pueblo, para acabar la revolucion. ¿Era el restablecimiento de la antigua constitucion, la elevacion de una nueva oligarquía, ó la sumision de Florencia á la Santa Sede, lo que debia seguir á la caida de los Médicis? Los conjurados no se habian esplicado sobre este particular, esperando sin duda cada uno de por sí sacar de la victoria el partido que mejor le acomodase.

En la iglesia de Santa Reparata, en donde se representaba el primer acto del complot, Francisco Pazzi erró el golpe dirigido contra Julian, de quien se habia encargado; pero Antonio de Volterra, al colocar la mano sobre la espalda de Lorenzo para asegurar mejor el golpe, puso á su víctima en guardia. Lorenzo, despues de parar la primera estocada con su capa, tiró de su espada y puso á los asesinos en fuga, y se refugió en la sacristia, en donde le rodearon sus amigos. En el palacio del senado, el gonfalonier César Petrucci, como sospechase algo cuando se presentó Salviati, le hizo arrestar, cerró las puertas y cogió como en una trampa, á la mayor parte de los conjurados que habian ya penetrado en el palacio. En las calles, Jacobo Pazzi, en vez de decidir al pueblo á que reconquistase una libertad que, dice Maquiavelo, *ya no conocia*, fué recibido á pedradas. A la tercera noticia del asesinato de Julian y del peligro de Lorenzo, la muchedumbre furiosa recorrió la ciudad, aclamando el blason de los Médicis: *Palle*, *Palle*, y pidió el suplicio de los conspiradores, ó se encargó ella misma de llevarlo á cabo. El senado hizo colgar en las mismas ventanas del palacio á Salviati con sus ornamentos de arzobispo, á Francisco y Jacobo Pazzi; el pueblo destrozó y arrastró en pedazos el cuerpo de los asesinos de Julian, y varios otros conjurados fueron arrancados de sus casas. El único resultado de esta tentativa fué asegurar el poder de Lorenzo en Florencia, y la ruptura de una paz interior de doce años en la península.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Guerras de Sixto IV contra Florencia, Ferrara y Venecia (1478—1484).

El Papa y el rey de Nápoles trataron de conseguir con una guerra lo que les habia negado el puñal de los conspiradores. Sixto IV, en vista de la negativa de Florencia de entregar a Lorenzo de Médicis, al gonfalonier y á los priores, como culpables de la muerte de su arzobispo, escomulgó á la ciudad; Federico de Montefeltro, duque de Urbino, al frente de las tropas proporcionadas por la Santa Sede y por Fernando, entró en la Toscana, anunciando que iba á hacer la guerra á Lorenzo, á fin de separar la causa de la república de la de su gefe. Florencia, vendida primero por el duque Hércules de Este, á quien habia puesto al frente de sus tropas, se dirigió á la regente de Milan, Bonna de Saboya y á los venecianos. Estos que veian á Croia sucumbir en la otra parte del Adriático, á Escutari sufrir terribles asaltos, y que se veian reducidos á fortificar contra los turcos las riberas de Ysonzo, guardaron para sí todas sus fuerzas. A fin de ocupar á la regente de Milan, Fernando escitó á Prospero Adorno á que sublevase á Génova, y Sixto IV, dando un funesto ejemplo, obligó, á los suizos de Usi, en nombre de la religion, á que atacasen á los milaneses.

Los genoveses, bajo el mando de San Severino, consiguieron vencer al ejército milanés mandado por Sforcino, al pié del fuerte de los *Dos Gemelos*, y restablecieron en sus murallas la libertad que la violente rivalidad de Batista Fregoso y de Prospero Adorno no permitió hacer mas duradera. En el valle del Tessino, doscientos suizos, dejados en Giornico por diez mil confederados, enseñaron á los italianos en un encuentro con el conde Torelli, cuan temibles eran los recursos de la otra parte de los Alpes. La Italia habia vuelto á sus

(c) Instituto Cervantes de Madrid

peores días, la lucha era general, la peste desolaba á Venecia y Florencia, los turcos, plaga mas terrible aun, pasaban el Isonzo y llevaban hasta las riberas del Piava el incendio, cuyo siniestro reflejo veian reflejada en sus lagunas los venecianos. Estos se decidieron por último á entrar en tratos y cedieron Lepanto, Modon y Coron al sultan, despues de una guerra de quince años (1479). El Papa les hechó amargamente en cara esta paz pactada con el infiel. Temiendo verles intervenir en los asuntos de la península, tomó á sueldo á nuevos condottieri tales como San Severino y Sforza, y escitó una revolucion en Milan para privar de la alianza de este ducado á la república su enemiga. El éxito coronaba todas sus empresas: Los florentinos fueron derrotados en Poggio Imperiale; Ludovico Sforza, apellidado el moro, dueño de algunos castillos del milanesado, se hizo llamar á Milan por los enemigos de Cecco Simonetta, encarceló al viejo ministro y á los que aquel habia elevado, como culpables, segun el decia, de haber hecho traicion á los intereses de la casa de los Sforza, y declaró á Juan Galeas mayor de edad á pesar de que no tenia mas que doce años, para poner fin á la regencia de la duquesa y quedar dueño absoluto del gobierno (1480).

La Santa Sede, el ducado de Milan, y el reino de Nápoles estaban entonces unidos contra Lorenzo de Médicis. Las dos repúblicas de Florencia y de Venecia, para socorrerle, apelaron á la política de sus adversarios. Enviaron diputados á Réné de Vaudemont, nieto del rey Réné para inducirle á reclamar sus derechos sobre Nápoles. Sin embargo, antes de desencadenar sobre la Italia las desgracias de una nueva revolucion, Lorenzo de Médicis, que sospechaba alguna desavenencia entre el Papa y el rey de Nápoles, se embarcó en Liorna para ir á encontrar en persona á Fernando. Su presencia, su insinuante habilidad, y tambien el cobarde y hasta político abandono que hizo de la reducida república vecina de Sienna

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al duque de Calabria, decidieron al rey á la paz. No por eso persistió menos el Papa en sus proyectos contra Florencia; y Sienna, víctima de las disensiones que en ella suscitaba el duque de Calabria, iba á pagar por Lorenzo de Médicis, cuando los turcos volvieron á imponer la paz interior á la península. El 28 de julio de 1480 el almirante de Mahomet II. Achmet Giedik, desembarcó en el reino de Nápoles, cerca de Otranto; tomó por asalto esta ciudad y degolló á doce mil cristianos. El rey de Nápoles llamó á su hijo de la Toscana para defender sus Estados, y el tenaz Sisto IV, consintió al fin ante esta terrible leccion, en reconciliar á Florencia con la Santa Sede.

Apenas la muerte de Mahomet II y la reconquista de Otranto en 1481 hubieron dejado respirar á los italianos, cuando el Papa volvió, pero por distintos medios, á su proyecto de formar para su sobrino favorito, Gerónimo Riario, un principado en Italia. El monopolio del trigo que ejercia á espensas del pueblo romano, y una práctica frecuente de la simonia, ponian en sus manos recursos considerables. Despues de haber despojado á la familia de los Ordelaffi del principado de Forli y haberlo entregado á Gerónimo Riario, mandó á este se dirijiese á completar con los venecianos la ruina del duque de Ferrara.

Los venecianos querian guardar el monopolio de la sal procedente de las lagunas que el duque les disputaba; la Santa Sede queria engrandecer á Riario á espensas de Hercules de Este y por último, se convino que la república se apoderaria de Módena y del Reggio, y Gerónimo de Ferrara.

La Italia volvió á estar dividida; Génova y el marqués de Montferrato se declararon por el Papa y los venecianos; el rey de Nápoles, el duque de Milan y los florentinos por el duque de Ferrara.

En los mismos Estados de la Iglesia, Juan Bentivoglio, gefe de la república de Bolonia, y los Colonna, señores de numerosos castillos en los alrededores de Roma, espantados al ver

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los proyectos de engrandecimiento de la Santa Sede, tomaron partido contra el Papa y una guerra general volvió á destrozar la península.

La lucha empezó siendo favorable á Venecia y á la Santa Sede. Roberto de san Severino que estaba al servicio de la república, maniobró con tal habilidad, que se apoderó de los principales fuertes que cubrian Ferrara, y fué á poner sitio á esta ciudad. Roberto Malatesta señor de Rímini, general del Papa, batió en Campo Morto al duque de Calabria que habia invadido los Estados de la Iglesia, pero los dos vencedores se disputaban ya la presa antes de haberla obtenido. Temiendo el Papa que los venecianos no quisiesen luego aprovecharse de la proximidad de Gerónimo Riario, los abandonó de pronto para hacerse admitir en la liga opuesta, y se volvió contra ellos por medio de uno de esos cambios repentinos tan comunes en tiempo de Felipe-Maria. Este Papa gustaba tanto de deshacerse de sus instrumentos como de sus enemigos. La ejecucion del protonotario Colonne, su enemigo, que habia creido comprar su vida sacrificando el castillo de S. Marino, nada tenia de estraño en un carácter tan vengativo, pero estas tentativas contra Rimini y Urbino, despues de la muerte de Roberto Malatesta y de Federico de Montefeltro, primer prisionero, quizás por Gerónimo Riario, demostraba una ingratitud aun mas infame hácia sus antiguos servidores. Su brusco cambio contra Venecia le salió mal. En vano lanzó contra ella la excomunion, el consejo de los diez prohibió al clero publicar la bula; la república se mantuvo firme contra los anatemas de la Italia; envió sus flotas á que se apoderasen de Gallipoli y de Palicastro en las costas de Nápoles, y haciendo con el Papa lo que él sin duda alguna hizo con ella, firmó en Bagnolo con Fernando y los duques de Milan y de Ferrara una paz ventajosa, en la que ganó la Polesina de Rovigo y la muerte de Sixto IV, á quien mató el despecho (1484).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Poder de Lorenzo; falso brillo de la civilizacion; Gerónimo Savonarola (1484—1493).

La elevacion del Papa Inocente VIII, parecia al principio no operar sino una nueva conversion en los partidos en vez de terminar la guerra. Los varones napolitanos cuyos antiguos privilegios caian unos tras otros bajo el despotismo de Fernando, no sin disgusto habian visto perderse aquellos por la alianza de Sixto IV y su rey, la cual habia motivado una rebelion. El nuevo pontífice, acusando á Fernando de los últimos descalabros de la Santa Sede, reanimó la esperanza de los barones quienes se reunieron en Melfí para organizar su liga, é hicieron urgentes proposiciones á Renato II.

La derrota del duque de Calabria, quien pretendia impedir la union del condottieri pontificio san Severino con los insurrectos napolitanos, parecia ya presagiar una revolucion. La intervencion de Lorenzo, cuya política consistia toda en mantener la paz y el equilibrio de las potencias, y qué se ponia siempre al lado en que convenia hacer inclinar la balanza, conjuró la tempestad, se declaró por Fernando, arrastró á Luis Elmore, amenazó al Papa con escitar la revolucion en sus estados, y proporcionó mercenarios y subsidios al duque de Calabria, quien se vengó de San Severino en un encuentro que no costó ni siquiera un hombre á ninguno de los dos ejércitos. La perfidia de Fernando hizo lo demás. Obtuvo la paz del Papa prometiendo prestarle homenage, pagarle tributo y amnistiar á todos los barones (1486), pero á los dos meses hizo prender, encerrar y decapitar, sin que el Papa reclamase nada en contrario á todos aquellos de quienes habia tenido motivo de queja.

Lorenzo se encontró entonces árbitro de la Italia. Florencia estaba á su discrecion desde que, despues de la conjuracion de Pazzi, una *balie* definitiva habia transmitido la soberanía po-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pular á un consejo de setenta miembros, con la facultad de nombrar á los magistrados, de repartir los impuestos y de administrar la hacienda. Fernando debíale estar agradecido; Luis de More solo podia contar con él en sus proyectos de usurpacion que alimentaba en perjuicio de su sobrino, casado con una hija de Fernando. Inocencio VIII reducido al aislamiento en que habia reducido á la Santa Sede la ambicion de Sixto, no viendo otra alianza posible, se entregó á él enteramente. Dichoso con obtener una hija de Lorenzo para su hijo Francisco Cibo, dió dos años mas tarde al tercer hijo de Lorenzo Juan de Médicis, y á pesar de que no tenia mas que trece años, el capelo de cardenal, y solo obró por sus consejos.

Lorenzo no hizo de su brillante posicion el uso que debia esperarse de su distinguido talento. A fin de apoderarse de Zarzana y de Pietra Santa en la Lunigiana, avivó el ódio de los Fregosi y de los Adorni en Génova, é hizo caer á esta ciudad bajo el dominio de Luis Elmore, quien para guardarla sin que se la disputasen, consintió en tenerla á feudo del rey de Francia Cárlos VIII. Interesado en no dejar ver á Florencia sino los peligros de la libertad, animó á los partidos en las dos repúblicas de Sienna y de Luca, principalmente en Sienna, que entregó por una revolucion á una oligarquía tiránica, despues de haber intentado someterla á Florencia, ó darla al rey de Nápoles. No pudo sin embargo impedir á los venecianos en 1490, que sometiesen definitivamente la Isla de Chipre, en la que obligaron á Catalina Cornaro á abdicar, pero los vigiló escrupulosamente en el continente. En la Romania, hizo sospechar que dirigiria contra Gerónimo Riario, duque de Imola y de Forli, el puñal de su esposa Catalina Sforza, y de Francisca Bentiboglio contra Manfredi señor de Faenza. Este príncipe estaba dispuesto á vender á los venecianos su principado que pasó luego bajo la proteccion de Florencia. Solo severas palabras podemos emplear contra el objeto de esta política egoista;

(c) Instituto Cervantes de Madrid

poco escrupuloso en los medios, se proponia el peligro so fin de ahogar el espíritu público bajo un despotismo suavizado por un reposo sensual, y templado por los goces de las letras y de las artes.

La cultura del espíritu en la literatura y el de la reforma en las artes, bajo la invocacion de un renacimiento del todo pagano ; tal fué en efecto la grande obra que Lorenzo, á la vista de de los progresos de los turcos, proseguia y animaba. Retirado del todo en sus casas de recreo de Poggio la Sano , de Careggi y de Fiesole, dejó al poco tiempo á sus parciales la administracion de los negocios del Estado , y hasta acabó por abandonar enteramente la direccion de su casa de comercio, despues de haber liquidado, gracias á una quiebra simulada de la república que salvó su propia fortuna. Rodeado entonces de letrados y de artistas , pudo á su placer entregarse á las musas paganas; compuso sus *Silvas de amor* y su poema de *Ambra:* escuchó la lectura del Morgante Maggiore de Luis Pulci, primer ensayo de una epopeya heróica , en la que una grandeza semiburlesca se encuentra mezclada con la impiedad de un encantamiento religioso ; hizo representar en su presencia la *fábula de Orfeo* , de Policiano , quien anunciaba el renacimiento del teatro. Bajo su activa vigilancia, se edificaron un hospital en Volterra, un castillo en Firenzuola, una fortaleza en el Poggio imperial ; sus iglesias se adornaron con algunas pinturas religiosas de Cosme Rosellai, sus palacios se embellecieron con la mayor parte de las obras maestras paganas de Pallasuolo, de Chirlandaio , de Luca Signorelli , y á su vista , empezaron en su escuela de bellas artes, Miguel Angel y Torregiano. El mismo animaba y festejaba esta reunion de poetas y artistas en las fiestas magnas , de las que era Francisco Granacchi el director.

Todos los príncipes italianos siguieron el ejemplo de Lorenzo. Inocencio VIII que dejaba que Roma decayera por la vena-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lidad de la justicia y el descuido de la administracion en un estado de miseria y de pandillage sin ejemplo, reunió sin embargo los restos de la academia romana violentamente dispersada por Pablo II. En su tiempo, el anciano Pomponio Laeto continuó resucitando á la antigua Roma con la ciencia de la arqueología, siendo el oráculo de cuantos le rodeaban, y el amigo de Callimacus Experiens (Felipe Buonaccorsi) maestro del jóven Pablo Cortese. Con la aprobacion del Papa, el teatro antiguo, con la representacion de algunas piezas de Terencio y de Plauto, obtuvo el derecho de ciudadanía, aun en la córte pontificia. El rey Fernando pérfido y cruel para con los barones, era dulce y benébolo para con los poetas, tambien los únicos que le permanecieron fieles, particularmente *Carileo* y sobre todo con Sanazar autor del poema pastoral de la *Arcadia*. El sombrío Luis Elmore, atormentado por la ambicion, tuvo tambien tiempo de resucitar la universidad de Pavia; de sostener su córte á los historiadores Merula y Tristan Caleo, al poeta laureado Bellinzioni, y animó los debutos del arquitecto Bramante y del pintor Leonardo de Vinci. En la córte de Hercules V de Ferrara, el Boyardo, gobernador de Reggio, empleaba su ardor guerrero y caballeresco en el *Rolando enamoroso*, en el que, el ideal del valor y del amor, parece ya el objeto de una fantástica estravagancia. Los Baglioni en Perusa, animaban á Perugino, fundador de la escuela de Ombria que se disputaron luego Florencia y Roma. Por último, en esta provincia de Romanía, siempre fecunda en condottieri y tiranuelos, sobresalia el señor Pic de la Mirandola, quien se dedicaba á la ciencia con el ardor aventurero de su raza; sostenia tesis en Roma en todas las lenguas, y acerca de todas las cosas, y recorria la Europa, cual caballero andante lleno de talento y de erudicion, en busca de adversarios que derrotar; se estraviaba su mente bajo la fé de un viejo manuscrito hebráico, en los misterios de la Kabala, como en el laberinto de su castillo encantado; ani-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

maba las acusaciones de heregia, hacia penitencia ante el santo tribunal, y fastidiado al fin de sus amores intelectuales y de sus cientificas agitaciones, acababa en un claustro su vida.

Este esplendor de las letras y de las artes era el reflejo de la prosperidad material, resto de la antigua libertad, que un despotismo naciente é interesado, por otra parte, á sostenerlo, no habia aun destruido. La Italia era todavia el centro del comercio del Mediterráneo y el mas rico pais de Europa en manufacturas. Venecia por sus tratados, Florencia por la habilidad de sus agentes, habian conservado casi intactas sus relaciones comerciales con el Oriente, apesar de la catástrofe de Constantinopla. Las manufacturas de seda, lana, lino, pieles, la esplotacion de los mármoles de Carrara, de los metales de las Maremmas, las fábricas de alumbre, de azufre y de betun, funcionaban con actividad. El sistema de cultivo por medio de colonos, tan superior para esta época á lo que se verificaba en el oeste de Europa, aseguraba á la Italia una fertilidad que contribuian á aumentar en Lombardia, los trabajos hidráulicos de Luis Elmore, y en Toscana las precauciones tomadas contra las inundaciones, y las aguas estancadas que aun hoy dia devastan comarcas en otro tiempo fecundas. Las aldeas en que los labradores se atrincheraban tras sus murallas, atestiguaban un bien estar que correspondia al esplendor de las grandes ciudades. En fin, el italiano, el mas rico, el mas feliz, el mas civilizado de los pueblos europeos, podia calificar de bárbaras á las demás naciones, prontas siempre á admirar sus espléndidas ciudades ó á sentarse en sus sabias escuelas.

Bajo tan brillantes apariencias, no era dificil descubrir las señales de una decadencia precoz. La prosperidad material de la Italia no era mas que el rico producto de una actividad cuyo ardor se habia ya estinguido, del mismo modo que los condottieri se batian para ganar su sueldo y no por honor á la victoria; no era ya la aficion á las empresas, ni la necesidad de em-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

plear una energía superabundante sino la sed de ajio y de lucro lo que aniba al comercio, y como la caida de la libertad habia arrastrado tras ella al verdadero espíritu militar, que nace del fuego del patriotismo, la proteccion aun ilustrada del despotismo no podia reemplazar, en el desarrollo de la industria y del comercio, al vuelo espontáneo de la libre actividad. En el dominio del espíritu y de las artes, el entusiasmo de la ciencia no hacia sino levantar el polvo del pasado, solo agitaba una letra muerta, el sopio de la poesia, abandonado en las regiones sagradas ó en las agitaciones de la plaza pública, no animaba mas que sueños fantásticos de una caballeria heróica, crítica burlesca y atrevida de los tiempos feudales, ó las voluptuosidades harto reales de una degradante ociosidad: la escultura y la pintura abandonaban las tradiciones, pues á fuerza de imitar retrocedian hasta el antiguo paganismo, hasta la fábula, en sus composiciones fantásticas, sin que temiesen mezclar en sus obras al par que escenas piadosas recuerdos de un presente el mas profano. Faltábanles á las artes el sentimiento religioso; á la libertad la vida pública. En las ruinas de las antiguas instituciones, en la debilidad de las antiguas ciencias, en la degeneracion de los caractéres, nada habia realmente grande, nada profundo en las creaciones de esta portentosa fecundidad. En el comercio no habia mas que un hábito, en la guerra un oficio, en la ciencia la memoria, en la poesia un pasatiempo, en el arte la forma.

Inútil es decir que la decadencia de las costumbres era la causa y el efecto de lo demás. La vida privada de la mayor parte de los personages del tiempo de Fernando, de Lorenzo, Sixto IV, de Inocencio VIII, las monstruosidades de Juan Galéas, los frecuentes dramas de los castillos de Romania dicen lo bastante. La eleccion del Papa Alejandro VI, Borgia, por el cónclave que la escandalosa simonia habia comprado, fue la prueba mas patente de esta corrupcion general.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Al llegar á esta época de crisis en la historia de la penín - sula, los historiadores de aquel tiempo, por espíritu de estimacion á los antiguos escritores , pero que denota sin embargo cierto terror supersticioso, citan los prodigios que se presenron entonces á las imaginaciones aterrorizadas ó enfermas. En 1492 un rayo cayó en la cúpula de Santa Reparata , dos fuegos nocturnos iluminaron á Carreggi , observáronse en los aires grandes sombras que luchaban entre si , y se oyeron en el espacio voces espantosas. No le faltó á la Italia un aviso mas real ni mas efectivo.

Un monge dominicano , Jerónimo Savonarola , nativo de Ferrara , impresionado por los síntomas de decadencia y los peligros de la Italia , intentó salvarla por una doble reforma política y religiosa. Queria devolver al clero la pureza en sus costumbres , al pueblo la libertad , á las artes el sentimiento religioso. La sujecion de la Italia era para él un ultrage á la moral, el paganismo de la erudicion y de las artes un insulto al cristianismo. La corrupcion de la Iglesia y el desórden en las costumbres reclamaban á su modo de ver un ejemplar castigo, una venganza de Dios. De Florencia, la verdadera capital de Italia en esta época , fué de donde esperó hacer salir la reforma. En ella en un principio , y en el jardin de San Marcos, bajo el grande rosal de Damas , y luego bajo las vastas arcadas de la catedral , predicador y tribuno , empezó á agitar á esta poblacion adormecida por las riquezas , olvidadiza y convertida por los falsos encantos de la ciencia , á las violencias de la mitología pagana. La muchedumbre acudía en tropel al rededor de su tribuna , pero Lorenzo estaba allí , y le acusaba de haber seducido los espíritus para esclavizarlos despues. Los amigos de Médicis daban burlándose, el nombre de *piagnoni* á los sectarios escasos del fraile. En vano el dominicano se hacia el profeta, anunciando las mayores desgracias. «Pueblo florentino , esclamaba , tu lo sabes ; mientras

(c) Instituto Cervantes de Madrid

obró bien el pueblo hebreo todo le salia bien, cuando se entregó á la maldad, Dios le envió una plaga. Florencia que has hecho? Qué delito has cometido? Quieres que lo diga: la medida está llena, la plaga la tienes encima.» Los florentinos salian espantados pero no convencidos. Cuando Lorenzo estuvo prócximo á rendir su alma á Dios, el fraile probó su poder sobre el muribundo. Le conjuró á que restituyese el bien mal adquirido, á que volviese á Florencia la libertad, y á este precio le daria su absolucion: Lorenzo se negó y el fraile cual otro Salviano, viendo en su inspiracion en poder de nuevos bárbaros el pueblo de Dios esclamó algunos dias despues al hablar al pueblo: «El terrible dia ha llegado y un hombre vendrá que invadiendo la Italia en pocas semanas, sin desenvainar la espada y cual otro Ciro pasará los montes: *Hic dixit Dominus Christo meo Ciro*, y las rocas y los fuertes y las murallas, caerán á su presencia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

NOTAS.

(1) Véase para las historias generales de Italia: Denina, *Revoluciones de Italia*; Leo y Botta, *Historia de Italia desde los primeros tiempos hasta nuestros dias*: Sismondi, *Repúblicas italianas*; las colecciones de Muratori, Fantuzzi etc. Para este capítulo, particularmente: Savigny, *Historia del derecho Romano* y Karl Hegel, *Stædverfassung von Italien*. Consúltese para la constitucion del imperio por Diocleciano y Constantino, en nuestra coleccion, Durny, *Historia Romana*.

(2) «Propter avaritiam contra leges ex segetibus fecit prata.» Varro, lib. II, de *Revustica*; promium.

(3) « Compascua, silvæ communes » V. Siculi Flacci, de Cond. agrorund. ed gæssii.

(4) Véase Gibbon, *Historia de la caida y decadencia del imperio romano*. J. Lebeaud, *Historia del bajo imperio*; Crevier, *Historia de los Emperadores*; Le Nain de Fillemont *Historia de los Emperadores* Jornandés, *Anales de los Goths* Asc h bach *Geschichte der Westgothem*.

(5) Véase Roure, *Historia de Teodorico el grande, rey de Italia*. Manso *Geschichte des Ostghotischen Reiches*; Jornandés *Annales de Goths* Procope, *de Bello gothico*.

(6) Véase Leo, *Historia de Italia*, primer vol.; Paul Diacre, la *Historia nacional de los lombardos* y Anastase el bibliotecario.

(7) Véase para este capítulo: Lebret, *Historia de Italia*; Anastase el bibliotecario, *De vitis Rom. Pontif. Anales Bertini*. De Partonneaux, *Historia de la conquista de la Lombardía por Carlomagno, y de las causas que influyeron en la dominacion alemana*.

(8) Véase para este capítulo, Sismondi, *Historia de las repúblicas italianas*: H. Leo *Entwtkelung der Verfassung der Lombardischen, stædte bis zur Ankunft Friêdrichs* primer Luitprandi *Historia*. El poema latino de Hroswitha *apud Meibomium* y Dithmarus, ed. Wagner.

(9) Véase para este capítulo Sismondi, *Repúblicas Italianas*; Raumer, *Geschichte der Hohenstauffen*; Giannone *Historia civil de Nápoles*; baron de Bazancourt, *Historia de la Sicilia bajo la dominacion de los normandos*; las vidas de los pontífices; Baronius, *Anales eclesiásticos*; Hurter, *Historia de Inocencio III*.

(10) M. de Savigny, en su *Historia del derecho romano en la edad media*, ha dado las pruebas de la autoridad continua del derecho justiniano, en Italia, hasta el siglo XI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(11) Conrado de Hohensfauffen, señor de *Weiblingen* habiendo sido elegido emperador, Welf, duque de Baviere, le disputó este título. En la batalla que se dieron los dos rivales el grito de guerra de los imperiales fué *Weiblingen* el de los Bávaros *Welf*. Estas dos facciones que se repartieron la Alemania, atravesaron la Italia, y los Weiblingen partidarios de la autoridad imperial se unieron á los gibelinos, en tanto que los Welfs partidarios del Papa se unieron á los guelfos.

(12) Véase para este capitulo, las historias particulares de las ciudades en la coleccion de Muratori, Verci, *Historia de Eccelino*; Malespini, *Historia Florentina*; J. Villani *Historia Florentina*. Alejo de Saint-Priest, *Historia de la conquista de Nápoles por Cárlos de Anjou*.

(13) Véase para este capitulo Baluze, *Vita paparum avenionensiund*; Portifiocca, *Historia de la conjuracion de Rienzi*; Jean y Mateo Villani, *Historia Florentina*; Machiavel, *Historia de Florencia*. Marino Sanuto, *Vita ducund Venetorund*; Darn, *Historia de Venecia* Giannone, *Historia civil del reino de Nápoles*.

(14) Alusion al pretendido origen de los Capetos. Dante: *Divina Comedia*.

(15) La alianza de la casa de Médicis con la casa de Francia, ha tomado el nombre entre nosotros de Médicis. Nosotros no nos conformamos con el uso comun sino para los grandes nombres de Tasso, de Machiavelo Miguel Angel, para los de los papas, para las personas en fin que pertenecen menos á la Italia que al mundo.

(16) Vid. Maquiavelo, *Historia de Florencia*; y á Roscoe *Historia de Lorenzo de Médicis*.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INDICE DE LOS CAPITULOS.

PRÓLOGO. . . . . Pág. 5

PRIMER PERIODO.

Decadencia y caida de la Italia Romana (395-476).

CAP. I. Estado de la Italia á fines del cuarto siglo de nuestra era (395). 27
CAP. II. Disolucion y caida del imperio de Oriente (395-476). 40

SEGUNDO PERIODO.

Las invasiones y los reinos bárbaros (476-888).

CAP. III. Los ostrogodos en Italia (476-568). 62
CAP. IV. Los lombardos: Vicariato de Ravena, origen del poder temporal de los papas (568-750). 88
CAP. V. Conquista Franca.—Imperio de occidente.—Reino Carlovingiano de Italia (750-888). 115

TERCER PERIODO.

Ensayo de un reinado nacional (888-950).

CAP. VI. La feudalidad en Italia; el reino italiano; abatimiento y debilidad del papado (888-950). 136

CUARTO PERIODO.

La Italia, durante la lucha del santo Imperio y de la Santa Silla (950-1250).

CAP. VII. Establecimeinto de la dominacion alemana; los emperadores sajones; poderío de los obispos (950-1024). 152

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Cap. VIII. Los emperadores franconianos; cuestion de las investiduras (1024-1137) caida política del episcopado. . . 167
Cap. IX. Repúblicas y monarquía normanda; el emperador Federico I y la liga lombarda (1137-1183). 198
Cap. X. Enrique VI, Federico II, Inocencio III é Inocencio IV, Guelfos y Gibelinos; Las ciudades libres (1183-1250). 227

QUINTO PERIODO.

Independencia; las repúblicas y las tiranías (1290-1494).

Cap. XI. El interregno; la casa de Anjou; decadencia del Papado (1230-1303). 254
Cap. XII. La cautividad de Babilonia; prosperidad de Italia; luchas entre los tiranos y las repúblicas (1303-1378). . 293
Cap. XIII. El gran Cisma; Condottieri; establecimiento de las tiranías (1378-1453). 340
Cap. XIV. La Italia principesa, su renacimiento (1453-1493). . 375

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

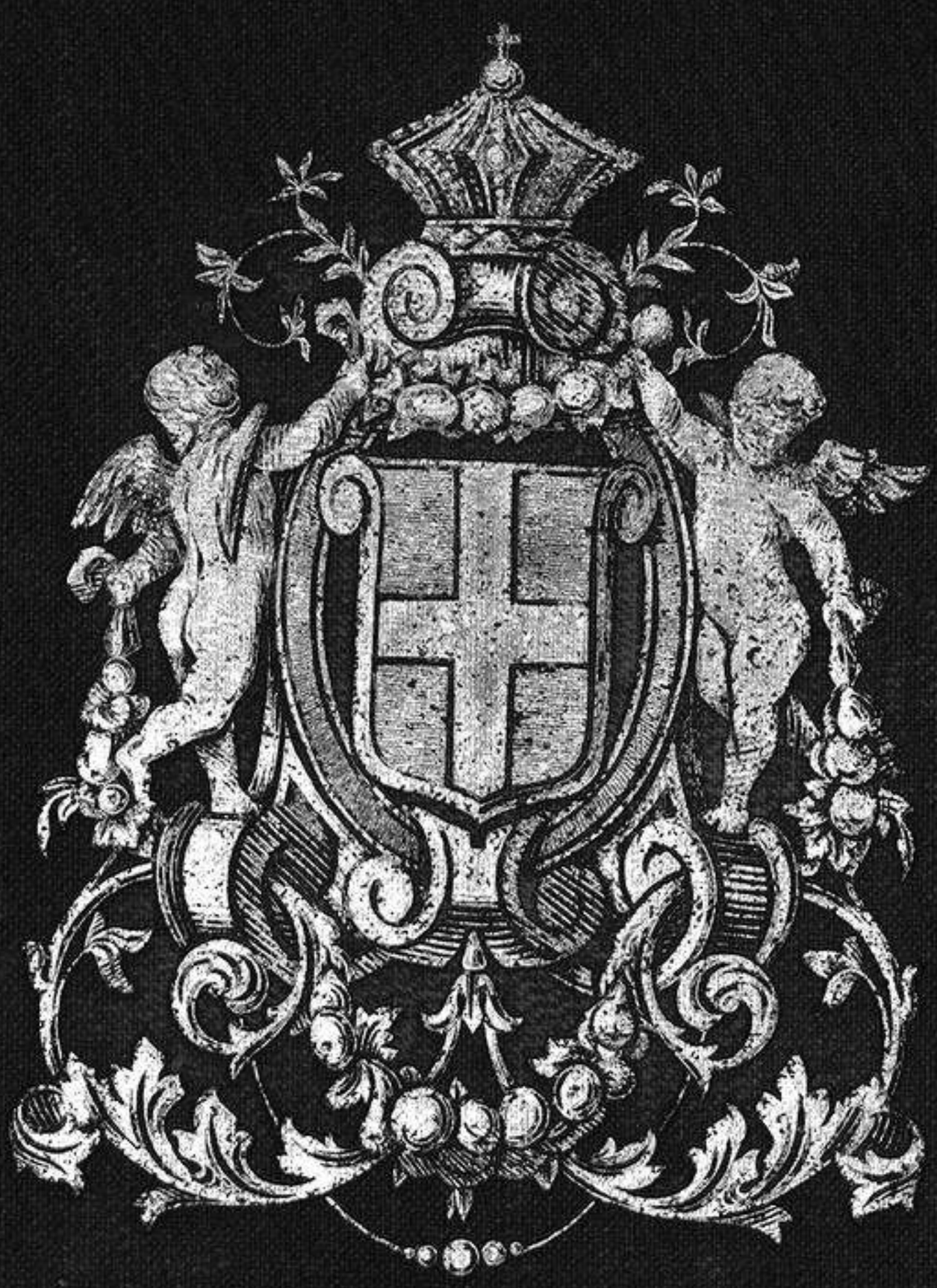
(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid



(c) Instituto Cervantes de Madrid

HISTORIA DE ITALIA

J.

531